Fiorella Faltoyano

APROBÉ EN SEPTIEMBRE

Memorias de una conocida actriz

y de una desconocida mujer

Índice

Dedicatoria
Cita
Agradecimientos
Declaración de intenciones
18 de marzo de 2012
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Apéndice
Créditos

Para todos aquellos que me acompañaron con cariño a lo largo del camino y, naturalmente, para Daniel.

«*Ama y haz lo que quieras*».
SAN AGUSTÍN

Agradecimientos

Estas memorias nacieron sin vocación de ser publicadas, así que solo gracias a Ymelda Navajo y a María Borràs, mi estupenda editora en La Esfera de los Libros, van a ver la luz. Por tanto, gracias a ellas, pero hago constar que es suya la responsabilidad y también el atrevimiento de que sean públicas.

Gracias a Jesús Martínez León, que una vez acabadas tuvo la atención de leerlas y darme sabios consejos.

Y a Fernando Méndez-Leite, que con sus enormes conocimientos aportó muchos datos por mí olvidados o simplemente desconocidos.

Declaración de intenciones

Siempre he hablado mucho conmigo. Es a quien tengo más cerca.

Durante una etapa de mi vida, las preguntas que me hacía eran: ¿quién soy?, ¿de dónde vengo?, ¿adónde voy? En otra, empiezas a preguntarte: ¿qué hice con mi vida? En esta etapa estoy yo.

Por eso, hace unos meses decidí recordar, reconstruir, lo que hemos sido mi vida y yo, y me puse a escribir. Antes siquiera de encender el ordenador ya me asaltaron las dudas, las inseguridades: ¿a quién le va a interesar lo que has hecho o dejado de hacer? Y yo misma me contestaba: seguramente solo a ti. Y además, en el caso de que alguien más que tú leyera estas memorias, ¿qué cosas puedo contar y qué otras tengo que callar? Porque si lo cuentas todo y lo haces con la necesaria sinceridad, alguien podría ofenderse. Y a ti no te gusta ofender o… en algún momento podrías quedar fatal, y tú siempre has sido muy cuidadosa con tu imagen. Y además, tampoco es que tengas muy buena memoria, ni has llevado un diario ni has tomado notas a lo largo de tu vida.

Y si por cualquiera de esas razones no lo cuentas todo, qué pérdida de tiempo, ¡vaya chapuza de memorias! Más allá de las correcciones de diálogos, que no había quien los dijera, en guiones que dejaban mucho que desear, o de algún pensamiento suelto, tú nunca has escrito. ¿Y si no sabes expresar literariamente lo que quieres contar?

En fin, que durante unas semanas estuve dándole vueltas a la conveniencia o no de enfrentarme a estas memorias, a mi vida, a las dudas sobre mi capacidad narrativa y sobre el interés que podría tener esa tarea que, por otro lado, me llamaba insistentemente. Pero un día me dije: bueno, sería interesante intentarlo ahora que, como dice mi admirado Eduardo Mendoza, *ya estoy recogiendo*, recordarme a mí misma lo que hice con mi vida y poner un poco de orden en el caos que, en palabras de Cesare Pavese, es el *oficio de vivir*. Quién sabe si no queda alguien por ahí a quien pueda interesarle mi aventura. Y me lancé a ordenar mis recuerdos con la misma pasión con la que siempre ordené los armarios en los cambios de temporada.

Sí, esa era la palabra: ordenar. Recoger antes de salir de clase, como nos decían en el colegio. Quizás la vida me dé más tiempo y estas memorias no sean sino un *balance provisional*, pero al fin y al cabo, un largo balance. Contaré todas aquellas cosas de las que me acuerde y que, por tanto, debieron ser importantes para mí. Probablemente omitiré algunos nombres. Por no enredar. O confundiré alguna fecha. Por desmemoria. Pero prometo que en lo

fundamental seré sincera. Todo lo sincera que pueda ser una actriz. Y ojalá que cuando lleguen a la última página, aquellos lectores que hayan tenido la curiosidad de acercarse a mi vida conozcan mejor a todas las mujeres que fui cuando no interpretaba un personaje delante o detrás de los focos. Las personas casi siempre estamos interpretando.

Me costó mucho tiempo construirme como ser humano. Necesité muchas muletas y algunas personas tuvieron a bien ayudarme en esa tarea. He conocido más gente buena que mala, aunque algunos de los malos eran malísimos. Quizás de ellos hable menos de lo que debiera. Tengo tendencia a la memoria feliz y, por lo tanto, a esos los recuerdo pocas veces. A lo mejor tampoco me detengo demasiado en los fracasos de mi vida. Soy soberbia y algo orgullosa, y dar armas al enemigo nunca ha sido prudente.

Prometo, eso sí, que todo lo que me propongo escribir saldrá del corazón. Y un poquito de la cabeza.

18 de marzo de 2012.

A las siete y diez de la mañana sonó mi móvil. Lo había dejado en mi mesilla de noche, por si acaso. Al descolgar, solo oí un llanto suave, y, con voz extrañamente serena, dije: «Voy para allá».

Capítulo 1

Fue en Málaga, el 19 de octubre de 1949, cuando decidí que había llegado el momento de dar un paseo por la vida; aunque durante sesenta y dos años en mi partida de nacimiento oficial constaba que nací en Madrid el 10 de febrero de 1950, lo que de ninguna manera debe atribuirse a una falta de diligencia de un desconocido funcionario del registro.

En mi vida casi todo parece una cosa y casi siempre es otra. Oficialmente, mis padres eran Juan Renzi y Asunción Gil. Y, por tanto, mi nombre en esa partida de nacimiento legal era Blanca Renzi Gil.

De mis primeros cuatro años no recuerdo nada. Mejor. Porque seguramente mis peripecias de entonces no tendrían mucho interés para nadie, ni siquiera para mí misma. Las primeras imágenes que tengo de mi infancia son, como las de los sueños, algo confusas; como difuminadas, igual que las copias desgastadas de las viejas películas en blanco y negro.

La casa de mis padres, la de mis primeros pasos, era un ático en la calle Maldonado en Madrid. No era grande, pero la recuerdo agradable. Luego, cuando años más tarde mi madre y yo tuvimos que compartirla con huéspedes durante un tiempo, ya fue otra cosa. Pero el decorado que permanece más vivo en mis primeros recuerdos es, sin duda, la casa de mis abuelos maternos. Allí viví algunos años. Estaba en la calle Pinar y esa ya era una casa grande y llena de recursos y posibilidades para mí. Deduzco que el hecho de que mi cerebro se sitúe en ella cuando pienso en mi niñez se debe seguramente a que allí yo era más feliz.

Siempre fui una niña gordita, tímida y algo triste. Con muy buen comportamiento en casa y en los distintos colegios por los que pasé, pero una mala estudiante. Las únicas asignaturas que aprobaba sin esfuerzo eran la literatura y los idiomas, para los que siempre he tenido buen oído. Ni siquiera la gimnasia se libraba de mi afición a los suspensos. Me costaba atender en clase, me aburría, y cuando el profesor de matemáticas explicaba algo, yo me dedicaba a imaginar que era una secretaria que tomaba notas de mi jefe. Siempre estaba pensando en que era otra. De hecho, durante mucho tiempo deseé ser otra.

En verano mis abuelos maternos se trasladaban a Galicia, y yo con ellos, a una casa que, aunque no era exactamente un pazo, era muy grande y muy bonita. Estaba en una aldea del valle de Lemos, Fiolleda, y había pertenecido a la familia de mi abuela Asunción, que la había heredado en estado medio ruinoso. Mi abuelo Andrés, su

marido, la había reconstruido amorosamente para ella. Él era de Casla, en la provincia de Segovia, pero después de casarse se hizo gallego de adopción. Es decir, gallego por amor.

En la época de aquellos viajes, los años cincuenta del siglo XX, el traslado por carretera desde Madrid a Galicia constituía una verdadera aventura que duraba no menos de doce horas. La primera parada del camino la hacíamos en Adanero, en la provincia de Ávila, para desayunar. Varias horas más tarde comíamos en La Bañeza, y cuando, ya exhaustos, llegábamos a Monforte de Lemos, era de noche. Ese era el momento en que alguna de las seis personas que durante tantas horas habíamos ocupado ese coche gritaba alegremente:

—¡Estamos en Monforte de Lemos!

Y los demás contestábamos a coro:

—¡Ya lo sabemos!

Durante esas largas horas de viaje yo me entretenía a mi manera, lo que solía significar que agotaba al resto de los pasajeros. A veces «retransmitía» seriales que había oído por la radio o consultorios sentimentales y de belleza. Estaba muy de moda el de Elena Francis, que patrocinaba la crema Pond's. «Plan Pond's, belleza en siete días», prometía el anuncio. Otras veces «conducía» el coche desde un volante de plástico que se pegaba al asiento delantero y que, como se decía entonces, me habían «echado los Reyes» a petición propia. Ya a los cinco años me gustaba mucho conducir y ha seguido gustándome toda la vida. Lo peor de esos viajes es que me mareaba; pero es que me mareaba muchísimo, de forma que cuando entrábamos en zona de curvas —y en las carreteras españolas de los cincuenta había muchas —, siempre había que parar para que la niña vomitara. En esas ocasiones mi abuela, que no se enfadaba casi nunca, ni conmigo ni con nadie, me decía muy seria:

—Las señoritas conductoras no se marean. Solo se marea el servicio.

—Así era mi abuela. El caso es que sus palabras debieron de hacer algún efecto en mi ánimo y poco a poco dejé de cometer tamaña infracción para convertirme por fin en esa señorita conductora que tanto deseaba ser.

En la casa de Galicia, durante los días, a veces meses, que pasaba con mis abuelos y con los tíos que aún seguían solteros —mis abuelos habían tenido seis hijos— y que iban y venían, lo pasaba muy bien. Lo único que detestaba de esos veranos era la inevitable exclamación de algún paisano que, al verme de nuevo, de año en año, repetía:

—¡Hay que ver qué manzanota se puso la niña!

Yo, que, como he dicho antes, era efectivamente una niña gordita,

odiaba que me comparasen con una redonda manzana. De ahí la fobia que desarrollé hacia esa fruta, por otra parte tan noble. Mi madre no venía nunca con nosotros. Tan solo recuerdo una visita un verano en la que me trajo un vestido blanco con guirnaldas de cerezas muy rojas bordadas en la falda. Me encantó.

En esa época aún no había luz eléctrica ni agua corriente en la casa, aunque sí un cuarto de baño muy grande con una bañera que se llenaba con jarras de agua calentada en la cocina de leña. Y naturalmente tampoco había teléfono, así que cuando necesitábamos llamar a alguien íbamos a Monforte, en donde había un locutorio de «Teléfonos», que así rezaba el cartel de la fachada de una casa que estaba en la calle del Cardenal. Y allí solicitábamos que nos dieran la conferencia con Madrid o con el lugar que fuese. Lo normal es que la demora llegase a las dos horas y en ese rato mis tías solían llevarme a tomar un refresco al Mermelada, un café que estaba frente a la oficina de «Teléfonos».

En casa de mis abuelos, en la aldea de Fiolleda, había una sala que los mayores llamaban «de los retratos» y en la que no me gustaba entrar. Era una habitación grande que tenía en el centro una mesa tipo velador y sillas tapizadas en terciopelo rojo que se alineaban a los lados como en los viejos salones de baile. No había ningún mueble más, y en las paredes muchos retratos o fotos grandes enmarcadas lujosamente que mostraban a los antepasados de mi abuela Asunción. Entre ellos estaba uno fascinante, *el barbas*, así llamado por el abundante pelaje facial que cubría su rostro. Ese, el barbas, era mi bisabuelo materno, don Manuel Arias Rodríguez, que había sido alcalde de Monforte a finales del siglo XIX y que a mí me daba mucho miedo.

El escenario de mi juego favorito en la aldea era la huerta, entre berzas altas y frondosas. Allí, con una vara en la mano, me convertía en director de una orquesta de berzas. No sé por qué inventaría semejante juego, porque nunca tuve excesiva afición por la música clásica, pero el caso es que ejercí de autoridad máxima de aquella orquesta virtual incontables veces en aquellos primeros años. También me bañaba a veces en el pilón en el que bebían las vacas, cosa que a mi abuela no le gustaba nada. Demasiado salvaje para su concepto de lo que debería ser el comportamiento de una niña bien educada.

—¡Por Dios, esta niña va a volver a Madrid asilvestrada! —acababa diciendo.

Casi siempre jugaba sola. Mis únicas amigas eran Natita y Hortensia, las hijas de los caseros que se ocupaban de la propiedad en invierno. Pero ellas no tenían mucho tiempo para juegos. Eran algo

mayores que yo y debían hacerse cargo de llevar las vacas a pastar. Así que solo cuando me daban permiso podía irme con ellas al monte y entonces lo pasaba muy bien. Las quería mucho y en invierno las echaba mucho de menos, como también a Loliña, su madre, que era una mujer grande, guapa y dulce, prematuramente envejecida por la dureza de la vida de campo, y muy cariñosa conmigo. Ella sabía que me gustaba mucho la nata de la leche de vaca que se solía apartar en una taza para hacer luego mantequilla, así que de vez en cuando me llevaba a su casa y me daba pan con nata y azúcar. Sí, a mediados del siglo XX en las aldeas gallegas la mantequilla se hacía en las casas. Y yo sigo echando de menos aquellas rebanadas de pan con nata que me preparaba Loliña.

Creo que esos recuerdos felices de mis veranos en la casa de Fiolleda son los responsables de una pequeña frustración que tengo como actriz. La gran mayoría de los personajes que me han encomendado eran elegantes señoritas y más tarde señoras, o reinas y princesas. Nunca me dan personajes de mujer de campo. Y yo soy muy rústica. Tal vez si los directores hubieran conocido mi excelente relación desde antiguo con las vacas, otro gallo me hubiese cantado y mi filmografía estaría repleta de papeles de campesina.

Mi abuela Asunción era una belleza serena. Tenía una voz muy bonita y hablaba bajito. Cuando enviudó yo tenía siete años y recuerdo muy bien que a partir de ese momento no volvió a vestir de color, solo de negro. Siempre la vi peinada con moño. Tenía una piel muy blanca que matizaba apenas con polvos y a veces con algo de color en los labios. La verdad es que no necesitaba más. De mi abuelo tengo menos recuerdos. Era un hombre serio pero muy afectuoso que adoraba a su mujer por encima de todas las cosas. Era abogado, pero no ejercía, se dedicaba al cuidado y explotación ganadera de una finca que tenía en Puertollano. La abuela le sobrevivió quince años. Por las tardes, desde que se quedó viuda, sentada en un gran sillón de espaldas a una ventana del despacho de mi abuelo en la casa de Madrid, leía el *ABC* y *Luz Divina*, que, como su propio nombre indica, era una revista religiosa. Y lo hacía todos los días, como si le siguiera esperando para comentar con él las noticias de la jornada. Le gustaba ir al cine y a veces me llevaba con ella, naturalmente después de asegurarse de que las películas no eran 3 ni 3R, ni mucho menos 4 —«gravemente peligrosa»—, calificaciones morales que no sé bien de dónde las sacaba, aunque supongo que las leería en esas publicaciones que repasaba con tanta dedicación en su sillón. También mis tías Nati y Pilar, que aún estaban solteras, me llevaban a menudo al cine. Ante mi insistencia tuvieron que llevarme tres veces a ver *Sissi*, luego *Sissi*

emperatriz y más tarde, por supuesto, *El destino de Sissi*. Sí, las vi tres veces cada una y si no las vi más fue porque cuando intenté que me llevaran por cuarta vez se negaron rotundamente, ofreciéndome a cambio *¿Dónde vas, Alfonso XII?*

—Esta también te va a gustar mucho. Es la *Sissi* española.

Y sí, también me gustó. Vicente Parra estaba guapísimo. Años después, cuando me contrató en su compañía teatral y nos hicimos amigos, nos reímos mucho cuando le conté cómo me había enamorado de él viéndole como el Francisco José español.

En cierta época, no recuerdo por qué ni por cuánto tiempo, tuve una «señorita de compañía». Se llamaba Manolita y era coja. Supongo que mi abuela la contrató para no tener que seguir yendo conmigo a ver más veces las sucesivas *Sissi*. Para conseguir ver las mismas películas repetidas veces, con Manolita seguía otra táctica. Como íbamos a los cines de programa doble y sesión continua —normalmente al Colón o al Príncipe Alfonso, que estaban en la calle Génova, relativamente cerca de la casa de la calle Pinar—, cuando acababan las dos películas «que ponían», yo insistía para que nos quedáramos a la siguiente sesión y a veces colaba, pero creo que era porque a Manolita también le gustaban mucho las películas de amor y lujo.

Una tarde, en uno de esos cines, en mitad de la proyección, un pervertido me cogió la mano y la llevó hasta sus genitales. Yo, embebida como estaba con la película, ni siquiera me di cuenta. Lo juro. Pero Manolita, que sí se había percatado, formó un escándalo de mil demonios. Yo no entendía las razones de aquel griterío, pero el caso es que los acomodadores se llevaron a aquel señor... y la abuela nos prohibió a Manolita y a mí volver al cine durante una larga temporada.

Años más tarde me la encontré. Trabajaba como señora de los lavabos en un restaurante de las afueras de Madrid. No la reconocí, pero ella se dirigió a mí y cuando me dijo quién era, volver a verla me dio mucha ternura y alegría. Le pregunté si seguía yendo al cine y me contestó:

—Solo para verte a ti.

Manolita tampoco me había olvidado.

* * *

Otra persona de mi infancia a quien recuerdo a menudo es Carmen, la costurera de casa de mi abuela. Venía los jueves por la tarde a repasar la ropa blanca y a veces también la de color. En aquella época tenía ya el pelo blanco aunque no debía de ser muy mayor. Lo llevaba recogido en un moño y llevaba las uñas muy largas pintadas de rojo. Era muy

menudita. La estoy viendo en aquel pequeño cuarto bastante oscuro, sentada a la luz de un flexo, cosiendo a mano o con la Singer. Me encantaba sentarme a su lado y ver cómo trabajaba. Cuando terminaba la jornada, mi abuela le pagaba su salario y le daba un plátano, dos huevos y una barra de pan. Carmen lo envolvía todo en un paño de cuadros blancos y rojos y se despedía hasta el jueves siguiente. A mí me daba pena que siempre le dieran lo mismo para su cena, pero a ella no parecía importarle la falta de variedad del menú porque nunca la oí quejarse. En aquellos años en España aún pasaba hambre mucha gente.

La chica de servicio de casa de mi abuela se llamaba Juanita. Era muy echada *palante* y me daba mucha cancha. Me hablaba de tú a tú, como si yo fuera de su edad, y eso a mí me encantaba. Si no recuerdo mal, Juanita era extremeña y yo creo que estaba enamorada de mi tío Pedro, porque le servía siempre la ración más grande al tiempo que le dedicaba su mejor sonrisa. El tío Pedro era escritor, guionista de cine y más tarde, de televisión, y en esos años cincuenta intentaba abrirse camino aunque no siempre lo conseguía. Juanita me decía:

—Tu tío vale muchísimo, pero le cuesta triunfar por culpa de Franco.

No sé por qué ella habría llegado a tal conclusión; yo era pequeña y no entendía qué es lo que quería decir, a pesar de que lo repetía muy a menudo. Fue una lástima porque cuando mi tío, Pedro Gil Paradela, consiguió un notable prestigio como guionista en TVE, y consagrarse definitivamente, Juanita ya no estaba en Madrid para verlo.

Un verano, antes de que Juanita desapareciera de nuestras vidas, estábamos ella y yo sentadas en un parque y de pronto me preguntó muy seria:

—¿A ti qué es lo que más te gusta?

Yo tendría entonces diez años más o menos, y creyendo que su pregunta se refería a la comida, contesté:

—La tortilla de patatas.

Juanita se echó a reír y dijo:

—Eso es porque aún no sales con chicos.

Me dejó boquiabierta. La verdad es que no sabía de qué hablaba. Por aquel entonces yo era, evidentemente, muy ingenua, pero años más tarde sí valoré en su justa medida la sabiduría de Juanita, aunque me sigue gustando muchísimo la tortilla de patatas.

Y hablando de tortilla de patatas, siempre, siempre, siempre, cuando mi abuela me llevaba a misa y a comulgar, yo le pedía a Dios que a la hora de la comida hubiera tortilla de patatas, pero rara vez

eran atendidas mis plegarias, así es que poco a poco fui perdiendo la fe. Pero fue muy poco a poco, y antes de volverme agnóstica tuve aún tiempo para querer ser monja de las que cuidaban leprosos en Molokai o para soñar con ir a África a cuidar «chinitos» y llevarles todas esas bolas de papel de plata que cuidadosamente guardábamos para ellos y que todavía hoy no sé para qué les servían.

Por lo demás, hice la primera comunión por los pelos. El catecismo del padre Ripalda se me resistía y mi abuela, que me había llevado la tarde antes a hacer una confesión general, me encerró en el saloncito rosa y me dijo que no saldría de allí hasta que me lo supiera de memoria y que si no me lo aprendía, no haría la comunión al día siguiente. El saloncito rosa se llamaba así por sentido común, sus sillones eran de raso de ese color, y no se usaba jamás, salvo quizás cuando venía alguna visita, y yo solo lo recuerdo por aquella tarde aciaga... y por una noche en que, sonámbula, fui a hacer pis en uno de aquellos delicados sillones de raso.

Hacia las nueve de la noche salí del saloncito rosa con el catecismo grabado a fuego en la cabeza y al día siguiente pude ponerme el precioso vestido y el tocado blanco que colgaban tentadores de una puerta y con los que por un rato me sentí Sissi. El hechizo solo duró hasta que fuimos a desayunar a California, la cafetería de moda, y el chocolate cayó sin piedad sobre mi falda de princesa. Fin del cuento.

* * *

Más o menos por esas fechas, mi padre había desaparecido del mapa y supongo que esa era la razón por la que yo vivía casi permanentemente con mi abuela. Cuando preguntaba por él, me decían que estaba en Italia. Trabajando. Por aquel entonces yo iba al Liceo Italiano, mi primer colegio. Un día, en mitad del recreo, me llamaron para decirme que mi padre había venido a buscarme. Me dio mucha alegría verlo y él me preguntó qué me parecería que nos fuéramos juntos de viaje a Italia. A mí me pareció una idea estupenda y del colegio nos fuimos en un taxi directamente al aeropuerto. No me extrañó nada ir sin mi maleta ni mi madre y, por lo tanto, no pregunté nada. Yo debía de ser una niña idiota.

Roma me pareció una ciudad preciosa, mi abuela italiana, un encanto, y me lo estaba pasando bomba. Me llevaron al parque de atracciones, me compraron ropa nueva e incluso recuerdo haber ido a la playa.

Un día, una semana después de llegar a Roma, desde el balcón vi a mi madre en la calle. Se dirigía al portal de la casa rodeada de *carabinieri*, en plan Anna Magnani en un drama neorrealista de

posguerra. Me puse muy contenta al verla.

—¡Mami, mami! —exclamé desde mi atalaya.

Ella se puso el dedo en la boca para indicarme que me callara. A los pocos minutos aporrearon la puerta de la casa al grito de:

—*Aprite a la giustizia!*

Entraron en tromba y mi madre, muy emocionada, me dijo:

—¡Ya estás a salvo, cariño!

Por lo visto, mi padre me había secuestrado. Las causas las desconozco. Solo sé que mi madre, siempre rodeada de *carabinieri*, me llevó al aeropuerto y volvimos a Madrid. De mi abuela italiana y de Juan Renzi nunca más tuve noticias.

Mi padre y mi madre anularon su matrimonio ante el Tribunal Eclesiástico de la Sacra Rota en España, siete años después de su boda. Fue una de las primeras anulaciones matrimoniales en Madrid. Se habían casado por todo lo alto y habían celebrado el banquete en el hotel Palace, el mismo que muchos años después sería cuartel general de policías e informadores en la infausta noche del 23-F.

Juan Renzi, mi padre legal, era un personaje curioso. Según mis familiares, un sinvergüenza. Estaba en Madrid en el momento justo y en el lugar apropiado. El mismo en el que estaba también mi madre haciendo *casting* para encontrar marido a la mayor brevedad posible y él reunía aparentemente las condiciones apropiadas. Elegante, atractivo, italiano, mundano, simpático y sobre todo dispuesto a casarse rápidamente. Mi madre, por su parte, era muy guapa, de buena familia y aparentemente adinerada, así que los intereses de ambos parecieron coincidir y en dos meses de casaron. Su hija, o sea yo, nació con algo de adelanto sobre lo previsible, ya que nueve meses antes de mi brillante aparición en escena, ellos ni siquiera se conocían.

Capítulo 2

A pesar de tantos avatares, mi vida transcurría más o menos felizmente. Un día mi madre, algo nerviosa, dijo que tenía que hablar conmigo. Yo tenía entonces nueve años. Me contó que había conocido a un señor rumano, viudo y con dos hijas, y que se iba a casar con él. Que a partir de entonces viviríamos todos juntos... y que lo hacía por mí. Así pasé de ser hija única con padre ausente y que vivía casi siempre con su abuela, a formar parte de una internacional familia numerosa bastante original.

Me adapté. La verdad es que yo todavía confiaba mucho en mi madre y, si ella decía que eso era bueno para mí...

Esa boda trajo a mi vida, como efectos secundarios, dejar la casa de mi abuela, a dos *hermanas* ya crecidas, y más tarde a mis dos hermanos y una nueva vivienda en la calle Columela, donde nos instalamos todos. Pero en esa casa íbamos a durar muy poco tiempo. Enseguida nos trasladamos a un piso en un barrio mucho más moderno, en las proximidades del estadio Santiago Bernabéu, en la prolongación de lo que entones se llamaba pomposamente avenida del Generalísimo. En mi recién estrenada vida de familia los cambios de domicilio serían constantes.

Constantino Faltoyano era, en esa situación, mi nuevo padre, y tengo que decir que fue siempre muy afectuoso conmigo. Sus hijas, Miki y Adriana, mis nuevas *hermanas*, no lo fueron tanto, aunque tampoco hubo mayores problemas entre nosotras. Al ser relativamente mayores, ellas hacían su vida y yo, más pequeña, la mía. Mi madre se esforzaba por complacerlas y no hacer diferencias entre ellas y yo. Así es que, a primera vista, la cosa podía funcionar. Mis nuevas *hermanas* y yo estrenamos, pues, nueva vida y también nuevo colegio.

El LAE (Liceo Anglo Español) era un colegio laico, elitista y bastante progresista comparado con lo que entonces había en Madrid. Estaba en la Colonia de El Viso, en la calle Guadiana, y, aunque era mixto, chicos y chicas estábamos en distintos edificios. José Luis Cuerda, que estudiaba allí por esa época, dice que me recuerda, pero debe de confundirme con alguna de mis *hermanas* porque él es dos años mayor que yo.

Con mi prima Olga, que en realidad era hija de un primo de mi madre, hacía cada día el recorrido desde casa hasta el colegio, porque vivíamos muy cerca. Cuatro veces por día recorríamos la parte baja de El Viso. Entonces los niños íbamos a casa a comer y volvíamos por la tarde al colegio para seguir las clases. Esos paseos diarios con Olga acabaron por unirnos mucho.

Los alumnos del LAE eran de postín: por aquellas aulas y al mismo tiempo que yo pasaron las hijas de Di Stéfano, el mítico delantero centro del Real Madrid, Lolita Flores, la hija de Lola Flores, y Cristina Narbona, que se convirtió en mi mejor amiga en esos años. Cristina era muy buena estudiante. La primera de la clase, vamos. Y yo la última. Está claro que la vida hace extraños compañeros de viaje. Pasábamos muchos fines de semana juntas, en mi casa o en la suya. Sus padres, que eran periodistas y unas personas maravillosas, tenían un precioso chalé en la calle Alfonso XIII. Las circunstancias de nuestras posteriores biografías nos separaron pronto. Creo que Cristina se marchó a Roma cuando su padre fue nombrado allí corresponsal del diario *Pueblo*. Muchos años más tarde volvimos a vernos casualmente en un cóctel en la sede de la Comunidad de Madrid y a las dos nos dio mucha alegría. Por entonces ella era la directora del Banco Hipotecario y yo una actriz bastante conocida. Tiempo después fue secretaria de Estado de Medio Ambiente y Vivienda en el último gobierno de Felipe González, y ministra con Rodríguez Zapatero.

Aunque yo fuera una niña algo lela y conformista, el hecho de ir a un colegio nuevo con dos hermanas postizas me resultaba algo inquietante. No quería sentirme diferente, quería ser *normal* y decidí que para conseguirlo era fundamental que mi apellido fuera el mismo que el de mis *hermanas*. Si no quería llamar la atención, tener un apellido diferente era raro, ¿no? Así que fue ahí, justo en ese preciso momento, cuando empecé a utilizar el apellido Faltoyano. Mi nombre, Fiorella, era como siempre me habían llamado en casa, desde que nací. Y así me siguen llamando mis hermanos y el resto de mi familia. Aunque en mis documentos figura Blanca. O sea, que mis compañeros del colegio ya me conocieron como Fiorella Faltoyano. No fue pues un nombre inventado para la actriz. Fue un nombre para una niña que no quería ser diferente al resto, nada más. Queda así desvelado uno de los misterios mejor guardados de mi biografía.

* * *

En el LAE estuvimos dos cursos y yo no aprobaba ni de casualidad. Un verano, la profesora de educación física y labores nos ofreció la posibilidad de pasar un mes en un albergue de la Sección Femenina, organización a la que ella —como todas las profesoras de gimnasia en aquellos años— pertenecía. El albergue estaba en Esplugas de Francolí, en el Monasterio de Poblet. A mí me pareció un planazo. Mi madre intentó disuadirme, pero tanta fue mi insistencia que al final me dejaron ir. Vino también una compañera y amiga, Ángeles Abella. La primera mañana nos despertaron a las siete en punto, nos vestimos y, siguiendo las instrucciones de las monitoras, salimos al patio a

formar. Allí, una vez alineadas convenientemente, empezamos a cantar el *Cara al sol*. Yo no me lo sabía porque jamás lo había oído, pero intenté disimular y coló bastante bien. El problema se presentó al acabar el himno y llegar a lo que se denominaba entonces *gritos de rigor*: teníamos que corear: «¡España, una!, ¡España, grande!, ¡España, libre!, ¡arriba España!». Y yo, que naturalmente no tenía ni idea de eso, grité brazo en alto:

—¡España, una!, ¡España, dos!, ¡España, tres!

Y no me dejaron decir nada más, claro.

El castigo fue de los que hacen época y, cuando me llamaron de casa para ver qué tal lo llevaba, lloré hasta la extenuación. Vamos, que me vinieron a buscar a los tres días y como ya habían planeado que yo no pasaría las vacaciones con ellos, me buscaron un colegio de verano, Pinosierra se llamaba, y allí me depositaron hasta que de nuevo empezaron las clases en el LAE.

Y en el campamento se quedó Ángeles, a la que sus padres no quisieron rescatar.

* * *

Una tarde, al llegar del colegio mis *hermanas* y yo, mi madre nos informó de que el próximo año ya no volveríamos al LAE. Nos íbamos de España. Los planes familiares eran trasladarnos a vivir a Ginebra (Suiza). Al parecer, la fábrica de la que era socio y copropietario *papá* en Madrid no iba bien, así que emprendíamos todos una nueva vida. El señor Faltoyano iba a asociarse con un amigo que vivía en Suiza y que creo que era judío porque se llamaba Levin. Para entonces ya habían nacido mis dos hermanos, Constantino y Mauricio, así que todos y también Juanita, que mi abuela había accedido a cedernos temporalmente, cambiamos otra vez de vida. No tengo claro que a Juanita ese cambio le hiciera mucha ilusión. A mí, desde luego, ninguna. Había conseguido adaptarme a las novedades, tenía amigas en el colegio y había empezado a tomar clases de *ballet* en el prestigioso estudio de Karen Taft, y no es que yo estuviera especialmente dotada para el *ballet* clásico, pero por lo visto tenía sentido del ritmo y algunos kilos que perder y aquello me gustaba. Además, mi profesora de baile, Cristina Alonso, era fantástica y me permitía actuar cada año en el espectáculo que ofrecíamos en el teatro María Guerrero como broche final del curso. Así que la idea de abandonar todo eso fue un palo para mí.

Naturalmente en aquella época lo que una niña de once años pensara respecto a los asuntos o proyectos familiares importaba muy poco. Me deprimí y empecé a echar de menos otros tiempos en que la vida era más estable y que yo identificaba con mi *padre* italiano, de

modo que hablé con mi madre y se lo conté. Ella, supongo que con la intención de animarme, me dijo sonriente:

—No estés triste porque echas de menos a tu padre, hija; porque él no es tu padre.

Así me enteré, a los once años, de que Juan Renzi no era mi padre biológico sino solo la persona que me había dado su apellido. La verdad es que no supe si alegrarme de la noticia tal como por lo visto pretendía mi madre... o echarme a llorar. En ese momento, creo que fruto del *shock*, no hice ninguna pregunta. Quizás por miedo a las respuestas o porque no se me ocurrió nada que preguntar. Luego, durante años, no he parado de hacer preguntas.

El piso en el que nos instalamos en Ginebra estaba en un barrio moderno y residencial. El frío era de narices, pero la ciudad resultaba maravillosa. Mi nuevo colegio era L'École Internationale de Génève y le saqué tan poco partido como al anterior, si exceptuamos que aprendí un buen francés y que, gracias al carné de estudiante con el que podía viajar en el tranvía tanto como quisiera, recorrí Ginebra de punta a punta en los muchos días en que hacía novillos, de modo que en el tiempo que estuve allí llegué a conocer la ciudad como la palma de mi mano.

No sé cómo sucedió. Supongo que con la intención de que aprendiera antes el idioma y mejoraran mis resultados académicos, mi madre me inscribió en una escuela de arte dramático para adolescentes y, mira por dónde, ahí sí me lo pasaba bien. E incluso rendía. El profesor era un viejecito bienhumorado que me hizo aprender mucha poesía francesa y después me enseñó a recitarla. Aún recuerdo de corrido muchos de aquellos poemas. Siempre pensé, cuando empecé a tener éxito en el cine, que debería ir a darle las gracias y a contarle que había *triunfado*.

Yo estaba cambiando. Ya era una adolescente y me empezaban a gustar más los trapos que las muñecas y, bien porque parecía mayor de lo que era o bien porque en Ginebra no pedían el carné de identidad, me dejaban entrar en los cines en los que se proyectaban películas *para mayores.* Además allí se estrenaban todas y sin cortes. No había censura, como en España. Así fue como pude ver en 1963 por primera vez una película de Buñuel, *Le journal d'une femme de chambre*, sobre la novela de Octave Mirbeau, y *Fedra*, de Jules Dassin, que me hizo cambiar de objeto de deseo. Ahora me gustaba Anthony Perkins mucho más que Vicente Parra. Pero, sobre todas, me gustó *Los paraguas de Cherburgo*. Sí, definitivamente, yo quería ser... ¡Catherine Deneuve!

Pero tampoco la placidez de mi vida entre hermosas montañas

nevadas a la que me estaba aficionando duraría mucho. Los negocios de *papá* con el señor Levin no estaban funcionando y, al parecer, además (dato nunca confirmado) se estaba arruinando a marchas forzadas por su afición al casino de Évian, pequeña ciudad-balneario cercana a Ginebra. Dudo de la total corrección de semejante idea porque si bien es cierto que a *papá* le gustaba jugar al bacarrá, lo de arruinarse por él son palabras mayores. En casa se oían discusiones en voz baja, escondidas y misteriosas para nosotros, los niños, pero discusiones al fin y al cabo. Yo no quería preguntar. Una vez más tenía miedo de las respuestas y de que la situación fuera a empeorar por mi culpa.

Y en estas, Juanita desapareció. Una mañana mi madre encontró una carta en la que le explicaba que se había enamorado del lechero y que nos dejaba. Así, sin más. No fue capaz de despedirse en persona. Supongo que Juanita, como yo, también tenía miedo. No la volvimos a ver nunca más.

Capítulo 3

Regresamos a España y digo a España, no a Madrid, donde siempre habíamos vivido. En efecto, *papá* se había arruinado y en esas circunstancias había que tomar decisiones drásticas. Lo fueron. Mi madre, que tenía algo de dinero personal de la herencia de su padre, decidió que había que empezar de cero y tenía planes. La idea era comprar un terreno en la Costa del Sol, que empezaba a ponerse de moda como destino turístico, y construir allí un hotel. Tomó las riendas de los negocios y de su matrimonio. Supongo que su marido no estaba en condiciones de contradecirla y aceptó el plan. Así fue como una vez más mi vida cambiaba radicalmente. Se acabaron las películas para mayores, se acabó mi francés, se acabaron mis recorridos en tranvía descubriendo Ginebra... y una nueva etapa tuvo que comenzar.

Málaga, mejor dicho, Torremolinos, fue el lugar elegido para instalarnos. Yo tenía catorce años —difícil edad— y un descoloque monumental. No sabía dónde estaba mi casa, ni quién era mi padre, ni qué hacer con mi vida, así que Torremolinos no me gustó. Nada de lo que había a mi alrededor en ese momento me gustaba.

El hotel Piscis se inauguró en 1965 y funcionó decentemente. Lo que ya no funcionaba tan bien era el matrimonio de los señores Faltoyano. Imagino que fue difícil para un hombre de negocios, acostumbrado a mandar y a tomar decisiones, aceptar su fracaso y someterse al yugo de mi madre, que era la que había puesto el dinero para la aventura malagueña, cosa que recordaba a su marido cada vez que él intentaba tomar el mando en algo. Pero de momento seguían juntos.

Mis hermanos Constantino y Mauricio crecían adecuadamente y yo acababa a duras penas mi bachillerato elemental y me convertía, poco a poco, en una chica de buen ver que no sabía lo que hacer con su vida. Pero mi madre lo vio claro. Se había dado cuenta de que yo quería ser otra, interpretando que puesto que en Ginebra iba contenta a las clases de arte dramático, mi deseo era ser actriz, decidió que había que profundizar en esa dirección y se puso en contacto con Ángeles Rubio Argüelles, mecenas, maestra de actores y propietaria del teatro ARA en Málaga. Creo, sin temor a equivocarme, que fue la mejor decisión que mi madre tomó con respecto a mí en toda su vida. Si es que no fue la única buena.

La escuela-teatro ARA se convirtió en mi tabla de salvación cuando amenazaba el naufragio y Ángeles Rubio Argüelles en mi segunda madre, si no en la primera. A ella le debo gran parte de mi

supervivencia en ese momento y de mi posterior aprendizaje como ser humano y como actriz.

Doña Ángeles, como la llamábamos todos sus alumnos, o Angelita para otros, era una mujer extraordinaria, diferente, millonaria y locamente enamorada del teatro. Había tenido una vida de película de amor y lujo, de esas que tanto me gustaban de pequeña; había viajado por todo el mundo y había conocido a los grandes del cine y de la cultura mundial. Por entonces vivía en un palacete precioso, Villa Carmen, en el paseo de Reding de Málaga, desde el que se veía cercano el mar. Durante diez años estuvo casada con Edgar Neville, con el que tuvo a sus dos hijos, pero cuando yo la conocí llevaban tiempo separados, que no divorciados. No hay que olvidar que la ley del divorcio no llegó a España hasta 1981. En la Málaga de 1964, doña Ángeles era un rayo de esperanza y su teatro un templo de libertad. Fue ella quien se empeñó contra viento y marea en la rehabilitación del Teatro Romano y posteriormente en ofrecer representaciones en él durante los veranos.

En la época en que la conocí ya tenía cincuenta y ocho años, pero era muy atractiva o al menos a mí me lo parecía. Era delgada, rubia —creo que natural— y se peinaba siempre igual, con un moño bajo y suave. Fumaba Kent continuamente con un especial estilo. Tenía mucho sentido del humor y le encantaba la gente guapa. En ARA todos los estudiantes eran guapos y vestían bien «por orden gubernativa».

Por Villa Carmen, su casa, pasaban —y a veces vivían— muchos de los que pintaban algo en la cultura teatral o literaria de la época en España. A menudo organizaba tertulias en su enorme y ecléctica biblioteca, en las que participaban personalidades como Víctor Ruiz Iriarte, Luis Escobar, Huberto Pérez de la Osa, Alfredo Marquerie, Tono, Fernando Moraleda o el propio Edgar Neville, ya que, a pesar de que llevaban años separados, doña Ángeles y él mantenían una relación exquisita.

Pasaba muchas horas en su teatro, que había mandado construir y equipar financiándolo todo con su patrimonio personal. Se ocupaba de las clases de dicción, de dirigir las obras que se estrenaban cada semana, del vestuario, de las clases de historia del teatro… Naturalmente había otros profesores, pero el alma era ella. El teatro era toda su vida y ARA era una escuela muy *especial*, muy *ella*.

Como parte del aprendizaje de los alumnos, casi cada semana se ponía en escena una obra y se presentaba con taquilla abierta al público. Autores y directores de prestigio del momento venían a la escuela a dirigir los espectáculos que representábamos los alumnos.

Calderón de la Barca, Lope de Vega, Shakespeare, José Zorrilla, Jacinto Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, José López Rubio, Agatha Christie, Tennessee Williams, Antonio Buero Vallejo, Alfonso Paso, Jaime Salom… eran algunos de los autores representados. También se montaban espectáculos musicales o se ofrecían recitales de poesía. A pesar de todo ello, el Ministerio de Educación, a cuyo frente estaba entonces Manuel Lora Tamayo, no le había concedido la licencia para examinar. Era una escuela privada y, en consecuencia, no podía emitir el título de licenciado en arte dramático para sus alumnos. Así que doña Ángeles nos preparaba pero los exámenes se hacían en la Escuela Oficial de Arte Dramático de Córdoba. El catedrático Miguel Salcedo era allí el responsable de aprobar o no a sus alumnos. La verdad es que todos aprobaban y muchos con premio extraordinario de fin de carrera (mi caso), de modo que todos los que estudiamos arte dramático en ARA obtuvimos el título en Córdoba.

A mi primera visita a doña Ángeles en el teatro ARA fui con mi madre. Doña Ángeles me hizo sentar frente a ella en un pequeño salón que había en el primer piso del teatro y me interrogó hábilmente. Creo que le caí bien. Yo era una niña-mujer muy vistosa y ya he dicho que a ella le gustaba la gente guapa. Quedamos en que volvería al día siguiente, ya sola, para hacer una prueba que no recuerdo en qué consistió, pero de lo que no hay duda es de que la superé porque inmediatamente quedé aceptada como alumna en la escuela.

* * *

Aquella tarde volví a casa muy contenta. Había dado el primer paso para llegar a ser otra, quizás muchas otras, y fue tal mi estado de alegría que descubrí que de repente se me había quitado el miedo a saber, o tal vez que mi necesidad de saber empezaba a ser más fuerte que mi miedo. Ese mismo día acribillé a preguntas a mi madre. Quería saber de una vez por todas quién era y dónde estaba mi padre. Pregunté un poco ansiosa y desordenadamente. Necesitaba saber toda la verdad sin darme cuenta de que eso nunca iba a ser posible. Con el paso del tiempo acabaría conociendo algunas verdades y muchas medias mentiras.

Creo que ella respiró tranquila. Habían pasado dos años desde su confesión de que el señor Renzi solo era mi padre legal, por lo que yo no tenía motivo alguno para llorar su desaparición. Probablemente, en ese tiempo se habría preguntado más de una vez por qué yo no quería hablar del asunto, por qué yo no había intentado saber nada más. Así es que respondió a todas las preguntas que le hice en ese momento.

Me contó que ella había tenido un novio y que iban a casarse. Que todo estaba preparado, que estaban locamente enamorados... Él

era amigo de la familia y medio pariente de mi abuela. Se llamaba Ramón Pardo Arias —esa fue la primera vez que oí ese nombre que tanto me ha visitado después— y era alcalde de Ferreira de Pantón, en Lugo, un pueblo muy cercano a Fiolleda, la casa familiar de mis abuelos. Las razones que llevaron a la ruptura de ese noviazgo tan querido por ellos, tan aceptado familiar y socialmente, y la urgencia con que se celebró su posterior boda con Juan Renzi, de momento quedaron sin respuesta. Y yo no me atreví a indagar más. El resto de las preguntas pendientes las guardé en el fondo del saco de las incertidumbres. Solo con el paso del tiempo iría construyendo la trama de aquella historia. Mi historia.

Sinceramente, estaba tan acostumbrada a cambios y novedades en mi vida y en las costumbres, que las circunstancias me obligaban a adoptar como propias, que la nueva entrega de las confidencias de mi madre no me removió excesivamente. De momento tenía bastante con aquellas respuestas y la perspectiva del primer curso de la carrera de arte dramático, por lo que seguí con mi vida y me incorporé inmediatamente a las clases del teatro ARA.

* * *

Mis compañeros eran estupendos y me acogieron con natural curiosidad. ¿De dónde había salido? ¿Por qué vivíamos en Torremolinos? ¿Por qué mi nombre era tan raro? Preguntas a las que yo respondía con medias verdades. Una vez más me resistía a ser diferente, diferente a ellos. Pero lo era. Me gustase o no, mi vida y mi familia eran distintas a las de los otros chicos de aquella escuela.

Enseguida surgió un inconveniente. Como ya he dicho, mi casa estaba en Torremolinos, y, aunque las clases eran por la mañana, los ensayos y las representaciones se hacían por la tarde y por la noche, de manera que yo tenía que coger a diario el Portillo cuatro veces y recorrer sesenta kilómetros entre idas y vueltas, lo que se complicaba aún más por las noches. Teniendo en cuenta que mi casa estaba bastante alejada de la carretera general Málaga-Torremolinos en la que tenía su parada el autobús, me veía obligada a recorrer un buen trecho andando.

Ante esa situación y respondiendo a su talante acogedor, doña Ángeles me ofreció su casa. Ya he contado que allí había frecuentemente amigos y gentes del mundo del teatro pasando a veces largas temporadas. La idea era que viviera con ella de lunes a sábado y que ella misma me llevaría en su coche hasta Torremolinos los fines de semana. Al fin y al cabo, doña Ángeles hacía ese mismo recorrido cada sábado para ir a comer con su madre, doña Carlota Alessandri, que vivía también allí. La mía aceptó aunque un poco a regañadientes,

pero yo vi que el cielo se abría ante mí. No solo iba a poder dedicarme a estudiar —sí, sí, a estudiar—, algo que me gustaba, sino que, al menos de lunes a sábado, me alejaba del hotel Piscis y del modo de vida que se había instaurado en mi familia. Lo interpreté como una señal de salvación. Y, en efecto, fue mi salvación.

Mi habitación en Villa Carmen era un sueño. Tenía una cama de matrimonio frente a un ventanal abierto a una terraza que miraba al Mediterráneo y un gran armario con enormes espejos. Cada mañana su doncella-ama de llaves, Ana, me traía el desayuno a la cama, pero como en el mundo no existe la perfección, lo que Ana me traía era té con galletas. A mí el té no me gustaba, pero, por supuesto, no dije ni mu. No es que yo hubiera vivido con escaseces, pero aquello era como pasar de un decorado de casa de clase media acomodada al decorado del palacio de Schönbrunn, la residencia de *Sissi emperatriz*, con doncella incluida. En fin, de película.

El dormitorio de doña Ángeles estaba «en otra ala» del palacio. A él me dirigía yo todas las mañanas, desayunada y acicalada, para saber en qué íbamos a emplear las horas previas al comienzo de las clases. Ella, aún acostada pero perfectamente arreglada y peinada, rodeada de la prensa diaria, me recibía con una sonrisa. Enseguida me contaba lo que haríamos, que frecuentemente era ir en busca de telas para confeccionar la ropa de escena o a comprar objetos de utilería para los decorados; y he de decir que en otras ocasiones íbamos a empeñar sus joyas. No era raro que de vez en cuando hubiera que hacer caja para los gastos del teatro. No he dicho todavía que en ARA no pagábamos las clases y que incluso aquellos alumnos que tenían dificultades económicas, o que doña Ángeles había reclutado en otros lugares alejados de Málaga, cobraban un pequeño sueldo. No es de extrañar, por lo tanto, que sus cuentas corrientes se encontraran de tanto en tanto en números rojos.

El 19 de octubre de 1963, como si fuera un regalo por mi decimocuarto cumpleaños, doña Ángeles me invitó a salir a escena por primera vez. Es cierto que la responsabilidad que me otorgaba era mínima, porque mi papel era diminuto, pero ¡qué regalo! Ensayamos diez días y el 29 de ese mismo octubre, por primera vez en mi vida, pisé un escenario durante una representación. Y la primera y última frase que pronuncié ese día fue:

—¡Señora, señora!... ¡Vengo muerta! ¡He visto saltar a un hombre por la tapia de la huerta!

Era el *Don Juan Tenorio* y yo hacía la novicia que informaba a doña Inés de tal suceso. Para celebrar convenientemente el acontecimiento vino toda mi familia desde Torremolinos, y todos sin

excepción dijeron que había estado extraordinariamente bien. No recuerdo que la prensa local se hiciera eco de aquel éxito resonante ni destacara que aquella tarde había nacido una maravillosa actriz.

Siguieron muchas otras frases en sucesivas representaciones de muy distintas obras. Fui la hija de *La malquerida* de Benavente, la heroína de *La historia de los Tarantos* de Alfredo Mañas, trabajé en *Lisístrata* y *La venganza de don Mendo*, canté y bailé en *Buenas noches, Bettina* y en *Cantando en primavera*... Por fin era otra. Muchas, muchas otras.

Algunos de mis compañeros se convirtieron en amigos. Juntos íbamos a la Feria de Agosto en Málaga o compartíamos momentos estupendos cuando viajábamos a examinarnos en Córdoba o a representar obras en otras ciudades. Incluso hicimos de extras en una película americana. El director, Jean Negulesco, de origen rumano, por cierto, iba a rodar algunas secuencias de *En busca del amor* en Torremolinos. Era una secuela encubierta de la famosísima *Creemos en el amor*. En vez de los amoríos de tres secretarias americanas en Roma, eran los escarceos de tres chicas americanas en Madrid, Toledo y la Costa del Sol. La protagonista era Ann-Margret (las otras dos eran Carol Lynley y Pamela Tiffin, pero esas no aparecieron por Torremolinos o al menos yo no las vi). Buscaban gente joven y guapa para los fondos de un número musical de Ann-Margret en la playa. Y naturalmente la encontraron en ARA. A mí me colocaron sentada en la playa, recostada en una barca sobre la que tenía que saltar Ann-Margret. Era muy guapa y tenía una larga melena, muy parecida a la mía, que llevaba suelta. Y ahí surgió el problema porque el ayudante de dirección vino hasta mí y me pidió que me recogiera el pelo. Y yo, ni caso... ¿*Cómo iba a hacer mi debut cinematográfico sin mi cabello al viento*?... Tres veces vino aquel hombre a intentar doblegarme sin conseguirlo. A la cuarta me informó de que si no seguía sus instrucciones, me cambiaría de sitio. Mis compañeros se morían de risa, así es que decidí hacer caso al ayudante. Me recogí el pelo. El director dio la voz de «¡acción!» y justo un segundo antes de que Ann-Margret saltara sobre aquella barca y sobre mí, me solté la melena. Y hoy se puede ver en la película mi estupenda melena. Bueno, lo cierto es que hay que fijarse mucho para vernos a mi melena y a mí.

Algunos de mis compañeros de entonces siguen siendo mis amigos hoy en día. Marta Puig, Raúl Sender y Oscar Romero están entre ellos.

* * *

A medida que mi autoestima iba tomando cuerpo, me fui sintiendo capaz de hacer más preguntas sobre lo que había ocurrido entre mis padres y las razones que impidieron que se casaran.

La boda estaba preparándose. Las familias estaban de acuerdo y se habían comprado los muebles del futuro dormitorio de la pareja. Se hicieron las amonestaciones. Pero surgió un problema. Ramón Pardo —de aquí en adelante, mi padre— vivía en el pazo de su propiedad en Ferreira de Pantón, en el valle de Lemos. Era además el alcalde del pueblo y nunca tuvo intención de vivir en Madrid ni seguramente tampoco los recursos económicos ni personales que hubiera requerido la vida en la capital en las condiciones que mi madre quería. Probablemente por ello, intentó forzarla a vivir allí en donde él se sentía seguro, en un pueblo de Galicia. Hubo batalla de egos entre dos personas orgullosas y malcriadas. Mi padre era hijo único y mi madre la hija mayor y ojito derecho de su padre. Y según la versión materna de 1965, mi padre, para presionar de una forma contundente a su novia, la dejó embarazada. La embarazada novia sacó su soberbia al cuadrilátero y lanzó un directo a la mandíbula del arrogante novio:

—¿Acaso te has creído que por estar esperando un hijo tuyo voy a someterme a ti? Pues estás muy equivocado.

El drama familiar está servido. No olvidemos que mi padre es amigo de mis abuelos, que la boda está preparada hasta sus últimos detalles, que estamos en 1949 y que, por si fuera poco, las familias en conflicto son bastante conservadoras. Y ante ese cuadro, mi madre decidió casarse. Pero con otro.

La nueva entrega de las confidencias maternas me produjo un desconcierto brutal. Siguiendo las leyes del melodrama, habría entendido, incluso me habría tranquilizado, que mi madre hubiese sido la pobre chica *seducida y abandonada*, pero *esto*... Esto no lo entendía... Si la hubiera abandonado su novio, ella habría estado exenta de culpa... Pero así... Para más inri, me enteré de que yo tampoco había nacido en Madrid como había creído hasta ese momento, sino en ¡¡¡Málaga!!!, en San Ramón, conocido también como Sanatorio del Dr. Bustamante, sito en el paseo del Limonar número 25 para más señas.

Así que... ¿era malagueña?... No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Por qué había nacido allí, si vivían en Madrid? La respuesta era obvia, habían elegido un lugar alejado de su vida cotidiana, para ocultar mi nacimiento unos meses. Mi madre me enseñó un papel que lo probaba y se ofreció a llevarme a ver aquel sanatorio en que vine al mundo, bastante antes de lo que hubiera sido decente. Decliné la invitación.

Y no hubo más preguntas.

Naturalmente, de todo esto no dije una palabra a nadie. Envolví amorosamente en papel de seda todos esos datos que acababa de

conocer, y con ellos, mi desconcierto. No tenía entonces recursos personales suficientes para procesar tan valiosa información. Así que guardé aquel paquete en *el cuarto de atrás* e intenté olvidar.

Capítulo 4

El primer beso *de amor* fuera del escenario me lo dio un chico que se llamaba Alfredo. Era bastante mayor que yo. Esa siempre ha sido una constante en mi biografía amorosa. Fue una tarde en un parque y me acordé de Juanita. La cosa no pasó a mayores. Me enamoré, eso sí, pero solo un poco. Alfredo me resultó muy útil porque me enseñó a conducir. Tenía un coche estupendo al que fundí el motor. Cosas del aprendizaje. Al acabar aquella relación ya era una *señorita conductora*, tal como había previsto la abuela, y no sería inexacto que hoy siguiera definiéndome como una *señorita conductora*.

Alternando con aquella incipiente vida amorosa seguía con mis felices rutinas: las clases, los estrenos de funciones, los paseos mañaneros con doña Ángeles... Y así pasaron tres años. Todos los chicos de ARA estábamos contentos en la escuela, o al menos eso siempre he creído yo. Se respiraba un buen ambiente de libertad sabiamente controlada por la suave auctóritas de doña Ángeles, y de cultura, pero el objetivo de casi todos nosotros era ya volar, convertirnos en profesionales e ir donde estaba el trabajo de los actores: Madrid. Y yo fui de las primeras en hacerlo a pesar de ser la más joven.

Luis Escobar, marqués de las Marismas del Guadalquivir, autor y director teatral de enorme prestigio en el mundo de la escena, ocasional director de cine y muchos años después brillante revelación como actor a raíz de su encarnación del marqués de Leguineche en la saga de *La escopeta nacional* de Berlanga y Azcona, vino a Málaga para dirigir su obra *El amor es un potro desbocado* en el teatro ARA. Tomó buena nota de los actores y actrices que allí estábamos y se marchó. Algún tiempo después, él y Fernando Moraleda, como director musical, buscaban actores, ahora diríamos hacían *casting*, para el espectáculo *La bella de Texas*, que producía y protagonizaba Nati Mistral. La obra era una adaptación, forzada por la censura, de *La corte de Faraón*. Se había estrenado un año antes en Barcelona y ahora llegaba a Madrid. Los protagonistas eran Pedro Osinaga y, naturalmente, Nati Mistral. Buscaban una chica que cantara, que pudiera bailar y que *hablara* bien. Luis Escobar y Fernando Moraleda, que también me conocía de cuando había venido a ARA a montar los números musicales de *Cantando en primavera*, le hablaron a Nati de mí. Me hicieron llegar su propuesta a través de doña Ángeles y ella fue quien se encargó de llamar a mi madre para comunicárselo. Ni a una ni a otra les gustó la idea y trataron de quitármela de la cabeza argumentando que tenía pendiente el examen de fin de carrera, que

era muy joven aún, menor de edad, que tenía mucho tiempo por delante y que no sería esa la última oportunidad que iba a tener, sino solamente la primera y, en fin, que me lo pensara bien.

Como tantas veces en mi vida, yo me resistía a pensar. Siempre fui miedosa y ya entonces sabía que si pensaba no actuaría. Necesitas irte, me dije, no pienses, actúa, convéncelas. Y las convencí. Juré a doña Ángeles que volvería para examinarme y que también volvería para trabajar nuevamente en ARA. Acepté de muy buen grado la orden de mi madre de vivir en casa de mi abuela mientras el espectáculo estuviera en cartel en Madrid. Y no juré que había matado a Manolete porque entonces yo no sabía quién era ese señor. Conseguí irme. Al fin y al cabo, volvía a *mi casa.*

Mi abuela estaba encantada y horrorizada a partes iguales. Tenerme de nuevo con ella la hacía feliz, pero ¿actuar?... ¡Y en una revista...! ¿De dónde había sacado su nieta esas inclinaciones? En nuestra familia nunca había habido nadie que se dedicara a eso. Lo de mi tío Pedro era distinto. Escribía películas pero no era *corista.* ¡Y con solo dieciséis años!

—Cumplo diecisiete el mes que viene —argumentaba yo para tranquilizarla.

—Y seguro que la obra es para mayores de dieciocho. ¿Cómo vas a actuar en un espectáculo en el que ni siquiera te dejarían entrar como espectadora?

En fin, allí estaba yo respondiendo a mi abuela como mejor podía y quitando hierro a la obra en la que iba a hacer mi flamante debut. NO era una revista, era una comedia musical. Nati Mistral NO era una *VEDETTE* y yo no iba a ser UNA CORISTA QUE ENSEÑABA LAS PIERNAS; iba a interpretar un personaje, aunque eso sí, como era una comedia musical, cantaría y bailaría.

Para la firma del contrato, mi madre y mi padre —por entonces, el señor Faltoyano— se desplazaron a Madrid. Me iban a pagar 700 pesetas semanales durante tres meses y Nati Mistral prometió cuidarme como a la niña de sus ojos y velar, en la medida de sus posibilidades, claro, por mi virginidad. Mi personaje era una de las tres viudas de *La corte de Faraón*, que al fin y al cabo era la obra que estábamos ensayando, cuyo título había sido cambiado, como ya he contado, por imperativos de la censura, que en su delirio hiperprotector de nuestras buenas costumbres había impuesto otros muchos cambios. Las otras dos viudas eran Esperanza Roy y Pilar Clemens. El galán era Pedro Osinaga, como también he dicho. La obra iba a estrenarse en el teatro Eslava de la calle del Arenal, que más tarde se convirtió en la discoteca Joy Eslava y, según creo, eso sigue

siendo. Yo no voy.

Los ensayos iban bien y me lo pasaba estupendamente. La adaptación que se había hecho trasladaba la acción de Egipto a Texas, como sugería el nuevo título, y los números musicales eran divertidos y el vestuario, precioso. En fin, todo era una pasada pero muy ingeniosa. Fue un éxito. Mi abuela vino al estreno, no sin alguna reticencia, y quedó satisfecha. La niña no estaba haciendo ninguna barbaridad. Es más, sin levantar la voz me dijo que lo hacía muy bien. Eso no impidió que ella adoptara una actitud cautelosa y vigilante. Me permito recordar al posible lector que en aquella época y hasta 1972 en el teatro en España se hacían dos funciones diarias y no había descanso semanal. La función de la tarde era a las siete y la de la noche empezaba a las once y terminaba a eso de la una de la madrugada. Y a la una y veinte, por imperativo de la ley de la abuela, yo tenía que estar en casa. Ella ya había calculado que ese era el tiempo necesario para llegar desde las proximidades de la Puerta del Sol a la calle Pinar semiesquina a María de Molina. Así que a mí no me quedaba otra opción que salir a todo correr hacia Sol para coger el autobús e intentar llegar a casa a la hora exigida. No siempre lo conseguía y cuando me retrasaba diez minutos encontraba a mi abuela asomada al balcón, oteando el horizonte para verme llegar. Ahora pienso en lo cansado que tuvo que ser para la pobre *mamaíta* —así le gustaba que la llamara—, verse obligada a trasnochar a su edad por mi culpa.

Sin embargo, una noche obtuve un permiso especial. Me iban a hacer una entrevista en la radio. Era en la cadena SER, en un programa que dirigía y presentaba Joaquín Prat en directo y de madrugada. Si no me falla la memoria, creo que se llamaba *Radio Madrid Madrugada* y lo oía todo el mundo... ¡Mi primera entrevista! Pilar Clemens le había hablado de mí a Joaquín. Mi abuela dio el consentimiento y ese fue el inicio de mi relación con los medios de comunicación.

Las cenas entre función y función eran casi siempre en el camerino de Nati y para mí eran muy amenas. Me hice amiga de Pilar Clemens y, como no podía ser de otra manera, me enamoré de Pedro Osinaga. Él ni me miraba. Bueno, sí me miraba, pero con simpatía. Nada más. Como a una niña. La verdad es que en la compañía todos me miraban así, pero cuidaron de mí y aún hoy, a estas alturas del partido, cuando veo a Nati en algún acto, siempre me sorprende contándole a quien esté delante que yo era una niña cuando debuté con ella. Y lo cierto es que lo era.

Pasamos el fin de año de 1966 en escena, tomando las uvas con el

público. Mi obsesión durante los tres meses largos que duró *La bella de Texas* en cartel era que aquella etapa no se convirtiera en un paréntesis en mi vida. No quería volver a Málaga de ninguna manera. Pero doña Ángeles me reclamó. Me pidió que participara en un montaje para el Festival de Teatros no Profesionales que se celebraba en Valladolid. Acudí a su llamada cumpliendo con mi compromiso de volver a ARA para trabajar. Volví a ARA, pero no a Málaga. La obra elegida era *El vano ayer*, de José María Rodríguez Méndez, y para desplazarnos a Valladolid compartimos autobús con el grupo de teatro de Sevilla que también participaba en ese festival y conocimos a Alfonso Guerra, que a la sazón era el director de la compañía. Había mucho pique entre los malagueños y los sevillanos, pero él me pareció simpático. Unos cuantos —bastantes— años más tarde, cuando era el todopoderoso vicepresidente del Gobierno socialista, recibió en el Congreso de los Diputados con motivo de la discusión de la ley del cine a algunos actores entre los que estaba yo. Por cierto, fue el único representante político que tuvo esa deferencia.

En mi empeño de no volver a Málaga me devané los sesos y me desollé los pies buscando trabajo en Madrid. Tenía a mi favor algunas cosas. Era bastante aparente, había conocido en ARA a algunos directores de teatro y de televisión que estaban en activo en Madrid, hacía mi trabajo razonablemente bien, tenía una enorme práctica en estudiar textos y mucha seguridad para pisar el escenario. Con ese bagaje dedicaba las mañanas a buscar trabajo para cuando se acabaran las representaciones de *La bella de Texas* y, como me habían dicho que era importante contar con un representante artístico, me puse también a la tarea de encontrar uno.

Televisión Española acababa de trasladarse del viejo edificio del paseo de la Habana a su nueva sede al otro lado de la Casa de Campo. Enseguida los españoles nos familiarizamos con el nombre de Prado del Rey. Y a Prado del Rey, donde se grababan los *Estudio 1* y las *novelas*, iba yo muchas mañanas a ver si veía en los pasillos a alguien que conociera de Málaga. Y así encontré a Alfredo Castellón y a Narciso Ibáñez Serrador. Naturalmente —a eso iba yo a allí—, les pedí trabajo y los dos me lo dieron. No podía imaginar entonces que durante los siguientes diez años prácticamente no saldría de los estudios de Prado del Rey y que durante toda mi vida no dejaría de trabajar en ese medio. Creo que mi primera grabación para TVE fue *La rima* de Gustavo Adolfo Bécquer, que dirigía Alfredo, y durante esos primeros diez años participé en más de cien programas en varios géneros y asumiendo también distintas responsabilidades. Es bien cierto que no eran muchos los actores que fueran capaces de estudiar

y rodar (o más precisamente, grabar, puesto que aquellos *dramáticos* se hacían en vídeo, no filmados en cine) a la velocidad y en las condiciones en que lo hacíamos. Eso explica que los repartos se repitieran una y otra vez, porque la capacidad de estudio, la memoria y la seguridad en escena y con el texto se valoraban enormemente. Entonces grabábamos en bloques muy largos sin cortes posibles. Cada vez que había algún error, ya por culpa de los técnicos o por una *caída del texto* de alguno de los actores, había que repetir desde el principio. Y aunque esté mal que lo diga, yo dominé aquella técnica desde el primer momento.

Sin embargo, y sin que yo entendiera por qué, hubo un pequeño paréntesis en aquella continuidad. El teléfono dejó de sonar. Nadie llamaba para contratarme. Un realizador amigo mío me dio la clave. Había intentado reclutarme para darme un papel en una *novela* pero en el departamento de contratación le dijeron que alguien me había vetado. He de explicar que, aunque los realizadores eran los que hacían los repartos de las obras que iban a dirigir en Televisión Española, el departamento de contratación de artistas tenía siempre la última palabra, lo que suponía una manera de tener no solo el control económico, sino también el control ideológico. Las excusas que daban al realizador de turno para no aceptar un nombre propuesto eran muy variadas. Normalmente no se decía abiertamente «no contratamos a ese rojo». No. Más bien se decía «fulanito no puede ser porque está de gira», o bien «fulanito está enfermo», excusas peregrinas que los realizadores sabían que eran falsas pero con las que tenían que conformarse.

Pero el caso es que yo no era *roja*, ni había dado públicas muestras de ello aunque tuviera amigos que sí lo eran. Llegué a la conclusión de que el problema debía de ser otro y no alcancé a comprender por qué me habían incluido en una lista negra hasta que alguien me lo explicó: yo había rechazado un trabajo en el teatro en una obra que producía y dirigía un conocido señor que a su vez era un asiduo y poderoso realizador en TVE. Por lo visto, mi negativa no le gustó nada e hizo valer su influencia en el departamento de contratación de actores, pidiendo que me castigaran un poquito. Esa era la explicación de la *avería* de mi teléfono.

Cuando lo supe me puse como un tigre. Creo que en general tengo buen carácter, pero las injusticias, la mala educación o la grosería, ya sea conmigo o con otros, siempre me han sacado de quicio. Y aquello era, sin duda alguna, una injusticia. Decidí coger el toro por los cuernos y, ni corta ni perezosa, pedí una cita a Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo, departamento al que estaba

adscrita TVE, y me la dieron.

Fiorella Faltoyano: Perdone que le moleste, señor ministro, pero me ha ocurrido una cosa muy grave en TVE. Me han vetado por esto y por esto otro...

El ministro: ¿Qué me está diciendo usted, señorita?

Fiorella Faltoyano: Lo que oye.

El ministro (levantando el auricular del teléfono que hay sobre su mesa): Póngame con Adolfo Suárez.

Se hace un silencio en espera de la conexión, lo que la autora aprovecha para recordar al lector que en el momento en que transcurre esta escena Adolfo Suárez acababa de ser nombrado director general de TVE.

El ministro: Adolfo, tengo aquí delante a una señorita que es actriz... ¿Cómo dice que se llama usted?

Fiorella Faltoyano: Fiorella Faltoyano.

El ministro: Tengo delante a una señorita que es actriz y que dice que está vetada en televisión y que la quitan de los repartos. Se llama Fiorella Faltoyano.

Problema resuelto.

Capítulo 5

Después de mucho penar, encontré al que sería mi representante durante más de treinta años: Lorenzo Iglesias. Era un hombre de prestigio en el mundo del espectáculo y muy serio en su vida personal. Representaba nada menos que a Alfredo Landa y a algunos más de parecida categoría artística. Lorenzo aceptó apostar por mi carrera.

A mí me parecía que las cosas iban por buen camino, pero mi madre no opinaba igual. «¿Cómo que un representante? ¿Quién es ese señor? ¿Para qué te va a servir? Y encima se llevará parte del dinero... Y, sobre todo, ¿va a decidir por ti un señor que no conocemos de nada?». Lo que quería decir que ella decidiría menos. En fin, que presionó con lo que tenía más a mano: ella no daría ni un duro, así que si quería ser independiente y tomar tan temerarias decisiones, tendría que ser con mi dinero. Bueno. Eso no era un obstáculo insalvable porque yo vivía en casa de mi abuela y gastaba menos que un diabético en pasteles. Además, en palabras de mi hijo, que me toma el pelo sobre ello, siempre he sido una *ratilla*, o sea, muy cuidadosa en mis gastos y ya entonces tenía algo de dinero ahorrado.

Al no dar resultado su estrategia de meterme el miedo en el cuerpo, mi madre intentó convencer a mi abuela para que me *echara* de su casa y así presionarme un poco más, quién sabe con qué finalidad concreta; pero no llegó la sangre al río porque mi abuela se negó en redondo y yo seguí cómodamente instalada en el dormitorio que había pertenecido a mi tío Pedro, que ya se había casado y por lo tanto ya no vivía en la casa de la calle Pinar.

Sin embargo, aquello fue una buena lección. No creo que las enseñanzas que saqué entonces coincidieran con lo que mi madre pretendía con aquellas maniobras, pero lo cierto es que gracias a ella aprendí algo que luego he tenido siempre presente: la libertad y la independencia, muy especialmente para las mujeres, no es posible sin autonomía económica. En la vida no puedes tomar tus propias decisiones con la necesaria libertad si es otro el que corre con tus gastos. Eso me ha valido para el resto de mi vida.

La relación con mi madre seguía siendo muy complicada. Ella temía por mí, pero, sobre todo, notaba que me iba escapando de su control y yo, sin llegar aún a entender lo que con los años iría comprendiendo, me estaba dando cuenta de que, si quería sobrevivir y empezar a construirme a mí misma, tenía que alejarme de ella. Pero no era tarea fácil.

Fracasado su primer intento, la nueva estrategia de mi madre consistió en ponerse enferma y nos dijo a todos que le habían

diagnosticado un tumor en la hipófisis. Yo no sabía ni dónde estaba eso, pero me asusté. El caso es que había que ir a Nueva York a consultar a un famoso especialista del que le habían hablado a ella y, obviamente, yo tenía que acompañarla. Pese al tono de alarma con que describía su mal, enseguida caí en la cuenta de que la situación no parecía de vida o muerte porque ella misma organizó que nos fuéramos en un crucero en el *Cabo San Vicente*, que tardaba diez días en llegar a la Gran Manzana. Embarcamos en Lisboa y a la altura de las islas Azores yo aún seguía en el camarote vomitando. Le propuse que me dejara desembarcar y, en lugar de hacerme caso, llamó al médico del barco. Tenía unos veintiocho años y era guapísimo. Después de darme una pastilla para el mareo, me invitó a compartir con él la mesa en la cena del capitán que se celebraría esa noche. Mano de santo. Aunque mi madre no se alegró de mi curación porque durante el resto de la travesía no me volvió a ver el pelo.

Y esto sí que no lo entiendo: tampoco se alegró con el diagnóstico de la eminencia americana, que fue tajante:

—Señora, no hay tumor alguno en su hipófisis.

Nueva York me pareció grandiosa.

* * *

Estábamos en 1967 y Lorenzo Iglesias me consiguió mi primer papel en el cine. Fue en la película *Club de solteros*, una comedia costumbrista que dirigía Pedro Mario Herrero y que tenía un reparto de lujo: Carlos Estrada, el actor argentino que acababa de tener un gran éxito con *La tía Tula*, Sancho Gracia, María Luisa San José, José María Prada... y yo, que no era de tanto lujo, pero sí muy prometedora. El rodaje se desarrollaba en Carabaña, un pueblo cercano a Madrid. Era invierno, hacía un frío aterrador y además la mayor parte de la filmación se hacía por las noches, pero aquello era maravilloso, o al menos a mí me parecía maravilloso. Era mi primera película.

Lo hice fatal y salí gordísima en pantalla. No tenía ni idea de lo que era el cine —mi formación hasta entonces había sido exclusivamente teatral—, no sabía lo que era el rácord y encima me oscurecieron el pelo y me recogieron la melena, lo que hasta entonces no había conseguido ni Negulesco. A pesar de todos estos percances tuve tiempo de enamorarme de Carlos Estrada, que, como antes Pedro Osinaga, no me hacía el menor caso, y me hice novia del productor.

Había cumplido dieciocho años. Alejandro Ortega, el productor, tenía treinta. Era su segunda película y creo que no hizo más, pero desde luego no por mi culpa, sino más bien porque el cine solo le interesó como aventura y no debió apetecerle seguir adelante con ella.

En realidad, su economía personal se asentaba en una fábrica de tornillos de la que era propietario, cosa que dio pie a mi madre para en adelante referirse a él como *el chatarrero*. Cuando empezamos a salir juntos descubrí que conducía un buen coche, lo que me venía muy bien para continuar el aprendizaje ya muy adelantado tras mi anterior escarceo sentimental. Gracias a eso pude examinarme enseguida y sacar el carné de conducir a la primera. Alejandro era muy buena persona y llegó a enamorarme. Mi hermano pequeño, Mauricio, que aún recuerda sus regalos, me insistía:

—Cásate, cásate con el chatarrero, que es muy *chuli*.

Yo me reía pero, a lo tonto, cuando me quise dar cuenta, ya estábamos hablando del piso que compraríamos. Su familia y él mismo eran muy conservadores y a la hora de hablar de matrimonio, el que yo fuera actriz era un inconveniente serio. Las actrices, ya se sabe... Así que él no tardó en dar insistentemente la batalla: yo debía ir pensando en dejar este mundillo.

Una tarde fui a visitar a una amiga que estaba enferma en cama. Mi amiga vivía en unos apartamentos de esos que se alquilan por temporadas cortas. En el *hall* del edificio estaba yo esperando el ascensor cuando se abrieron las puertas y apareció la hermana de mi novio. Me miró e hizo como si no me hubiera visto, con la esperanza de que quien no la hubiera visto a ella fuera yo, igual que cuando los niños pequeños jugando al escondite se tapan los ojos creyendo que así no les encontrarán. Era mayor que Alejandro y estaba casada, pero su acompañante, el hombre que salió con ella de aquel ascensor, no era su marido. Nada de particular, salvo que para ella las gentes de mal vivir éramos las actrices. Yo, ingenuamente, lo puedo asegurar, le conté a mi novio que me había encontrado a su hermana y me dolí de que no me hubiera saludado. Y se descubrió el pastel. Se armó la mundial, ruptura de mi noviazgo incluida. Había sido una bonita relación *formal*. En todos los sentidos.

Si quien me lee estaba esperando que confesara que con aquel novio perdí la virginidad, siento defraudarle. No fue así, pero tampoco espere el lector encontrar más adelante ninguna confesión de ese tipo. Si está interesado en esos temas, le sugiero con toda modestia que abandone la lectura de estos recuerdos y se entregue con total dedicación a la contemplación de cualquiera de los muchos programas de televisión que se ocupan de estos temas.

Diez años después de nuestra ruptura, con motivo del estreno de *Asignatura pendiente*, recibí una larga carta de Alejandro, en la que me decía que ahora había entendido mi empeño en seguir con mi carrera de actriz; que había valido la pena y que me seguía recordando y

queriendo. No se había casado y creí comprender, por el tono de sus palabras, que no era feliz. Nunca he sabido si algún día llegó a serlo.

* * *

Seguía en contacto con doña Ángeles. Sabía muy bien que se alegraba sinceramente de que mi carrera hubiera empezado a caminar, aunque ello hubiera supuesto para ella haber perdido una alumna a la que tenía mucho cariño. Supongo que cada vez que uno de sus chicos/as emprendía el vuelo y se alejaba de ARA, ella se sentiría orgullosa y un poco triste. Cuando venía a Madrid, siempre me llamaba y salíamos a comer juntas. Se hospedaba en el hotel Emperador, que estaba en la Gran Vía. En una de esas ocasiones me llevó a una joyería y me dijo:

—Escoge algo, que quiero hacerte un regalo. Me gustaría que tuvieras siempre un recuerdo mío.

Le contesté, más o menos balbuciente y emocionada, que ella ya me había dado mucho más de lo que se podía esperar. Me había dado su cariño y los conocimientos necesarios para empezar a conducir mi vida, para poder construirme y no solo como actriz. ¿Cómo podría olvidarla?

Era cierto. Nunca la he olvidado. Muchas veces pienso que cada vez que he estado en una circunstancia adversa he tenido la suerte de encontrar un salvavidas, y doña Ángeles lo había sido para mí.

Ese día, a pesar de mi resistencia, me regaló una sortija con una perla negra que conservé hasta que los ladrones que entraron en mi casa veinticinco años después decidieron quedársela.

Capítulo 6

En 1968 me fui de la casa de Pinar. Mi madre tenía un apartamento vacío y se lo alquilé. Por entonces ella empezaba a pensar, si es que no lo había pensado mucho antes, que el que yo fuera *famosa* podía ser una puñalada en el corazón de mi padre —el de verdad— y decidió colaborar al desarrollo de mi carrera de actriz dejándome su piso a buen precio. También, tengo que reconocerlo, me regaló mi primer coche, un Seat 850 Sport, con el que me desplazaba a Torremolinos cuando tenía algunos días libres. Siempre me ha gustado mucho conducir y creo que lo hago bien, pero en 1968 la carretera Madrid-Málaga era un infierno y no había viaje en el que no tuviera que recurrir a algún amable camionero para que me ayudara a cambiar la correa del ventilador, artilugio que ignoro si actualmente ha sobrevivido a los avances tecnológicos. He dicho que conduzco bien, no que me guste la mecánica.

Mi nuevo piso estaba en la calle Pradillo, lejos del elegante barrio de casa de mi abuela, pero era un ático cómodo con una hermosa terraza. Esa casa se convirtió enseguida en frecuente refugio del primer viaje de los compañeros de ARA que iban llegando a Madrid después de mí. Viví allí escasamente un año. Luego mi madre lo vendió para comprar otro mejor en Cea Bermúdez, que también me alquiló a buen precio.

Y entonces surgió una oportunidad laboral que me apeteció mucho. Se trataba de sustituir en el teatro a Encarna Paso en *Solo Dios puede juzgarme*. La obra se había estrenado en marzo de 1969 en el teatro Infanta Isabel y para la gira de verano iban a sustituir a los actores que no querían salir de Madrid. El autor era Emilio Romero, que por entonces alternaba su vocación de dramaturgo con la dirección del diario *Pueblo*. El argumento se basaba en la historia real de Carmen Díez de Rivera, futura jefe de Gabinete y mujer de confianza de Adolfo Suárez cuando este llegó a La Moncloa en 1977 como presidente del Gobierno. Era una historia de amor entre dos hermanos que no saben que lo son y el consiguiente drama que se produce cuando ellos se enteran de la verdad.

El protagonista y productor era Vicente Parra, a quien solo conocía de haberlo visto en el cine haciendo de Alfonso XII. La gira era dura; antes siempre lo eran pues normalmente se salía de Madrid y no se regresaba hasta meses más tarde. Toda la compañía viajaba en autobús y en cada plaza en que actuábamos los actores debíamos esperar después de la representación a que los técnicos desmontaran los decorados, porque tanto ellos como el propio decorado viajaban

con nosotros por la noche, para llegar al amanecer a la siguiente ciudad que, casualmente, siempre estaba en la otra punta de la península Ibérica.

Había ensayado escasamente y, por primera vez, me preocupaba un personaje. Además Vicente me impresionaba. Iba a trabajar con una estrella del cine y supongo que el lector no habrá olvidado que había sido uno de mis primeros amores. Era muy amable conmigo y decidió que para el estreno de gira, que iba a ser en San Sebastián, él y yo iríamos en avión. Pero Vicente no estaba pasando por un buen momento personal y, un segundo antes de que la azafata nos invitara a que nos abrocháramos el cinturón, se produjo el siguiente diálogo:

Vicente: ¿Sabes una cosa?

Yo: ¿Qué?

Vicente: No me importaría nada que se cayera este avión.

No supe qué decir. No me sentía autorizada a indagar. Aún no teníamos confianza y bastante tenía yo con mis miedos a volar y a estrenar el día siguiente. Así que el resto del viaje lo hicimos en silencio. Y, afortunadamente, sin caernos. Pero el caso es que me quedé muda, literalmente. Y para poder estrenar me tuvieron que poner una inyección de Urbasón.

Fue una gira larga y Vicente y yo nos hicimos muy amigos. Me trataba maravillosamente bien. Si mi presupuesto no alcanzaba para pagar los hoteles a los que iba él, cosa que ocurría con harta frecuencia, él me pagaba la habitación en su hotel, y cuando habíamos tenido una buena taquilla me regalaba algo. Habitualmente, después de la representación, cuando no había que viajar, íbamos a tomar copas. Yo, normalmente, zumos y él mucho whisky. Así, poco a poco, me fue contando cosas sobre sí mismo. Era un hombre de personalidad complicada y un bellísimo ser humano —también por dentro— pero no había podido aceptar su homosexualidad y eso le torturaba. De puertas afuera era un galán que enamoraba a las mujeres y una gran estrella del cine y del teatro, pero por dentro era como un niño pillado en falta, siempre temeroso de que le descubrieran. En esa gira me convertí en su paño de lágrimas. Cuando volvimos a Madrid, tres meses más tarde, nos queríamos mucho.

* * *

Por aquella época, dado que mi abuela ya no me esperaba en el balcón, empecé a salir por la noche, aunque no mucho, la verdad, porque casi siempre madrugaba para ir a grabar a Televisión Española y además no me gustaba el alcohol, así es que mis juergas eran bastante comedidas. Tenía entonces una amiga que era actriz y dobladora, Gloria Cámara, y con ella iba a menudo. Una de esas

noches me salió un admirador. Era bastante mayor que yo, pero ese no era el problema, porque siempre me han gustado mayores. Me enviaba ramos de flores y en el centro de ellos solía encontrar una cajita de alguna importante joyería con *algo* carísimo dentro. Era guapo e inteligente, algo depresivo, muy rico y bastante cursi. Tenía un coche impresionante y un avión privado. También tenía una mujer y varios hijos... y mucha tenacidad. A pesar de su mucha admiración por mí y sus muchísimos intentos, nunca llegamos a salir solos. Yo lo evitaba. Siempre nos acompañaban amigos y su inseparable secretario y guardaespaldas. Era Ramfis Trujillo, el hijo del dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo. Quien desee saber algo más sobre estos señores puede consultar la Wikipedia o leer *La fiesta del chivo* de Mario Vargas Llosa, opción esta que recomiendo vivamente. Yo entonces no sabía quién era él, ni mucho menos su padre, pero sí tenía claro que no era mi tipo, por lo que amable, pero firmemente, le rechazaba una y otra vez. Y él insistía también una y otra vez. Ese juego duró unos tres meses.

En diciembre de 1969 me había ido a Málaga a pasar unos días con mi madre. Su matrimonio con el señor Faltoyano se había roto definitivamente y ella se había quedado con el hotel. Como en Navidad no iba a poder hacerlo porque tenía que comenzar los ensayos de una nueva obra de teatro el mismo día de Nochebuena, antes quería estar unos días con ella y con mis hermanos, que andaban como vaca sin cencerro. Vi la noticia por televisión. Ramfis Trujillo había tenido un terrible accidente conduciendo su Ferrari 365 y estaba gravemente herido. Era el 17 de diciembre. El día 20 me llamó su secretario-guardaespaldas para decirme que Ramfis estaba consciente y que había preguntado por mí. Le contesté que me alegraba de su mejoría y que cuando volviera a Madrid me interesaría por su evolución. Me preguntó que cuándo sería eso. Le dije que dependía de los vuelos disponibles, ya que en ese viaje yo había optado por no llevar el coche... Y me envió el *jet* privado de su jefe. En principio me había negado a aceptar la oferta, pero insistió en que a Ramfis le gustaría que yo viajara cómodamente. Acepté aun a sabiendas de que me ponía en una situación comprometida. Al subir al avión encontré en mi asiento una caja de cuero rojo con la marca Cartier grabada en letras doradas. Dentro, unos maravillosos pendientes y a su lado, una tarjeta que decía: «Por favor, acéptelos. Ramfis los compró para usted antes del accidente. Pensaba enviárselos en Navidad». No me dio la oportunidad de devolvérselos, como había hecho con sus regalos anteriores. No llegué a verle nunca más. Murió el 28 de diciembre.

Capítulo 7

1970 iba a ser un año importante en mi vida. Estaba un poco cansada y deprimida sin razones aparentes. Iba consiguiendo ser *otra*, tenía trabajo y empezaba a ser considerada como actriz. Lo que ahora llaman *medios de comunicación*, o sea los diarios y las revistas, se fijaban en mí y me prestaban frecuente atención. Tenía amigos y vivía sin problemas económicos. Empezaba a tomar conciencia de algunos de los desajustes políticos —por decirlo finamente— de nuestro país y estaba interesada en ellos. Ligaba y me divertía. En televisión me ofrecían sin interrupción muy buenos personajes y los realizadores con los que trabajaba eran los mejores del momento. Pedro Amalio López, Juan Guerrero Zamora o Pilar Miró, por citar algunos, contaban conmigo habitualmente... Entonces, ¿qué me pasaba? ¿Por qué no estaba bien?

Aún no había cumplido veintiún años y ya me habían ocurrido muchas cosas. Tenía una vida más propia de una persona mayor. A mi edad muchas chicas seguían estudiando o tenían un novio formal con el que iban a casarse, o un trabajo *normal* y una familia *normal.* Creo que más o menos eso es lo que me contesté. Solo hablaba de estas cosas conmigo misma. Me seguía dando vergüenza comentar *mi problema* con mis amigos y, cuando me preguntaban una y otra vez por mi exótico nombre y su procedencia, recurría a mis medias verdades para salir del paso, aunque en muchas ocasiones eran mis propios amigos y conocidos los que daban por sentado que se trataba de un nombre artístico. También para las entrevistas en la prensa tenía una versión fabricada con medias verdades y mucha imaginación.

Pilar Miró fue la primera persona con la que me sinceré. Éramos amigas y ella, como todos los amigos que había tenido hasta entonces, era mayor que yo. Diez años. La admiraba mucho. Tenía mucha personalidad y hacía su trabajo concienzudamente y segura de sí misma. Era huérfana de padre y tenía una relación difícil con su madre. Le había costado abrirse camino en un mundo que en esos años estaba copado casi exclusivamente por hombres. Tenía pocas amigas y muchos amigos.

Pilar no caía bien a todo el mundo. Yo entonces no sabía que andaba tan perdida como yo misma ni que era enormemente vulnerable. Cuando le conté mi historia familiar no se asombró. Ella también tenía *algo distinto* en su familia que le había torturado y que había provocado que la relación con su madre fuera tensa. Me sentí aliviada. Hablamos mucho ese día y luego muchos otros. Me aconsejó

que tuviera una conversación en profundidad con mi madre sobre esos temas y que, si era posible, intentara ponerme en contacto con mi padre.

Hice caso a Pilar. Decidí que tenía que volver a hablar con mi madre del *asunto*. Ella venía frecuentemente a Madrid porque empezaba a cansarse de vivir en Málaga, así que aproveché una de esas visitas y hablamos. En esa ocasión llegamos algo más lejos.

* * *

A mediados de los cincuenta, seis años después de mi nacimiento, Ramón Pardo, mi padre, se había casado con una prima lejana. No tenía hijos y no parecía fácil que los tuviera porque llevaba quince años de matrimonio y tanto él como su mujer eran ya mayores. Mi padre tenía sesenta y un años y ella, aunque algo más joven, no estaría en edad de concebir. Vivían en Ferreira de Pantón, en el pazo de mi padre, y él seguía siendo el alcalde del pueblo. De modo que tenía una madrastra en Ferreira de Pantón.

Si hay que hacer caso a mi madre, mi padre me había visto una vez cuando yo era aún un bebé y, siempre según ella, él no estaba enamorado de su mujer. Argumentaba mi madre que lo suyo había sido una boda de conveniencia. Mi padre necesitaba a alguien con quien compartir su vida y que le diera un heredero y lo buscó en su entorno. Y mi madre seguía enamorada de él. Me asombró sobremanera descubrir eso en medio de su narración, pero allí estaba, seguro: mi madre seguía enamorada de mi padre. También me contó que se habían visto un par de veces mientras ella estaba casada con el señor Renzi y luego solo una vez más cuando mi *padre* Faltoyano y ella preparaban su boda religiosa, tras la anulación del matrimonio con Renzi. Por lo visto, en el obispado aparecieron las amonestaciones realizadas para su frustrada boda con mi padre biológico y tuvieron que recabar una firma de Ramón Pardo para aclarar tan complicado asunto. A esa cita acudió ella con su futuro marido.

En opinión de mi madre mi padre era muy guapo. Ella, que era casi once años menor que él, se había enamorado siendo aún una niña, cuando él iba de visita a la casa de mis abuelos en Galicia. Me dijo que mi padre y yo nos parecíamos mucho, que teníamos las mismas orejas sin lóbulo y que compartíamos una enfermedad congénita. Una enfermedad poco conocida. La había descubierto el doctor Von Willebrand —de ahí el nombre con que se la conoce— en 1926 y era hereditaria. Yo ya sabía que la tenía. Consiste en una mala coagulación de la sangre que, aunque no llega a ser tan grave como la hemofilia, provoca problemas similares. Y era cierto que, desde muy pequeña, padecía frecuentemente de hemorragias nasales. Pero hasta

aquel día no supe que aquello era herencia de mi padre. Me trataba el doctor Elósegui, hombre extremadamente cariñoso, profesional de mucho prestigio, al que acudía para consultarle todos mis males y no solo los relacionados con mi sangre.

Pensaba mi madre, y así me lo dijo en aquella conversación, que cuando yo salía en televisión mi padre debía de sufrir mucho viendo que tenía una hija tan guapa y soportando algún que otro velado comentario alusivo de sus convecinos, que estaban al cabo de la calle. «Y eso sin tener en cuenta que su mujer ni siquiera le había podido dar un hijo», añadía mi madre.

—Debe de ser muy desgraciado —terminó diciendo.

En ese momento vi el dolor de mi madre. Solo fue un segundo. Fue como el resplandor que se vislumbra lejano durante la tormenta y antes del trueno. Pero no me conmoví. Por increíble que parezca, mi comentario en aquel momento solo fue:

—Por eso soy actriz, ¿verdad?... Por eso me llevaste de la mano a que hiciera la carrera de arte dramático... Para que él pudiera verme y sufriera...

Lo dije delicadamente, casi como si estuviera intentando encajar una pieza en un puzle sin forzarla, apretándola con suavidad para no estropearla. La respuesta fue inmediata y contundente:

—Por eso... y también porque tú no vales para nada más —dijo ella sonriente.

La conversación acabó ahí. Pensé que, si seguía preguntando, entraría en terreno peligroso y temía mi propia reacción. Aunque sigo pensando que mi madre tenía razón: no valgo para nada más.

Capítulo 8

Mi amigo Vicente Parra había vuelto a contar conmigo para su siguiente proyecto teatral, *Amores cruzados*. Era una comedia de enredos y amoríos escrita por Armand Salacrou y adaptada y dirigida por Cayetano Luca de Tena. En el reparto estaban Lola Herrera y Pastor Serrador. Y, por supuesto, Vicente y yo misma. Estrenamos el día 17 de enero de 1970. Lola Herrera era una persona estupenda, una gran actriz, íntima de Vicente. Nos hicimos amigas también y fue una temporada muy gratificante. Seguía compaginando las representaciones teatrales con la grabación de obras en televisión y eso era bastante cansado, pero yo era joven y me gustaba mucho mi trabajo. Además me parecía que ese ajetreo era la mejor receta antidepresión y, como dice siempre mi hermano Tino:

—No somos ricos, hay que trabajar. Nosotros no tenemos tiempo para deprimirnos.

A finales del mes de enero me llamaron para intervenir en un *Teatro de siempre*. Era un programa similar al *Estudio 1*, pero se producía y emitía en la Segunda Cadena. Se trataba de una obra de Friedrich Schiller, titulada *Intriga y amor*. No conocía al realizador, nunca había trabajado con él. Fue su ayudante de dirección quien le había sugerido mi nombre. La Segunda Cadena de Televisión Española —todavía en esa época se la seguía llamando *el UHF*— tenía mucho prestigio entre los actores y cierto público. Además, había algo más de manga ancha por parte de la censura en la elección de los textos que se representaban, tal vez porque los censores daban por sentado que nadie la veía. De hecho, los nuevos realizadores que se incorporaban a TVE, la mayor parte procedentes de la Escuela Oficial de Cine (EOC) o de los cortometrajes independientes, solían empezar en la Segunda por ese mismo motivo.

TVE tenía varios locales para ensayos repartidos por Madrid. Muy cerca del que nos asignaron para esta obra había una cafetería muy popular, en el barrio de Argüelles, llamada Michigan. Allí quedé con el ayudante de dirección, con el que ya había trabajado en otras ocasiones, para que me contara algo de ese *nuevo* realizador que yo no conocía. Me dijo que se llamaba José Luis Tafur, que era extremeño y que se trabajaba a gusto con él. Se había incorporado a la Segunda no hacía mucho, de la mano de Salvador Pons, que era el director de la cadena y amigo suyo.

Lo pasamos bien en los ensayos. Mi galán en la obra era Víctor Valverde. El texto estaba un tanto desfasado y a veces sentíamos la tentación de *pasarlo* aún más. No recuerdo qué tal quedó al final.

El realizador era simpático y tenía por costumbre llevar porras para el equipo cuando llegaba al rodaje por la mañana temprano, lo que todos agradecíamos mucho, pero yo creo que era una especie de chantaje que nos hacía en plan «mirad qué generoso y simpático soy, portaos bien y no protestéis por nada». Tafur coqueteaba con todo bicho viviente y, en particular, conmigo. Francamente, yo estaba acostumbrada a los coqueteos de los realizadores y demás personal masculino de las grabaciones, así que, en frase copiada de una acotación de *Intriga y amor*, pálida pero digna, resistía el cortejo con una sonrisa y una espantada. No es que me desagradara aquel realizador en concreto, pero tenía por costumbre no ligar con quien me daba trabajo. Era atractivo y no aparentaba los cuarenta años que tenía. Se vestía muy *sport*, elegante-casual, y el último día del rodaje me pidió prestadas mil pesetas. Me quedé atónita, pero se las presté. Dos días después me llamó para invitarme a cenar. Naturalmente acepté pensando que me devolvería el dinero. Para mi sorpresa, la cita era en Horcher. Para quien no sepa qué es Horcher aclararé que Horcher era y es uno de los restaurantes más caros y exclusivos de Madrid, así es que no fui capaz de contenerme y le dije:

—¿Cómo es posible que tengas que pedirme dinero prestado y luego te gastes una fortuna en invitarme aquí?

—Es que ese dinero era, precisamente, para poder invitarte aquí. El próximo día de cobro en la tele te lo devuelvo.

Y lo hizo.

Así fue como empezó una historia de amor sin final.

* * *

Me esperaba a la puerta del teatro al acabar la función de la noche, me mandaba mensajes con el portero entre función y función por si quería tomar algo en la cafetería cercana, me escribía versos y me mandaba flores. En fin, estaba decidido a conquistarme. Había tenido un matrimonio desgraciado que terminó en separación y del que había tres hijos varones que vivían con la madre, y ahora convivía con una señora con la que tenía otro hijo de tres años. Sus recursos económicos eran muy limitados, pues había dos familias que mantener y estaba en un momento muy doloroso de su vida porque hacía muy poco había perdido dos niñas gemelas, fruto de su última unión, que murieron a los pocos días de nacer. Con ese panorama por delante, yo solo pensaba en cómo huir de su asedio.

Vicente Parra y Lola Herrera se enfadaban conmigo.

—¡No eres lo bastante tajante!, ¡mándale a freír espárragos!... ¿Dónde vas con semejante prenda?

Eso, ¿dónde voy?, me repetía yo.

De momento iba a ir a Almagro. Acabábamos en una semana la representación de *Amores cruzados* y a Tafur le habían encargado dirigir y retransmitir para la tele una obra de Lope de Vega, *Por la puente, Juana*. Naturalmente, yo era Juana. Tafur me propuso acompañarle a visitar el espacio en donde representaríamos la obra, el Corral de Comedias de Almagro, con la disculpa de que así le tomaría la medida al escenario y me encontraría más cómoda el día de la grabación. Y... tuve una inspiración, una brillantísima idea. Me dije: «Vale, vamos a darle lo que quiere y me dejará en paz»... ¡Qué extraordinaria habilidad tenemos los humanos para ocultarnos cosas a nosotros mismos! Disfrazamos nuestros propios deseos con los deseos ajenos con una soltura encomiable.

No sé muy bien en qué momento ocurrió, pero me enamoré en serio. Era una locura de las gordas. Yo era reflexiva, serena, temerosa, prudente y, desde luego, lo último que quería para mí era alguien con una biografía tan densa y poco *normal* como la que tenía Tafur. Pero decidí vivir la historia y no pensar. Se acabará, sí, pronto se acabará, me dije.

Los amigos —teníamos varios en común— estaban sorprendidos. Algunos, como Pilar Miró, hablaron seriamente con nosotros por separado. A José Luis no sé qué le diría, pero a mí me puso los pelos de punta. Me dijo que estaba loca, que cómo se me había ocurrido meterme en semejante historia...

—¿Tú sabes la vida tan complicada que tiene? ¡Y con un hijo de tres años! ¡Y él te lleva veinte! Termina ya con esto.

Algunos otros, más cercanos a Tafur, incluso dejaron de hablarme. Nunca he sido valiente, o eso he creído durante muchos años, y el ambiente adverso que rodeaba nuestro romance no me tranquilizaba lo más mínimo. Las dudas y el deseo de salir corriendo eran constantes. Un día, José Luis me dijo muy serio:

—Tú vivirás conmigo.

Me eché a reír, como si me hubiera dicho que estábamos en el planeta Marte.

—Es más —añadió—, tú y yo nos casaremos.

Resumiendo. La situación era esta: señor de cuarenta años, separado, que no divorciado puesto que no había divorcio en España, con cuatro hijos de dos mujeres distintas, con un sueldo razonable pero insuficiente para mantener tres casas, y con una familia de origen formal y conservadora que a duras penas había aceptado la separación de su primera mujer. En el otro lado, yo. Soltera, menor de veintiún años, disfrutando de una desahogada situación económica pero no tan holgada como para mantenerle a él, y con una madre —suponía yo

con buen criterio— dispuesta a pegarle un tiro en cuanto se enterase de quién era el pretendiente de su niña. ¡Me reía por no llorar!

* * *

Un día de agosto, Tafur volvía a Madrid. Había estado visitando a sus hijos mayores en la playa y posteriormente había pasado unos días con su hijo menor y la madre de este. Llegaba cansado del viaje, pero aun así me pidió que cenáramos juntos.

—Me voy —me dijo—. He hablado con Elena, nos separamos.

Me quedé muda. Yo no podía ofrecerle mi casa porque realmente no era mía sino de mi madre; tampoco sabía si deseaba que él se fuera de la suya y, sobre todo, me sentía horriblemente culpable.

Seguí trabajando a destajo. Había empezado el año estrenando *Amores cruzados* en el teatro y para la televisión grabé *Intriga y amor*, *El sello de lacre*, *La tejedora de sueños*, *Los recién casados*, *Por la puente, Juana*, *El misántropo* y *Los cuervos*. Vamos, que no estaba mirándome el ombligo precisamente. Y, sin embargo, el cine que me ofrecían era una basura. Había rodado tres películas, la primera, *Club de solteros*, en 1967, que se había saldado con un fracaso en taquilla y un noviazgo que también acabó en fracaso. En el 68, un año mítico, había participado en *Un día es un día*, cuyo guion, por cierto, era de mi tío Pedro. No estaba mal esa película, pero tampoco bien. La dirigió Francisco Prosper, un magnífico constructor de decorados que se había acercado ocasionalmente a la dirección para volver enseguida a su antigua profesión. En el 69 rodé una muy mala, cuyo título omito intencionadamente, pero que me proporcionó el placer de trabajar por primera vez con Fernando Fernán Gómez.

Por el contrario, tanto en televisión como en el teatro me ofrecían buenos textos y mejores personajes, por lo que tomé la decisión de no hacer cine hasta que las ofertas fueran verdaderamente interesantes. Quería mantenerme *virgen*, no quemar mi imagen cinematográfica y, aunque parezca mentira, acerté. Lorenzo Iglesias y yo discrepábamos a veces por esta cuestión. Él argumentaba que si Fernán Gómez o Alfredo Landa trabajaban en todo lo que se les ofrecía, yo no debería poner tantos reparos. Yo le contestaba siempre:

—Ellos son grandes, muy grandes... Pueden permitirse hacer lo que les dé la gana y, además, a ellos no les exigen salir en sostén —algo que empezaba a ponerse de moda en las películas de esa época.

No es que yo tuviera prejuicios morales a la hora de exhibirme en ropa interior, como bien se vio en años posteriores. Incluso rodé sin ella. Pero el contexto en que había que hacerlo era inmoral... por horroroso. Tenía prejuicios estéticos, no éticos. De todas formas mi caso no era una rareza. Difícilmente podían ofrecerme buenos guiones

y personajes en el cine, sencillamente porque prácticamente no los había. Precisamente en los años en los que yo empezaba —digamos entre 1967 y 1972—, si bien se producían más de ciento cincuenta películas anuales en España, la inmensa mayoría eran pequeñas producciones de consumo interno y de nulas aspiraciones artísticas. Comedias de destape, *spaghetti westerns*, terrores de serie Z, refritos de las películas de agentes secretos, etcétera. Difícilmente podía aspirar a que me ofrecieran el papel de Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*.

Conocer a Fernando Fernán Gómez, haber tenido la oportunidad de trabajar con él, aunque solo fuera en dos ocasiones, es una de las cosas buenas que me ha dado esta profesión. Cuando en sus últimos tiempos fue ridiculizado en las televisiones porque mandó a la mierda a no sé qué reportero que le acosaba, me sentí indignada. Era un hombre inteligente y educado, un actor brillante y un intelectual. Escribió y dirigió teatro y algunas de las mejores películas españolas de todos los tiempos, como *La vida por delante*, *El extraño viaje* y *El viaje a ninguna parte*. Así que el hecho, repetido con molesta insistencia, de que una panda de indocumentados hiciera bromas sobre él me jorobó. Su ya desgraciadamente famoso «¡a la mierda!» fue un instante de descontrol ante una «prensa» acosadora que no sé bien qué pretendía de él. En cualquier caso, dejó bien claro que no estaba dispuesto a dar lo que le pedían.

Capítulo 9

Se acercaba la Navidad de 1970. José Luis, tal como me había dicho meses antes, había dejado su casa. Afortunadamente Elena, la madre de su hijo pequeño, era una mujer inteligente, generosa y sensata y, aunque supongo que no sin mucho dolor y esfuerzo, aceptó la situación, procurando en todo momento que su hijo estuviera en contacto con su padre permanentemente. No ocurría lo mismo con la primera mujer de Tafur.

Las dificultades de José Luis para ver a sus hijos mayores eran continuas y eso le producía mucho dolor. Se había instalado provisional y clandestinamente en mi casa, o sea, en la casa de mi madre, pero no había traído su ropa ni ninguno de sus objetos personales. Viajaba mucho porque, además de realizar programas para TVE, estaba haciendo documentales para la productora X Films, cuyo responsable máximo era su íntimo amigo José María González-Sinde. Sinde, como le llamaré a partir de ahora, sabía de sus necesidades económicas y le encargaba mucho trabajo. Fue uno de los pocos amigos de Tafur que nunca cuestionó sus decisiones personales. Yo aún no le conocía. No sería hasta el año siguiente cuando nos veríamos por primera vez y no imaginé entonces que mi profunda amistad con él duraría hasta su prematura muerte en 1992.

Esas Navidades no tenía intención de ir a Torremolinos como había hecho en esas fechas desde mi llegada a Madrid. Sabía que serían días difíciles para Tafur y quería estar con él. Pero... entonces recibí una llamada de mi madre en la que me informó de que, ya que yo no pensaba ir, vendría ella. Naturalmente, mi madre no conocía la situación porque yo no le había hablado de mi relación sentimental y mucho menos de que *mi relación sentimental* dormía en *su* casa. Quizás el lector haya detectado ya que me daba pánico enfrentarme a mi madre, así que casi temblando, por teléfono, a la desesperada y muy deprisa, cogí el toro por los cuernos:

—Pues dime exactamente cuándo vas a venir porque está viviendo conmigo un señor.

Ni más ni menos. La mente consciente solo es una parte de la mente real, de modo que determinar cuál fue el mecanismo mental por el que me atreví a decir aquello y de ese modo me resulta imposible. El silencio que siguió a esta extraordinaria frase que había salido sola de mis labios me pareció eterno. Solo recuerdo que mi madre respondió:

—Llegaré mañana.

Y colgó.

Tafur se trasladó al hotel Mindanao. Y yo con él.

Lo que siguió cuando mi madre comprobó que yo no pensaba dormir en casa mientras durara su estancia en Madrid fue raro. No parecía enfadada, solo tenía curiosidad y, eso sí, ponía cara de sufrir mucho. Me interrogó sin descanso y yo fui confesando todo un poco asustada, pero, serena y muy segura de mí misma, le dije que me iría de su casa en cuanto encontrara piso porque iba a vivir con José Luis. Lo dije así, como el que no quiere la cosa, aunque la verdad es que él y yo ni siquiera nos lo habíamos planteado seriamente. En ese momento, al decírselo así a mi madre, descubrí de golpe que eso era lo que quería hacer, que con él sería muy feliz, que estaría protegida, que sería el hombre con el que crearía mi familia, que nunca había querido a nadie como ya le quería a él y que nadie me había querido tanto y tan bien como él. Pero todo esto no se lo dije a ella, por supuesto.

Así acababa para mí 1970.

* * *

No todos los años de mi vida han sido tan intensos, pero ha habido bastantes que sí lo han sido y 1971 tampoco venía de vacío, sino dispuesto a regalarme más emociones. José Luis y yo necesitábamos encontrar una casa y el dinero para pagarla —preferíamos comprar—, y debíamos informar a amigos, enemigos y familiares de que lo nuestro *iba en serio*. Todo aquello me permitió ir descubriendo lo fuerte que era él, con qué determinación tomaba decisiones y con qué generosidad se comportaba con la gente a la que amaba.

Encontramos un pequeño piso, aún en construcción, en las afueras de Madrid. Estaba en una de esas urbanizaciones que proliferaron en la periferia en los años setenta. Hicimos cuentas. Con lo que yo tenía ahorrado y un préstamo que conseguiría él daríamos la entrada. Las letras las iríamos pagando los días 5 de cada mes, que era el día de cobro en Televisión Española, dando por supuesto que alguno de los dos habría trabajado en TVE a la hora de pagar cada plazo. Porque hay que aclarar que en aquella época los realizadores tampoco eran personal fijo de TVE, como si ocurriría años más tarde. Como los actores, trabajaban en régimen de colaboración y también como nosotros cobraban los días 5, 15 o 25 de cada mes. En esos días, desde mucho antes de que abrieran la caja, en el pasillo de la planta baja de Prado del Rey se formaba una cola larguísima que a veces salía hasta el *hall*, lo que fomentaba las relaciones sociales entre profesionales de todas las especialidades.

Pero sí. Trabajamos y trabajamos los dos. Ese año 1971 hice once programas en TVE, cuyos títulos me ahorro por no alargarme, y

durante once meses yo pude aportar la parte de las letras que me correspondía sin problema. José Luis, por su lado, empezaba a darle vueltas a encontrar un trabajo menos inestable. El que tenía le gustaba mucho, pero pensaba que sus responsabilidades con sus hijos eran más urgentes y esenciales que sus devociones y que, por lo tanto, necesitaba una seguridad mayor. Nunca había llegado a terminar la carrera de derecho porque su padre había muerto de un ataque al corazón con cincuenta años y él, que era el mayor de cuatro hermanos, tuvo que dejar la universidad y hacerse cargo de ayudar a su familia. Había nacido en Badajoz, pero cuando ocurrió aquello vivían en Sevilla. Buscó trabajo en Madrid y durante años fue el responsable de la organización de los Festivales de España en el Ministerio de Información y Turismo bajo las órdenes de Manuel Fraga. También fue director de exposiciones del Ateneo de Madrid. En fin, José Luis había sabido buscarse bien la vida y había contribuido a que sus hermanos pudieran hacer sus carreras. Cuando le ofrecieron incorporarse a TVE no lo pensó. Le gustaba mucho escribir y dirigir. Ya había publicado su primer libro de poemas y ese nuevo trabajo le permitía explorar otra faceta creativa. Pero, según él, ahora había llegado el momento de renunciar a veleidades artísticas.

No sé. Quizás construimos la imagen de las personas a las que amamos con fragmentos de nuestros deseos y la completamos añadiendo algunos datos ciertos que ellas nos dejan ver y así creamos a nuestra medida lo que realmente deseamos que sean. De cualquier manera yo *sabía* que Tafur era el hombre con quien quería compartir la vida. En qué momento me asaltó esa certeza no lo sé. Probablemente fue una mañana en la que, al levantarme, descubrí que ya no quería ser otra, que amaba lo que tenía. Sí, un día supe que me gustaba cómo era nuestra vida y que, por lo tanto, ya no tenía ninguna razón para seguir queriendo ser otra.

* * *

José Luis se iba a Cáceres aquella primavera para rodar un documental. Lo producía Sinde. Yo no podía acompañarle porque estaba trabajando, así que decidimos que José María me llevaría tres días más tarde. Tafur me había contado muchas cosas sobre él y yo sabía que era uno de sus mejores amigos, pero aún no le conocía. Estaba casado y tenía entonces un niño y una niña. Su hija, Ángeles, llegaría a ser una conocida guionista y directora de cine y con el tiempo ministra de Cultura en el último gobierno de Zapatero, en 2010. Sinde me cayó muy bien. Era muy agradable y extrovertido y me trató con cariño desde el primer minuto. Como ya he dicho, no cuestionó en ningún momento la relación entre Tafur y yo y eso hizo

que yo le estuviese ya siempre agradecida. Poco a poco, nuestra amistad se fue haciendo enormemente sólida. Militaba en el Partido Comunista (PCE), en la ilegalidad, claro. Como el resto de los partidos políticos en ese momento en España. A veces, cuando se hacían redadas indiscriminadas como reacción del régimen a algún acontecimiento *subversivo* de tintes antifranquistas o por la proximidad de una fecha señalada, iban a buscarle a su casa, así que cuando le veía las orejas al lobo dormía en casas de amigos que no eran sospechosos. Como nosotros. En casa durmió varias veces en ocasiones similares. A raíz de la primera de ellas, no sé si por agradecimiento o por afán de proselitismo, me hizo llegar puntualmente el *Mundo Obrero*, revista que editaba el PCE en la clandestinidad. Yo lo leía apasionadamente. O quizás me patina la memoria.

Yo no era una chica *políticamente concienciada* y, aunque miraba con interés los movimientos que empezaban a producirse en la sociedad española, leía el *Mundo Obrero* con la misma curiosidad que *Camino*, el famoso libro del padre Escrivá de Balaguer, que, por cierto, me había enviado una ayudante de dirección de TVE que me apreciaba mucho y que era del Opus, supongo que con la intención desesperada de procurar mi salvación.

* * *

En agosto de ese año, aprovechando unos días libres, José Luis decidió que me iba a llevar a su pueblo a presentarme a parte de su familia extremeña. El Almendral está a pocos kilómetros de Badajoz. En aquel viaje conocí a su tía Pilar, a sus primos y a medio pueblo. Eran las fiestas y todos mostraron mucha curiosidad por la *artista de la tele* que había venido con el hijo de doña Carmen. A mi suegra nunca llegué a conocerla porque ya entonces vivía con su hija Maica en Tenerife. Era bastante mayor y ni José Luis ni yo quisimos ponerla en una situación incómoda.

La familia de Tafur era maravillosa y en especial me gustaron su prima Ana Mari y su tía Pilar, a las que él adoraba. Me dieron la mejor habitación de su casa que, naturalmente, estaba situada al otro extremo de la que ocupaba Tafur. A lo largo de nuestra vida volveríamos muchas veces a El Almendral pero ya para dormir en la misma habitación.

En septiembre, un mes antes de que nos entregaran nuestra futura casa, se produjo el milagro. El INI (Instituto Nacional de Industria), que presidía Claudio Boada, estaba buscando alguien para cubrir el cargo de jefe de Ferias y Exposiciones y el currículum de Tafur era el ideal. Le hicieron una oferta que estudiamos con cuidado. Le ofrecían 25.000 pesetas mensuales, pero decidimos arriesgarnos y echar un

órdago. Pidió 35.000 y se lo aceptaron. Nunca adivinaremos cuál es nuestro precio, el valor que realmente nos atribuyen los demás. Dejó la tele. Lo celebramos por todo lo alto, aunque esta vez no fue en Horcher, sino que preparé con mimo una cena en mi casa o...

Bueno, la realidad es que me la preparó la portera, que era muy amable y apañada, y yo compré el vino. Yo no sabía guisar. Ni había tenido tiempo de aprender ni nadie se había molestado en enseñarme, y en cuanto al vino, casi no lo había probado y solo me gustaba uno blanco, bastante dulce, que se llamaba y se llama Diamante. Al acabar aquella celebración tan amorosamente preparada, cuando ya se fueron los amigos, José Luis me dijo muy serio:

—Cariño, la cocina es una cuestión de amor y la próxima vez me encargaré yo de los vinos.

En los años siguientes aprendí a cocinar bastante bien. E incluso algo sobre vinos. Un mes después hice las maletas y me trasladé a mi nueva casa. Esta sí era mía.

* * *

Mi madre había sido incapaz de evitar *el desastre*, como llamaba ella a mi nueva situación. Había conocido a Tafur cuando él, cargado de buena educación y con la mejor voluntad, decidió que tenía que *pedir mi mano* y se fue a verla. No le ocultó nada y fue una situación incómoda aunque formalmente correcta por parte de todos. Yo sabía que mi madre estaba pensando que ese señor mayor, pobre, casado y con hijos se llevaba a una chica de veinte años *guapísima*, *preparadísima y famosa*, vamos, una *princesa* con un brillante porvenir, y adiviné que no le estaba gustando nada. Creo que si yo, como madre, me hubiera visto en una situación parecida, quizás hubiera pensado lo mismo. Pero en el caso de mi madre había algo más: a todos esos datos reales más o menos objetivos ella añadía la seguridad de saber que la influencia que siempre había ejercido sobre mí estaba desapareciendo y veía en José Luis al enemigo, al ladrón que la estaba despojando de su preciado tesoro. Durante años y años, ese fue un nuevo problema a añadir a los que ya existían entre mi madre y yo.

Mi casa y mi nuevo barrio estaban lejos de los lugares en los que había vivido hasta entonces en Madrid. La urbanización estaba aún sin terminar y las tiendas más cercanas se encontraban a tres kilómetros de distancia. Bendije mi afición a conducir. La decoramos con mucho amor y muy poco dinero. Ninguno de los dos habíamos aportado cosas de nuestras casas anteriores y tampoco había habido lista de boda. Tuvimos que comprar de todo.

Yo era plena y felizmente consciente de mi nueva situación y ni siquiera la idea de que pudieran denunciarnos por adulterio y

escándalo público mermaba mi alegría. No estoy haciendo retórica: en 1971 existía una ley por la cual, si alguien denunciaba la situación en que vivíamos José Luis y yo —y había alrededor nuestro varias personas que lo hubieran hecho de buen grado—, podían detenernos acusados de escándalo público.

Decidimos pasar las Navidades de aquel año fuera de España. Las condiciones de los dos no eran muy propicias para celebraciones familiares. Iba a ser nuestro primer viaje juntos al extranjero. Elegimos Italia y en Nochebuena cenamos en Roma en un restaurante llamado Hostaria dell'Orso, que ocupaba la totalidad de un espléndido *palazzo* renacentista y que, a diferencia de los restaurantes de esa época en España, abría sus puertas también en Nochebuena. El día de Navidad paseamos por Florencia, cuyas autoridades tuvieron la delicadeza de vaciarla de turistas y curiosos para que la contempláramos en todo su esplendor nosotros dos solos. Y no comimos, porque como no había turistas, tampoco abrieron los restaurantes. Como broche final, para celebrar aquel fin de año y el principio de nuestra vida en común, fuimos a Capri.

Capítulo 10

Había ocurrido el año anterior mientras grababa en TVE. Unos señores ingleses, productores de la BBC, habían venido a España con la intención de seleccionar actores españoles para una serie que se llamaría *Zarabanda*. Buscaban profesionales que hablaran *muy buen español* y algo de inglés, pues se trataba de una serie argumental, pero el objetivo era enseñar castellano a los telespectadores ingleses. Desde el control de realización, que estaba situado en el piso superior al plató y, por lo tanto, los actores y técnicos no podíamos ver lo que ocurría en él, los ingleses miraban cómo actuábamos. Esa visita había tenido lugar en diciembre del año anterior y ninguno de los actores *espiados* habíamos sido informados de ella. Al volver de nuestro viaje a Italia encontré una llamada urgente de Lorenzo Iglesias. Me ofrecían un contrato para rodar en la BBC una serie y debía salir el día 25 hacia Londres, donde tendría que vivir tres meses. Se me cayó el mundo encima. Acabábamos de inaugurar nuestra casa, estábamos en un momento cenital de nuestra relación... No quería ir, pero la oferta económica era muy buena y la BBC, la televisión más prestigiosa del mundo.

Por su parte José Luis volvía a viajar con mucha frecuencia. Su nuevo trabajo consistía en montar exposiciones para el INI por todo el mundo. Al día siguiente de nuestro regreso de las vacaciones en Italia había viajado a Las Palmas, en donde tenía que permanecer todo el mes de enero. ¿Qué hacer?

Como muchas veces en mi vida, la responsabilidad le ganó la partida a mis propios deseos. Decidimos que firmaría el contrato con la BBC y me iría a Las Palmas para estar unos días juntos antes de mi voluntario exilio. Pensaba volver con el tiempo justo para hacer las maletas y volar a Londres. El día 18, estando en Las Palmas, mi madre me llamó para decirme que mi abuela había sido ingresada con un derrame cerebral y que estaba en coma. Si quería despedirme de ella, tenía que volver urgentemente.

Nunca había visto morir a nadie. Me pareció increíblemente sencillo dejar de ser. Cuando entré en la habitación del hospital, mi abuela estaba conectada a un respirador, una especie de globo que se inflaba y desinflaba a un ritmo implacable y monótono. Su cara estaba serena, aunque muy demacrada. Había adelgazado mucho en los últimos años y ahora sus mejillas estaban hundidas, pero su piel seguía siendo tan hermosa como siempre. Tenía los ojos cerrados y parecía tranquila. Las persianas estaban entornadas y no permitían la entrada del tímido sol de enero. Todos sus hijos estaban allí. Me senté

cerca de ella y le cogí la mano. De pronto, mi madre dijo:

—Dale un beso ahora, mientras esté viva.

Y al hacerlo pensé en todos los besos que no le había dado y en que se iría de este mundo sin saber cómo era mi vida ahora. Poco después el globo dejó de inflarse. Nada más que eso. Mi abuela había muerto.

La llevaron a su casa para velarla. Yo no quise entrar en su habitación, no quería recordarla en una caja, en el lugar en donde había estado su cama, esa cama en la que había dormido tantas veces con ella en mi niñez. Tenía setenta y dos años y con ella se iba definitivamente mi infancia.

* * *

Tres días después viajé a Londres. Me sentía infinitamente sola en el avión. Cuando llegué al aeropuerto me estaban esperando el productor y el director de la serie para llevarme al hotel en el que me alojaría mientras buscaba un apartamento. Me explicaron cómo usar el metro para llegar a White City, el lugar donde estaban los estudios de la BBC y en el que yo debería estar a las nueve de la mañana del día siguiente para empezar los ensayos. Me entregaron un guion y se despidieron amablemente.

El hotel era una basura, pero al menos estaba situado en Oxford Street, una calle céntrica y transitada. Yo no había estado antes en Londres y hablaba el inglés del colegio. Esa noche, en aquella habitación desapacible, me pregunté cien veces por qué había tomado la decisión de aceptar ese trabajo.

A la mañana siguiente, contra todo pronóstico, conseguí llegar a mi hora al estudio. Hubo una reunión en la que nos presentamos todos y empezamos a ensayar. El sistema de trabajo era novedoso para mí. En España nos entregaban un guion, lo estudiábamos y más o menos una semana después iniciábamos los ensayos que venían a durar otros seis días. Así llegábamos a la grabación que normalmente se hacía en tres o cuatro días. En la BBC era diferente. Se ensayaba de lunes a jueves en el propio plató ya con los decorados montados, y el viernes se dedicaba a las grabaciones. Me adapté muy pronto. El sistema de trabajo me pareció muy práctico, los estudios eran ultramodernos y todo el personal era increíblemente serio y profesional. Hasta los viernes. Al acabar la jornada de trabajo de los viernes sonaba el gong a las cuatro en punto y, como si hubiesen abierto las puertas del penal de Alcatraz a unos presos sedientos y ansiosos, aquellos técnicos tan serios y competentes invadían el bar de los estudios dispuestos a acabar con toda la cerveza de Londres. Por lo visto, no podían esperar a llegar a sus casas para emborracharse.

Allí, en el bar, era el único lugar en el que se podía hablar con los compañeros. Quiero decir con esto que durante los ensayos y las grabaciones, ni siquiera durante el *tea break* de las cinco, que era a las tres, se decía otra cosa que no fuera *action* o *cut*. Bueno, de vez en cuando el director decía *well done, thanks*. Como a mí no me gustaba la cerveza, solo iba al bar por no significarme y, de paso, por ver si encontraba a alguien con quien hablar un rato. La verdad es que me sentía bastante sola.

Quiso la suerte que encontrara enseguida un apartamento. Estaba increíblemente bien situado en una calle residencial a espaldas del mítico almacén Harrods. Todo —dormitorio, salón y cocina—estaba en un mismo espacio. Era lo que ahora llamamos un *loft*, pero con una estética del siglo XIX. Las ventanas daban a un jardín comunal, el teléfono estaba en las escaleras y para tener electricidad había que echar monedas en un aparato que había en el baño y que se las tragaba a puñados. Los compañeros estaban asombrados de mi hallazgo.

La mayoría de los españoles vivían en habitaciones, en régimen de realquilados y en barrios mucho peores. Y no pagaban menos que yo. Eso también complicaba las cosas, porque no era fácil encontrarse con ellos. Fuera del estudio no nos veíamos. Por tanto, mi vida en Londres consistía en trabajar de lunes a viernes y los fines de semana hacía turismo sola. Eso sí, iba al cine y al teatro sin descanso. Descubrí a Ken Russell, que estaba totalmente prohibido en España, y a Woody Allen, que empezaba entonces. Vi actuar a la Royal Shakespeare Company y asistí a todos los musicales habidos y por haber. Mejoré mucho mi inglés y eché muchísimo de menos a Tafur. Hablábamos por teléfono cada tres días, yo bajito y de pie porque lo hacía en el descansillo de la escalera, un piso más abajo de mi apartamento, y sin explayarnos mucho porque las llamadas eran muy caras.

A finales de marzo eran las vacaciones de Semana Santa y se suspendía el trabajo durante diez días. José Luis me propuso venir a Londres a buscarme para viajar juntos a París. Luego ya solo me quedaría un mes más de trabajo en Inglaterra.

—Por cierto —me dijo—, Manolo Summers y Chumy Chúmez necesitan un lugar para alojarse en Londres en esos días. Déjales tu apartamento mientras estemos fuera. Te pagarán los gastos de esa semana y, de paso, les hacemos un favor.

Me pareció buena idea. Eran amigos y me caían bien. Cuando volvimos de París, entre risas, se negaron a abandonar mi casa. Habían decidido que estaban muy a gusto y que se quedarían más tiempo de lo previsto. No hubo manera de echarlos. Se habían hecho

amigos de mi casera, una muy británica *old lady*, y ella misma me sugirió amablemente que me buscara otro piso y dejara que esos encantadores caballeros españoles ocuparan el *loft*. No tuve más remedio que buscar a toda prisa otro apartamento y en esta ocasión ya no me acompañó la suerte en la misma medida. Mi nueva casa era un oscuro semisótano con pequeñas ventanas que lo único que me permitían ver eran los múltiples modelos de calzado inglés que lucían a su paso los viandantes.

Acabé la serie de la BBC y regresé a Madrid. Afortunadamente no se habían olvidado de mí y enseguida volví a trabajar en TVE. Pedro Amalio López era uno de los realizadores que me llamaba con más asiduidad. Su nueva oferta era una obra de Lope de Vega, *Los milagros del desprecio*, que se iba a grabar para *Estudio 1*. Siempre trabajé muy a gusto con Pedro Amalio. Nos reíamos porque a menudo me daba papeles de *reina* o de *señorita de la nobleza*, así es que cuando me llamaba para proponerme un trabajo siempre decía:

—¿A que no aciertas qué reina te toca esta vez?

Casi siempre eran obras del Siglo de Oro español o de los rusos Chéjov o Dostoievski, a los que se recurría con mucha frecuencia. La razón principal por la que se elegían esos textos por parte de TVE era que estaban exentos de pagar derechos de autor. Y a lo mejor también porque eran muy buenos. Estaba contenta de haber vuelto y haber retomado el trabajo sin problemas, pero no pude evitar apreciar la diferencia de medios técnicos que había entre la BBC y TVE. En esos años en TVE no había edición en vídeo, de forma que, como ya he contado, grabábamos en bloques que se correspondían con los cortes publicitarios. Es decir que, si alguien se equivocaba en el minuto 10 de grabación y el corte para publicidad era en el minuto 12, había que volver a empezar. Los actores procurábamos con todas nuestras fuerzas y echando mano de todos los recursos imaginables no equivocarnos. Y eso, a veces, se traducía en situaciones absurdas. Si no recordábamos el texto, salíamos por peteneras diciendo lo primero que se nos ocurría y frecuentemente así se dejaba. Y así se emitía.

Precisamente había sido Pedro Amalio, tres años antes, el causante de algo que en un primer momento yo consideré una broma pero que no lo era. Yo estaba trabajando entonces en el teatro Club, que estaba en los bajos del Palacio de la Música. Pedro Amalio apareció una noche entre función y función y entrando muy sonriente en mi camerino, me dijo:

—Te traigo el papel de tu vida: Rosaura. Te espero mañana a las ocho en Prado para grabar.

—¿Es broma, no? —dije yo, también muy sonriente.

Pero no lo era. La actriz que estaba ensayando se había puesto enferma y al día siguiente había que grabar, con ella o sin ella. Calderón de la Barca no era un autor fácil, y sin ensayos y sin haber podido estudiar... eso ya era el colmo de la dificultad. Una locura, vamos.

A las ocho de la mañana me presenté en los estudios de Prado del Rey. En maquillaje me esperaba el responsable de contratación de actores. Yo llevaba el texto de ese primer día cogido con alfileres, que en el argot quiere decir que me lo sabía a medias. Había estudiado toda la noche después de terminar las dos funciones de teatro reglamentarias. Y allí estaba yo, maquillándome para representar a la Rosaura de Calderón, sin dormir y de los nervios. El susodicho jefe de contratación, sin siquiera darme los buenos días, me espetó:

—Espero que no haya que cortar por tu culpa.

Creí que bromeaba, pero no. Lo decía en serio. Pedro y Julio Núñez, que iba a ser mi Segismundo, me ayudaron muchísimo. No hubo que cortar por mi culpa. ¿Tengo que aclarar que la obra que grabé sin ensayar, sin dormir y con una noche de estudio era *La vida es sueño*?

* * *

Mi madre me dijo que estaba en conversaciones para vender el hotel. Quería volver a vivir a Madrid, pero tenía que encontrar una casa más grande que el apartamento que había ocupado yo porque los niños y ella no cabían allí. ¿Y qué creen ustedes que se le ocurrió? Sencillamente que la urbanización donde yo vivía era la ideal para sus planes. Así es que yo tenía que ir buscándole un piso. Mis relaciones con ella eran correctas y un poco distantes. En la superficie las dos jugábamos a que todo estaba bien entre nosotras, pero ella y yo sabíamos que en cualquier momento podía estallar la tercera guerra mundial. Desde el principio de mi relación con José Luis su actitud no dejaba lugar a dudas. Ella no soportaba la nueva situación de su hija y yo no soportaba sus comentarios sobre Tafur, o sobre *ese señor*, como frecuentemente le llamaba. A mí, por lo tanto, el que viniera a vivir a Madrid y, especialmente, el que se convirtiera en mi *vecina*, no me apetecía nada. Por entonces aún la quería y la temía con la misma intensidad.

Crucé los dedos para que sus negociaciones de la venta del hotel no avanzaran. Pero avanzaron y, antes de que yo tuviera tiempo de hacerme a la idea, mi madre había comprado un hermoso piso en *mi* urbanización y, como tenía dinero fresco, había dado la entrada para tres locales comerciales y un apartamento. Y volvió a instalarse en mi vida. Yo procuraba no pensar en que el esfuerzo que me había costado

soltar amarras no había servido para nada e intentaba creer que la relación con mi madre iría mejorando con el tiempo y que ella iría dejando de lado sus recelos al comprobar que ninguno de sus temores se hacía realidad y, sobre todo, que yo era feliz.

Capítulo 11

Pilar Miró y su pareja de entonces, un actor que empezaba a despuntar en ese momento, sugirieron que ese año veraneáramos los cuatro juntos. Nos pareció una buena idea y buscamos y encontramos una casita agradable al borde del mar. Se nos unió también un amigo común que había sufrido hacía poco tiempo un accidente de coche y necesitaba recuperarse. Lo había pasado fatal y no solo por las heridas. Cuando los agentes de la guardia civil estaban haciendo el atestado, de pronto se acordó, a pesar de su conmoción, de que en la maleta del coche llevaba *propaganda subversiva*. Nuestro amigo militaba en el PCE y formaba parte de una célula. Afortunadamente para él, los guardias no registraron el coche, pero su susto había sido mayúsculo y le venía de perlas reponerse unos días en un lugar tranquilo. Y por eso se nos sumó.

Esas vacaciones de 1972 tuvieron sus luces y sus sombras. Nos habían prestado una barca que, cuando volvíamos de navegar, dejábamos encallar en la arena, delante de la casa. Por la mañana se nos hacía muy difícil volver a sacarla. Como el novio de Pilar era muy alto y fornido, Tafur y nuestro *accidentado* amigo esperaban su colaboración para tan ardua tarea. Pero esa ayuda se hizo esperar y finalmente no se produjo ni un solo día. En esos momentos de titánico esfuerzo de aquellos dos hombres, el robusto galán de Pilar, sentado a pocos metros en la playa, meditaba haciendo yoga y comprobando por el rabillo del ojo que la maniobra seguía su curso satisfactoriamente. Eso sí, una vez que la barca ya estaba en el agua, el novio saltaba a ella alegremente. A pesar de todo, nos reíamos mucho. Pilar trajo a su nueva perra, una dálmata preciosa a la que había llamado Dorrit, porque la había comprado cuando estábamos grabando *La pequeña Dorrit* de Dickens.

* * *

En octubre hice *La falsa amante* para el espacio *Hora 11* que emitía la Segunda Cadena y *Madame Firmiani*, también para la Segunda. José Luis seguía viajando para hacer los montajes de las exposiciones. Por esas fechas estaba en la India y no hablábamos por teléfono porque el precio era prohibitivo. A finales del mes de noviembre tuve la sospecha de que estaba embarazada. Tenía veintitrés años. No sabía si quería o no quería ser madre. Nunca me lo había planteado. Aunque parezca absurdo, no me había parado a pensar en esa posibilidad. Sabía, eso sí, que Tafur ya tenía cuatro hijos y que no pensaba tener más. Él seguía pasándolo mal porque la relación con su primera mujer

era cada vez más difícil y las dificultades para ver a sus hijos mayores le provocaban mucho dolor... ¿Cómo informarle de mi embarazo en esas circunstancias y a miles de kilómetros de distancia?

Necesitaba hablar con alguien y no consideré que mi madre fuera la persona adecuada. Recurrí a Pilar Miró. Estábamos grabando *Humillados y ofendidos*, veinticinco capítulos para el espacio *Novela*, y habían surgido problemas que nos tenían a todos algo nerviosos. Había que emitir a partir del 2 de enero e íbamos retrasados. Pilar y yo habíamos trabajado juntas muchas veces y nos conocíamos muy bien, por lo que yo sabía que, tal como iba la grabación, ese no era el mejor momento para una conversación personal. A pesar de eso, le dije que necesitaba hablar con ella, que la necesitaba como amiga. Quedamos para tomar un café.

Le conté que creía que podía estar esperando un niño. Se me quedó mirando algo sorprendida y luego, entre bromas y veras, me dijo que ahora entendía por qué estaba tan nerviosa durante las grabaciones. Aparentando tranquilidad, le contesté que esa no era la razón y que mis nervios en el plató los estaba provocando *su* galán, que, a su vez, era *mi* galán en la novela, porque no estudiaba y no se sabía bien los textos. Y que, casualmente, era el mismo galán que había declinado una y otra vez el privilegio de empujar la barca aquel verano.

Pilar me recomendó que no le dijera nada a Tafur hasta que volviera de su viaje y hasta que yo estuviera completamente segura de que estaba *en estado*, tal como se decía entonces. Y añadió que me envidiaba. Al día siguiente, en casa, me hice el test de embarazo. Dio positivo. Y de pronto me pareció la noticia más maravillosa que podía recibir. Estuve callada una semana, hasta que llegó José Luis de su viaje.

No estoy segura, aún a día de hoy, de que la noticia le alegrara, pero, sinceramente, tampoco puedo asegurar que le disgustara. Simplemente me miró muy serio y me abrazó muy fuerte. En los días siguientes, como si yo fuera una niña pequeña, me explicó concienzudamente lo que significaba tener un hijo. Y hacía bien, porque yo no lo sabía.

Nos fuimos a Lisboa a pasar el fin de año.

Mi embarazo iba perfectamente. No tenía ni uno solo de los síntomas habituales. Me preocupaba un poco el parto, eso sí. Como ya he contado, padecía la enfermedad de Willebrand y podía sufrir hemorragias. Pero no quería vivir nueve meses asustada, así que consulté con mi médico, el doctor Elósegui, y él me tranquilizó bastante.

—Con intentar que sea un parto lo más natural posible —me dijo — y que no haya que hacer cesárea, es suficiente. Y en cualquier caso, yo estaré a tu lado.

Me recomendó un ginecólogo que él apreciaba mucho, el doctor Sopeña, y este, a su vez, me sugirió que hiciera un curso de parto sin dolor. Así lo hice, pero cuando estaba dando a luz pensé: «*Parto sin dolor* es una frase que no tiene ningún sentido. Mamá tenía razón».

Desde el primer minuto mi madre había vivido mi embarazo como una verdadera tragedia. Su única hija moriría en el parto desangrada, y si tal cosa no ocurría, ya podía yo estar segura de que esas clases para aprender a parir sin dolor eran una solemne estupidez. Y eso, sin tener en cuenta los sufrimientos que procuran los hijos a sus madres, durante toda la vida, después de parirlos con mucho dolor. En fin, muy reconfortante, mi madre.

Pilar me dijo:

—Tengo que hacer *La feria de las vanidades* de Thackeray. Son veinticinco capítulos, se empieza a grabar a primeros de febrero y se acabará dos meses después si todo va bien. ¿Crees que puedes hacer la protagonista sin acabar la grabación como una boya?

Por entonces yo estaba embarazada de tres meses y la verdad es que no se me notaba nada. Y como hacer el papel de Becky Sharp me apetecía muchísimo, decidí intentarlo. La novela de William Thackeray, entonces no lo sabía pero lo he sabido después, tuvo una adaptación cinematográfica en los años treinta que fue la primera película en color de la historia del cine, y el papel de Becky lo hizo Miriam Hopkins. A pesar de mi buena voluntad, cuando llegamos al final de la grabación ya llevaban quince días sin poder hacerme más que primeros planos. Había engordado doce kilos y aún me faltaban tres meses y medio para dar a luz. Para cuando llegó ese día tenía veinte kilos más sobre mi peso habitual.

* * *

Una de las cosas que nos habíamos planteado Tafur y yo después de conocer la noticia de mi embarazo fue que nuestra casa era muy pequeña para tres y que además tendríamos que contratar a alguien que me ayudara a cuidar al niño si yo tenía trabajo, como así esperábamos que fuera. En esos años dorados de burbuja inmobiliaria a tope —aunque entonces no la llamábamos así— comprabas un piso y en cuatro meses se podía vender fácilmente y duplicando su valor. Buscamos otro en la misma urbanización. Era más grande y bastaba con entregar lo que nos daban por el nuestro y firmar nuevas letras. Pilar, que vivía entonces muy lejos de nosotros, compró el de al lado.

Otra cosa que nos planteábamos hacía tiempo era que había

llegado el momento de que yo conociera al hijo pequeño de José Luis, Álvaro, y de que le informáramos de que pronto iba a tener un hermano. Álvaro me pareció el niño más guapo del mundo y yo le caí muy bien, creo. Encajó perfectamente la situación. Elena, su madre, se había ocupado de que así fuera. Ella lo adoraba y nunca permitió que el dolor que le debió de producir su separación estorbase la felicidad de su hijo. Incluso cuando nació su hermano, el pequeño Álvaro le decía a todo el que quisiera escucharle que tenía un hermano bebé, pero que vivía en las afueras por la contaminación. Tenía entonces siete años.

Nunca me ha gustado estar inactiva y, aunque vivía mi embarazo en estado de éxtasis y, obviando la opinión materna, acudía regularmente a mis clases de parto sin dolor, me sobraban horas del día, de modo que me presté a colaborar gratuitamente en un vídeo que presentaba el director de ese cursillo, el doctor Aguirre de Cárcer, dirigido a las futuras parturientas. Mi papel consistía en aparecer haciendo respiraciones profundas, muy mona, muy sonriente, y muy tranquila.

Todavía embarazada, nos fuimos a pasar unos días a Estoril con Concha Velasco y Juan Diego. Él era muy amigo nuestro y en ese momento Concha, un encanto de persona, era su pareja. Cómo estaría yo de gorda que en la playa se me acercó una señora y me dijo:

—¡Ay, pobrecita! Tan joven y guapa... y obesa. Si quiere, yo puedo recomendarle un buen médico que la haga adelgazar.

Dado que, en efecto, ya estaba como una boya, como había predicho Pilar, y no podía pensar en seguir haciendo televisión, pedí trabajo en la radio. En Radio Nacional de España (RNE) todavía se hacían radionovelas y, aunque yo nunca había hecho ninguna, supuse que no sería muy difícil para mí, y que si otros compañeros lo hacían, ¿por qué yo no? Me contrataron y me pareció un trabajo bastante relajado, comparado con la interpretación delante de las cámaras. No había que maquillarse ni peinarse, y aun cuando el personaje fuera *de época*, tampoco había que caracterizarse ni ponerse el miriñaque. Ni siquiera había que memorizar el texto. Pero, eso sí, el trabajo en la radio requería una técnica especial que poseían los grandes actores de radio y yo no. De todas formas, no quedé del todo mal y eso me permitió estar en activo hasta quince días antes de dar a luz.

Era agosto y en Madrid hacía muchísimo calor. Lo teníamos todo pensado. Cuando llegara el momento no avisaríamos a nadie hasta que el bebé hubiera nacido. José Luis estaba ilusionado con la idea de que fuera una niña. En el año 1973 aún no podíamos conocer el sexo de los hijos hasta el momento del nacimiento. No existían todavía ese

tipo de ecografías. Por eso toda la ropa de mi futuro bebé era amarilla y blanca, salvo la que compraba José Luis, que era rosa.

Ya había salido de cuentas cuatro días atrás. Me dolían las piernas y la espalda, y el calor era sofocante. La noche del 23 de agosto nos fuimos al cine, más que nada para refrescarnos. Durante la proyección de *Siete novias para siete hermanos*, que estaban reponiendo en el cine Bulevar, noté *algo*, pero la sensación era tan leve y yo tan primeriza, que no le di mucha importancia. Pero, ya en casa, a las dos de la mañana noté algo más enérgico y desperté a Tafur. Le dije que aún no estaba segura de que aquello fueran realmente señales de parto y que no quería llamar al médico todavía por si era una falsa alarma. Haciendo caso omiso, Tafur llamó al doctor Sopeña y le dijo:

—Estamos de parto. Nos vamos a la clínica.

Mi médico sugirió que le recogiéramos en su casa y así iríamos juntos. A las diez de la mañana seguía sin parir, respirando, soplando y maldiciendo, pero bajito, que yo siempre he procurado ser bien educada y no perder los papeles. Nunca he sido una actriz histriónica. Avisamos también a mi *médico de la sangre*, que llegó a las doce para verme maldecir, porque del parto aún... nada. Al fin, a la una me bajaron al paritorio. Pedí encarecidamente que me durmieran o, en su defecto, que me mataran, eso sí, salvando a la criatura, pero no hicieron ninguna de las dos cosas. Se limitaron a asegurarme que todo iba muy bien y a repetirme:

—Respire y empuje.

José Luis estaba nervioso perdido. Su habitual serenidad había desaparecido por completo. Yo todavía no había tenido ocasión de comprobar que no podía soportar el dolor de la gente a la que amaba, pero entonces lo viví de manera palpable y con toda su fuerza. Menos mal que había llamado a Pilar, que había llegado a las doce, para que le acompañara. Fue ella la que me cogió la mano en el paritorio, mientras yo solicitaba mi ejecución inmediata. A las dos menos cuarto del miércoles 24 de agosto de 1973 ocurrió lo mejor de mi vida: se me quitaron los dolores y nació Daniel.

Pilar sacó al niño en sus brazos para enseñárselo a su padre.

—Lo siento, es un niño.

Y, por lo visto, Tafur comentó:

—¡Coño, parece un sapito!... ¡Qué feo es!

Luego llegó mi madre y, por una vez en su vida, estuvo de acuerdo con el padre de mi criatura:

—¡Este niño es horroroso!

Y por si no era suficiente, añadió:

—¡Lástima que no haya salido a nosotros!

Mi parto había salido bien. Yo estaba viva, mi niño también y, como no me dieron ni un solo punto, me encontraba como una rosa, aunque bastante sudada. Me di una ducha y descubrí que tenía mucha hambre. Eran las tres de la tarde, me comí un bocadillo y me fumé un pitillo en la cama. Cuento lo del cigarrillo porque las jóvenes generaciones quizás no sepan que *antiguamente* se fumaba incluso en los hospitales sin que te consideraran aún un asesino en serie por hacerlo.

Me dijeron que no podría amamantar a mi hijo. No tenía ni buena ni mala leche y la enfermera optó por vendarme los pechos. Mi madre, que en ese preciso instante entraba por la puerta, dijo que eso era una barbaridad y conminó a la enfermera a detenerse inmediatamente hasta que ella hablara con el médico. Yo, que estaba bastante sensible, no supe qué decir y entonces intervino Tafur:

—Asunción, deja que esta señorita haga su trabajo. Ella sabrá lo que es mejor...

En ese momento mi madre me miró y, completamente seria, con gesto de superioridad que habría envidiado Bette Davis, me dijo:

—¡Ha llegado el día! Elige: ¡este señor o yo!

Entre lágrimas y muy bajito, dije:

—Él.

No volvimos a verla en cuatro meses.

* * *

Los tiempos que siguieron fueron difíciles para mí. Me enfrentaba a un personaje para el que no estaba preparada. Era feliz, pero estaba completamente sobrepasada por mi nueva responsabilidad. Concedí alguna entrevista para enseñar a *mi sapito* y me concentré en criarlo. La prensa, aunque respetuosamente, resaltaba que había sido madre soltera.

Teníamos una chica durante el día, pero las noches eran terribles. No sé si todos los bebés duermen tan poco por las noches, pero el mío, que era un bendito durante el día, al anochecer empezaba a llorar sin parar... Y yo con él. No lo sabía pero estaba sufriendo la típica depresión posparto que se agravaba por la falta de descanso y el hecho de no tener una madre que me echara una mano. Tafur se ocupaba cuando llegaba del trabajo. Me ayudaba con el baño de Daniel y le daba el último biberón del día. Los tres conseguimos sobrevivir a esos primeros meses, pero no fue fácil. Los amigos venían a casa a vernos porque yo no me atrevía a dejar a Daniel en manos de la chica. No pisaba la calle más que para pasear con él.

Un día, Pilar me dijo:

—Bueno, ya está bien. Tienes que empezar a trabajar. Adelgaza,

porque empezamos a grabar en quince días.

Le dije que aún era pronto, que no me atrevía a alejarme del niño tantas horas, que no podría adelgazar en tan poco tiempo los ocho kilos con los que me había quedado de recuerdo del embarazo, pero todo fue inútil. Me mandó el guion y tres meses después del parto estaba ensayando de nuevo. En noviembre había vuelto al trabajo.

Pilar tenía una enfermedad del corazón congénita. Debido a ella, sus válvulas cardíacas no funcionaban correctamente. Los médicos que la atendían dijeron que había que hacerle un cateterismo con la intención de averiguar si podían sustituir una de esas válvulas por otra de cerdo. Por esa razón, el 20 de diciembre de 1973 estábamos en la Clínica de la Concepción para que le hicieran esa prueba cuando, de pronto, alguien entró muy excitado y nos informó de que acababan de asesinar al presidente del Gobierno, el almirante Luis Carrero Blanco. Poco después el entonces ministro de la Gobernación, Carlos Arias Navarro, fue nombrado para sustituirle. Los últimos dos años de Franco como *caudillo* de España fueron convulsos. En ese contexto político había nacido mi hijo.

* * *

En lo personal, 1974 iba a ser también un año difícil y complicado. No me concentraba. Estaba muy preocupada por el niño y solo quería terminar pronto el trabajo para volver a casa con él. La chica que me ayudaba anunció que nos dejaba. Era una muchacha muy guapa y muy dulce. Tenía unos ojos azules preciosos. Dijo que lo sentía mucho pero que tenía que volver al pueblo con su madre para ayudarla en el campo. Se quedó solo hasta que nos mudamos a la nueva casa. Yo estaba desesperada. Daniel había cumplido siete meses, no encontraba sustituta para la chica y en TVE me habían hecho una oferta que no quería rechazar. Habían nombrado director de programas a Narciso Ibáñez Serrador (Chicho), a quien yo conocía bien. Había trabajado con él en tres ocasiones y, con su característica forma de hacer las cosas, me llamó por sorpresa y me soltó:

—¿Cómo está usted? —A veces se dirigía en broma así a los más cercanos—. ¿Se quedó muy fofa después del embarazo?... Verá usted: Valerio Lazarov está haciendo pruebas para seleccionar una presentadora para un nuevo programa de variedades que va a emitirse los sábados por la noche y le he aconsejado que le haga a usted una prueba. Se turnará con José María Quero. Cada semana dirigirá uno con diferente equipo y presentadores... Porque, usted puede cantar y bailar, ¿verdad?

Sí, sí, sí. Yo quería cantar y bailar y ser presentadora. Nunca había hecho algo semejante: hacer de mí. Con un guion, claro. Pero

siendo yo y cambiando los miriñaques por vestidos de noche. José Luis me animó mucho, diciéndome que ya iríamos solucionando los problemas que teníamos en ese momento.

—Por lo pronto, lo que tienes que hacer es preparar bien la prueba con Lazarov —me dijo.

Pilar, que ya vivía en el piso de al lado, se ofreció también a echarme una mano mientras yo seguía buscando una chica para que se ocupara de la casa. El coreógrafo y el maestro de música montaron un número para mí que tuve que aprenderme y así se llegó a la grabación de la prueba. Yo estaba satisfecha, me habían vestido, maquillado y peinado de forma que me favorecía y pensaba que yo lo había hecho bien. Pero pasaban los días y el teléfono no sonaba. La respuesta no llegaba. Cuando al fin sonó, era Chicho en persona:

—Siento no haberte llamado antes. Lo que pasa es que... a Lazarov no le gustas y ha hecho otra elección, pero José María Quero ha visto tu prueba y está entusiasmado. Quiere que presentes *su Señoras y señores* como pareja de Mario Clavel. ¿Podrías estar mañana a las ocho en Prado del Rey para empezar a grabar?

—¿Cóooomo? ¿Mañana?

—Sí, sí. Mañana —contestó Chicho—. Ya te dirán lo que tienes que hacer. Mario Clavel te ayudará con las canciones y el coreógrafo te montará los bailes allí mismo. ¡Ah! Y tráete tres o cuatro modelos de vestidos de noche.

Eran las siete de la tarde y entré en pánico. No tenía *tres o cuatro vestidos de noche*, no tenía a nadie con quien dejar a Daniel y no tenía mucha idea de cantar ni de bailar. Se me ocurrió llamar a una amiga que tenía una tienda de ropa. Le pedí que enviara a la mañana siguiente a TVE los modelos de noche que tuviera y corrí a casa de Pilar para pedirle que se quedara con Daniel al día siguiente hasta que Tafur llegara del trabajo. Me lavé el pelo y me tomé una tila. Y así fue como me convertí en la presentadora de *Señoras y señores*, dirigida por José María Quero, primero como compañera de Mario Clavel y luego, cuando él se fue, en solitario.

Durante más de un año ese fue mi trabajo. Como consecuencia de la popularidad que ese programa me daba presenté el Festival de la Canción de Benidorm, varios desfiles de moda para El Corte Inglés y algún que otro acto. Nunca olvidaré la generosidad y el cariño con el que me trataron tanto Mario como José María, ni tampoco la posibilidad que tuve de conocer a tantas estrellas del mundo de la música que pasaban por ese programa, proporcionándome momentos muy buenos. Y como soy muy mala, les contaré que Lazarov tuvo que cambiar varias veces de presentadora durante ese año largo, mientras

a mí me dieron el primer premio de mi carrera por elección del público, el Populares Pueblo, por mi labor en *Señoras y señores*, que patrocinaba el diario de Emilio Romero.

* * *

A los pocos días de haber empezado mis grabaciones en *Señoras y señores* encontré a la persona que sería mi tabla de salvación y la segunda madre para mi hijo. Adamina era una mujer de cincuenta y tantos años, muy gallega y muy poco agraciada físicamente, nada que ver, por lo tanto, con la chica que habíamos tenido hasta entonces, pero que se convirtió en un ángel de la guarda para todos nosotros. Daniel la adoró desde el primer minuto. Ella le hablaba en gallego y se desvivía por él. Sin embargo, el primer día que llegó a casa no fue todo tan sencillo. Se incorporó a las ocho de la mañana y yo salía de viaje a las nueve para rodar los exteriores del especial de Nochebuena de *Señoras y señores*. José Luis estaba en Nueva York y no llegaba hasta el día siguiente. Temblando de miedo expliqué a Adamina todo lo que pude y me fui. El rodaje era en Oropesa y en el trayecto en coche que duraba dos horas paré cinco veces para llamar a casa desde varios teléfonos públicos. En la penúltima de esas llamadas las cosas se estaban poniendo feas. Adamina me informó de que el niño había abierto la lavadora en plena colada, de que se negaba a comer y de que ella se iría en cuanto llegara mi marido, porque no estaba dispuesta a responsabilizarse de un niño que era *o demo que traballa*. Afortunadamente para mí y para mi hijo, aquella amenaza no se cumplió y Adamina se quedó con nosotros hasta su jubilación doce años más tarde.

* * *

En la primavera de 1975 los actores fuimos a la huelga por segunda vez: en 1971 habíamos conseguido el día de descanso. Pensamos que había llegado el momento de reivindicar algunas cosas más... Aunque, bueno, yo no había pensado nada. Me sumé a la iniciativa porque consideré que había razones para hacerlo, y no era la menos importante que algunos de mis amigos, como Jaime Blanch y Juan Diego, estaban en el origen de aquella huelga. Era el momento de exigir más derechos laborales. Algunos —los más politizados— pretendían acabar con el Sindicato Nacional del Espectáculo y hasta hubo quienes esperaban colaborar en el *desmantelamiento* del régimen franquista, que daba ya muestras de estar tocado.

Hubo detenciones sonadas y algún que otro enfrentamiento con las fuerzas *del orden*. Todos los que participamos de una u otra manera en aquel movimiento nos sentíamos *heroicos* y lo cierto es que la huelga tuvo mucha repercusión. Los rostros famosos, que

habitualmente estaban en la tele o en la prensa del corazón, encabezaban ahora las primeras planas de los periódicos mostrando una imagen de sí mismos totalmente inusual. Yo me sumé a un piquete que recorría los teatros de Madrid para *informar* de que esa tarde habría huelga de actores y que, por lo tanto, estos no debían actuar. Se produjeron incidentes, pero los compañeros se sumaron casi al completo y los que no lo hicieron activamente encontraron también fórmulas para no trabajar ese día. Lola Flores alegó *enfermedad* y no actuó. Hubo también quien se opuso frontalmente y hasta con públicas rabietas a la convocatoria, que, en cualquier caso, fue un éxito tanto profesional como político. Tiempos excitantes y complejos en los que no estábamos seguros de cómo podían acabar las cosas.

* * *

En septiembre de 1975 cambiamos de casa. Ya he contado que eran años dorados para vender y un amigo de José Luis estaba construyendo unos adosados muy cerca de donde vivíamos. Nos habíamos acostumbrado al extrarradio y habíamos hecho amigos entre los vecinos, así que era una buena oportunidad. Tendríamos un pequeño jardín en el que incluso podríamos hacer una minipiscina y al fin podría cumplir el viejo deseo de tener un perro. En ese barrio hicimos amistades que han durado toda la vida y mi hijo encontró un grupo de niños de su edad con los que compartir sus juegos. A día de hoy, casi cuarenta años después, esa *pandilla* de la que formó parte Daniel sigue unida.

Pero Pilar se sintió *traicionada*. Había comprado su piso para estar cerca de nosotros y ahora nos íbamos tres manzanas más allá.

* * *

Cuando terminé mi colaboración como presentadora de *Señoras y señores* volví a mi profesión de actriz sin mayores problemas. Grabé para la primera cadena *El aprendiz de amante*, dirigida de nuevo por mi querido Pedro Amalio López, y un *Estudio 1* en Barcelona, *El alma se serena*, de Alonso Millán. Había olvidado hablar de que en esos años íbamos con cierta frecuencia a hacer programas de televisión a Barcelona. Los estudios de Miramar se hacían cargo de la producción de los *dramáticos,* que es como llamábamos entonces a las series y a los *Estudio 1*. Siempre eran viajes gratificantes. Me gustaba mucho ir a Barcelona, en donde había estupendos realizadores y en donde los compañeros catalanes te recibían de maravilla. Eran casi unas vacaciones y, para una *mujer de su casa* que compaginaba trabajo y familia, una buena disculpa para descansar y *dedicarse solo al trabajo*.

* * *

En noviembre de 1975 nos fuimos a París con Sinde y su mujer,

Ángeles. José María quería entrevistarse con los herederos de Arturo Barea con la intención de comprar los derechos de *La forja de un rebelde* para hacer una película. Empezaba a estar fatigado de producir películas de otros directores y ya hacía tiempo que quería dirigir. Llegamos a París el día 12. Estábamos muy pendientes de las noticias que llegaban desde España, porque la muerte de Franco parecía inminente. Desde pequeña había oído que cuando Franco se muriera *aquí se va a armar la gorda*, y aunque nunca he sido alarmista, tal como habían ido las cosas en los últimos tiempos, tampoco era para estar muy tranquila. La incertidumbre sobre el futuro inmediato era total y generalizada. Siempre he pensado que nuestra modélica transición, últimamente puesta en cuestión por muchos, fue posible entre otras razones porque varias generaciones de españoles habíamos crecido oyendo eso mismo, que *se iba a armar una buena cuando muriera Franco*, y todos, tanto los perdedores de la Guerra Civil como los que la ganaron y sus hijos, aún teníamos muy reciente el dolor causado por aquellos años y por la miseria y represión de una posguerra muy triste. Creo que ese miedo a que se repitiese un enfrentamiento entre hermanos nos lo habían transmitido nuestros mayores y eso ayudó a que los que no habíamos vivido directamente la guerra hiciéramos todo lo que estaba en nuestras manos para que las cosas fueran como fueron y dieran lugar a aquello que en el mundo entero se consideró como *una modélica transición.*

Pero entonces, a primeros de noviembre del 75, Sinde —como tantos otros— vivía esos momentos previos al desenlace de la dictadura con una mezcla de ilusión y zozobra. En general todos esperábamos con cierta emoción lo que un nuevo tiempo podría traernos. Tafur, por su parte, estaba planteándose la idea de producir cine. Ese viaje podía ofrecerle una buena oportunidad de hacerlo con un proyecto tan atractivo como ambicioso: *La forja de un rebelde*. Pero por las razones que fuera, la sobrina de Arturo Barea, que era quien tenía los derechos de la novela, cerró las puertas a aquel proyecto, ofreciéndonos solo la posibilidad de volver a hablar del asunto más adelante.

En aquel viaje íbamos mucho al cine. Y como estaba en pleno *boom* una película porno muy famosa en ese momento, fuimos a verla. Era *Garganta profunda*, sugestivo título que describía bastante bien lo que la película ofrecía —muchos planos de gargantas— y que también había sido utilizado para poner nombre al informador del caso Watergate. Yo nunca había visto una película pornográfica, sencillamente porque en la España de Franco la pornografía *no existía*. En los viajes al extranjero había visto películas de *alto contenido erótico*

como *El último tango en París*, de Bernardo Bertolucci, que además me había gustado mucho, pero de cómo sería una película exclusivamente pornográfica, la verdad es que ni siquiera me hacía una idea. Así que me apunté. El local ya me resultó algo repugnante, pero cuando habían pasado los diez primeros minutos de proyección empecé a sentirme realmente mal, físicamente mal. La película me estaba produciendo el efecto contrario al que se supone que perseguía el director y, en lugar de placer, yo sentía dolor... de garganta. Me dije: «Si sigues viendo esto vomitarás, y lo que es peor, puede que no seas capaz de mantener relaciones sexuales nunca más».

Al verme salir de la sala y sentarme en un sillón del *hall*, el acomodador, que debía ser *imbecile*, puesto que era francés, me dijo:

—Oh, madame, est-ce que vous ne savait pas comment c´etait ce film?... C´est normal... Vous êtes espagnole et en Espagne, vous êtes en rétard avec toutes les choses...

Y se reía a carcajadas, el *imbecile*. De todas formas, y aunque, siguiendo el tópico, los parisinos nunca me han caído bien, París siempre será un sueño y aquel viaje me encantó. Volvimos a Madrid el 18 de noviembre y el 20 ocurrió.

La muerte de Franco no solo cambiaría la vida colectiva de los españoles. También el devenir de muchas biografías.

El cortejo fúnebre del *Generalísimo* iba a pasar muy cerca de donde vivíamos y Adamina dijo que quería salir a verlo. Ella había trabajado durante muchos años para un futbolista que vivía en la misma casa que Carmen Martínez Bordiú, la nieta de Franco, y siempre decía que era muy *riquiña*. Un día le pregunté que por qué era tan *riquiña* y Adamina contestó:

—Es gallega. Y además, siempre que me la encontraba en el portal me daba los buenos días.

Me pareció una razón de peso, pero pensé que Carmen debía de practicar algo que también yo hago a menudo: si no puedes ser buena, al menos sé amable. Y quede claro que no tengo ni idea de si esa señora es buena o no. Y además no me importa.

* * *

Al ritmo de los cambios que se estaban produciendo en España, mi carrera cambiaría de rumbo en 1976, un año convulso en el que, ya coronado rey Juan Carlos de Borbón, nombrado por Franco unos años antes príncipe de España, el franquismo pervivía dando sus últimas bocanadas, primero bajo el gobierno de Carlos Arias Navarro y desde el verano con el llamado *gobierno de penenes* de Adolfo Suárez, toda una incógnita entonces. La televisión empezaba a dejar de lado los formatos clásicos que hasta entonces habían sido la base de su

programación de ficción. Pronto se pondrían de moda los *culebrones* sudamericanos y, tímidamente, empezaban a surgir series españolas que sustituían la tradicional grabación en vídeo por la filmación en 35 milímetros. Empezó a ser habitual el trabajo en exteriores naturales. Creo que *Los Dombey* de Charles Dickens, que se emitió en septiembre de aquel año, fue la última *Novela* que hice para TVE. El final de una época de mi vida profesional.

En los diez años que había durado mi colaboración continuada en los programas de TVE había trabajado con muchos directores de la casa. En general eran personas educadas, que conocían bien su oficio, y respetuosos y cercanos con los actores. Como era lógico, algunos se habían convertido en amigos, como Pedro Amalio, Paco Abad, Chicho, Pilar, Alfredo Castellón, José María Quero o Josefina Molina. Otros eran simplemente compañeros de trabajo. Pero también los había, por decirlo finamente, *difíciles* de trato. En general yo me llevaba bien incluso con estos últimos, porque iba a lo mío y punto.

Pero hubo una ocasión, al principio de mi trabajo en la tele, en que ocurrió algo que no pude soportar. Habitualmente la gente grosera, lo sea conmigo o con quienes en ese momento estén cerca de mí, me provoca un rechazo visceral y una irritación muy grande. Estábamos grabando una *Novela* titulada *Tren de madrugada*. Mis galanes eran Juan Luis Galiardo y Sancho Gracia. Ninguno de los tres éramos entonces muy conocidos porque estábamos empezando, estoy hablando del año 1967. En una escena yo debía entrar por una puerta cuando oyera *el pie* de Sancho y, por tanto, estaba esperando atenta fuera del decorado, con la mano en el pomo de la puerta para entrar en mi momento sin retrasarme. Oí el *pie* y empujé, pero la puerta no se abrió. Insistí con algo más de fuerza y nada. Miré entonces al regidor en petición de auxilio y en ese momento, desde el control de realización, rugió el director por los altavoces:

—¿Qué pasa con esa hija de puta que no entra?

Se hizo un silencio. Yo, presa de los nervios y la indignación que me acababa de producir esa frase por grosera, empecé a desabrocharme el vestido, que era *de época* como casi siempre, lo dejé caer al suelo y en enaguas salí del plató. Y andando despacito y muy digna, me dirigí a mi camerino llorando. Una vez allí me vestí con mis vaqueros y cuando estaba saliendo con la intención de irme a casa sin decir palabra, me alcanzó el ayudante de dirección:

—Pero ¿qué haces? ¿Te vas?

Aún llorosa pero muy segura de mí misma, le contesté:

—Sí, ya ves. Las hijas de puta solemos hacer estas cosas.

Pero me quedé. Nunca más me llamó ese realizador para trabajar

con él ni yo habría aceptado su invitación en el caso de que lo hubiera hecho, por supuesto.

* * *

Los años de la transición, cuyo inicio los expertos señalan con el asesinato de Carrero Blanco en 1973, supusieron para mi carrera profesional mi vuelta al cine, que había dejado más o menos voluntariamente nada más empezar. No había vuelto a hacer películas, desde que en 1969 decidí optar por la tele. Antes de la muerte de Franco me ofrecieron un personaje en una película que iba a dirigir José Luis García Sánchez, *Colorín colorado*, y que iban a protagonizar Juan Diego y Teresa Rabal, como pareja joven, y José Sazatornil *Saza* y Mary Carrillo, dos grandes actores que ya habían intervenido en la primera película de García Sánchez, *El love feroz*, que había tenido bastante éxito. Conocía al director porque él y su mujer, Rosa León, eran muy amigos de Concha Velasco y Juan Diego. El productor y guionista era Juan Miguel Lamet, que estaba casado con María Massip, grandísima actriz e íntima amiga mía, que también iba a trabajar en la película en el papel de una criada que militaba silenciosamente en la clandestinidad, como el director y el protagonista, mira por dónde. En la producción de *Colorín colorado* iba a entrar José Luis Tafur. Vamos, que todo quedaba en casa.

Me pareció un buen momento para volver al cine. Era un tipo de película diferente a lo que normalmente me ofrecían y Lamet había escrito un guion muy bueno. Acepté. Para acabar de redondear el cuadro familiar, les contaré como curiosidad que algunas escenas de la película se rodaron en mi propia casa. Por causas que no me explico, la película no tuvo la acogida que merecía, pero se conserva muy bien y es hoy un buen testimonio de la vida de las parejas de los jóvenes progresistas de aquel preciso momento.

Durante el rodaje de *Colorín colorado* una noche fuimos a cenar a casa de Sinde. Había escrito con José Luis Garci un guion para un largometraje. No era nada raro puesto que los dos escribían y, de hecho, Garci trabajaba desde hacía un tiempo para José Luis Dibildos como guionista para películas de Bodegas, Drove y Yagüe, y había sido uno de los inventores de aquello que dio en llamarse *tercera vía* del cine español, un camino intermedio entre el cine estrictamente comercial y el incipiente cine de autor que prácticamente cultivaba en solitario el productor Elías Querejeta. Comedias con contenido, para entendernos. Lo que habían escrito Sinde y Garci iba un paso más allá. Iban a hacer una lectura para unos pocos íntimos con el fin de conocer su opinión. Su idea era ofrecer ese guion a Dibildos, y Garci, que acababa de hacer tres cortos —*Al fútbol*, *Mi Marilyn* y *Tiempo de gente*

acobardada—, iba a postularse para dirigirlo. Era una historia en la que habían puesto sus entrañas.

El *público* que aquella noche asistió a la lectura era de casa: las mujeres de Garci y Sinde, Miguel González-Sinde, hermano de José María y un estupendo montador, y su mujer, Dolores, Forges, Tafur y yo. Nos gustó mucho. Los guionistas tenían claro que el protagonista masculino sería José Sacristán, a quien además conocían muy bien porque había sido la cara de casi todas las películas de aquella *tercera vía* y era en el cine español de entonces una estrella incontestable. Respecto a *la chica*, aún no tenían nada pensado. Suponían que Dibildos, si aceptaba producirla, tendría algo que decir. En medio de aquellas divagaciones yo hubiera dado el dedo meñique del pie (que no sirve para nada) por que me hubieran ofrecido ese personaje. Pero permanecía callada.

—¿A vosotros se os ocurre quién podría hacer el papel de Elena? —preguntó Garci de pronto.

Surgieron algunos nombres, que por unas u otras razones se fueron descartando. De repente, Dolores, quien normalmente hablaba poco y era muy prudente, dijo:

—No entiendo que andéis buscando por ahí lo que tenéis delante: Fiorella es perfecta para hacer de Elena.

Un silencio. Todos me miraron como si jamás me hubieran visto y yo enrojecí un poco. Me sentí incómoda, no sabía qué decir y... seguí sin decir nada.

—¡Coño! —exclamó alguien que no recuerdo quién fue—. Pues podría ser.

Y todos se quedaron mirándome de nuevo como si acabara de aparecer en sus vidas. Me acababan de descubrir.

A veces me pregunto si tenemos alguna forma de influir realmente en el curso de nuestra historia o por el contrario la vida nos va llevando adonde le da la gana y el azar es el dueño y señor de nuestro destino. Es verdad que con nuestras actitudes y decisiones vamos creando las condiciones para que unas cosas sucedan y otras no, pero probablemente si esa noche en casa de Sinde no hubieran estado Miguel y Dolores, nadie me habría mencionado como posible candidata a ser Elena. Y si Dibildos no hubiera rechazado producir ese guion, quizás Elena habría sido cualquier otra actriz y no yo. El caso es que se dieron esas dos circunstancias. O tal vez, como suele decirse, estaba en el lugar adecuado en el momento preciso. Sea por lo que fuera, yo fui Elena en *Asignatura pendiente*.

Las cosas no suelen ser como parecen y en mi vida en muy pocas ocasiones lo que realmente pasaba se correspondía con lo que los

demás pensaron que pasaba. Ni yo era de ascendencia italiana —aunque tuve un *papá* italiano— ni mi nombre era *artístico* —aunque tampoco era el legal— ni era madrileña —aunque así lo había creído yo misma hasta los catorce años—. Y tampoco fue Tafur el que propició que yo interpretara a Elena, sino la mujer de un amigo. Y casi nada de lo que después ocurriría en mi vida personal sería como lo interpretaron algunos.

* * *

Hay categorías de seres humanos que me caen gordas. En primer lugar yo pondría a los *salvapatrias*, esos que siempre saben lo que se debería hacer para que las cosas vayan bien en su país y, por extensión, en cualquier asunto. Siempre pienso que no se entiende cómo, si son tan listos, no les han nombrado ministros de Cultura, de Economía o de lo que sea. Esos suelen ser también los que a menudo, armados de una seguridad aplastante, te dicen: «Tú lo que tienes que hacer es...», y lo dicen sin que nadie les haya preguntado su opinión. También está muy extendida la especie de aquellos que en cualquier conversación y se trate de lo que se trate, te sueltan un «estás equivocada, créeme, lo sé de buena tinta», que te deja seca. En realidad no sé si me caen gordos o los envidio. Yo casi nunca estoy segura de nada. Pero lo que sí es cierto es que esos tipos me aburren soberanamente porque, además de los más *enterados*, suelen ser los más prolijos en palabras.

No sé por qué hablo de esto ahora. Quizás porque de pronto he recordado que en un *enterado* diccionario de cine español se decía que, gracias a mi matrimonio con José Luis Tafur, había conseguido hacer *Asignatura pendiente*. En fin, ya he dicho —creo que dos o tres veces— que casi nada en mi vida es lo que parece.

Estaba ilusionada con la posibilidad de rodar *Asignatura pendiente*, pero las cosas no iban bien. Después de la negativa de Dibildos, sorprendente solo hasta cierto punto, puesto que él siempre producía guiones que él mismo escribía, Garci y Sinde recorrieron algunos despachos más en busca de productor. Alguno les sugirió que cambiaran el reparto previsto y, en lugar de Pepe y yo, los protagonistas fueran Carmen Sevilla y Arturo Fernández, con el fin de atraer algo más de público. En resumen, la película no encontraba productor. A la vista de la situación, Tafur nos propuso que hiciéramos una especie de cooperativa reducida. Sinde y Garci aportarían sus sueldos como productor ejecutivo y director respectivamente. En las mismas condiciones entraríamos Miguel González-Sinde, quien iba a ser el montador, Sacristán y yo. El resto del dinero necesario —14 millones de pesetas—, que era el coste previsto, lo asumiría Tafur, que, como no tenía ese dinero, pediría un

crédito que avalaríamos con nuestra casa. Recuerdo bien que la tarde en que se habló de esa propuesta todos estábamos inquietos, pero esa era la única opción que nos quedaba si queríamos rodar. Aceptamos todos menos Sacristán, supongo que porque él era el que menos confiaba en el proyecto o... en nosotros. Se acordó que a mí me correspondería el 5 por ciento de la recaudación total en taquilla. A Pepe, que era mucho más famoso que yo, aunque creo que también porque no era *de la casa*, le ofrecieron el 10 por ciento. Y además, ya se sabe; como rezaba una pintada de la época que a mí me gustaba mucho: «Solo hay alguien más explotado que el obrero: la mujer del obrero». Y, mira por dónde, esto me lleva a reflexionar sobre el feminismo y sobre mi actitud en ese terreno.

Nunca fui muy consciente de que conseguir las cosas me costara más por el hecho de ser mujer. En mi profesión los trabajos, los sueldos y las prebendas se dan en función de otros parámetros y la gente del mundo del espectáculo tradicionalmente no es machista ni tampoco lo era cuando yo estaba empezando. Hay excepciones, claro. Nunca noté que mis compañeros varones me minusvaloraran o me *protegieran* por ser mujer. El trato siempre era de igual a igual. Tal vez por esa razón, por no haber vivido esa discriminación, nunca sentí la necesidad de militar en el feminismo. Pero, naturalmente, siempre he creído que debe existir igualdad de trato para hombres y mujeres, y en que a igualdad de méritos, igualdad de oportunidades. Pero he de confesar que no he dado batalla pública alguna en ese sentido.

* * *

Al fin encajaron las piezas y el proyecto de *Asignatura pendiente* se encarriló. Habíamos previsto rodar en octubre y nos fuimos a ensayar a Burgos. Esa exótica elección se debía a que Pepe Sacristán estaba rodando en Santander, de manera que los fines de semana Garci, Sinde y yo hacíamos medio camino y Pepe el otro medio. Discutían mucho entre ellos sobre aspectos del carácter de los personajes. Pepe estaba preocupado porque su personaje no quedara como «un hijo de puta». Se dieron cien vueltas a muchas otras cosas, el título incluido. A mí, que soy mucho menos científica y lo que necesito es simplemente *sentir* que entiendo lo que voy a hacer, no me preocupaban esas cuestiones que ellos discutían tanto y encontraba que mi personaje era muy de verdad, que había muchas mujeres que tenían *tan poco*, que podían verse arrastradas a correr un enorme riesgo por vivir una historia amorosa tan frustrante como al final era la de la película. Con eso me bastaba.

Ahora pienso que *Asignatura pendiente* es una película naíf. Voy a intentar explicarme. Era la primera película de su director y era, al

mismo tiempo, una historia muy personal para sus guionistas. En ella estaban todas las ilusiones y los temores del momento histórico que vivíamos en España. Muchas de las cosas que pasan en la película estaban ocurriendo al tiempo que rodábamos. Los trazos son simples, sin demasiada complejidad técnica, solo la justa para que *pegaran* los planos, y había en la película y en sus autores la ilusión que ilumina los dibujos de los niños cuando están descubriendo que son los primeros en trazar esas líneas. Por las razones que fuese acertamos y conseguimos llegar al corazón de los espectadores. Más sorprendente me resulta que, treinta y seis años después, la gente siga recordando *Asignatura*… y que generaciones posteriores de espectadores, que no han vivido lo que los protagonistas vivieron, sigan considerándola un referente del nuevo cine español que nacía con la transición, y a mí, a pesar de los muchos trabajos que he hecho posteriormente, como «la inolvidable protagonista de *Asignatura pendiente*». Más que una película, resultó un fenómeno sociológico.

Y… me quité el sostén. Tenía veintisiete años y nunca me había desnudado. En el cine, se entiende. Ya he dicho que mis prejuicios para desnudarme en público nada tenían que ver con la moral. No considero que la moralidad de las personas-mujeres esté en sus pechos. Mis prejuicios eran estéticos. El día que rodábamos la famosa secuencia de la ducha, a la que precedía aquella otra en que están en la cama Jose y Elena —o sea, Pepe y yo— después de haberse acostado por primera vez, yo estaba de los nervios. Debo decir que Pepe Sacristán me ayudó mucho:

—Si lo que te preocupa —me dijo— es si saldrás favorecida, basta con que me mires a mí para animarte. Y además, ya te digo yo que estás buenísima.

Me eché a reír y me relajé bastante. El rodaje transcurrió sin excesivos problemas. Los problemas vinieron después. Los distribuidores —una marca nueva, Arte 7, que distribuyó en esos años otras películas de directores jóvenes, como *Tigres de papel* o *El corazón del bosque*— no tenían forma de encontrar locales de estreno. Ningún exhibidor de Madrid estaba interesado en estrenarla. En palabras de Tafur, teníamos unas latas llenas de negativo y bastantes deudas que saldar. Por si nos quedábamos solo con las latas y la deuda del banco, acepté un *Pequeño teatro* en TVE. Era un espacio menos visto que *Estudio 1*, pero pagaban más o menos igual. Me parece que no he contado que TVE tenía unos baremos a la hora de pagar a los actores que dependían exclusivamente de si el papel era protagonista o secundario. Daba igual si el personaje lo hacía yo o Sofía Loren. Es un decir, porque estoy segura de que Sofía no estaría por la labor.

Me dijeron que yo le caía muy bien a un exhibidor que iba a ver la película al día siguiente. Era la enésima intentona. Y las posibilidades eran reducidas porque era una cadena que mantenía una programación muy conservadora en relación con las películas españolas. Los anteriores exhibidores la habían visto y, uno tras otro, la habían rechazado. Nuestro hombre era Julián Reyzabal padre, dueño de muchos cines y salas de fiesta en Madrid y de la productora y distribuidora Ízaro Films. Me pidieron que fuera a la proyección por si acaso mi presencia podía ayudar. Llegué un poco tarde, las luces ya estaban apagadas y la proyección había comenzado. Lo primero que oí fue:

—¡Menos mal que Sacristán sale bien peinado en esta película!

Me senté en donde me indicaron, que era al lado de Julián Reyzábal, que me saludó y siguió viendo la película en silencio. Al terminar, me miró muy serio y dijo:

—¿Por qué ha dejado usted que la desnuden? Usted no tiene ninguna necesidad de hacerlo porque sus trabajos en televisión son estupendos. Siga usted por ese camino, hija mía.

Don Julián añadió que en la película se decían demasiados *tacos* y que, a decir verdad, no estaba muy interesado en estrenarla en sus cines porque a su público no le iba a gustar. Si alguna vez en mi vida he intentado ser seductora, que sí, ese fue el día en que desplegué el catálogo completo de mis posibles encantos. Dentro de un orden, claro. No vayan ustedes a ser mal pensados.

Lo conseguimos, aunque las condiciones fueron leoninas. Debíamos hacer un *mínimo* de venta de entradas altísimo para seguir en cartel a partir de la tercera semana y, si no se cumplía, el exhibidor quedaba libre para cambiar la programación. Para echarnos, vamos. Aceptamos... ¿Qué otra cosa podíamos hacer? *Asignatura pendiente* se mantuvo en los cines Carlos III y Princesa más de un año, batió todos los récords de recaudación en taquilla y se mantuvo en cabeza del *box office* durante años. Y, cosa absolutamente sorprendente, el público, puesto en pie, aplaudía siempre al final de la proyección, lo que para nosotros resultaba muy emocionante. Más de una vez fuimos a aquellos cines a recibir, medio escondidos, los aplausos.

Capítulo 12

¿Qué esperaba mi madre de mí? Y ella… ¿se había planteado alguna vez qué era lo que yo necesitaba de ella? Desde que había sido madre pensaba sin parar en la responsabilidad que se adquiere cuando traes un hijo al mundo. Me angustiaba la idea de no hacer bien las cosas en relación con el mío y, a decir verdad, esa preocupación tenía mucho que ver con que estaba muy *tocada* por mi propia experiencia como hija. Cada vez entendía menos que mi padre, y de un modo diferente mi madre, no se hubieran planteado nunca que yo tenía unas necesidades como ser humano de las que eran responsables, y no me refiero exclusivamente a la manutención o a la escolarización. Estoy hablando de cosas diferentes. ¿Por qué yo no había tenido un padre? ¿Por qué nunca había querido él saber nada de mí? Y ¿por qué mi madre había dado por sentado durante todos esos años —y no solo los de la infancia y la adolescencia— que esa ausencia no era importante para mí? Desde que había tenido a Daniel esas preguntas volvían constantemente a mi cabeza.

Conscientemente procuré siempre cultivar el respeto en la relación con mi hijo. Esto quizás me resulte algo difícil de explicar, pero lo cierto es que yo sentía de una forma muy clara que no se habían respetado mis derechos, que no se me respetaba ni como hija ni como ser humano y, por lo tanto, no quería repetir ese esquema en el trato y la educación de Daniel. Debía respetar a mi hijo desde el primer momento y en todos los aspectos de su vida en lo que de mí dependiera. Construí mi forma de relación con él teniendo siempre presente cómo hubiera deseado que mis padres lo hubieran hecho conmigo.

Los seres humanos somos complejos. Me preguntaba por qué razón mi madre no había imitado el esquema familiar en el que se había criado si para ella había sido una bendición. Tuvo unos padres comprensivos y respetuosos hasta extremos increíbles, dada la educación y el contexto en el que ellos se movían; la ayudaron y protegieron tanto como pudieron sin cuestionar jamás sus decisiones, y eso pese a que algunas de ellas eran radicalmente contrarias a lo que ellos hubieran deseado y muy alejadas de lo que la razón aconsejaba… ¿Quizás en esa comprensión y tolerancia estuvo el error? Mis preguntas reaparecían una y otra vez, implacables; pero ahora siempre con mi hijo como referencia.

Debía encontrar mi propio camino para educar a Daniel. A pesar de tratarse de eso que ahora califican como *disfuncional*, Tafur y yo habíamos construido nuestra propia familia que funcionaba muy bien,

pero ambos habíamos aportado nuestro equipaje de frustración y dolor y estábamos muy atentos para no caer en los errores que otros habían cometido con nosotros. Esa carga nos generaba algo de tensión. Afortunadamente, su hijo Álvaro, aunque vivía con su madre, formaba parte también de nuestra vida, pasaba con nosotros fines de semana y vacaciones y, poco a poco, se iba convirtiendo en un niño maravilloso que jamás daba un problema. Era inteligente, guapísimo y adoraba a su hermano, al que *protegía* orgulloso. No ocurría lo mismo con los hijos mayores de Tafur. Las situaciones de enfrentamiento entre él y su primera mujer eran continuas. José Luis tenía problemas incluso para felicitarles en sus cumpleaños o asistir a sus primeras comuniones. Y, por supuesto, en absoluto le estaba permitido opinar sobre su educación o trasladarles su cariño. Todo ello ocurría en un contexto en el que la madre deterioraba ante ellos con todo tipo de argumentos, reales o no, la imagen del padre hasta que llegó un momento en que consiguió que fueran los propios chicos los que no querían verle. Nunca llegué a conocerlos. Una vez más, yo comprobaba el dolor que pueden generar en los demás, y en uno mismo, el rencor y la falta de respeto por los derechos de los otros, especialmente cuando estos son menores, porque resultan más vulnerables. Desde mi punto de vista, la madre de los hijos mayores de Tafur, como la mía había hecho conmigo, les estaba privando de tener un padre, y lo cierto es que con el paso de los años eso les iba a pasar a todos una factura de consecuencias terribles.

* * *

En abril de 1977 se estrenó *Asignatura pendiente* y en junio se estrenó la democracia en España. Suárez, que seguía muy cuestionado por la izquierda y en general por toda la oposición democrática, se había destapado aquella Semana Santa legalizando por sorpresa al Partido Comunista de España, solo unas semanas después de que la extrema derecha hubiera asesinado a los abogados del despacho laboralista de la calle de Atocha, militantes del PCE. Este era el último paso para dar vía libre a unas elecciones generales en las que participaron todos los partidos políticos, que, por cierto, eran cantidad. Después de cuarenta y un años los españoles volvíamos a las urnas para elegir un gobierno. Éramos muchos los que no habíamos votado nunca. Aquel 15 de junio del 77 España era una fiesta. Como todo el mundo sabe, el presidente Suárez ganó las elecciones con un partido recién creado, la UCD (Unión de Centro Democrático), que aglutinaba a todos los grupos del centro, la derecha moderada y los franquistas reformistas, y el PSOE y su joven líder, Felipe González, hicieron su brillante aparición en escena consiguiendo unos magníficos resultados que dieron al traste

con las expectativas del Partido Comunista.

Mi carrera como actriz había dado un giro tras *Asignatura pendiente*. Me dediqué a asistir a los estrenos de la película por toda España y concedí un sinfín de entrevistas para todos los medios habidos y por haber. No sabía entonces que la pregunta favorita de los periodistas que oiría durante el resto de mi vida sería: «¿Te queda alguna asignatura pendiente?». Disfruté del éxito, pero estaba un poco mosca porque ahora las ofertas de cine que me llegaban eran de personajes protagonistas, sí… Pero se conoce que les había gustado eso de que me quitara el sostén y en todas ellas había alguna secuencia de desnudo. No soy muy dada a fustigarme, pero de vez en cuando lo hago y entonces pensé que lo único que habían visto en mí era eso: la posibilidad de desnudarme. De todas las ofertas que tuve ese año, acepté solo una, aunque en esa también había que desprenderse del sostén. Era una comedia titulada *Esposa de día, amante de noche* y ya se imaginarán de qué iba. De día yo era una maravillosa mujer de su casa y al llegar la noche me convertía en una amante exaltada aunque, eso sí, la exaltación la provocaba mi marido. La dirigía Javier Aguirre y la produjo Rafael Gil con su firma Coral P. C., y el reparto estaba bien. Mi *marido* era Paco Cecilio, un hombre absolutamente encantador, y coincidí otra vez con Juan Luis Galiardo.

Lo cierto es que estaba un poco mosca. ¿Por qué a Pepe se lo disputaban todas las productoras para personajes importantes en películas buenas y trabajaba con directores como Olea, Gonzalo Suárez o Eloy de la Iglesia, y a mí solo me proponían…? Bueno, ya saben lo que me proponían. No es que tuviera celos artísticos, es que estaba seriamente preocupada. ¿Qué había hecho mal? Tampoco me dieron ningún premio por mi *brillante* interpretación del personaje de Elena en *Asignatura pendiente*, pero me consolaba pensando que me estaba haciendo *millonetis* gracias a Elena mientras Pepe «solo» había cobrado su sueldo. De manera que me compré un coche nuevo, me fui a votar por primera vez en mi vida y procuré no darle más vueltas al asunto.

* * *

—¿Por qué yo no tengo abuelos?

Daniel empezaba la etapa de los porqués. A veces es fácil contestar a las preguntas de los niños, pero en otras ocasiones no sabes cómo hacerlo. Tenía cuatro años y no era sencillo decirle la verdad —esa verdad que a su edad tampoco yo conocía— ni encontrar palabras adecuadas para satisfacer su curiosidad sin contarle una mentira tal como yo pretendía. Respecto a su abuela paterna, la madre de Tafur, vivía en Tenerife (verdad) y no podía viajar a Madrid porque

estaba enferma (media verdad).

—Entonces, ¿por qué no vamos nosotros allí?

—Porque tenemos mucho trabajo y no tenemos tiempo (media mentira).

La verdad es que su abuela nunca había mostrado interés por conocer a Álvaro y tampoco a Daniel, por más que yo no lo entendiera. Era una mujer ya mayor y muy chapada a la antigua que de ninguna manera podía aceptar la separación matrimonial de su hijo y menos aún que después hubiera tenido dos mujeres y dos hijos más. No es que se llevara mal con José Luis, sino que simplemente decidió ignorar su nueva vida por eso de que «aquello de lo que no se habla, no existe». En cuanto a su abuelo paterno, la respuesta era sencilla y bastaba un «se ha ido al cielo antes de que tú nacieras» (quién puede asegurar que eso fuera una mentira)… Y de su abuelo materno… pues que vivía también lejos de Madrid (verdad, pero de momento, inalcanzable).

A su vez, la relación de Daniel con mi madre era casi inexistente. No quiero decir que no se vieran porque, naturalmente, ella venía a mi casa a ver a su nieto cuando quería, y en esa época incluso llegó a reconocer que el niño estaba «mejorando», que estaba «muy alto» y que eso era «que había salido a su abuelo». «Menos mal», añadía. O sea, que mi madre pensaba que Daniel no salía a *este señor*, o sea a su padre, que no era muy alto, sino al mío, que, efectivamente, sí era muy alto. Pero mi madre nunca llevó a Daniel a su casa ni, por supuesto, se quedó con él un solo fin de semana. No le gustaban los niños; nada que objetar. A mí tampoco me gustan mucho, pero Daniel echaba de menos tener abuelos. Supongo que veía a sus amigos frecuentemente acompañados de los suyos y se preguntaba por qué él no podía disfrutar de lo mismo.

El hecho es que la insistencia de Daniel con sus preguntas me hizo volver a pensar en mi padre. De pronto me pareció que él tenía derecho a conocer la existencia de su nieto y decidí que yo tenía que procurar que eso fuese así. Por primera vez me iba a dirigir a él. No tenía muy claro cómo era ni lo que sentía respecto a mí. Los únicos datos que tenía provenían de mi madre, que unas veces decía una cosa y otras veces otra. Según ella, no cabía la menor duda de que él sabía de sobra que yo era su hija, pero que como estaba casado y era el alcalde de su pueblo, en esas circunstancias no podía permitirse el riesgo de conocerme, por miedo a lo que eso daría que hablar. Era evidente que, si quería informarle de la existencia de mi hijo, tendría que ser yo la que se atreviese a dar un paso hacia delante. Me armé de valor y le escribí una carta que envié al ayuntamiento. Más o menos le

decía que había tenido un nieto, que era precioso y que a mí me gustaría conocerle a él. Añadí que mi vida era feliz pero que echaba de menos haber tenido un padre y le envié una foto de Daniel.

No hubo respuesta. Sinceramente, no la esperaba; pero me dolió igualmente. Pensé que al menos yo lo había intentado.

Tafur P. C., o sea, la boyante productora de Tafur, se ponía en marcha nuevamente. El nuevo proyecto era la segunda película de Garci, *Solos en la madrugada*. Dado el éxito obtenido con *Asignatura pendiente*, los protagonistas seríamos los mismos, Pepe y yo. En esta ocasión ya no había que pedir créditos porque estábamos ganando bastante dinero. Mi participación se valoró en esta ocasión en el 7,5 por ciento. Íbamos mejorando. Yo, sin embargo, esta vez sí tenía dudas con respecto al guion, dudas que no impresionaron lo más mínimo a los guionistas, que naturalmente no me hicieron ni caso. «Los actores no estáis para pensar», decían a veces.

Y tenía también alguna prevención porque Emma Cohen iba a completar el triángulo protagonista y, en principio, eso me produjo cierta inquietud. Ya habíamos trabajado juntas para TVE en *Los recién casados* para *Estudio 1*, cuando ella empezaba una carrera prometedora en Madrid, y desde entonces yo le tenía manía. Pero ella no era la culpable. El director de aquel programa de televisión había sido José Luis Tafur, y Emma y yo éramos las protagonistas femeninas. Por aquel entonces yo ya me había hecho con un currículum notable, yo pensaba que muy superior al que tenía ella. Pero lo que sí tenía Emma era un representante muy duro de roer. Enrique Herreros la estaba lanzando por todo lo alto. La había traído de Barcelona y apostaba por convertirla en una estrella. Y, naturalmente, las estrellas van las primeras en los repartos. Enrique se plantó: o Emma iba la primera en los títulos o Tafur se quedaba sin Emma. Cogí un cabreo monumental y bastante ridículo. En general, yo ni siquiera preguntaba en qué orden iría en el reparto porque la verdad es que nunca me ha importado demasiado. No sé muy bien qué me pasó aquella vez. Creo que debían de ser celos artísticos… y de los otros. No se olvide que aquella obra la iba a dirigir Tafur y Emma era preciosa, seductora y con ese aire un poco esnob y misterioso que tenían algunas actrices catalanas, que parecía que eran más internacionales que las de la meseta, más aún en su caso puesto que había intervenido en varias películas de la «Escuela de Barcelona», que entonces eran el colmo de la modernidad. De esa historia habían pasado nada menos que siete años, pero yo seguía manteniendo aquellos recelos o, para decirlo más claramente, lo que tenía eran serios temores de que el productor, el director o los guionistas cayeran en sus redes.

Pero Emma estaba muy cambiada. No era ya la *futura estrella* que llegaba a devorar Madrid y que estaba por encima del bien y del mal. Ahora estaba mucho más relajada y era divertida y encantadora. Y, contra todo lo previsto, acabamos haciéndonos amigas. Bueno, lo cierto es que yo también estaba cambiada. Había tenido un gran éxito en *Asignatura pendiente* y ahora era ya con todo derecho una actriz de cine, lo que muy injustamente se consideraba —y se considera hoy— un rango superior a los trabajos en televisión. Además mis inseguridades con respecto a José Luis eran mucho menores. En definitiva, que las cosas fueron mejor que bien. Disfrutamos en el rodaje y fuera de él, aunque el que me engañó con Emma fue Pepe Sacristán. En la ficción, claro. Emma ya era pareja de Fernando Fernán Gómez y en alguna ocasión cenamos en su casa, lo que siempre era un placer.

Teníamos pendiente ir a México para estrenar allí *Asignatura pendiente*. A mí cada vez me costaba más separarme de Daniel, pero era un viaje interesante porque se trataba de hacer promoción de la película, además nos daba la posibilidad de conocer un país fascinante y de intentar abrir un mercado para nuestras futuras producciones. Y allá nos fuimos.

México D. F. me pareció una ciudad sorprendente. Miseria y lujo, arquitectura impresionante y chabolas miserables se mezclaban desordenadamente, la comida era excesiva en cantidades, texturas y sabores, pero recuerdo que sobre todo me impresionó el color. México es para mí color y música envueltos en una vaga sensación de peligro. Creo que hoy en día la vida allí es realmente peligrosa. Entonces no tanto. Solo era delicado ir a ciertos barrios o trasnochar en las calles. Pero aun así, a mí se me quedó grabado un cierto poso de inseguridad que nunca he podido desprender de mi idea de aquel país.

Nos alojamos en un hotel inmenso y moderno cuyas paredes también estaban pintadas en un color extremado. Sí, esa era la impresión: México era algo excesivo. Los exhibidores mexicanos también eran excesivos. Eran propietarios de muchos cines, pero su negocio estaba realmente en la venta de las palomitas y los refrescos en sus locales, anticipándose en muchos años a lo que luego se generalizaría aquí y en todo el mundo. *Los abarroteros*, los llamaba Garci. Estábamos sorprendidos porque nunca habíamos visto ese negocio en los cines. Yo recordaba de los cines de mi infancia a los vendedores que recorrían el pasillo en el descanso de los programas dobles canturreando «¡bombón helado, patatas fritas y caramelos!» o «¡al rico bombón helado!», y en el vestíbulo, lo que llamaban *el ambigú*, pequeños bares donde servían café y refrescos en el

intermedio. Pronto llegarían las *kotufas Bop*, pero lo de las palomitas en grandes bolsas y otros recipientes más sofisticados tardaría mucho tiempo en ponerse de moda en España. Bueno, pues los mexicanos aquellos eran multimillonarios a base de vender palomitas. Allí lo de menos eran las películas. Eran muy ricos y muy amables. Nos invitaron a pasear y a conocer la ciudad en sus enormes coches y bien protegidos por sus guardaespaldas.

Una noche nos invitaron a cenar en casa de uno de aquellos magnates del *popcorn* cinematográfico, una mansión impresionante en San Angelín, un barrio residencial a las afueras de aquella inmensa ciudad. Allí estábamos Sinde, Garci, Santiago Marugán, nuestro jefe de producción, Tafur y yo. Al acabar la cena nos propusieron ir a un local de rancheras, como no podía ser menos. Aunque era algo tarde y los españoles estábamos cansados, no nos pareció correcto negarnos. Acompañados por nuestros anfitriones, que eran dos socios y la mujer de uno de ellos, fuimos saliendo de la casa. A la puerta nos esperaban tres automóviles. Y entonces me tocó vivir algo en principio solo sorprendente, pero que pronto adquirió tintes aterradores. Todo se produjo de forma tan rápida que nadie reaccionó, ni yo ni ninguno de mis amigos. Uno de los socios mexicanos, el que había ido sin acompañante, me cogió del brazo y dijo:

—La señora viene conmigo.

Me introdujo en el asiento trasero del coche, se sentó a mi lado y le dijo al conductor:

—Vámonos.

Yo miraba perpleja a mis compañeros. Tafur alucinaba; bueno, alucinábamos todos, salvo mi *raptor*. Arrancamos a toda velocidad y, por decir algo, pregunté a aquel caballero si el local al que nos dirigíamos estaba muy lejos. Al oír su respuesta sí que aluciné de verdad (y eso que a finales de los setenta todavía no *alucinábamos*):

—¿Por qué pregunta? (añada el amable lector el acento mexicano, que ayuda mucho). ¿Acaso le molesta si damos un pequeño paseo? La noche es hermosa, casi tanto como usted.

Empecé a temblar, sonreí estúpidamente y le dije que los demás se inquietarían si tardábamos en llegar. Estaba un poco bebido, no borracho, pero arrastraba las palabras. Era atractivo, tendría alrededor de cuarenta años e iba muy bien vestido. Involuntariamente me vino a la cabeza ese chiste horrible en el que se atribuía a la policía británica el consejo de «en caso de violación, no se resista; relájese y disfrute», que siempre me pareció intolerable. Pero aquello no era ningún chiste. Yo estaba sentada en el asiento de atrás de un coche, que circulaba de madrugada por lugares que no identificaba de una ciudad que no

conocía, con un señor al que me acababan de presentar y del que nada sabía, algo bebido y cuyas verdaderas intenciones ignoraba, pero que por su actitud parecían harto sospechosas. De pronto se dirigió al conductor y le dijo:

—Enséñele a la señora cómo tenemos que viajar por acá.

Y entonces el chófer sacó de la guantera un inmenso pistolón y me lo mostró dirigiendo el cañón del arma hacia el techo del coche. Lo juro, juro que lo que estoy contando pasó tal cual; carezco de la suficiente imaginación para inventar semejante escena. Por eso no me contratan como guionista, solo como actriz. A continuación, mi supuesto raptor me contó *su vida*. Su «señora» era una madre extraordinaria y una mujer bellísima, pero él necesitaba algo más. Como pueden ver, tampoco a él le habrían contratado como guionista, menos mal que se ganaba la vida con las palomitas. «Y la señora… —preguntó después—, ¿cómo es su vida?». Yo le dije que estaba enamoradísima de mi marido, que, por cierto, estaría ya de los nervios porque a esas alturas del intercambio de confidencias llevábamos ya treinta minutos de paseo bajo la luna mexicana y eran más de las dos de la madrugada.

—Sí —dijo él—, es usted linda, muy linda, y esté tranquila que ya vamos para allá.

A mí la noche se me estaba haciendo eterna. Entonces me cogió la mano y, mirándome fijamente a los ojos, como habría hecho Jorge Negrete con María Félix, soltó:

—Yo le cantaría a usted las más lindas rancheras.

—Pues tendrá que ser en otra ocasión —conseguí yo articular con una media sonrisa.

Deduzco que mi tono fue lo suficientemente convincente, porque aquel exhibidor con vocación de charro desistió. Cuando llegamos a la puerta del local de las rancheras el cuadro era el siguiente: mis amigos y el matrimonio anfitrión esperaban al fresco. No habían entrado y, por supuesto, allí nadie cantaba rancheras. Tafur estaba zarandeando por el brazo al socio de mi galán y Sinde y Garci le agarraban a él con la intención de que la cosa no fuera a mayores. Bajé del coche sonriente para que se calmaran los ánimos.

—Pero ¿qué ha pasado?, ¿estás bien? —dijo José Luis al verme.

—Sí, sí, todo bien. Es que dimos un pequeño rodeo.

La noche acabó ahí y no llegó la sangre al río. Las rancheras quedaron aplazadas al día siguiente, en que, ya sin los mexicanos, fuimos a la plaza Garibaldi, en donde un sinfín de grupos de mariachis, a petición del oyente, las interpretan para los turistas. Por cierto, a pesar de los pingües beneficios que a mi seductor amigo y a

su socio les dejaban las palomitas, nosotros no conseguimos cobrarles nuestro porcentaje de taquilla hasta mucho tiempo después del estreno y, meses después, tuvimos que enviar a México a nuestro jefe de producción varias veces con la misión de acelerar las gestiones y apremiar a nuestros añorados anfitriones. De resultas de tanto viaje, Marugán se hizo amigo y hombre de confianza para todo de doña Margarita López Portillo, hermana del presidente mexicano, que ejercía más o menos las funciones de directora general de Cine. Al poco tiempo Marugán se convirtió en el hombre todopoderoso del cine mexicano.

* * *

Viajábamos mucho en esa época. La Dirección General de Cine del Ministerio de Cultura organizaba semanas de cine español en el extranjero y, como *Asignatura pendiente* figuraba casi siempre en la programación, al menos un actor o el director tenía que ir a presentarla al país elegido. La primera vez que me invitaron a una de esas *semanas* fue a Polonia. Cracovia me gustó mucho, aunque, al estar totalmente reconstruida tras los destrozos de la guerra, a veces producía la sensación de estar en Disneylandia. Luego seguirían muchos más viajes con otras películas porque esta política de promoción del cine español en el extranjero se potenció con la llegada de los socialistas al ministerio y la creación del ICAA (Instituto de Cine y Artes Audiovisuales). Eran casi siempre viajes muy agradables en los que nos trataban estupendamente. Nuestro cine empezaba así a ser conocido fuera y la mayoría de aquellas películas hechas durante la transición gustaban mucho. Poco a poco se abrían mercados para el cine español de la democracia, como les gustaba decir a los responsables políticos del momento encargados de nuestra cultura.

Una vez más mi vida había cambiado. De ser una actriz popular pero casera, en el sentido de que quien sale a menudo por la tele es como de casa, había dado el salto a la gran pantalla y eso traía nuevos cambios a mi cotidianidad. Los viajes promocionales eran uno de ellos. Afortunadamente, Adamina seguía trabajando en mi casa y se ocupaba de mi hijo quizás mejor que yo. Aquellos primeros viajes coincidieron con el momento en que Daniel empezó a ir a la guardería.

Con el Ministerio de Cultura viajé a París, Nueva York, Buenos Aires, Chicago… Tuve la suerte de que varias de las películas que hice en los años siguientes fueran seleccionadas para esas semanas de cine. En Argentina tanto *Asignatura pendiente* como *Solos en la madrugada* tuvieron casi más éxito que en España. Con *Solos en la madrugada* se produjo además un fenómeno sociológico que iba más allá del éxito

cinematográfico, algo equivalente a lo que había pasado en España con *Asignatura pendiente* en la primavera predemocrática. La junta militar que gobernaba Argentina en el momento de la producción de la segunda película de Garci prohibió su exhibición y los distribuidores argentinos tuvieron que pleitear mucho tiempo para poder estrenarla. No pudieron hacerlo hasta el fin de la dictadura y su estreno coincidió con toda la efervescencia democrática que supuso la llegada de Raúl Alfonsín al poder. De una manera espontánea los espectadores argentinos convirtieron nuestra película en una suerte de bandera de su recién estrenada libertad, y Pepe Sacristán y yo nos convertimos en actores muy populares allá.

Varios años después, en 1987, una delegación española —me atrevería a decir que espectacular— viajó a Buenos Aires a presentar la cosecha de los últimos dos años. Era la segunda semana de cine español que se hacía en Buenos Aires tras una primera organizada por Pilar Miró, entonces directora general de Cine, que había abarrotado las salas en que se presentó. Aquella delegación la formábamos Fernando Rey y su mujer, Mabel Karr, Emilio Gutiérrez Caba, Marisa Paredes, Carmen Maura, Eusebio Poncela, Antonio Banderas, José Manuel Cervino y yo, más los directores Pedro Almodóvar, Fernando Colomo y Manolo Matji —tal vez alguno más que olvide—, acompañados por el director general del ICAA, que era entonces Fernando Méndez-Leite. Allí se nos unió Pepe Sacristán, que había aprovechado el tirón de las películas de Garci para hacer en Buenos Aires una exitosa temporada teatral con *Una jornada particular* de Ettore Scola, que interpretaba con Charo López. Recuerdo que llegamos al aeropuerto de Ezeiza muy temprano por la mañana, después de un largo viaje de más de doce horas y sin dormir. Ya en el aeropuerto nos esperaba la prensa. Las chicas, horrorizadas con el aspecto que presentábamos, posamos con gafas de sol. Por la calle cuando paseábamos, a la puerta del hotel en que nos alojamos, en las televisiones a las que iba para ser entrevistada, en el cine inmenso en que se hacían las proyecciones, lleno hasta la bandera en todas las sesiones, y en fin, en todas partes, la gente se acercaba para tocarme, me hablaban de mi carrera, de mis películas, me traían regalos que me querían entregar en persona o que me dejaban en la recepción del hotel con notas de afecto y respeto. Nunca había vivido nada igual, no lo he vuelto a vivir y, sinceramente, creo que ya no me volverá a ocurrir. Y es que yo era la protagonista de las dos películas que más habían calado en los espectadores argentinos que acababan de salir de una larga y terrible dictadura.

Yo no daba crédito. Me hicieron ofertas para hacer teatro y

televisión, que no pude aceptar, y descubrí la cultura del pueblo argentino, que se palpaba en la calle: la cantidad de librerías a veces en una misma cuadra, las decenas de teatros con la más variada programación, los cines de Corrientes y Lavalle y, consecuentemente, el respeto de la gente por el trabajo de los actores. Aquel era un tipo de público al que los españoles no estábamos acostumbrados. Son mucho más mitómanos que nosotros, y esa admiración no es solo por las estrellas sino por los actores en general. Pero no era eso lo que más me sorprendía, sino ese respeto que mostraban. Hay que tener en cuenta que en España estuvo prohibido durante siglos enterrar a los actores *en sagrado*, de modo que ese respeto, ese saber quién eras y qué habías hecho, fue algo que valoré mucho.

Nada tenía que ver la manera en que los argentinos se dirigían a nosotros al encontrarnos por la calle, en un café o a la puerta de un cine, con la forma en que la gente lo hacía en España. Aquí, con las consabidas excepciones, es muy frecuente que alguien se te acerque y te suelte:

—Tú eres famosa, ¿verdad?

O bien:

—Yo te conozco, tú sales en la tele… ¿Cómo te llamas, que no me acuerdo?

Contaba el director Juan Antonio Bardem que una vez una periodista que había ido a su casa a entrevistarle inició la sesión diciendo:

—Y usted, ¿qué ha hecho?

Una noche, a la salida de un cine, estábamos tomando un sándwich en la cafetería California de la calle Goya. Durante todo el tiempo que estuvimos allí, la camarera que nos atendía con cara de malas pulgas me miraba fijamente desde un rincón. Cuando ya habíamos pagado y estábamos a punto de irnos, se acercó y me preguntó, siempre con el mismo gesto adusto:

—¿A que usted *no* es famosa?

Fue la primera vez que me pasó, pero no ha sido la última. Así es que para tamaña impertinencia he acuñado una respuesta:

—No, no soy famosa. ¿Por qué lo pregunta?

¡Qué rara es la gente! En España es difícil encontrar a alguien que se te acerque con otro discurso, aunque también los hay. No quiero ser radical, pero lo que constaté en aquel viaje fue que, si en Buenos Aires alguien te para por la calle no es para preguntarte quién eres o confundirte con cualquier otra compañera a la que las más de las veces no te pareces en absoluto, sino todo lo contrario, porque saben bien quién eres, porque han visto tus películas y porque les gusta lo

que haces. Y si no, no se te acercan.

Por todas esas cosas, el viaje a Argentina del 87 fue uno de los más gratificantes para mi ego. Y bien sabe Dios que en ese momento lo necesitaba por las circunstancias personales por las que estaba pasando. Pero es que además me gustó mucho el país y su gente. Los compañeros argentinos acudían a nuestras recepciones y a ver nuestras películas, y nos esperaban a la salida. Una noche fuimos al teatro a ver a Enrique Pinti, y después Luis Brandoni y Marta Bianchi nos invitaron a cenar en su casa con Leonor Manso y Patricio Contreras, con quienes representaban *Made in Lanuse* en un teatro de la ciudad.

Desde entonces me pregunto a menudo cómo un pueblo tan culto, tan civilizado, ha podido tener, uno tras otro, gobernantes tan por debajo de lo que merece.

Capítulo 13

El director catalán Jaime Camino, que acababa de estrenar con muy buena acogida *Las largas vacaciones del 36*, me ofreció trabajar con él en su siguiente proyecto, *La campanada*, que, como la anterior producía José Frade. Teníamos que rodar en Barcelona y mi pareja era otra vez Juan Luis Galiardo. Era un guion muy bueno escrito por Román Gubern y el propio Jaime Camino, y había un director prestigioso, pero, eso sí, una vez más tendría que desnudarme o, bueno, algo más que eso, porque tendría que rodar escenas *de cama* con mi marido, o sea, con Juan Luis Galiardo. Los retos eran cada vez mayores pero yo iba *progresando adecuadamente*. Tafur no decía nada pero no creo que le divirtiera mucho el asunto, porque una vez que estábamos en la playa, en Biarritz, se me ocurrió decirle que iba a hacer *topless* y él, como quien no quiere la cosa, me soltó:

—¡Qué más da! Ya te ha visto toda España sin sostén, así que ahora puedes empezar a enseñarlo todo en Francia.

Era muy respetuoso con mi carrera, aunque, a decir verdad, yo estaba segura de que él habría preferido que me hubiera dedicado a la pesca del salmón o a la apicultura. Y si de algo estoy convencida es de que si yo hice sus dos primeras películas como productor fue a pesar suyo y no gracias a él. Como ya he repetido, en mi vida las cosas no son casi nunca como parecen.

* * *

El rodaje de *La campanada* iba muy bien. Jaime Camino era un director exigente, pero enormemente respetuoso y educado, así que trabajar con él resultaba muy agradable. Sin embargo, Galiardo y yo estábamos un poco preocupados por las secuencias *delicadas*. Como es habitual, los días que tocaban escenas de cama el equipo de rodaje se reducía al máximo posible. Solo se quedaban en el decorado el director de fotografía, que era José Luis Alcaine, el operador de cámara, los maquilladores y, naturalmente, el director. Tan solo un día entró la foto-fija, o sea la persona encargada de hacer las fotos de rodaje que luego se utilizan para la promoción y publicidad de la película. Ni Juan Luis ni yo queríamos fotos de esas escenas. Sabíamos que en esos momentos algunas revistas andaban como locas a la caza de desnudos de *famosos* para publicar en sus páginas. La producción nos prometió que solo harían algunas fotos antes del rodaje de la escena, durante los preparativos. Nos relajamos y nos quitamos hasta el carné de identidad. Tanto Jaime como Juan Luis hicieron lo posible por que yo me sintiera tranquila y terminamos el rodaje muy

satisfechos del trabajo en general y pensando que teníamos una buena película en cartera. Estrenamos en el cine Roxy de Madrid un jueves y el lunes siguiente la quitaron. No fueron ni curiosos. En Barcelona, no tengo ni idea de lo que pasó.

Está muy claro que no sabemos nada acerca de lo que interesa o no al público y en qué momento. *La campanada* era una buena película, con un buen reparto y un buen director y, sin embargo, no le interesó a nadie. Bueno, a casi nadie, porque una mañana Galiardo y yo nos desayunamos con nuestros hermosos cuerpos en pelotas en la revista *Interviú*. Habían publicado las fotos de rodaje.

A mí me habían llamado dos o tres veces desde que hice *Asignatura pendiente* para que me prestara a posar desnuda para *Interviú* o, mejor dicho, para que me vendiera a buen precio, puesto que por esos reportajes me ofrecían dinero. Siempre me había negado aduciendo razones varias como que *mi trabajo no era posar desnuda*, que *no sabía hacerlo*, que *no quería hacerlo* y que además *no me daba la gana*. Cuando vi la revista me di cuenta de que negarme había sido un enorme error. Debí haber aceptado la oferta, porque me habrían hecho hermosas fotos en las que hubiera salido favorecida y además habría cobrado una pasta. En lugar de eso, o precisamente por eso, compraron unas cuantas fotos de rodaje, bastante malas por cierto, y las publicaron. En un derroche de imaginación titularon el reportaje de la siguiente manera: «Fiorella Faltoyano aprueba su asignatura pendiente». El caso es que a ellos les salió mucho más barato y a mí me hicieron una judiada y perdón por la expresión porque nada más lejos de mi ánimo que ofender a nadie, puesto que yo misma tengo ascendientes judíos tanto por parte de padre (el auténtico) como de madre, que por suerte o por desgracia no hay más que una. Solo es una forma de hablar. Pero una judiada era, porque en aquellas fotos salí bastante mal.

Juan Luis y yo decidimos ir a un abogado a ver si al menos podíamos tener derecho a una compensación económica por los daños causados a nuestro honor e imagen, sobre todo a la imagen física, que había quedado muy mal parada, pero la ley de protección al derecho al honor no llegaría hasta tres años más tarde. Entonces sí hubo algunas personas que pudieron ampararse en la nueva ley. Creo que así pasó con Charo López, a quien la misma publicación le hizo algo parecido con unas fotos de la película *El límite del amor* y consiguió un resarcimiento económico. Me alegré por ella.

Ahora que he recordado aquel rodaje con Galiardo y Jaime Camino me viene a la memoria un paseo nocturno con Juan Luis y Sancho Gracia poco tiempo después de mi llegada a Madrid.

Estábamos grabando *Tren de madrugada* y Juan Luis y Sancho eran mis dos galanes. Una noche, al acabar la grabación, tal vez después de cenar algo, caminábamos los tres por la Gran Vía madrileña, probablemente hablando de nuestras aspiraciones y nuestros sueños de jovencísimos principiantes. Al llegar frente al cine Callao, Juan Luis se detuvo y en uno de esos gestos teatrales que le caracterizarían, levantó su brazo, señaló las enormes carteleras que cubrían la fachada del cine y, engolando la voz, nos dijo:

—El año que viene yo estaré ahí arriba.

Pocos meses después se estrenaba en el Callao *Mañana será otro día* y en la cartelera estaba el rostro de Juan Luis Gallardo en tamaño gigantesco junto al de Sonia Bruno. Era su primer protagonista absoluto y el director era precisamente Jaime Camino.

Con Juan Luis rodé también en 1980 una película, más o menos infantil, que producía él mismo y dirigía Juan Logar. La película se titulaba *Quiero soñar* y no ha pasado a la historia del cine.

* * *

Desde que mi madre había vuelto a instalarse en Madrid las Navidades se celebraban en mi casa. Venía con mis hermanos, que se iban haciendo mayores, a pasar la Nochebuena. El día de Navidad era Pilar Miró quien venía a comer, primero ella sola y cuando tuvo a su hijo, con él. Por eso intentábamos que el fin de año fuera para nosotros solos. A mí nunca me gustaron esas fechas, pero con el plan que teníamos en esos años las llegué a odiar. Por el contrario, José Luis intentaba que fueran amenas. Compraba regalos para todos y se encargaba de las comidas más especiales. A pesar de que se desvivía por agradar, mi madre encontraba siempre la forma de quejarse de cualquier cosa, lo que a mí me parecía especialmente injusto. Podía ser que su regalo le pareciera inadecuado o que lo que no le gustara fuera el pavo de Nochebuena, o que no entendiera por qué Pilar tenía que venir a comer en Navidad si no era familia nuestra… En fin, intentábamos pasar esos días lo mejor que podíamos, pero para mí eran una tortura. Por eso cuando ahora reviso fotos de esos momentos navideños de aquella época me resulta muy curioso que todos tenemos cara de estar encantados, yo la primera… Debe de tener que ver con mi afán de salir mona y feliz en las fotos. Yo, en cuanto veo un objetivo, pase lo que pase, sonrío.

Nunca tuve respuesta de mi padre a la primera carta que le envié, pero yo seguía pensando que él tenía derecho a saber de mi hijo, incluso aunque ni siquiera él mismo se atreviese a dar un paso para ello. Por eso le mandé una segunda carta con más fotos de Daniel, que se estaba poniendo muy guapo. Yo quería que, al menos por las

fotografías, su abuelo le fuese viendo crecer. Tampoco obtuve respuesta. Nunca recibí ni una letra de él, pero en vez de culparle por ello, opté por culpar a mi madre y decidí hacerla responsable directa de que yo no hubiera tenido padre. No era una decisión arbitraria por mi parte, sino que estaba fundamentada en los datos que sobre el pasado de mis padres había ido recabando a lo largo de los años. Por lo que yo sabía, mi madre se había negado a casarse con él, casi inmediatamente se casó con otro estando embarazada de mi padre y parece ser que en uno de sus frecuentes arrebatos le había dicho que el hijo que esperaba no era suyo. Por lo tanto, para mí quedaba claro que mi madre era la mala de la película. Además yo necesitaba una figura paterna inocente. Me sentía víctima de esa historia, pero no quería ser la única. Quería creer que mi padre también lo era…

Pero siempre he odiado por igual a los verdugos y a las víctimas. No sé por qué, pero odio a los que siempre se creen víctimas de los demás, así que además de odiar el papel que mi madre había representado en lo ocurrido, comencé a odiarme también a mí misma. Para salir de *aquello* intenté ver todo lo que de positivo había en mi vida, que objetivamente eran muchas cosas. Tenía un hombre a mi lado que me había dado lo mejor de él y una vida llena de cosas maravillosas, un hijo sano, un trabajo que me gustaba… Llegué a la conclusión de que no tenía derecho a seguir sintiendo que era una víctima por la única razón de que mi padre no quisiera saber nada de mí. Así que seguí adelante con mi vida, volví a guardar cuidadosamente en el fondo del saco la figura de mi padre y me esforcé en minimizar los comportamientos de mi madre, que, con el paso del tiempo y mi propia maduración, cada vez me gustaban menos.

* * *

Pilar Miró también había entrado en el mundo del cine. Su primera película había ido muy bien y aunque progresivamente dejaría la tele, seguía como yo compaginando los dos medios. Anduvo en un proyecto sobre *Fragmentos de interior*, la novela de Carmen Martín Gaite, y en otro sobre las primeras elecciones generales, pero ninguno de los dos salió adelante. A ella no le había gustado *Asignatura pendiente* y lo había dejado claro la noche del estreno. Salió del cine Carlos III despotricando contra la película en voz alta. A mí me había enfadado esa actitud. Su amigo Tafur era el productor y yo, tal vez su más íntima amiga en aquel tiempo, la protagonista. No era un problema de gustos ni de opiniones cinematográficas, sino de la forma en que lo había manifestado. Pero era muy difícil hablar con ella de esos temas, así es que lo dejamos correr. No estaba bien de salud y cada vez se

hacía más patente que tarde o temprano tendría que operarse del corazón. Un día me pidió que la acompañara a ver a una astróloga porque quería consultarle acerca de ese problema. Me quedé muy sorprendida y le aconsejé que mejor volviera a consultar con su médico; pero, como era más terca que una mula, acabamos yendo a visitar a la susodicha astróloga. Se llamaba Victoria y vivía en la calle Cea Bermúdez. Era una señora mayor muy agradable. Su casa, no tanto. Era un piso oscuro y olía mucho a comida. Tenía un marido o compañero mucho más joven que ella y que era chino. Todo era entre cutre y exótico. Le hizo a Pilar la carta astral y de paso, también a mí. Cuando días más tarde fuimos a por *los resultados*, nos quedamos de piedra. A Pilar le dijo que tendría una operación muy grave en breve tiempo, pero que podía estar tranquila porque todo saldría bien. Conmigo, afortunadamente, no dio ni una porque me aseguró que moriría *joven*. Cuando le pregunté que a qué llamaba ella *joven*, me respondió muy seria:

—No creo que llegues mucho más allá de los cincuenta años, pero estate tranquila porque será algo rápido, tipo accidente de coche o similar.

Salí muy animada. Me alegré por Pilar, claro, pero pensé que si acertaba en lo suyo, una vez que ella hubiera superado con éxito la operación a la que inevitablemente tenía que someterse, yo iba a empezar a pasarlas canutas hasta sobrepasar los cincuenta años, si es que lo conseguía. Sin embargo, como ya he dicho, soy muy positiva y racional, así que a los pocos días se me había olvidado el pronóstico de Victoria… O no, porque el hecho es que lo recuerdo aún hoy, aunque sea para congratularme de su error: mis cincuenta ya quedaron atrás sin incidencias reseñables.

Yo tenía una extraña relación con Pilar. La quería mucho y creo que ella a mí también, pero había algo que no encajaba. Creo que me respetaba como actriz y que sabía muy bien que yo era su amiga, que no estaba a su lado porque la necesitase para que me diese papeles en sus programas o en sus películas, aunque eso no quita para que me gustase mucho trabajar con ella porque su forma de plantearse la profesión y, consecuentemente, el trabajo diario en los rodajes era muy rigurosa. En definitiva, que hacía muy bien su trabajo. Habíamos hecho muchas cosas juntas, desde una *novela-río*, o sea muy larga, como *La pequeña Dorrit* de Charles Dickens, hasta un episodio de la serie *Curro Jiménez*, cuya realización alternaba Pilar con Mario Camus, Rovira-Beleta, Tato Romero-Marchent y Antonio Drove. Durante este último rodaje ocurrió algo bastante sorprendente.

Daniel tenía entonces tres años y a mí no me apetecía salir de

exteriores porque eso implicaba no verle durante muchos días. El capítulo de *Curro Jiménez* se rodaba en Huelva, y entonces llegar a Huelva era toda una aventura. Encima, Pilar me rogó de todas las maneras posibles que fuera tres días antes de lo que me correspondía en mi plan de trabajo, porque no le apetecía nada el rodaje con Sancho Gracia y quería estar acompañada. Intenté tranquilizarla al respecto, explicándole que Sancho Gracia era una persona estupenda y que no iba a tener problemas con él. Naturalmente en ese momento Sancho, que había protagonizado previamente la serie *Los camioneros*, era una *estrella*, por lo que yo entendía que eso le impusiera un poco, pero le aseguré que era buena gente y le dije que con algo de mano izquierda todo iría bien. No la convencí y siguió insistiendo tanto que organicé como pude mi casa y me hice los setecientos kilómetros hasta Huelva en mi coche. Llegué tres días antes de que mi personaje entrara en acción y, por lo tanto, de que yo tuviera que empezar a rodar. Para acompañar a Pilar.

Yo casi siempre he ido a los rodajes en exteriores en mi coche, me siento más libre pudiendo moverme a mi aire. De modo que en aquella ocasión también lo hice, pero llegué francamente cansada. Cuando entré en el hotel eran las siete de la tarde. Pregunté en recepción si ya habían vuelto del rodaje, que se hacía a varios kilómetros del hotel, y me contestaron que aún no. Dejé una nota para Pilar informándola de que ya había llegado y me fui a mi habitación a darme una ducha y a deshacer la maleta. A las nueve y media llamé al conserje para saber si habían llegado. Y sí, habían llegado. Y Pilar, Sancho y algunos más se habían ido a cenar al centro de la ciudad. Muy sorprendida, pregunté si le habían dado mi nota a Pilar.

—Sí, señorita —me contestaron desde el otro lado del teléfono—. Se la dimos cuando llegó.

Sin entender nada, bajé a recepción. No había ningún recado para mí. No sabía qué hacer. En el vestíbulo, sentada en un sofá, estaba María Luisa Ponte, que me confirmó que, en efecto, se habían ido todos a cenar pero que ella, como estaba cansada, tomaría algo en el hotel. María Luisa hacía de mi madre en ese episodio de *Curro Jiménez*. Nos fuimos juntas a la cafetería y allí me preguntó que por qué había llegado tres días antes de tener que incorporarme al rodaje. Le conté la verdad y ella se echó a reír.

—Pues me parece que Pilar no te necesita. Se lleva muy bien con Sancho.

Yo estaba furiosa, no porque Pilar se llevara bien con Sancho, con quien yo también tenía muy buena relación, sino porque no hubiera sido capaz de llamarme a mi casa para decirme que ya no hacía falta

que adelantase mi viaje porque todo iba de perlas. Y aún más furiosa porque al llegar del rodaje no me hubiera llamado para cenar con ellos. La verdad es que no entendía una palabra de su actitud. Esperé despierta un buen rato por si me llamaba al volver de la cena, y nada. A la mañana siguiente me paseé por Huelva con María Luisa, que tampoco rodaba ese día. Era noviembre y el tiempo estaba tan desapacible como mi ánimo. Durante los tres días siguientes Pilar no dio señales de vida y yo seguí paseando, ya sola, y sintiéndome totalmente ridícula. Tenía un niño al cuidado de una chica a setecientos kilómetros y estaba perdiendo el tiempo miserablemente.

El primer día que fui al rodaje todavía no había visto a Pilar. Llegué a la localización, me vestí —de época, por supuesto—, no me maquillé porque hacía de novicia y no hacía falta y me dirigí al set. Lo primero que me dijo Pilar al verme fue:

—Estás horrorosa con ese hábito, te sienta fatal.

Ese fue mi recibimiento. Ni buenos días. Como ya estaba bastante cabreada, le respondí:

—Sí, tienes razón, estoy horrible. Me voy al hotel y cuando encontréis un hábito que me siente bien, que me avisen.

Al día siguiente recibí en mi habitación un ramo de flores con una carta de Pilar en la que me pedía disculpas.

El rodaje se retrasó más allá de lo previsto por culpa de la lluvia y María Luisa Ponte y yo pasamos mucho tiempo juntas. Incluso me enseñó a hacer *petit point*. Nos hicimos muy amigas y esa amistad duraría hasta su muerte. Tafur vino a Huelva un fin de semana y nos llevó de excursión a las dos. También tuve tiempo de echar una partida de póquer con *los bandoleros* —así llamábamos a Sancho, Álvaro de Luna y Pepe Sancho en la época—… y ganarles. Cuando les había sugerido si podía incorporarme a su partida, los tres se miraron escépticos, y con gesto condescendiente y tono paternalista me invitaron a que me sentara. Yo creo que se quedaron bastante tocados. A la vuelta a Madrid ya era Navidad y, como siempre, Pilar vino a comer a casa. Así era nuestra relación con ella.

Unos años más tarde volví a coincidir con Sancho en una serie que se llamaba *La máscara*, que dirigía José Antonio Páramo, y comenté con él la actitud de Pilar en el rodaje de *Curro*. Sancho se echó a reír y me contó que también Pilar lo había pasado muy mal esos días porque no se atrevía a decirme que todo iba bien entre ellos después de haberme dado tanta *paliza* para que llegara a Huelva antes de tiempo.

—Ya sabes cómo es Pilar —dijo.

Esa frase luego se ha repetido como un mantra en boca de

muchos amigos, compañeros y conocidos de Pilar Miró. *Ya sabes cómo es Pilar*. Y sí, yo ya sabía cómo era Pilar y la quería igualmente. Y, por cierto, a Sancho también le he querido mucho.

Capítulo 14

Mi vida personal era feliz, mi hijo seguía creciendo y era un niño cariñoso y travieso, era tal como Adamina me dijera un día, *o demo que traballa*. Tenía muy buenos amigos en el barrio y tanto él como nosotros habíamos formado un grupo de vecinos-amigos con los que hacíamos mucha vida en común. Ese barrio fue una bendición en esos años. Los niños estaban todo el día de casa en casa y jugaban en la calle sin problemas. Teníamos al fin nuestro primer perro, un *cocker*, al que llamamos Tobías.

También seguíamos viajando frecuentemente. No recuerdo con qué motivo, hicimos un viaje a Los Ángeles con Sinde y Garci. Una vez allí decidimos hacer una excursión al Cañón del Colorado y estuvimos a punto de morir en la avioneta que nos transportaba. El piloto era un cherokee que se empeñó en enseñarnos las reservas de indios que aún quedaban entre las paredes del Cañón. La avioneta estaba en las últimas, se le caían las manivelas y las puertas se abrían en pleno vuelo. Yo, que jamás me había mareado en un avión, aquel día creí morir. Al tomar tierra en el aeropuerto del Cañón, Garci y yo nos tumbamos en el suelo intentando reponernos del accidentado vuelo y no tuvimos fuerzas para continuar la excursión a pie. Luego no queríamos por nada del mundo volver a coger aquella avioneta de vuelta, pero estoy convencida de que nos drogaron porque consiguieron que volviéramos a subir. Al llegar a España, nuestro amigo Víctor, que era piloto, nos dijo que lo que habíamos hecho había sido una temeridad, pero yo no necesitaba su experta opinión porque ya lo sabía. Al ver ahora las fotos que tomamos durante ese vuelo, me he dado cuenta de que por primera vez en mi vida no salgo sonriendo en las imágenes.

La ciudad de Los Ángeles no me gustó nada. Yo no hacía más que preguntar por el centro, pero en Los Ángeles no había centro. Inmediatamente yo pensé que algo que no tiene centro no puede estar bien. Sin embargo, San Diego me pareció muy bonito y Las Vegas, raro, agobiante por el calor pero extrañamente espectacular. Aunque en general me siento más identificada con el modo de vida y el tipo de ciudades europeas, tengo que reconocer que Estados Unidos tienen algo especial y que sus ciudades nunca te dejan indiferente.

Aquel viaje resultó en general muy divertido. Siempre me ha gustado mucho viajar, aunque últimamente me he vuelto más selectiva, lo que probablemente tiene que ver con que ya conozco bastante mundo, aunque cuando miro el mapa me doy cuenta de que me quedan muchos lugares por visitar. No soy, sin embargo, una

turista típica. No voy como loca de un sitio a otro, de un museo a una iglesia, de un mirador a un puente romano. Si estoy cansada, no me fuerzo. Siempre pienso, quizás equivocadamente, que puedo volver y ver en otra ocasión lo que me haya quedado pendiente.

Es curioso, pero no tenemos demasiada conciencia del poco tiempo que tenemos para todo, de lo rápidamente que pasa la vida y de que a menudo hacemos planes para cosas que es posible que nunca lleguemos a hacer. Por ese mismo *defecto* humano, los mayores temores que he tenido en mi vida han sido sobre cosas que no han llegado a ocurrirme nunca, mientras que, por el contrario, la vida nos sorprende con situaciones horribles —o estupendas— que jamás hemos temido o esperado, ni mucho menos planificado. La realidad es que no controlamos casi nada en nuestras vidas, pero vivimos en la ilusión de que lo hacemos. Quizás sea mejor así.

* * *

Y finalmente a Pilar la operaron del corazón. Le pusieron dos válvulas coronarias de cerdo. En ese momento aún no habían probado las de titanio. Fue una terrible operación a corazón abierto. Tal como había dicho nuestra *astróloga de cabecera*, todo salió bien. Realmente Pilar tenía una fuerza extraordinaria y, consciente de lo precario de su salud y de que quizás no tuviera mucho tiempo para hacer todo lo que quería, vivía su vida apasionadamente. Después de *La petición* había rodado por encargo de Alfredo Matas *El crimen de Cuenca*, que primero fue secuestrada por la justicia militar y procesados su productor y su directora, pero que una vez sobreseída la causa, fue un gran éxito para ella. La tercera película que quería rodar era un guion que se titulaba *Gary Cooper, que estás en los cielos*, pero no encontraba productor. Un día trajo el guion a casa para que Tafur lo leyera por si se animaba a producirla. Al irse, me dijo:

—Léelo tú también. Me gustaría que hicieras la protagonista.

Me hizo una enorme ilusión, porque habíamos trabajado mucho juntas, pero siempre había sido para televisión. Hacer cine con ella me apetecía mucho. Leí el texto y me gustó. Era una película intimista, inequívocamente autobiográfica, así que el personaje que yo debía interpretar —una indómita realizadora de TVE enfrentada al mundo y a una operación a vida o muerte—, lo conocía suficientemente bien. A Tafur, sin embargo, no le gustó el guion y tampoco se hallaba en disposición de producirlo en ese momento porque estaba preparando su tercera película con Garci, *Las verdes praderas*, y no quería estar en dos proyectos a la vez. Habló con Pilar y se lo dijo. Algunos meses más tarde me enteré por la prensa de que iba a empezar el rodaje de *Gary Cooper*… y que el personaje que Pilar me había ofrecido lo iba a hacer

Mercedes Sampietro. Me disgusté mucho, no solo por no hacer ese papel sino porque me parecía que, una vez más, Pilar se había portado fatal conmigo. No sé si se enfadó con Tafur por su negativa a producir la película y yo pagué el pato por cercanía, o si simplemente no acababa de verme en el personaje. En cualquier caso, su comportamiento me dolió, porque ni siquiera me había llamado para decirme que había cambiado de opinión, lo cual probablemente y con todo dolor de mi alma yo habría comprendido. Tuve la tentación de mandarla a la mierda.

¡Qué difíciles son las relaciones entre humanos! Los perros son mucho más previsibles y leales. Te muerden o te aman. No hacen las dos cosas a la vez. Y hablando de perros, ¿para cuándo España alcanzará el nivel europeo de respeto hacia ellos? ¿Cuándo en un bar asqueroso, en el que un perro podría envenenarse con solo entrar, quitarán el cartel de *prohibido perros*? O a lo mejor es que lo hacen para protegerlos.

* * *

Como ya he adelantado, me contrataron para rodar un capítulo de la serie de TVE *La máscara*, que también protagonizaba Sancho Gracia. Siempre era agradable volver a trabajar con él porque era muy cariñoso y respetaba mucho el trabajo de sus compañeros. El director era José Antonio Páramo, con quien también había trabajado en otra serie anterior, *El quinto jinete*, y también nos llevábamos muy bien. Rodábamos en un pueblo perdido de La Mancha y nos alojábamos en un hotel en medio de la carretera, cuando una noche me llamó Lorenzo Iglesias, mi representante, para preguntarme si yo estaría dispuesta a hacer publicidad. Recuerdo que estaba en un teléfono que había en el vestíbulo del hotel —evidentemente aún no había móviles ni noticia de que los fuera a haber—, pero es que tampoco había teléfono en las habitaciones del *lujoso* hotel en que pernoctábamos. A mí, muy graciosa, se me ocurrió contestarle:

—Depende, mientras no sea en ese anuncio tan hortera de la señora que le pregunta a otra: «¿Y a quién se lo has dicho?».

Me refería, claro está, a la publicidad del detergente Ariel que dejaba la ropa limpia como los chorros del oro. Oí una carcajada al otro lado de la línea:

—Pues sí señora, ese precisamente.

El caso es que Ariel buscaba una cara nueva para la publicidad de su detergente y habían encontrado en mí a la *chica ideal*. Voy a enumerar las prendas que, a juicio de los ejecutivos de publicidad de aquella próspera firma, me adornaban para merecer ser la nueva chica Ariel, porque no tienen desperdicio: era guapa, pero no demasiado;

popular, pero no famosa; elegante, pero no *puesta*; moderna, pero con un toque tradicional; liberal, pero no libertaria; atractiva, pero no agresivamente atractiva, de manera que cayera bien a las mujeres, supuestas destinatarias de aquella publicidad… Y así una larga lista en la que se daba a entender que yo era una medianía, o así lo entendí yo. Después de ser la esposa adúltera, la esposa engañada y la esposa de día-amante de noche, Ariel me ofrecía la posibilidad de convertirme en el ama de casa modélica que se pasa la vida pendiente de su colada. En todo caso, la oferta era un premio gordo: me contrataban por dos años y me pagaban muy bien. Lógicamente, acepté.

El director de esa campaña era Miguel Hermoso y los directores de fotografía, los mejores del momento, Alcaine, Teo Escamilla, Juan Amorós, Fernando Arribas, porque había que sacar muy guapos a los paquetes de Ariel y, ya de paso, cuidarme un poquito a mí también, aunque sin pasarse, no fuera a ser que pareciera agresivamente atractiva o perdiera mi famoso toque tradicional. La verdad es que para mí fue un trabajo sencillo y que los ejecutivos de la agencia y del producto fueron siempre encantadores conmigo. Me mantuve como imagen de Ariel durante ocho años, gané mucho dinero y las sucesivas campañas me ayudaron a estar activa y presente en la tele cuando no estaba rodando.

* * *

Llegó el divorcio a España y Tafur pidió el de su primera mujer. No fue fácil. La nueva ley del ministro Fernández Ordóñez no permitía una solución automática, como hay ahora, pero era un gran avance teniendo en cuenta que, por ejemplo, cuando Daniel nació no podíamos siquiera darle el apellido de su padre, por lo que tuvimos que esperar para inscribirlo en el registro a la aprobación de la ley de filiación, que fue anterior a la del divorcio. Afortunadamente vivíamos años de avances en los derechos de la sociedad civil. Nadie que no haya vivido en los años anteriores a la muerte de Franco puede hacerse una idea de los cambios profundos y radicales que se produjeron en ese aspecto en los años siguientes. Nosotros, la gente de mi generación, los estábamos experimentando en primera persona, y los cambios legislativos afectaron directamente a nuestra vida cotidiana, a nuestras relaciones personales y a la legitimación de nuestras costumbres y formas de vida. Ahora Tafur quería divorciarse. Nunca habíamos hablado en serio de casarnos, entre otras razones porque veíamos muy lejos esa posibilidad.

Como consecuencia de todas esas dificultades para vivir una vida *normal*, Daniel no estaba bautizado, pero llegó el momento en que en

el colegio se planteaba la posibilidad de que hiciera la primera comunión y, claro, él quería hacerla, supongo que para ser igual que todos sus compañeros. Yo era muy sensible a estos temas y de ninguna manera quería que mi hijo se sintiera *distinto* a los demás. Sabía por propia experiencia lo dura que puede resultar para un niño *la diferencia*. De todos modos la situación era complicada porque nosotros, sus padres, vivíamos *en pecado* y no solo no nos arrepentíamos, sino que éramos recalcitrantes en él, por lo que no era fácil encontrar un sacerdote que en esas condiciones quisiera bautizar a Daniel. Los amigos católicos practicantes que vivían en nuestro mismo barrio nos advirtieron que el cura de la parroquia que nos correspondía era bastante *carca*, por lo que decidimos probar con el párroco de Majadahonda porque era *progre*, o eso nos dijeron. Allí nos presentamos diciendo que queríamos bautizar a nuestro hijo que tenía siete años… Y se nos cayó el pelo. «¿Para qué queríamos nosotros, horribles pecadores, bautizar a un niño de siete años?», vino a decir aquel santo varón. «Pues para educarle en la fe cristiana y para que así pueda hacer la primera comunión», aventuramos nosotros. Tuvimos que rogar mucho, hacer un cursillo de educación cristiana y prometer que nos arrepentíamos de haber pecado. Al final nos permitió bautizarle en una ceremonia conjunta llena de bebés.

Naturalmente aquella mañana fuimos el espectáculo en la iglesia en que se celebró el bautizo. Los padrinos eran nuestros amigos Ricardo y Pilar Magdalena. Durante la ceremonia Daniel se aburría y le enseñaba a todo el que se prestara el reloj que le había comprado su padre y una estilográfica que le habían regalado sus padrinos. Cuando llegó su turno, dio un salto y metió la cabeza en la pila bautismal. Y así dejó de ser *morito*. Salimos lo más rápidamente posible de la iglesia. Las fotos del bautizo son de chiste, pero dos meses más tarde Daniel pudo hacer su primera comunión.

* * *

Tafur compaginaba su trabajo en el INI como jefe de Ferias y Exposiciones con su trabajo como productor de cine. Había tenido mucho éxito con *Asignatura pendiente* y había vuelto a acertar al año siguiente con *Solos en la madrugada*. Ahora empezaba el rodaje de *Las verdes praderas*. El equipo creativo era el mismo que en las anteriores pero yo no tenía papel y Sacristán tampoco. Los protagonistas eran Alfredo Landa y María Casanova. Con María tuve un incidente desagradable un año antes. Ella había trabajado en *Solos en la madrugada*, en la que hacía el papel de una locutora de radio enamorada sin esperanza de Pepe Sacristán, y lo había hecho muy bien. Habíamos ido al estreno en Barcelona y nos desplazábamos en

taxi de una radio a otra para la promoción de la película. En uno de esos viajes, María se quejó de lo agotador que era todo eso, que estaba harta de tanta entrevista y que no pensaba hacer más. Tuve la sensación de que estaba ensayando el papel de *estrella*. Todos estábamos muy cansados, porque realmente la promoción es un rollo que te obliga a repetir una y otra vez las mismas respuestas a preguntas similares. En ese taxi íbamos Sinde, Tafur, María y yo. A mí me pareció que su actitud era muy poco profesional y, sin pensarlo dos veces, me volví hacia ella y le dije:

—Mira, María, si estás cansada, no es necesario que vengas a la SER. No te preocupes porque no te van a echar de menos. Te puedes bajar del taxi ahora mismo y así te vas a descansar.

Me volví al taxista y le indiqué:

—Pare aquí, por favor, que la señorita se baja.

Se bajó y Sinde y Tafur se quedaron con cara de circunstancias, pero no dijeron ni mu. En aquella ocasión estuve algo pasada de rosca y bastante borde, pero en mi defensa diré que los ataques de «estrellitis» me ponen muy nerviosa. Lo siento, María.

* * *

Luis Alcoriza estaba en España para rodar una película. Ahora apenas se habla de él, pero entonces tenía mucho prestigio. Era un estupendo director español que se había exiliado en México en los años de posguerra y había trabajado como guionista de Buñuel. Sus películas *Tiburoneros*, *Tlayucán* o *Mecánica nacional* estaban consideradas como obras maestras incontestables. El guion de *Tac, tac* no era muy bueno y sí bastante truculento. En la película violaban a la protagonista y ella se vengaba cortándole los testículos al violador. Rosa García, la productora, me presentó a Alcoriza, que enseguida me dio el visto bueno. El papel que iba a hacer no era la protagonista y eso mejoraba la situación, no tendría que cortarle nada a nadie... Trabajar con Alcoriza me apetecía mucho. Tuvimos una conversación y *se prendó* de mí. Se empeñó en que teníamos mucho que hablar antes de empezar el rodaje. Yo no veía la necesidad de tanta conversación, porque el personaje era corto y estaba muy claro, pero él insistía en salir a cenar conmigo para conocernos mejor. Yo, que no sabía cómo hacer para no quedar del todo mal, le dije que estaba encantada de aceptar su invitación, que me dijera dónde y que allí estaríamos mi marido y yo a la hora prevista. No hubo cena, pero sí película, y debo decir que se portó como un caballero. Había entendido el mensaje y reaccionó tan bien que nos hicimos amigos. Era un hombre muy divertido y un buen contador de historias.

Trabajamos otra vez juntos unos años después cuando volvió a

España para rodar *La sombra del ciprés es alargada*. Cuando terminamos el rodaje de *Tac, tac* había que iniciar el doblaje. En esa época todavía en el cine español no se había generalizado el sonido directo. Alcoriza se empeñó en que doblara yo a la protagonista y que ya buscarían una actriz de doblaje para ponerme a mí la voz. Naturalmente, me negué. En esos años muy frecuentemente contrataban *una cara bonita* sin experiencia para interpretar papeles importantes y luego una actriz de doblaje le arreglaba el trabajo… *Tac, tac* fue un fracaso previsible.

José Luis era miembro de la Asociación de Productores Cinematográficos. Allí conoció a Dibildos, a Pepe Frade y a Pedro Masó. Una noche me llamó desde el local donde estaban celebrando una reunión y me dijo que iban a venir todos a casa a tomar algo. A Frade ya le conocía porque había trabajado dos veces para él. Pero a Dibildos y a Pedro no los había tratado nunca. Sin embargo, lo pasamos muy bien y, como todos éramos aficionados al póquer, organizamos una partida que acabamos repitiendo cada mes. En esas reuniones conocí a Adriana, que era la mujer de Pepe y que también jugaba. Nos hicimos amigas. Eran reuniones muy divertidas, pero Dibildos jugaba con *ventaja* porque él llevaba años durmiendo de día y trabajando de noche, así que cuando los demás *perdíamos el zapatito*, como Cenicienta —o sea, que nos caíamos de sueño porque habíamos sobrepasado nuestra hora de recogernos—, él seguía bien despierto. Aun así, no siempre ganaba.

Más tarde se sumó a nuestra partida Juan José Rosón, que era entonces nada menos que ministro del Interior del gobierno de UCD, el partido ganador en las primeras elecciones de la nueva democracia. Ahí las cosas se complicaron. Había que jugar cada vez en una casa diferente por razones de seguridad y sus guardaespaldas tenían que esperar a que acabáramos la partida en el interior de los coches oficiales, a la puerta de la casa que correspondiera. Lo cierto es que aquello daba un poco de corte. Una noche en que la partida se celebraba en mi casa, Adamina —la santa que cuidaba a Daniel—, que era del pueblo de al lado del de Rosón, se empeñó en que tenía que hablar con él. De gallega a gallego, quería pedirle, por favor, que le llevaran el teléfono hasta su aldea. Y lo hizo. Creo recordar que su petición no fue atendida hasta dos años más tarde, cuando realmente tocaba por turno, pero fue divertido ver a Adamina, sin cortarse un pelo, reclamando privilegios de paisana al ministro que, por cierto, era un hombre que imponía. Pero Rosón no había sido su única «víctima»; el padre de un amigo de Daniel y también vecino nuestro, al que ella apodaba *el telefónico* porque trabajaba en la Telefónica, había sido

objeto de persecución y algún que otro soborno, consistente en sabrosos chorizos que ella le traía cada año al volver de su pueblo. Villadicente, que así se llama el pueblo, debería agradecerle a Adamina su tenaz contribución a su desarrollo.

Esa partida de póquer duró varios años. Como consecuencia de la amistad que habíamos hecho, organizamos un viaje con los niños a Disneylandia. Fuimos los Frade con sus cuatro hijos, los Dibildos —José Luis estaba casado con Laura Valenzuela— con su hija Lara y nosotros, con Daniel. Dibildos se portó de maravilla, cambió sus costumbres y madrugaba para apuntarse a todas las excursiones y eventos programados sin jamás protestar por nada. En cambio, Frade estuvo de mal humor y nos regañaba continuamente. Habíamos alquilado un minibús con conductor para los desplazamientos, pero el chófer no tenía ni idea de por dónde se iba a los sitios y seguía la técnica de dar vueltas y vueltas mientras nosotros descubríamos pasmados que paseábamos por delante de los mismos edificios tres y cuatro veces.

—No se inquieten, ya estamos llegando —repetía de cuando en cuando.

Frade rugía. Pasamos allí el fin de año. Adriana y Pepe tenían la costumbre de tomar lentejas el primer día del año. Decían que son dinero para los doce meses siguientes. Frade organizó un escándalo de los que hacen época porque en el hotel en que nos alojábamos no se habían enterado de esa interesante costumbre, con la desagradable consecuencia de que no hubiera ninguna posibilidad de que nosotros comiéramos lentejas en Año Nuevo. De las uvas no dijo nada. Él sostenía la teoría de que dan mala suerte. Pero, en cambio, otro día se empeñó en tomar gazpacho en un bar. En su descargo debo decir que estaba anunciado en la carta, pero pedir gazpacho en Disneylandia nos parecía a todos una temeridad. Y en efecto lo fue, porque aquel mejunje que nos sirvieron era en realidad un picadillo de pimiento, tomate y cebolla a pelo que se acompañaba con una jarra de agua para echarle encima. Naturalmente, Frade armó una gresca y de nada valieron nuestras razonadas reflexiones acerca de lo inadecuado de pedir un plato *tan nuestro* en Estados Unidos. Con todo, sin lentejas, sin uvas y con aquel simulacro de gazpacho, fue un viaje donde los niños disfrutaron mucho y nosotros también.

A la vuelta me esperaba trabajo. Era una película que se rodaría en Barcelona y que dirigía debutante, Pere Vila, y si no me equivoco, fue su debut y despedida. Mi compañero en el reparto era Mario Pardo, que acababa de tener un gran éxito personal interpretando a Maximiliano Rubín en la *Fortunata y Jacinta* de Mario Camus. Mi

personaje era una violonchelista. Tuve que aprender a sujetar el violonchelo, cosa nada sencilla, y unos rudimentos de cómo tocarlo. Ese tipo de aprendizajes forzados por el personaje que te cae en suerte siempre me han divertido mucho. Pere era encantador y el guion era interesante. Y rodar en Barcelona era otro dato a favor porque siempre me gustaba volver. Así que todo estaba bien.

* * *

Pilar nos anunció que estaba embarazada. Sabíamos que quería tener un hijo, pero José Luis y yo, echando mano de una mínima sensatez, se lo desaconsejamos. Tenía cuarenta y un años y estaba enferma del corazón, tenía pendiente una operación para cambiarle las válvulas de cerdo porque tenían fecha de caducidad y, si a eso añadimos que no tenía pareja estable, no era una situación muy propicia a embarazos que digamos. Como era previsible, nuestro modo de ver las cosas no era el suyo. Ella «necesitaba vivir esa experiencia con o sin pareja, con o sin salud, con o sin garantías», según sus propias palabras. Quería vivir porque sabía que para ella la vida era un estado de excepción.

Desde el primer momento asumió su maternidad en solitario. El padre de su futuro hijo, con el que, como he dicho, no mantenía una relación estable, no quiso saber nada del tema, de manera que sus íntimos amigos asumieron en conjunto la responsabilidad de cuidarla. Nombró ante notario unos tutores para su hijo por si a ella le ocurría algo. Pero todo fue bien y dio a luz a primeros de febrero de 1981. Era un niño sano y ella estaba exultante.

Por aquellos días los partidos políticos estaban preparando una de sus campañas electorales y Pilar, que desde comienzos de la democracia militaba en el PSOE, estaba en el comité de campaña de Felipe González, con quien había hecho amistad. Ella había propuesto el nombre de Tafur para que se hiciera cargo de los decorados de los mítines. Habían previsto una reunión en la sede de Ferraz a las seis de la tarde del 23 de febrero de 1981. Nosotros habíamos alquilado un apartamento en los Alpes, en donde íbamos a pasar unos días con Frade y su familia con la intención de aprender a esquiar. El plan era que Tafur interrumpiría sus vacaciones el día 22 para llegar a la reunión con el PSOE y que después se incorporaría de nuevo a aquellas minivacaciones. Estábamos encantados: Adamina decía que los Alpes eran como su pueblo, pero más limpio, y Daniel se lo pasaba bomba en la nieve mientras yo intentaba aprender a no matarme con los esquís. Nunca se me han dado bien los deportes, pero esquiar me atraía porque me gusta mucho la naturaleza.

Como estaba previsto, Tafur voló a Madrid el día 22. A las seis de la tarde del día siguiente —la hora señalada para la famosa reunión—

un grupo de guardias civiles capitaneado por el teniente coronel Antonio Tejero tomó el Congreso de los Diputados y secuestró a los diputados reunidos allí para la sesión de investidura del candidato a presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo, hasta entonces vicepresidente del Gobierno de Suárez, quien unos días antes y ante la sorpresa general había presentado su dimisión. A esa misma hora Pilar y Tafur estaban llegando a la sede del PSOE. En medio del caos que se produjo se suspendió la reunión. ¿Para qué se iban a construir unos decorados para mítines si, en el caso de que el iluminado Tejero se saliera con la suya, no volvería a haber elecciones hasta quién sabe cuándo? Tafur llevó a Pilar a su casa y se quedó con ella mientras decidían si la gravedad de la situación era para salir corriendo o no. Pilar era una persona muy significada como militante socialista y había sido la directora de *El crimen de Cuenca*, que, como ya he contado, no había gustado un pelo a los militares. Quien sí salió a todo correr fue Sinde, que ya esa noche durmió en Portugal por si las moscas. Mientras tanto, yo vi la noticia en el telediario de la noche de la RTF e intenté desesperadamente hablar por teléfono con Madrid, pero las líneas estaban colapsadas. Al fin, a las dos de la mañana, conseguí hablar con José Luis. A la mañana siguiente, tras la intervención del rey en TVE aquella madrugada, las cosas habían vuelto a su cauce y la toma militar de Valencia por los tanques del general Milans del Bosch y el secuestro del Congreso pasaron a la historia de los muchos dislates que se han cometido en este país. Cuando al día siguiente bajé a comprar el pan, pasé uno de los momentos de más vergüenza de toda mi vida. La panadera, con cara de cachondeo, me dijo:

—Oh, la, la, madame! Mais, qu'est-ce que s'est passé dans votre pays? Cés pas normal… voyons!

No, no era normal, era una vergüenza. Yo pensaba que España era Europa, que se iban consiguiendo avances y libertades y ya pronto estaríamos igualados a los países de nuestro entorno. Pero no; estaba claro que aún faltaba mucho para eso, no bastaba con que hubiera desaparecido la censura —aunque el caso de *El crimen de Cuenca* había sido una llamada de alarma— ni con que se hubiera promulgado la ley de partidos ni la del divorcio. Seguíamos padeciendo la difícil digestión de una dictadura de cuarenta años.

Inmediatamente Calvo-Sotelo fue investido presidente, puso en marcha el proceso judicial contra los militares golpistas y gobernó con sensatez y enormes dificultades hasta las elecciones generales de otoño del año siguiente.

Capítulo 15

Dibildos estaba preparando el rodaje de *La colmena*. Él y Gonzalo Suárez habían hecho una estupenda versión de la novela de Camilo José Cela ambientada en el Madrid de la posguerra. Cuando estaban empezando a escribir el guion, Dibildos ya me dijo que tenía ganas de que trabajara para él y que incluso había pensado el personaje que me iba a ofrecer. No sé realmente qué problemas surgieron entre Gonzalo y él, pero el caso es que Gonzalo abandonó el proyecto de dirigir la película. Entonces Dibildos se la ofreció a Mario Camus. Cuando al fin me llamaron para firmar el contrato, yo no sabía qué hacer. Sabía que no era Mario, sino el productor, quien me había puesto en ese reparto. Y yo no conocía de nada a Camus. Siempre me ha producido inseguridad que no sea el director quien haya pensado en mí, porque en el cine, especialmente, los actores estamos en las manos del director, que es tu público, tu espejo y en cuyo criterio, plano a plano, no tienes otro remedio que confiar. Y ese vínculo con el director es también recíproco. Él también tiene que confiar en ti. Por eso le dije a Dibildos que, antes de firmar, quería hablar con Mario.

Quedamos para tomar un café y le dije la verdad, que sabía que él no me había elegido y que necesitaba estar segura de que yo le parecía bien para el papel de Filo. Me contestó que estaba encantado y que estaba seguro de que yo lo iba a hacer muy bien. Añadió que ya antes había pensado en que le gustaría trabajar conmigo, pero que no se había presentado la ocasión. Una vez que mi ego quedó a salvo con sus palabras, firmé el contrato y, aunque mi personaje —otra malcasada, esta vez no de la transición sino del pasado— era pequeño, como casi todos los de esa película que tenía una estructura coral, fue uno de los trabajos que me ha dado más satisfacciones en mi carrera. Trabajar con Mario era sencillo y el rodaje fue como la seda. Los resultados están a la vista, fue un gran éxito en su momento y hoy es un clásico y, a mi juicio, una de las mejores películas de la historia del cine español. El reparto era espectacular y en él estaban casi todos los actores que eran *alguien* en ese momento, y todos y cada uno de ellos hicieron un trabajo espléndido.

Casi en paralelo, Frade me mandó un guion que iba a dirigir Mariano Ozores. Se trataba de *Cristóbal Colón, de oficio descubridor*. El protagonista iba a ser Andrés Pajares. La verdad es que me reí mucho mientras lo leía. Me ofrecía el papel de Isabel la Católica y, desde luego, aquel proyecto no tenía nada que ver con el cine que yo estaba haciendo, pero ya se sabe que un actor en España nunca ha tenido fácil poder elegir sus personajes. Una vez más me encontraba ante un

dilema. Tampoco conocía a Mariano, no había trabajado nunca con él y, en este caso, me parece que él no tenía mucho interés en hacerlo conmigo porque yo había oído que él quería a Lina Morgan para el papel. Lina había rodado con él casi todas sus películas en la década anterior, que habían tenido mucho reconocimiento popular. Lina y yo tenemos poco que ver. Ella es una estupenda actriz con una enorme vis cómica y yo soy de otro tipo. No es que la comedia me salga mal, pero no soy *cómica.* Sin embargo, después de mucho dudar le dije a Frade que iba a hacerla. Siempre me han estimulado los retos y como tal me lo tomé. Me dije: «Tú puedes», y me lancé. Pero no me entendí nada bien con Ozores. Yo no le gustaba, estaba claro, y eso para una actriz es lo peor. Si no sientes que la mirada del director aprueba lo que estás haciendo, estás perdida. En el cine, en el rodaje, el director es tu público, como ya he dicho, y si notas que no le gustas al público, mala cosa. Además la película era lo que era, pero fue un taquillazo.

Quiso la casualidad que *La colmena* y *Cristóbal Colón, de oficio descubridor* se estrenaran al comienzo de la temporada 82-83 con pocas semanas de diferencia y las dos en la Gran Vía de Madrid, la primera en el Palacio de la Música y la segunda en el Callao. Las dos fueron un éxito, cada una de ellas por razones distintas. El caso es que de pronto yo estaba en las dos películas más taquilleras de la temporada. Y, en esos años, eso significaba que podían estar en cartel durante meses.

La colmena ganó el Oso de Oro en el Festival de Berlín de 1983 y allí estuvimos unos cuantos actores con el director y el productor para recogerlo. Fue muy emocionante ver al público aplaudiendo a rabiar la proyección de la película. En ese momento Pilar era la directora general de Cinematografía y nos acompañaba en el viaje. Poco tiempo antes había sido nombrada por Felipe González, que había ganado las elecciones generales de aquel otoño por una mayoría aplastante, lo que provocó el derrumbe total de UCD, que poco a poco fue desapareciendo.

Berlín me pareció una ciudad muy interesante. Aún no había caído el Muro y cruzar a la zona este a través del Checkpoint Charlie era excursión obligada. Francamente, pasar de una parte a otra de una misma ciudad, con un mismo idioma, y comprobar que eran dos mundos radicalmente distintos era toda una experiencia. Nadie podía imaginar entonces que solo seis años después desaparecerían la Unión Soviética, los gobiernos comunistas de tantos países y las dos Alemanias. El idioma alemán es endiablado y hasta para pedir un café me las veía y deseaba. Nadie hablaba inglés allí en ese momento, o al menos yo no me los encontré, así que al final tuve que aprender a

pedir café con leche, que para mí es de primera necesidad, y, consecuentemente, «la cuenta, por favor». Pero eso es todo lo que conseguí. Volví, eso sí, con una réplica del Oso de Oro que Dibildos nos regaló a todos los que habíamos participado en *La colmena* y que brilla con luz propia en mi exigua estantería de galardones. Me atrevo a afirmar sin temor a equivocarme que treinta años después *La colmena* se conserva fresca como el primer día y que en sus imágenes permanecen vivos y derrochando talento todos esos compañeros y amigos que ya nos han dejado.

* * *

Llegados a este punto quiero hacer una reflexión acerca de los premios en mi profesión. No conozco ninguna actividad artística, científica o mediopensionista en la que se otorguen tantos galardones como en el mundo del espectáculo. Y además eso es una costumbre internacional, no es exclusivamente española. Los Oscar, los Grammy, los Globos de Oro, los César, los Bafta, los Goya, los Gaudí, los Fotogramas, los miles de premios de los festivales de cine internacionales o locales, de Cannes a Miranda de Ebro, los premios nacionales, los de las comunidades autónomas, los homenajes sin cuento que nos tributamos unos a otros en esos festivales o en el ayuntamiento de tu pueblo, etcétera, etcétera, etcétera. Pero ¿por qué?, ¿a qué vienen tantos premios?

He llegado a la conclusión de que hay algunas razones de cierto peso para que esto sea así. En primer lugar, no hay nadie más vanidoso que aquellos que nos dedicamos a exhibir *nuestro talento*, ya sea como director, como actor o como guionista. Está también la cuestión de publicitarnos. Un científico, un funcionario de hacienda o el camarero de un restaurante, por poner algún ejemplo, no tienen tanta necesidad de *vender su burra* porque no viven del público, mientras que nosotros necesitamos ser conocidos y reclamados por el público. La publicidad de una película o de un estreno teatral es muy cara, hoy en día prohibitiva, por lo que nos vemos forzados a buscar un medio de vendernos a través de la publicidad indirecta que supone que nos den un premio. Pero, a pesar de los miles de galardones que se entregan cada año, que te den un premio no es tan fácil. No basta con que lo hagas muy bien: la película tiene que ser buena, o que se hable mucho de ella, o que los críticos se emboben en frases interminables y/o ininteligibles, que se estrene cerca de la fecha de los premios en cuestión, que no haya otra compañera que lo haya hecho mejor que tú o que no compitas con una de las que los ganan siempre, que también las hay… En fin, que no hay manera. O a mí al menos siempre me ha resultado muy difícil. Baste decir que en cuarenta y

cinco años de dedicación al noble arte de la interpretación solo tengo en mi estantería de galardones tres. Sí, sí, tres. Y alguno de ellos, como el Oso, es muy, pero que muy, compartido. ¿Será que no he hecho méritos suficientes? ¿Será que me tienen manía? ¿Es porque no sé *trabajármelos*...? Las actrices, entre trabajo y trabajo, por corto que sea el periodo de paro, dedicamos bastante tiempo a *comernos el coco* con este tipo de cuestiones. Por las razones que sea, soy una actriz muy poco premiada, y eso que mis múltiples supuestos orígenes —Madrid, Málaga, Galicia, incluso Italia— lo ponen bastante fácil para algunos de esos premios regionales que, sin ser el Goya, ¿qué quieren que les diga?, animan. Pues tampoco esos. Y hablando en serio, no es que me importe demasiado, pero en alguna ocasión puntual en la que creí merecerlo y no me lo dieron sí me he preguntado por qué no he tenido un poco más de *púrpura*. Quizás no soy una buena actriz… o quizás la respuesta esté en algo relacionado con mi personalidad, más que con mis méritos o deméritos artísticos.

Puede ser. Hace años que muchos de mis amigos comentan que yo no parezco *una actriz*. Al principio me molestaban esos comentarios porque interpretaba que no me valoraban profesionalmente. Luego he comprendido que pretendían significar que yo era más *persona humana* que *persona actriz*. Es posible, por tanto, que los que otorgan los galardones piensen igual que mis conocidos y deduzcan que yo no valoro los premios, que no los busco y, por ello, ¿por qué y para qué dármelos? En cualquier caso, quiero que quede constancia de que me parece un exceso esta manía de estar premiándonos en sesión continua, sobre todo si, de tantos premios como hay, casi nunca me toca ninguno.

Por esa razón, cuando en 1994 el Círculo de Escritores Cinematográficos (CEC) me concedió el premio a la mejor actriz del año por mi interpretación de la madre superiora en *Canción de cuna*, al subir al escenario a recogerlo dije muy en serio que, a diferencia de lo que hacen en estos casos mis compañeros, que siempre comparten sus premios generosamente con el resto del equipo, yo no lo compartía con nadie, que me lo quedaba solo para mí. Era el segundo premio que me daban en mi carrera y yo pensé con buen criterio que podía ser el último, porque a premio cada veinte años…

Así que ni compartirlo ni gaitas. «¡Este es solo míoooo!». Eso fue lo que dije al recogerlo.

* * *

Por increíble que parezca, soy incapaz de recordar el día o el año en que estuve con mi padre por primera y última vez en toda mi vida. No sé si se trata de algún mecanismo de defensa de incierto significado,

pero la verdad es que no me acuerdo de la fecha. Debió de ser alrededor de los primeros ochenta del siglo pasado. Mi madre me propuso un viaje a Galicia y yo, que aún quería complacerla de vez en cuando, acepté. Fuimos a *exhibirnos* un poco a Monforte de Lemos y a ver a sus amigos. De pronto, una tarde tonta mi madre, como si tal cosa, me dijo que ya que estábamos allí, sería un buen momento para que fuera a casa de mi padre.

—¿A qué? —pregunté atónita.

—A ver qué cara pone —contestó.

En mi interior la idea estaba clara: era una locura y no tenía ningún sentido que yo me presentara en casa de mi padre sin haber sido invitada. ¿Qué iba a conseguir? Él vivía en su casa con su mujer y nunca había mostrado el más mínimo interés por verme. ¿Y yo? ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo me iba a enfrentar a esa situación, sin duda incomodísima para los dos? Aún no entiendo cómo dije que sí. Tenía treinta y tantos años, mucho sentido común y no me fiaba nada de mi madre… Entonces, ¿por qué acepté? Supongo que mi necesidad de verle, de comprobar si me parecía a él, como venía diciendo mi madre desde la primera revelación, de sentir su presencia real en mi vida y la remota esperanza de recuperar al padre que nunca había tenido, fue lo que me empujó a hacer aquella visita.

Tomé un taxi en Monforte para recorrer los once kilómetros que me separaban de Ferreiroá, el pazo donde mi padre vivía. Aquello a lo que iba a enfrentarme iba más allá de la intención de molestar por molestar que asomaba en la propuesta de mi madre, expresada tan claramente en ese *a ver qué cara pone*. Para mí, esos once kilómetros estuvieron marcados por un nerviosismo y una ansiedad ilimitados, los mismos que me habían aconsejado no coger mi coche porque me sentía sin fuerzas para conducir. Y como había dicho mi madre, no convenía que estuviese completamente sola, *por si ocurre algo*. El taxista sería testigo. ¿Qué podía ocurrir? A medida que nos íbamos acercando a nuestro destino —mi destino, debería decir—, estaba cada vez más nerviosa. Durante todo el viaje no podía pensar en otra cosa que no fuera en cómo enfrentarme a la situación. Estuve a punto de pedirle al conductor que diera la vuelta. No lo hice.

La gran verja de hierro forjado que da acceso al jardín de la casa estaba abierta. Le pedí al taxista que me esperara fuera. Cuando bajé del coche me temblaban las piernas y tenía la boca seca. Con paso entre decidido y tembloroso recorrí los aproximadamente cien metros de jardín que me separaban de la puerta de la casa. Al llegar allí toqué el timbre o tal vez una campana, no lo recuerdo bien, y esperé. La casa era maravillosa y estaba rodeada por un extenso parque. La luz

del atardecer suavizaba el paisaje y el color oscurecido por el paso del tiempo de la piedra.

Nada. Nadie abría. No sé cuántos minutos pasaron hasta que al otro lado oí unos pasos que se acercaban. Empecé a temblar aún más y al fin se abrió la enorme puerta. Allí estaba él. Mi padre.

Era un hombre muy alto, grande y bastante bien conservado. Estaba muy serio.

La primera impresión que recibí fue muy rara. Me reconocí inmediatamente en él, me reconocí como suya; era algo físico, casi tangible. Esa misma sensación, exactamente la misma, la tuve veintitantos años después al ver por primera vez a mi nieta Natalia. Él me miró fijamente y, aparentando seguridad, me dijo:

—¿Qué quiere usted? —Le temblaba un poco la voz.

—Verte, quería verte.

—Por favor, vete de aquí, hija mía.

—Eso, hija… Porque soy tu hija, ¿no?

—Por favor, vete y dile a tu madre que me deje tranquilo.

—Mi madre no tiene nada que ver en esto —contesté, ya muy nerviosa.

—Por favor, vete.

Era casi una súplica. Le miré largamente al borde de las lágrimas y me di la vuelta en dirección a la puerta que daba a la calle. No sé cómo conseguí recorrer la distancia que me separaba del taxi.

Mil veces me he maldecido por haber hecho caso a mi madre, por haber aceptado ir a verle. Y mil veces más doy gracias a mi inconsciencia por haber permitido que lo viera al menos una vez en mi vida.

* * *

Llegó la sentencia del divorcio de Tafur. Podíamos casarnos. Me lo pidió una noche del año 1983 y lo hizo formal y emocionadamente. Llevábamos viviendo juntos doce años y nos iba bien. Naturalmente, teníamos algunas discusiones, casi siempre por asuntos menores, y pequeñas *tentaciones*. Supongo que él también las tenía; yo, desde luego, bastantes. Los dos coqueteábamos hasta con nuestra sombra y en mi trabajo nunca faltaban oportunidades de ligar más o menos en serio —ya se sabe *cómo son los artistas*—, pero la sangre nunca había llegado al río. Ni a su río ni al mío. Y nos queríamos mucho.

Decidimos que nos casaríamos en el extranjero, pero no sabíamos dónde hacerlo. El cónsul de España en Nápoles era el hermano de Luis Zarraluqui, el abogado que había llevado el divorcio de José Luis. Nos ofreció el consulado español, que estaba en un precioso chalé rodeado por un impresionante jardín lleno de buganvillas, para que

celebráramos la boda. Y como casi siempre en mi vida, tampoco entonces las cosas fueron como parecían. La prensa dijo que nos casábamos en Italia por mis raíces —¡qué raíces ni qué gaitas!— y para que así mi familia pudiera asistir —¡mi familia, qué ilusiones!— … ¡Ah! Añadieron que pensábamos vender la exclusiva y que por eso no decíamos exactamente cuándo ni dónde se iba a celebrar la ceremonia. Lo cierto es que no había absolutamente nada de aquellas elucubraciones de la prensa rosa y la única razón para casarnos lejos era evitar el previsible *circo* a nuestro alrededor. Por eso aceptamos el ofrecimiento del cónsul, con la idea de que a la vuelta daríamos las fotos de la boda a cualquier medio que nos lo pidiera, como así hicimos.

Con nuestros amigos más íntimos, mi madre y mis hermanos, hicimos un pequeño viaje por Italia, desde Roma hasta Nápoles. Nuestro hijo estaba en un campamento de verano y se reuniría con nosotros a nuestro regreso. Lo pasamos muy bien recorriendo aquella parte de Italia. Llegamos a Nápoles el día antes de la boda y esa noche jugamos una partida de póquer con los amigos y, más tarde, decidimos adelantar la noche de bodas, todo muy poco *políticamente correcto* y muy cansado para la futura novia.

No recuerdo un día en toda mi vida en el que pasara tanto calor. Era el 12 de julio de 1983. Aunque no había acertado con el vestido, estaba mona… Al principio. Había elegido un modelo en seda de color blanco roto. Por esa época tenía el pelo bastante corto y me puse una coronita de flores que me cubría la frente. La boda estaba prevista para las siete de la tarde. A esa hora, en el maravilloso jardín del consulado de España en Nápoles el termómetro marcaba 42 grados centígrados y la novia sudaba como un pollo. El vestido empezó a pegarse a mi cuerpo descaradamente y mi pelo se ceñía con obstinación a la nuca y a la frente. A pesar de ello y sin perder del todo la dignidad, nos casamos y hasta salí medio decente en las fotos.

Desde luego no había sido la boda soñada en mi adolescencia, vestida de largo, en una iglesia repleta de flores y virgen. Como Sissi, vamos. Pero había habido boda y había sido por amor, dos cosas impensables trece años antes. Y tampoco a Sissi le fue después precisamente bien. Pasamos nuestra luna de miel en Mallorca con nuestro hijo, que ya tenía diez años. Fueron unas vacaciones cortas y felices.

* * *

Daniel estaba convirtiéndose en un niño mayor. Era un buen estudiante y un buen chico en todos los aspectos, pero nos preocupaba mucho su educación. Ninguno de nosotros dos era muy estricto y,

aunque Tafur intentaba dar una imagen de cierta autoridad, la verdad es que Daniel estaba muy mimado. Por nosotros y por Adamina. Nos empezamos a plantear el futuro de sus estudios y su futuro como adolescente. Hicimos muchas cábalas y muchos números y llegamos a la conclusión de que, aunque supondría un esfuerzo económico y emocional, quizás no fuera mala idea enviarle un curso al extranjero para que aprendiera idiomas y al mismo tiempo saliera un poco de debajo de nuestras protectoras alas. Le pusimos un profesor particular de inglés y empezamos a buscar colegios en Inglaterra y en Suiza para el próximo curso. Daniel ya había estado en un campamento de verano en los Alpes suizos, lo había pasado muy bien y en principio no tenía grandes reparos para irse un curso completo al extranjero. Al final aquel plan no se limitó a un único curso y Daniel se quedó durante toda su vida de estudiante fuera de España. Estudió el bachillerato en Suiza, estudió después la carrera en Estados Unidos y la terminó en Londres. Y allí se quedó también a trabajar. También Álvaro siguió ese camino, estudió en Estados Unidos y allí se quedó.

Para mí su marcha fue un desgarro. Para él, lo mejor que pudimos darle. No habría otras herencias, solo nuestro amor y una educación costosa en todos los aspectos. Finalmente, creo que pensar en él, en su formación, y no en nuestras necesidades, tuvo su recompensa. Años más tarde, un día en que estábamos comiendo los tres juntos, Daniel, muy serio, nos dijo:

—¡Ojalá yo pueda darles a mis hijos lo mismo que he recibido de vosotros!

No soy de lágrima fácil, pero aquel día lloré como una tonta. Había merecido la pena. El dolor de haberle dejado ir tenía ahora su premio. Hoy pienso que, efectivamente, ojalá tenga él con sus hijas la misma suerte que hemos tenido nosotros con él. Naturalmente, mi madre dijo en su momento que nos lo habíamos quitado de en medio, utilizando además la gráfica, y desde luego, metafórica expresión de que lo habíamos «mandado a la inclusa»… Mis posibles lectores de mayor edad sabrán lo que aquello quería decir. (Debo agradecer a la frecuente intrusión de mi madre en mis recuerdos su inesperada aparición en este punto en que empezaba a ponerme blandita).

* * *

Estaba otra vez rodando. En esta ocasión era la película *Café, coca y puro*, que dirigía Antonio del Real. Mi *galán* en esta ocasión era Antonio Resines y el trío protagonista lo completaba Miguel Ángel Rellán. No hay mucho que contar de este rodaje, salvo que Resines, a quien no conocía, me pareció muy divertido. Con Rellán ya había trabajado y era un placer volver a hacerlo. La película, que era una

comedia, no dio un duro en taquilla y tampoco esta vez merecí ningún premio por mi trabajo; pero, sinceramente, creo que no había ninguna razón para esperarlo.

Pilar, que seguía en la Dirección General de Cine, tuvo que hacer un alto en su incesante actividad para operarse una vez más. Estábamos muy asustados. Tenía un niño de corta edad y la intervención era muy importante y arriesgada. Estuvimos a su lado todo lo que pudimos. El doctor Rábago, un encanto de persona y un médico extraordinario, la sacó del atolladero otra vez más, pero tuvo, eso sí, un posoperatorio muy duro. Gonzalo, su hijo, pasaba bastante tiempo con nosotros y con *su otra madre*, Blanca Álvarez, mítica locutora de TVE, en ese momento en puestos ejecutivos en la *casa* y también íntima amiga de Pilar.

José Luis seguía trabajando en el INI y produciendo cine. Y José María González-Sinde quería dirigir. Había escrito un guion autobiográfico sobre sus años de militancia en la clandestinidad en clave de comedia, que acabó titulándose *¡Viva la clase media!* Pero habían surgido problemas en el proceso de preparación de la producción. Garci quería convertirse en esta película en productor ejecutivo, función que había desempeñado en las anteriores Sinde, quien, como ya he contado, tenía una larga trayectoria en el oficio de la producción. Además, Garci quería hacer de actor en la película y con un personaje protagonista, junto a Emilio Gutiérrez Caba y Enriqueta Carballeira. Sinde estaba de acuerdo, pero a Tafur este *apaño* le pareció una locura. Garci no era productor, aunque con el tiempo lo llegaría a ser, y mucho menos actor. José Luis se negó a producir en esas condiciones. Y llegó la *escisión*. Garci y Sinde salieron de Tafur P. C. y fundaron su propia productora. Yo creo que Sinde tenía tantas ganas de rodar su película que no vio con claridad la situación. Años después él mismo reconocería que debió hacer caso a las opiniones de Tafur. En todo caso, nuestra relación de amistad con José María no se resintió jamás. No así con Garci, con quien esa relación se enfrió hasta casi no existir durante mucho tiempo.

Tampoco en el INI las cosas estaban yendo bien. En el año 1982, cuando ganó las elecciones Felipe González, hubo muchos cambios en la estructura directiva: nuevo presidente del INI, nuevos jefes y mucha ambición. Querían desmantelar el Departamento de Ferias y Exposiciones y *externalizar* esos servicios; o sea, montar una empresa que organizara las exposiciones del INI. Imagino, creo que con acierto, que esa empresa la iban a dirigir *amigos* de los nuevos directivos. Sin embargo, en aquel momento yo permanecía ajena a todos esos movimientos que desconocía por completo. José Luis era muy

reservado y supongo que no quería preocuparme. Siempre era muy protector e intentaba resolver los inconvenientes de cualquier índole sin involucrarme.

* * *

Mi madre seguía siendo mi *vecina* y también tenía problemas. Los suyos eran de índole económica. Cuando vendió el hotel de Torremolinos invirtió gran parte de los beneficios en dar la entrada de varios locales comerciales y un par de terrenos; pero, naturalmente, esa operación conllevaba pagar nuevas letras mensuales de cada una de esas *adquisiciones*, algo con lo que seguramente mi madre no había contado. El caso es que, como estaba en apuros económicos, decidió hablar conmigo y hacerme una proposición.

—Voy a vender mis joyas y he pensado que mejor a ti que a un extraño.

Yo no tenía ningún interés en sus joyas y el dinero que valían era bastante elevado para mis posibilidades, porque en ese momento teníamos muchos gastos que atender. Costear los estudios de Álvaro y Daniel era caro y además yo no estaba trabajando tanto como antes, por lo que la propuesta de mi madre no me pareció muy buena idea. Lloró, se dolió mucho de que su única hija no quisiera ayudarla y desplegó todas las muestras de reproches que tenía en su exclusivo catálogo. ¡Una vez más, tocada! Lo comenté con José Luis y decidimos ayudarla. Como no sabía qué hacer con las joyas, le dije que las conservaría para que una vez que ella resolviera sus problemas económicos y pudiera devolverme el dinero, yo pudiera reintegrarle *sus tesoros*.

Tres días después de *la operación*, me llamó por teléfono. Nuevamente… ¡estaba muy dolida conmigo! ¡Me había quedado con sus joyas! ¡Su propia hija le había robado! Quedé con ella para tomar un café, metí las joyas en una bolsa de El Corte Inglés y se las devolví. Le pedí que hiciera el favor de no llamarme en una larga temporada… Me fui llorando a casa, aún no sé si de rabia, de impotencia o por el dolor de comprobar una vez más cómo mi madre seguía haciendo conmigo lo que le daba la gana. Del dinero no se habló aquel día. Ni nunca más. Tafur quería matarla. Y de paso a mí, por imbécil.

Era el año 1984. Una mañana del mes de mayo me llamaron por teléfono de Radio Nacional en Málaga. Había muerto Ángeles Rubio Argüelles. Querían que hiciera unas declaraciones. Casi no pude hablar. Mi maestra, que había sido mi ejemplo desde que la conocí, mi segunda —o mi única— madre, acababa de morir. Lo primero que me vino a la cabeza fue el tiempo que hacía que no la había visto, que no hablaba con ella. Y me sentí fatal. Poco antes había sabido por alguien

que estaba enferma, que había vendido su preciosa casa Villa Carmen y que ahora vivía en un piso. En los últimos tiempos mi vida se había ido distanciando de la suya, quizás eso era normal, pero fue muy doloroso para mí que doña Ángeles se hubiera ido sin haber podido repetirle una vez más cuánto la quería. Por eso me sentí culpable y me pregunté cómo era posible que no hubiera sabido mantenerme en contacto con ella, a quien tanto debía. Tenía setenta y ocho años. Una parte fundamental de mi vida moría con ella. Había sido una luz en mi adolescencia, igual que mi abuela lo fue en mi niñez, y sentí mucho su desaparición. Solo me consuela pensar que tuvo una vida plena y que dedicó la mayor parte de su tiempo a lo que más le gustaba en el mundo: el teatro.

* * *

Se estaba preparando el estreno de *Café, coca y puro* y estaban organizando una buena campaña de promoción. Una tarde de primeros de diciembre en que no tenía obligaciones me había quedado sola en casa. Recuerdo que estaba preparando un viaje que íbamos a hacer con amigos y los niños para pasar el fin de año esquiando en Andorra. Daniel iba a venir del colegio en quince días para las vacaciones de Navidad. Llamaron al timbre y salí a abrir. Era la policía, preguntaban por Tafur. Les dije que estaba en el trabajo y que no sabía exactamente a qué hora llegaría. Serían las seis de la tarde. Ante mi asombro me preguntaron si podían esperar en casa. Les dije que sí y les pregunté a mi vez que si podían decirme qué era lo que pasaba. Amablemente se negaron y también rechazaron el café que les ofrecí una vez instalados en el salón. Dos largas horas más tarde llegó José Luis. Registraron la casa de arriba abajo, pero no encontraron nada de lo que buscaban. En realidad aún hoy sigo sin saber lo que buscaban. Se lo llevaron detenido.

José Luis y yo no habíamos tenido oportunidad de cruzar palabra. Los policías me dijeron al salir que podía llamar a un abogado y que él pasaría la noche en la Puerta del Sol, todavía sede de la Dirección General de Seguridad. Me quedé bloqueada. No entendía nada y no sabía qué hacer. Cuando me quedé sola y pasados los primeros momentos de estupor, subí a mi habitación y empecé a pintarme. Me maquillé como si fuera a un estreno. Al acabar llamé a Sinde y a nuestro amigo Víctor y les conté lo sucedido. Víctor fue inmediatamente a Sol *disfrazado* con su uniforme de comandante de Iberia con la esperanza de que esa vestimenta facilitara su acceso a los calabozos. Llevó ropa cómoda para José Luis e intentó enterarse de lo que pasaba. Le dijeron que a la mañana siguiente llevarían a Tafur a los juzgados de la plaza de Castilla para que compareciera ante el juez

y que para entonces era conveniente que tuviera un abogado. Empezamos una frenética lucha para encontrar uno. Fue una noche larga y triste. Cuando me fui a la cama eran las tres de la madrugada. Recuerdo que me acosté, apagué la luz y empecé a temblar, me sentía sola y desconcertada y nunca antes en mi vida había tenido una sensación tan nítida de estar llorando por otra persona. No por mí, por Tafur, por imaginarlo en una celda y seguramente tan desconcertado como yo.

¿Por qué corrí a maquillarme en una situación tan angustiosa? No he dejado de preguntármelo desde entonces. Tal vez necesitaba sentirme segura para afrontar lo que vendría. Soy bastante perezosa a la hora de ir *puesta*, pero en aquella ocasión, durante los días que siguieron a la detención de Tafur, me presenté arreglada de arriba abajo en todas las instancias que tuve que frecuentar. Al día siguiente, después de la declaración de José Luis ante el juez, lo enviaron a la cárcel de Carabanchel, de la que tanto oíamos hablar en los años de la transición. Le acusaban de apropiación indebida en el ejercicio de sus funciones como jefe de Ferias y Exposiciones del INI.

Yo no daba crédito a lo que estaba pasando. Tafur había trabajado allí durante más de diez años con un éxito reconocido por todos. Las exposiciones en el extranjero que él organizaba habían recibido muchos premios internacionales y él era felicitado continuamente por su labor. Estaba completamente segura de su inocencia porque conocía bastante a fondo las circunstancias de nuestra economía familiar y, por lo tanto, tenía que intentar como fuera sacarle de esa situación. La radio dio la noticia de la detención del marido de Fiorella Faltoyano. A partir de ese momento empezó la persecución: me esperaban a la puerta de casa para someterme a preguntas estúpidas y hacerme fotos, y era complicado soportar el acoso en una situación como la que me encontraba, teniendo que mantener la cabeza fría y lúcida y controlando a la vez mi estado de ánimo, que estaba por los suelos. Me fui a vivir a casa de mi amiga Luz.

Dos días después de la detención de Tafur me permitieron visitarle en la cárcel. Me llevó Sinde y también allí se habían apostado los periodistas de guardia. Pero José María consiguió entrar con el coche y evitar así la foto de «Fiorella Faltoyano haciendo cola a las puertas de la cárcel de Carabanchel». A la salida me agaché en el suelo de la parte trasera del coche para evitar una vez más la foto deseada. Me sentí completamente ridícula. Mi romance con la prensa había terminado.

En el patio en donde estaba esperando a que me llamaran para la

comunicación con José Luis había mucha gente. Todos atentos a que por megafonía alguien dijera el nombre del preso al que habían venido a visitar y la cabina en la que se efectuaría esa comunicación. Las cabinas estaban numeradas y una señora mayor, vestida de negro, me agarró del brazo y con voz angustiada me pidió que la llevara hasta la cabina 3. Me dijo que acababan de dar el nombre de su hijo por los altavoces y el número de la cabina donde debía encontrarse con él y que ella no sabía leer. La acompañé. ¡Dios, cuánto dolor en aquella cara! ¡Cuánto desvalimiento!

Oí el nombre. Tafur y un número.

Jamás había visto a José Luis derrotado. Incluso en los peores momentos de nuestra vida en común había mostrado fortaleza y seguridad. Siempre inspiraba confianza. Había luchado en todo momento por ahorrarnos sufrimientos o problemas y ahora la situación había dado un giro. Él dependía de mí. Una situación completamente nueva para los dos. Por primera vez José Luis me explicó los problemas que había estado teniendo en el INI y lo que él creía que estaba pasando. Me pidió que me entrevistara con el director de Carabanchel e intentara que le llevaran a la enfermería porque, al parecer, la celda que se le había asignado la estaba compartiendo con un tipo peligroso. Tafur tenía miedo. Ver con mis propios ojos su desconcierto, su desamparo, era difícil de soportar. Nos cogimos muy fuerte de las manos y le prometí que haría lo que pudiera. Luego me miró muy fijamente y me dijo:

—También esto pasará.

Creo que lo que más le preocupaba eran sus hijos. No quería que Daniel, que ya tenía edad suficiente para verse afectado, se enterase de nada. No sabíamos cuánto podría durar la situación y el niño iba a llegar a Madrid en pocos días. Me pidió que hablara con Álvaro, que ya tenía dieciocho años, para explicarle las cosas tal como eran. Pedí entrevistarme con el director de la cárcel y me dieron una cita para el día siguiente. Y le trasladaron a la enfermería. Trato de favor, seguro. Pero, con el corazón en la mano, ¿quién, que hubiera podido hacer lo mismo en semejantes circunstancias, no lo habría hecho?

A todo esto, yo tenía que seguir con la promoción de la película. Ya saben, *the show must go on* porque además, teniendo en cuenta la situación personal por la que estaba pasando, naturalmente se me rifaban. Todo era triste y contradictorio. Le dije al productor que no me negaba a ser entrevistada pero que no contestaría ni una sola pregunta referente al tema de mi marido. Así las cosas, María Teresa Campos me llamó para un programa en directo en TVE. Era un magacín de tarde que ella presentaba y la gente de producción me

aseguró que no habría preguntas sobre el tema. Me lo garantizaron. No habían pasado dos minutos desde el comienzo de la entrevista cuando María Teresa me preguntó directamente sobre la situación personal que estaba pasando. Estuve amable pero firme y, si mal no recuerdo, creo que solo dije que tenía la suerte de estar muy acompañada por buenos amigos, cosa absolutamente cierta. Tardé mucho tiempo en perdonar a *la Campos*.

A través de un amigo periodista, la revista *Semana* se puso en contacto conmigo. Naturalmente querían una entrevista. Mi amigo me sugirió que lo mejor para mí era que hablara una sola vez para ellos y así acabaría aquel *gran carnaval*. Lo pensé y accedí. Creo que él tenía razón y aquella experiencia me sirvió para comprender que ante un tema conflictivo, una vez que has hablado clara y ampliamente sobre el mismo, a los periodistas dejas de interesarles por completo.

Ya en la enfermería, José Luis fue recuperando el ánimo y lo hizo hasta tal extremo que empezó a poner en marcha una televisión en circuito cerrado para los reclusos. Solo llevaba una semana en Carabanchel y ya estaba organizando la futura *Teleprisión*. Los amigos no me dejaban ni a sol ni a sombra. Nunca he sentido tanto afecto y solidaridad. Una mañana recibí una llamada del abogado. El juez quería hablar conmigo. Al parecer, había leído las declaraciones que había hecho para *Semana* y quería hacerme algunas preguntas.

—Pero ¿es una citación formal? —pregunté.

—No, no. Es que quiere alguna aclaración acerca de la entrevista, porque hay cosas que dices que le han llamado la atención.

Fui sola, sin abogado, a un despacho en los juzgados de la plaza de Castilla. El juez me hizo algunas preguntas que yo contesté, y cuando ya iba a salir, me dijo:

—Puede bajar a ver a su marido, está en los calabozos y dentro de un rato le voy a tomar declaración. Es posible que esta noche su marido ya duerma en casa.

Bajé inmediatamente y al verme allí Tafur se quedó muy sorprendido. Le conté la conversación que acababa de mantener con el juez. A las ocho de la tarde volvió a llamar el abogado y me anunció que en una hora podía ir a buscar a José Luis a Carabanchel. Sinde, que había preparado en su casa una cena de bienvenida, me acompañó a recogerle. No puedo explicar bien las emociones que sentí en aquellas horas, pero creo que por encima de todas ellas estaba el inmenso alivio de saber que cuando dos días después llegara Daniel, vería a su padre en casa. Nunca antes había recibido tantas cartas de Tafur como en esos trece días que había durado la detención. Entre ellas había una dirigida a su hijo que yo debía hacerle llegar si cuando

Daniel regresara a casa para las vacaciones de Navidad él aún no había salido de la cárcel. En marzo de 2012, en uno de los peores momentos de mi vida, encontré esa carta entre otras muchas que guardaba de José Luis y que estaba releyendo. No recordaba siquiera que la tuviera en mi poder. La había olvidado por completo. Se la entregué a nuestro hijo. Había pasado veintiocho años en un cajón.

* * *

Empezaba un nuevo año, 1985. Dibildos, después del enorme éxito de *La colmena*, tenía un nuevo proyecto en marcha. En esta ocasión era una comedia sobre la picaresca en la sociedad actual, un tema que le era muy querido y que ya había abordado en los sainetes *Los tramposos* y *Los que tocan el piano*. Pero ahora el director iba a ser José María González-Sinde, quien lógicamente aportaría otra visión del asunto. Sinde no había vuelto a rodar desde *¡Viva la clase media!* y al final tampoco había acabado muy bien con Garci. La película se titulaba *A la pálida luz de la luna*. José María me había reservado un buen personaje, pero la protagonista femenina estaba pensada para Concha Velasco. Una vez más el *galán* era Pepe Sacristán.

Dibildos estaba preocupado por si yo, debido a todo lo que había pasado con Tafur, no estaba en condiciones para trabajar. Por supuesto que estaba en condiciones, ¡faltaba más! No solo estaba en condiciones sino que necesitaba trabajar como terapia para el olvido, y además me apetecía mucho ser dirigida por mi querido amigo José María. Poco antes de empezar el rodaje las cosas se complicaron. No recuerdo cuál fue la razón, pero Concha no podía hacer el personaje; supongo que algún otro trabajo se lo impedía porque Concha nunca ha parado de trabajar. En esas circunstancias Sinde le planteó a Dibildos que yo hiciera la protagonista y buscar otra actriz para el personaje que inicialmente iba a hacer yo. Yo, encantada, claro. A los actores nos gusta mucho ser los protagonistas. Todo el mundo quiere ser Gary Cooper o Ingrid Bergman, nadie tiene vocación de actor secundario. Decidieron que me sustituyera María Luisa San José, que había trabajado mucho en la productora de Dibildos. Estaba rodando a no sé cuantos cientos de kilómetros *Réquiem por un campesino español*, pero llegó a tiempo para incorporarse al rodaje. En el reparto de *A la pálida luz de la luna* estaban también dos grandísimos actores: Emilio Gutiérrez Caba y Héctor Alterio.

El rodaje fue como la seda, los compañeros eran estupendos y rodar con Sinde era un placer. Puede parecer que todas las películas que he hecho eran maravillosas y que los rodajes iban siempre sobre ruedas y los actores y técnicos con los que trabajaba eran siempre un encanto. No siempre fue así, y tal vez los más sagaces de ustedes lo

hayan percibido entre líneas. Pero no tengo ningún interés en detenerme en cosas negativas de mi trabajo cuando, pasado el mal momento, no han afectado en lo más mínimo a mi vida. Prefiero hablar de los buenos ratos, los buenos compañeros y los buenos amigos. Que malos, los hay. No era el caso de aquella película, que llegó además en un momento en que, después de los horribles días que habíamos pasado, poder trabajar y hacerlo con gente amiga y con profesionales competentes suponía volver a la normalidad. Y ya se sabe que las rutinas tranquilizan mucho.

* * *

Para Tafur las cosas eran muy diferentes. Le habían apartado de su cargo y le tenían en un pasillo, en la mesa de un bedel que amablemente le cedía su silla. Literal. Yo estaba indignada con la situación. Mi consejo era que debía abandonar ese pasillo y la humillación que representaba, pero él se negaba argumentando que no lo iban a echar tan fácilmente. Quería que le vieran allí todas las mañanas. Por supuesto, lo que imaginamos que iba a ocurrir, ocurrió. Desmantelaron el departamento de Ferias y Exposiciones y crearon una empresa *ajena* al INI que, a partir de ese momento, se hizo cargo de montar las exposiciones. José Luis aguantó un año más o menos en la mesa del bedel y después pidió su traslado al Ministerio de Industria, del que era funcionario. Allí también le colocaron en un amplio pasillo. Afortunadamente mantenía su productora y estaba preparando nuevos proyectos, pero de todos modos era una situación muy triste. Aún me pregunto cómo pudo resistir el permanecer en los pasillos durante cinco años, hasta su jubilación, que solicitó anticipadamente.

* * *

Mientras tanto mi madre volvía a la carga con sus rocambolescas tribulaciones económicas. A pesar de todo lo que ya había ocurrido entre nosotras, y no todo ha sido consignado aquí, y de todo lo que salió de su boca sobre José Luis a raíz de la detención de *ese señor*, y que tuve que escuchar armándome de santa paciencia, mi madre y yo seguíamos manteniendo una relación más o menos normal. Ella tenía un apartamento que había comprado para alquilar y ahora quería venderlo. Como casi siempre que se veía en apuros, decidió recurrir a mí. Pretendía ahora que yo le comprara el apartamento a *muy buen precio*, un precio menor del que se suponía que tenía en el mercado y de las ofertas que ya le habían llovido. Me pareció bien. El piso era bonito y yo tenía dinero en ese momento. Lo compré, hice una pequeña remodelación y lo puse en alquiler. Un día en que estaba enseñando el apartamento a unos potenciales arrendatarios, me

encontré con la vecina del piso de abajo y, muy simpática, me comentó:

—Quise comprarle el piso a tu madre y le ofrecí cinco millones de pesetas, pero me dijo que no vendía, que te lo regalaba a ti.

Me quedé sin palabras, sonreí como pude y me despedí de aquella señora. Yo había pagado seis millones por el piso. Lo alquilé y no quise decir nada de esa conversación a mi madre. Tampoco a José Luis ni a mis hermanos. Ni siquiera me lo quise decir a mí misma.

Capítulo 16

Después del rodaje de *A la pálida luz de la luna* llegó el primer parón serio de mi carrera en diecinueve años. También mi vida personal, sentimental, se iba a parar. Al principio de todo, los primeros dos o tres meses, no me alarmé. Cuando pasó un año entero en blanco, sin ofertas laborales, empecé a asustarme seriamente. Afortunadamente tenía mis anuncios de Ariel, que me ocupaban algo de tiempo y me hacían ganar dinero, pero… ¿qué estaba pasando? No estaba acostumbrada a que el teléfono permaneciese mudo y no estaba preparada para afrontar ese silencio inesperado. En TVE ya no se hacían los espacios llamados *dramáticos* grabados en vídeo, y los pocos programas de ficción que quedaban no contaban conmigo porque teóricamente ya era una *estrella de cine*. Curiosamente, José Luis Dibildos y Pepe Frade, los dos productores que me habían dado mis últimos trabajos, dejaron de producir cine, enfrentados por distintos motivos con la política que estaba llevando Pilar en el ICAA. Y con Garci se mantenía la distancia a la que ya he aludido. Algún amigo me sugería que tal vez el enorme impacto que tuvieron mis personajes en *Asignatura pendiente* y *Solos en la madrugada* había provocado una excesiva identificación de mi imagen con el cine de Garci y que eso me había perjudicado a la larga. Pero yo también había hecho *La colmena*, *Cristóbal Colón* y todos los clásicos y contemporáneos habidos y por haber en mis años en TVE. Sea por una razón o por otra, o por todas ellas, el caso es que yo, que me jactaba de ser una actriz todoterreno que lo mismo hacía cine que teatro o televisión y que de hecho había trabajado con tantos directores de uno y otro medio sin un solo conflicto digno de tal nombre, estaba en paro.

José Luis tampoco estaba pasando por buenos momentos y ambas cosas influyeron en nuestra relación. Tuvimos nuestra primera crisis de pareja. Yo le reprochaba que no hubiera sido más comunicativo conmigo, que no me hubiera informado de los problemas por los que había estado pasando en su trabajo y que habían desembocado en la horrible situación que habíamos atravesado a finales del año anterior. Le echaba en cara que me hubiera marginado de sus preocupaciones, y creo que él, en su subconsciente, no se perdonaba que yo hubiera tenido que ayudarle en ese momento tan duro de su vida. Según su forma de ver las cosas, él era responsable de mí, de mi felicidad, del bienestar de nuestra familia, y el hecho de tener que dejar que le ayudara le creó sufrimiento, inquietud, mala conciencia. Creo que fue un duro golpe para su autoestima: yo me había convertido en incómodo testigo de su debilidad.

Por primera vez en nuestra vida en común éramos infelices. Daniel, ajeno a todo esto, seguía estudiando fuera de España con buen aprovechamiento. Cuando le enviamos a Suiza su padre le había advertido que no debía olvidar nunca que él era *el pobre del colegio*, que tenía que aprovechar cada minuto porque sus padres estaban haciendo un enorme esfuerzo económico. Él debió entender bien el mensaje porque aprobaba siempre sus cursos a la primera y con buenas calificaciones. Eso, al menos, estaba en orden.

* * *

Se empezó a gestar la Academia de las Artes y Ciencias Cinematográficas de España. Alfredo Matas, productor entre otras de las películas de Berlanga, distribuidor y exhibidor, fue el artífice junto a Tedy Villalba, antiguo director de producción de las películas de Bronston en España y jefe de producción de TVE posteriormente. En las primeras reuniones habían participado otras personas y entre ellas estaba Sinde. Me apunté. Fui la número ocho en hacerlo, eso decía mi carné. A Sinde los compañeros le eligieron presidente y organizó una junta directiva en la que entré en calidad de tesorera. A decir verdad, no tenía nada mejor que hacer y el proyecto era atractivo y esperanzador. Por eso acepté la oferta de Sinde, aunque los *tesoros* que se suponía que yo tendría que administrar eran bien escasos.

Alquilamos una pequeña oficina y nos pasábamos el día de un despacho a otro y recorriendo bancos en busca de patrocinadores y recursos económicos. Poco a poco se fueron incorporando al proyecto grandes profesionales y la Academia fue creciendo y dándose a conocer. Cuando pienso en lo que ha llegado a ser ahora me sorprendo de aquellos modestos e inciertos comienzos y de la cantidad de reticencias entre nuestros compañeros que tuvimos que vencer. Ahora, la sede de la Academia es un enorme y magnífico palacete en la calle Zurbano de Madrid, muy bien rehabilitado y acondicionado a las necesidades de la institución, con una espléndida sala de proyección, que fue cedido por el gobierno de José María Aznar.

El 16 de marzo de 1987 se celebró la primera gala de entrega de los premios Goya a la producción del año anterior. Los Goya fueron recibidos con escepticismo —«un invento sin futuro», como también se había dicho en los comienzos del cinematógrafo—, empezando por la propia estatuilla, *el muñeco o el cabezón*, como llamaron a la escultura que había diseñado Berrocal. Efectivamente, era un cabezón de Goya que pesaba siete kilos y que no había quien lo izara con garbo al recogerlo, y con un complicado móvil que salía de su interior y que representaba una bobina de película. También se discutió hasta el aburrimiento el sistema de votación y aún se sigue haciendo hoy, y en

definitiva, cualquier otra idea que se cruzara en la mente de los académicos de aquella primera hora. Naturalmente, el público y la prensa también opinaban, incluidos lo que nunca van a ver una película española. Batallamos mucho por conseguir que los Reyes estuvieran presentes en aquella primera entrega de los premios de la Academia, pero al final lo conseguimos.

El acto se celebró con toda solemnidad en el cine Lope de Vega de Madrid y la Gran Vía fue cortada al tráfico para la llegada de las personalidades y los compañeros de la profesión. Y allí estuvieron los Reyes presidiendo el acto y saludando a los miembros de la junta directiva y a los nominados en el escenario. Creo que Sus Majestades se aburrieron bastante porque fue una ceremonia larga y muy *oficial*, que se completó con la proyección de *La aldea maldita*, la película muda de Florián Rey, que no creo que estuviera entre las preferencias cinematográficas de los Reyes. Pero, en todo caso, habíamos conseguido movilizar a la prensa y al público, que era de lo que se trataba: hacer publicidad de las películas españolas. La Dirección General de Cine se implicó bastante en la organización de aquel evento, como ya lo había hecho meses antes concediendo a la Academia una importante subvención para que echara a andar. Fernando Méndez-Leite, que había sucedido a Pilar Miró a comienzos del 86, era el director general del ICAA entonces y colaboró con entusiasmo desde el primer momento.

Casi todos los premios se los llevó —con justicia— *El viaje a ninguna parte* de Fernando Fernán Gómez, quien, sin embargo, no había acudido a la ceremonia. Su ausencia, que no sé si fue por desacuerdo con la idea de la Academia o porque los premios en general no le hacían gracia, deslució la entrega. Había hecho una película maravillosa y encima sus protagonistas eran *cómicos*. ¡Qué más podíamos pedir! También premiamos a Amparo Rivelles por *Hay que deshacer la casa* y a Miguel Rellán por *Tata mía*. Al final del acto, como he dicho, todos posamos con los Reyes. Quizás por temor a ser obsequiados con una nueva restauración de *La aldea maldita*, nunca más han vuelto a presidir una entrega de premios de la Academia, aunque el príncipe Felipe sí lo ha hecho en alguna ocasión.

Han pasado muchos años desde entonces —exactamente veintiséis — y tanto la Academia como las ceremonias de entrega de los Goya y hasta la propia estatuilla, que ha perdido peso y prescindido de su mecanismo interior, han cambiado mucho. En algunas cosas a mejor y en otras a peor, pero supongo que siempre tenemos la misma sensación cuando echamos la vista atrás. También nosotros mejoramos y empeoramos a un mismo tiempo. La Academia ha tenido ya muchos

presidentes y algunos, como Fernando Rey, José Luis Borau o el actual, Enrique González Macho, lo han hecho muy bien. Otros han cumplido sin más y otros han sido *floreros* en manos de la junta directiva de turno. A día de hoy, yo no pertenezco a la Academia. Me borré cuando dejó la presidencia Ángeles González-Sinde. No quise hacerlo durante su mandato, cuando ya tenía clara mi decisión, por cariño hacia ella y en recuerdo de su padre. Hacía tiempo que no estaba de acuerdo con algunas de las decisiones que se tomaban y me pareció lo más apropiado dejar de pertenecer a una asociación con la que ya no me identificaba en muchos aspectos. Pero, aun así, sigo pensando en la gran utilidad que ha tenido y tiene para promocionar nuestro cine aquella vieja iniciativa de Alfredo Matas.

* * *

Al fin el teléfono sonó. Me ofrecieron una película que iba a dirigir Ricardo Palacios. Era una comedia loca cuya acción se situaba en la Guerra Civil española. El reparto era extenso y bastante brillante (Alfredo Landa, Oscar Ladoire, Pepe Sancho, Miguel Ayones, Manolo Alexandre, Ferrandis, Mario Pardo, Florinda Chico) y el guion me pareció muy divertido. Se llamaba *¡Biba la banda!*, así con *bes*. No recuerdo un rodaje más catastrófico en toda mi carrera. La filmación iba a comenzar en octubre, en exteriores. Todo se iba a rodar en exteriores. Estaban previstas cinco semanas de rodaje, pero tardamos diez en acabar. El primer desastre ocurrió ya el día anterior a empezar. Todo el equipo se había desplazado a Cullera, la primera localización prevista. La acción transcurría en el campo, en los escenarios naturales de los arrozales —o sea, como *Arroz amargo* de Silvana Mangano—, y allí estábamos todos listos para empezar al día siguiente. Pero… el vestuario no llegó. La producción había decidido que, para ahorrar en transporte, en vez de contratar el habitual camión de vestuario, la ropa viajaría estupendamente en tren desde Madrid. El *ahorro* se convirtió en una jornada de trabajo perdida, que todos cobramos, claro, aunque la dedicáramos —no por nuestra voluntad— a pasear por la playa tan contentos. Cuando al fin los trajes estuvieron en nuestras manos y pudimos disfrazarnos de campesinos y soldados de la Guerra Civil, empezamos a trabajar. Al tercer día de rodaje algunos compañeros fuimos a cenar a un restaurante algo alejado del hotel. Estábamos Landa, el director de producción y su mujer, Domingo Solano, que era el director de fotografía, y yo. De pronto alguien dijo:

—¿Habéis visto cómo llueve?

Todos miramos hacia la ventana. Estaba literalmente diluviando. Decidimos volver lo antes posible al hotel, que estaba en la parte alta

del pueblo, por lo que para llegar teníamos que atravesar en coche varias rieras. No lo conseguimos. El agua llegó en segundos hasta las ventanillas y tuvimos que salir del coche como pudimos para refugiarnos en los balcones del primer piso de una casa. Alfredo, que había dejado de fumar hacía dos meses y que aún estaba con el *mono* y muy nervioso, juraba en arameo, maldecía el momento en que se le había ocurrido aceptar aquel trabajo y, como consecuencia, nos ponía de los nervios a los demás que sí fumábamos, pero que no por ello dejábamos de estar muertos de miedo. Nos rescataron los bomberos dos horas después. Había llegado *la gota fría* y había llegado para quedarse.

Mi cumpleaños era al día siguiente y Tafur vino para celebrarlo conmigo. Fue algo extraño, tuve la sensación de que había venido sin muchas ganas, como para cumplir, pero que no estaba conmigo. Nos conocíamos muy bien, llevábamos juntos diecisiete años. Una semana más tarde, sin haber rodado un plano más, el equipo volvió a Madrid mientras la producción decidía hacia dónde encaminar nuestros pasos. Los arrozales habían quedado anegados y allí no se podía volver a rodar. En esos días en casa intenté hablar con José Luis de lo que nos estaba pasando, de su frialdad hacia mí y de su *ausencia* aunque estuviera presente. No fue fácil. De hecho toda mi vida le reproché lo poco dado que era a exteriorizar sentimientos o emociones. Al fin me dijo:

—Tienes por delante un largo rodaje. Vete tranquila y cuando vuelvas hablaremos.

No interpreté bien esas palabras. No creí que pudieran tener la trascendencia que al final adquirieron. Pero en todo caso, no me fui tranquila.

Tras un parón de otra semana, decidieron que nos trasladaríamos a Matalascañas, en la provincia de Huelva, y allá nos fuimos. El tiempo era delicioso y la productora había cerrado un hotel muy agradable que miraba al mar, solo para nosotros. Parecía que ahora las cosas podían funcionar correctamente, pero el director, que por otra parte era un encanto, no tenía ni idea de cómo planificar y rodar. Mientras él tomaba con dificultad sus decisiones, todos nos mirábamos atónitos y nos preguntábamos cómo iban a pegar los planos. Alfredo, que seguía muy nervioso por lo del tabaco, se fue poniendo cada vez más tenso al ver cómo estaba dirigiendo la película Ricardo, y nos contagió su inquietud a todos de tal modo que aquello empezó a ser un desastre. Dirigir una película es muy difícil y los actores lo sabemos bien, pero a veces nuestra mayor experiencia y continuidad en los rodajes nos fuerza a comprender casi al primer golpe de vista cuándo

un director sabe lo que quiere y cuándo no sabe lo que tiene entre manos, lo que provoca una sensación incómoda que no siempre se puede controlar. Como siempre he hecho en mi trabajo, en *¡Biba la banda!* yo intentaba pasarlo bien. Me reía mucho en mis escenas con Manuel Alexandre y con los disparates del guion ya puesto en pie. Además pensaba: «No se va a poder pegar ni, por lo tanto, estrenar; así que diviértete y no te cabrees». Los rodajes en exteriores siempre me han gustado porque uno se incorpora mucho mejor al trabajo. Al fin y al cabo, en exteriores solo vives para el rodaje, no hay nada que te distraiga y siempre hay alguien agradable con quien poder compartir una comida o una charla, sin tener que fregar los cacharros después de una agotadora jornada de rodaje, como pasa cuando trabajas en Madrid. Así es que, como no quería pensar mucho en mi situación personal, decidí disfrutar del momento. Nos equivocamos todos. Los planos pegaron y además la película también *pegó* con el público y se convirtió en una de las más taquilleras del año de su estreno. Realmente… el cine es magia.

Al volver a Madrid tenía una nueva oferta de trabajo. Mi amigo Sancho Gracia producía una miniserie para TVE en la que naturalmente era también protagonista, entre otras razones porque el personaje le venía como anillo al dedo. Se llamaba *Gallego* y estaba basada en una novela del escritor cubano Miguel Barnet. Me ofrecía un personaje no muy largo pero bonito y creo que ya he dicho que trabajar con él siempre me resultaba gratificante. Como productor, Sancho también era muy bueno, y además muy generoso. La película, que era una coproducción con Cuba, la dirigió un prestigioso director de allí, Manuel Octavio Gómez, que había adaptado la novela con Mario Camus, y en el reparto estaban Paco Rabal, Manuel Galiana, Ferrandis, Álvaro de Luna y Jorge Sanz. Parte del rodaje había que hacerlo en Cuba, pero mi personaje no tenía secuencias allí. Yo interpretaba a la dueña de una pensión en Madrid durante la Guerra Civil, en donde se alojaba el protagonista en ese momento. Nos enamorábamos y nos íbamos a casar, pero la vida —ya se sabe— cambia a menudo los planes de las personas. A mí me daba rabia no tener que desplazarme a Cuba. Nunca había estado en la isla y me hacía ilusión conocerla. Sancho, en broma, me decía:

—Ya se nos ocurrirá algo para que *Josefa*, mi personaje en *Gallego*, tenga que estar en La Habana.

Eso era completamente imposible dado el desarrollo de la trama de aquella historia, y, sin embargo, pasó algo que cambió los planes, aunque no fue una brillante ocurrencia de Sancho, sino el azar, que a veces se alía con nuestros deseos. Una secuencia, que se desarrollaba

en el patio de butacas de un cine mientras mi *gallego* y yo veíamos una película, se estropeó en el laboratorio y había que repetirla; pero, como el equipo ya se había trasladado a Cuba, decidieron que lo más práctico y barato era que viajara yo allí para la repetición. Y gracias a ese incidente técnico pasé toda una semana en La Habana para rodar una escena que no pasaba de los dos minutos. ¡Realmente, Sancho era un amigo!

Como no tenía mucho que hacer en La Habana, hice turismo la mayor parte del tiempo y para ello la producción, o sea Sancho, me puso un coche y un *guía* que me lo enseñase todo bien. El guía era encantador, me recogía por las mañanas y me paseaba por toda la ciudad. Recuerdo que durante un recorrido por un hermoso barrio de enormes chalés y palacetes, me contó que en tiempos de Batista allí vivían los pudientes.

—¿Y ahora? —pregunté yo.

—Los pudientes también —dijo—. Solo que ahora son otros.

Los interiores de aquellas casas que me mostraron estaban cuidados con esmero a pesar de la escasez de mobiliario. Solían alojar allí a los invitados vip del régimen de Castro. Las llamaban *casas de protocolo*. La Habana me causó impresiones muy diversas y me produjo emociones encontradas. Debió de haber sido una ciudad bellísima, pero tal como estaba entonces, casi treinta años después de la revolución castrista, parecía que acabara de sufrir un bombardeo devastador. No se había cuidado su mantenimiento, quizás por la escasez de materiales, y, a diferencia del *barrio de los pudientes*, la mayoría de las casas presentaban un aspecto lamentable. La gente era amable y sonriente, pero a mí los cubanos me parecieron como niños tutelados a punto de ser pillados en falta. Realmente, no sé cómo serían las cosas en tiempos de la dictadura de Batista, supongo que un horror, pero lo que yo vi tampoco alentaba las menores esperanzas de un buen futuro. Y, desgraciadamente, así ha sido.

Viví allí un episodio que a simple vista no tiene demasiada importancia, pero que me llenó de vergüenza y ternura a la vez. Hacía mucho calor y mi guía y yo decidimos tomar algo fresco en una terraza. Me dijo que quería invitarme y que, por favor, no hablara nada hasta que él hubiera pedido las bebidas porque, si se enteraban de que yo era extranjera, tendríamos que pagar en dólares. No le entendí bien y seguí charlando como si nada. La consecuencia no se hizo esperar: el camarero no le permitió pagar a él, no aceptó moneda cubana y exigió dólares estadounidenses. Fue humillante para él, poca cosa, pero que nos hizo sentirnos fatal a los dos. Por cierto que la producción me dio el dinero de las dietas en pesos que luego yo no

podía usar en ningún sitio. Como solo podían pagar en pesos los nativos, antes de irme regalé los míos a los miembros cubanos del equipo.

Mi viaje de vuelta a España lo hice en Cubana de Aviación. Eran unos aviones Tupolev de fabricación rusa y Sancho se había ocupado de que me hicieran viajar como pasajero vip. Eso se tradujo en que yo sola ocupé todos los asientos de lo que en cualquier compañía se llama *business class* y en que durante el trayecto me ofrecieron delicados y abundantes manjares, mientras los doscientos pasajeros que volaban conmigo tras las cortinillas se arracimaban, con sus tarteras en las rodillas, en la parte posterior del avión. Una cosa es la igualdad social y otra que ya se sabe que en todas partes hay pobres y *pudientes*.

* * *

Al llegar a España me encontré con la sorpresa de que, varios meses y dos rodajes después, José Luis quería al fin enfrentarse a la realidad. Y la realidad era simple y vulgar. Algo no estaba funcionando entre nosotros y, a consecuencia de ello —según argumentó—, él había tenido «una pequeña relación» y, tal como estaban las cosas, había decidido que lo más aconsejable era irse de casa, quizás por un tiempo. En fin, que estaba organizando su salida controlada.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? Me vine abajo: lo que habíamos construido durante tanto tiempo se derrumbaba y yo ni siquiera me había enterado. ¿Quién? ¿Quién era ella? ¡¡¡Quién es ella!!! No hubo respuesta. Monté mil números estúpidos, me desesperé y lloré sin descanso. Volvía a ser la niña lela de la que creía haberme desprendido hacía años. De pronto volvía a querer ser otra, volvía a odiar mi vida. Decidimos de común acuerdo que de momento no diríamos nada a Daniel. Él seguía en su colegio en Suiza y estaba feliz. En unos cuantos días yo tenía que viajar a Buenos Aires para participar en una semana de cine español que se iba a celebrar allí, así que Tafur me dijo que aprovecharía para irse mientras yo estaba fuera de casa, que no pensaba llevarse nada porque no quería *dejar huecos*… y que teníamos que darnos un tiempo, que quizás su marcha fuera provisional.

La convivencia durante los días anteriores a mi viaje fue una tortura. Un domingo, poco antes de salir para Buenos Aires, fui con un amigo dispuesto a consolarme —y seguro que a algo más— a comer a Cuenca. Hacía tiempo que quería visitar esa ciudad y se lo había pedido a Tafur repetidas veces, pero él siempre contestaba que no se le había perdido nada allí. Estábamos mi amigo y yo paseando por la ciudad cuando, a la salida de un hermoso puente, vi unas figuras familiares. Eran mi marido y una íntima amiga mía, recién separada

de otro íntimo amigo nuestro. No había escapatoria posible: la calle era estrecha y ninguno de nosotros podía fingir no haber visto a los otros. Lo único que podía salvarnos es que milagrosamente se abriera una grieta en el suelo y nos tragara la tierra. Pero, claro, eso no sucedió. Unos y otros seguimos adelante hasta quedar frente a frente. José Luis y yo nos miramos incrédulos. «¡Hola!», dijimos al unísono como dos imbéciles. Los acompañantes (figurantes de lujo) quedaron de repente en segundo plano, mudos, sin texto. No se me ocurrió nada mejor que decir que:

—¡Vaya!... ¿No me decías que no te apetecía venir a Cuenca?

—Sí… ya ves, ya ves… las cosas… Bueno, adiós.

—Adiós.

Y, tras ese breve diálogo de guionista sin inspiración, seguimos nuestro camino. Cada uno por su lado, con nuestras respectivas parejas. Dos minutos después tuve que sentarme en una piedra e intentar respirar. Me había quedado sin aliento. El corazón iba a mil por hora y las piernas no me sostenían en pie. Mi acompañante debió de comprender que la situación no daba para más y me devolvió a mi casa, en donde esperé el regreso de Tafur haciendo las maletas para mi viaje y maldiciendo a mi *amiga*. Cuando José Luis llegó no hubo palabras entre nosotros, solo un largo silencio denso y helado. Al día siguiente mi *amiga* me llamó por teléfono. Dijo que lo sentía y que si no me había dicho nada antes era porque estaba dando tiempo a Tafur a que decidiera separarse de mí y así poder preparar el divorcio para casarse con él. Colgué el teléfono.

Dos horas más tarde, José Luis —galantemente— me llevó al aeropuerto de Barajas y emprendí vuelo a Buenos Aires en compañía de un grupo de profesionales del cine español, entre los que se encontraba nuestro amigo, el exmarido de mi *amiga*, que se había convertido en muy, muy *amiga* de Tafur. Fue un inolvidable vuelo de doce horas. Lo que me ocurrió de puertas afuera en Argentina ya lo he contado en otro momento de este relato y, afortunadamente, fue muy agradable. Por dentro estaba destrozada, no quería volver a Madrid, no quería llegar a mi casa, donde ya solo me esperaría mi perro.

* * *

Afortunadamente, poco tiempo después me ofrecieron un bonito personaje. José Luis P. Tristán, un muy buen ayudante de dirección que trabajaba habitualmente en la productora de Pedro Masó, iba a rodar su ópera prima como director, *Caminos de tiza*, sobre un guion de Eduardo Mallorquí. Él mismo producía la película y había conseguido reunir un reparto inmejorable: María Fernanda D'Ocón, Jesús Puente, Mercedes Sampietro, Lydia Bosch y una servidora.

Aunque la trama principal la llevaban María Fernanda y Jesús, que interpretaban a una monja enferma de cáncer y a su hermano homosexual, que viajan juntos a la búsqueda de tres antiguas alumnas de ella, los otros papeles eran igualmente protagónicos. El *cast* se completaba con Aurora Redondo, Marisa de Leza y Valeriano Andrés. No se podía pedir más. No lo dudé un segundo. Necesitaba desesperadamente trabajar, moverme, no pensar… El resultado fue una de esas películas *malditas* que con frecuencia se dan en el cine. Y de hecho, así la calificó la revista *Fotogramas* en una reseña que figuraba entre otras de películas de la década de los ochenta. En cualquier caso, para mí fue una bendición. Mi personaje era una alcohólica que ha perdido un hijo y, dado mi estado de ánimo en aquel momento, la historia de esta mujer me resultó muy terapéutica. Volqué en ella toda mi desesperación real y así me pude ahorrar el psiquiatra. Como si fuera una actriz del método Stanislavski.

Por esa época José Luis Cuerda me ofreció el personaje de la mujer que brota del bancal en *Amanece que no es poco*, pero no acabé de verlo claro y lo rechacé. El personaje lo hizo después muy bien Pastora Vega. ¡Quién me iba a decir a mí —y quién se lo iba a decir también a Cuerda tras la tibia acogida que tuvo en su estreno— que con los años *Amanece que no es poco* se iba a convertir en película de culto de las nuevas generaciones de cinéfilos!

* * *

Se acababa 1987 y esas Navidades las pasamos juntos, con nuestro hijo, como si nada hubiera ocurrido. Cuando Daniel se reincorporó al colegio me sentí muy mal. Tuve una verdadera crisis. En un arranque de egoísmo incontrolado me planteé si debía traerlo de vuelta a España. Me sentía sola. Sin embargo no hice nada. Él tenía ya un camino por delante y no tenía derecho a torcerle la vida. Tenía catorce años y no podía cargarle con mis soledades. Los amigos no daban crédito a lo que había pasado. Me arroparon con mimo y, aunque muy a regañadientes y sintiéndome como vaca sin cencerro, decidí sobrevivir a mi nueva vida. Mi madre, encantada, decía a quien quisiera oírla que «mucho ha tardado mi hija en dejarle». ¿Para qué iba a sacarla de su error? Que pensase lo que quisiese.

Los actores pensamos muy a menudo que el trabajo que estamos haciendo puede ser el último, que nunca más volverá a sonar el teléfono para contratarnos. Después del rodaje de *Caminos de tiza*, yo lo pensé muy en serio. Revisando ahora mi filmografía, caigo en la cuenta de que esta sensación relacionada con el supuesto declive de mi carrera profesional debió de estar muy condicionada por mi estado de abatimiento general, porque entre 1985 y 1987 había hecho

trabajos importantes en cuatro películas. Tal vez poco para mí, que me había formado como actriz en las grabaciones de los dramáticos de TVE sin prácticamente un minuto libre a lo largo de diez años. Ya se habían producido dos parones en mi carrera y ahora, sin marido y sin trabajo, yo lo estaba pasando fatal. Así que opté por reciclarme convenientemente y jugué una vez más a ser otra. Junto con mi íntima amiga Luz monté un negocio, una tienda de ropa. Pensé que eso me mantendría ocupada mientras esperaba a que el teléfono volviese a sonar, si es que lo hacía, y a que Tafur volviese a casa, si es que volvía.

Tuvimos éxito en el negocio y descubrí que se me daba muy bien vender y llevar las cuentas. Ya he comentado que debo de tener antecedentes judíos, tanto por parte de padre como de madre. Y hablando de madre, por la apertura de la tienda la mía puso el grito en el cielo:

—¡Con todo lo que yo he luchado para que tú llegaras a ser algo en esta vida, ahora que al fin te has librado de *ese señor*, ahora que al fin has hecho algo sensato… te conviertes en una vulgar dependienta!

Estaba visto que mi madre había bebido en las fuentes de los más ilustres melodramas y que, a estas alturas de su vida y de la mía, se había convertido en una buena escritora de diálogos en ese respetado género.

Durante 1988 me dediqué con ahínco a mi nueva tarea de *dependienta* en la tienda, al tiempo que dejaba pasar los meses a la espera de que José Luis diera algún paso. No habíamos dejado de vernos —no lo hemos hecho nunca—, comíamos con frecuencia e incluso viajábamos juntos para ver a Daniel. Mientras, yo aproveché mi *soltería* y tuve un *pequeño* romance. Un día Tafur dijo que se iba de viaje. Intenté saber a dónde, pero no obtuve respuesta. Y por una vez, decidí ser mala chica. No sé por qué, pero intuí que se había ido en avión y acompañado —como así fue—, de modo que una mañana me fui al aparcamiento del aeropuerto de Barajas a tratar de encontrar su coche. Y allí estaba. Lo localicé sin mayor esfuerzo, como si me estuviera esperando. Y me decidí a hacerlo. Había llegado el *dies irae* y Tafur se iba a enterar de lo que podía hacer una actriz tan buena como yo en el papel de mala bajo el manto protector de Bette Davis.

Saqué del bolso el cuchillo de cocina con el que me había armado premeditadamente antes de salir de casa y una por una fui pinchando sin miramientos tres de las cuatro ruedas del coche de José Luis. ¿Y por qué tres? Supongo que porque en el fondo soy buena chica. Luego, guardé de nuevo el cuchillo en el bolso y tranquilamente salí del aparcamiento pensando: «Ahora lo estáis pasando bomba, pero a la

vuelta vais a tener un pequeño problema».

La venganza, en pequeñas dosis y sin excesos, relaja mucho. Imagino que siempre supo que yo había sido la autora del estropicio, pero no hizo el menor comentario al respecto y, poco tiempo después del *sangriento* episodio del aeropuerto, quizás un par de meses más tarde, me dijo que teníamos que *intentarlo* otra vez, que me necesitaba y que me quería. Y yo estuve de acuerdo en todo. Quiero pensar que no fue el miedo a quedarse sin ruedas otra vez o a encontrarse el coche desguazado en cualquier esquina lo que le movió a tomar la decisión de volver a casa. Nuestra vida bajo el mismo techo empezó de nuevo. No dijo *juntos* porque en realidad no habíamos estado separados. En *Balance provisional*, libro de poemas editado en 2001 cuyo autor es José Luis Tafur, después del título del capítulo «En la amorosa distancia», él añadió una cita de Quevedo que dice: «Puedo estar apartado, mas no ausente». Pues eso.

Mis anuncios de Ariel no habían sido los únicos. No recuerdo bien si antes o después, AEG me reclamó también para que anunciara su producto: «Las mujeres no hemos venido a este mundo para lavar calzoncillos. Para eso están las máquinas». Ese precioso texto era lo que decía yo mirando fijamente a cámara en plano corto. Fue solo una campaña, que compartía con la actriz argentina Marilina Ros, que había hecho una breve pero brillante carrera en España en los setenta, y que decía exactamente lo mismo que yo, solo que cambiando los calzoncillos por platos. Francamente, a mí me resultaba más divertido lo de los calzoncillos, pero ya se sabe que los actores nos contamos las cosas como mejor conviene a nuestro ego. Se suponía que Marilina y yo éramos dos mujeres modernas y liberadas de toda atadura, hasta la de hacer las tareas del hogar, y que por esa razón nos contrataron para transmitir al público un mensaje tan progresista. Pero…

¿Era yo el prototipo de una nueva mujer libre, liberada? Por lo visto, esa era mi imagen pública, y, sin embargo, yo me sentía muy alejada de ese cliché. Es cierto que trabajaba, que me ganaba la vida y que incluso había tenido un hijo antes de casarme, pero creo que todo eso había sido posible porque no estaba sola, porque la seguridad emocional que me daba José Luis hacía que me sintiera protegida y a salvo. Ese era mi escudo para poder ser una mujer valiente. Por tanto, yo *sabía* que mi liberación había llegado de su mano, gracias a él. Y quizás por eso, siempre tuve miedo a perderle. En esto, como en tantas otras cosas, yo tampoco era lo que parecía.

Luis Alcoriza, con quien ya había rodado en 1980 *Tac, tac*, volvió a Madrid con un nuevo proyecto y me reclamó otra vez. Se trataba de la adaptación de la novela de Miguel Delibes *La sombra del ciprés es*

alargada. Naturalmente, acepté su propuesta. Estaba encantada de retomar mi *yo* de actriz. Era una coproducción de la productora Rosa García con México y el guion lo había escrito el propio Alcoriza. Fue un rodaje agradable por los compañeros y por Luis, pero pasamos un frío terrible. Era pleno invierno y los exteriores y los interiores naturales se localizaron en Ávila. Desgraciadamente el resultado no fue todo lo bueno que esperábamos. La película adolecía de los mismos defectos que yo ya veía en la novela: una muy buena primera parte —la infancia del niño protagonista— y, tras una larga elipsis, una segunda parte en su edad adulta que no funcionaba en absoluto. Mi marido en la ficción era mi querido amigo y extraordinario actor Emilio Gutiérrez Caba.

* * *

Y me cayeron los cuarenta años. La verdad es que no sentí nada especial. No hubo crisis. Cuando las cosas son irremediables, nada se puede hacer. Yo he luchado siempre contra viento y marea por aquello que deseaba y creía poder conseguir. Suelo ser tenaz, pero cuando no hay remedio posible, ¿para qué molestarse? Nunca he envidiado la belleza, la juventud, el dinero o el talento de los demás. He trabajado por mejorar mi vida y a mí misma dentro del límite de mis posibilidades, y mis retos siempre han sido contra mis defectos, no contra las virtudes o posesiones de los demás. Hay cosas que aborrezco en mi carácter y en mi físico y he peleado por cambiarlas, pero solo cuando he creído posible hacerlo con éxito, aunque con los años que ahora tengo también he descubierto que las personas no sabemos bien hasta dónde somos capaces de llegar mientras la vida no nos obliga a ello. Somos nosotros mismos los que nos ponemos límites que a veces la vida nos fuerza a traspasar.

Superada con éxito la barrera de los cuarenta, seguí mi vida y mi carrera como si nada hubiera ocurrido. El espejo me seguía devolviendo una imagen bastante aceptable de mí misma; José Luis y yo cumplimos veinte años juntos y nuestro hijo tenía ya dieciséis y seguía portándose bien en todos los aspectos. Yo mantenía el tipo (literal) poniéndome a régimen antes de empezar cada rodaje, engordando durante el tiempo que rodábamos y retomando la dieta al acabar el rodaje. Mi madre seguía en guerra conmigo, como siempre. En fin, todo seguía igual. El mundo no se había acabado al alcanzar los cuarenta.

En esa época ocurrió uno de los episodios más chuscos de mi vida. Tafur iba a producir para TVE *Los jinetes del alba*, una serie sobre la novela de Jesús Fernández Santos, y había contratado para dirigirla a Vicente Aranda, que había tenido mucho éxito en los ochenta con

películas excelentes, como *Fanny Pelopaja* y *El Lute*. No sé si he contado en algún momento que, desde que dejó de ser realizador y empezó a producir, José Luis nunca me había propuesto para que trabajara en sus producciones. Pues así es. De hecho, cuando lo hice fue a pesar suyo. Con esto no quiero decir que a él no le gustara que trabajara para su productora, sino solo que le daba mucho pudor *colocar* a su mujer, aunque su mujer fuera a veces la más indicada para el trabajo en cuestión. El caso es que durante la preparación de aquella serie un día me dijo que teníamos que invitar una noche a cenar a Vicente Aranda y a su mujer, Teresa Font, que, por cierto, iba a ser la montadora de la película. Yo nunca había trabajado con Vicente y apenas le conocía. Pensé que Tafur pretendía conocerle mejor y afianzar la relación con el director en cuyas manos había puesto su más ambicioso proyecto como productor. De modo que, siguiendo su sugerencia, yo organicé una cena para los Aranda y los recibí en mi casa con todo afecto. Después de una agradable velada, nuestros invitados se despidieron. En ese momento, ya saliendo por la puerta, Vicente me dijo:

—Mañana o pasado te llamo para charlar, me gustaría que hicieras un papel en la serie.

Sonreí y, algo sorprendida, debí contestarle algo así como *estupendo*. Como es natural, tratándose de una producción de mi marido, hacía tiempo que yo había leído el guion, que era bastante bueno. Aranda lo había escrito con el propio autor de la novela y con Joaquín Jordá y, ciertamente, había en él un personaje que yo podía interpretar perfectamente, pero como Tafur en ningún momento me había planteado el tema, yo ni siquiera había pensado en la posibilidad de hacerlo. En cuanto Vicente y Teresa se marcharon, le pregunté a José Luis qué había de verdad en las palabras del director. Me contestó que, efectivamente, el propio Aranda le había dicho que quería verme porque, aunque no estaba totalmente seguro, pensaba que yo podía hacer un papel. Como casi siempre, Tafur había sido hermético y no me había adelantado ni una palabra de esa conversación que, evidentemente, me afectaba. O sea, que la cena era una excusa para que Vicente me conociera. Hasta aquí, todo más o menos normal.

Lo chusco viene ahora. Vicente no me llamó. Ni al día siguiente ni ningún otro día, de manera que no trabajé en *Los jinetes del alba*, que sería una de las mejores producciones para TVE en la década de los noventa. Naturalmente intenté descubrir el porqué, pero no obtuve respuesta, solo un leve encogimiento de hombros de Tafur y un ya sabes cómo son los artistas.

* * *

Miguel Hermoso, que había sido mi director durante las campañas de Ariel y había afianzado su carrera con el gran éxito de *Truhanes*, iba a dirigir una serie para TVE que en principio produciría y protagonizaría mi también amigo Sancho Gracia. Su título era *Tango*. Eran trece capítulos de una hora —ese era el formato para las series que se había puesto de moda—, se rodaba en cine y con un buen presupuesto. El guion era muy bueno y el reparto también. Me ofrecieron ser la protagonista femenina y casi lloré de alegría. Iba a trabajar con dos de mis mejores amigos, que, a su vez, eran amigos entre sí y dos grandes profesionales en la cima de sus respectivas carreras. Además mi personaje era *de dulce*, y el rodaje iba a durar casi seis meses. En fin, un regalo de la vida para celebrar mis primeros cuarenta años.

Ya se habían negociado las condiciones de mi contrato para rodar *Tango* y me estaban probando el vestuario cuando me llamó Miguel para decirme que finalmente Sancho no iba a producir la serie y que el productor sería él mismo. Sancho seguiría siendo el protagonista, pero sin responsabilidad alguna en la producción. Debido a esas novedades que, sinceramente, no recuerdo por qué se produjeron, había que ajustar mi caché, ya que él tenía que compensar a Sancho por su salida de la producción. Ese *ajuste* de mi salario era notable y, la verdad, me disgustó. Me parecía injusto que fuera yo, al fin y al cabo una actriz de la película, por muy amiga que fuera de ellos, quien pagara las desavenencias entre los dos. A pesar de ello acepté porque seguía siendo un proyecto precioso. En ese momento no valoré las consecuencias que podían traer esas desavenencias entre mis dos amigos, que, además de productores en conflicto, iban a ser nada menos que el director y el protagonista de la serie. Pero desgraciadamente las consecuencias no tardaron en hacer su aparición. Debo aclarar que *Tango* se producía dentro de la modalidad de *producciones asociadas*, lo que ni más ni menos quería decir que TVE financiaba la serie y el productor independiente —*de la calle*, se decía— gestionaba y administraba la producción y por este trabajo cobraba el 15 por ciento en concepto de beneficio industrial.

Desde el primer día de rodaje el director y el protagonista no se dirigían la palabra. Las órdenes del director a Sancho se hacían a través de personas interpuestas, y las respuestas del protagonista a Miguel exactamente igual. Y muy frecuentemente la persona interpuesta era yo:

—Dile a ese señor que no pienso colocarme en el sitio que me ha marcado —me decía Sancho, por poner un ejemplo.

O bien:

—Dile al director que no pienso decir esa frase.

En fin, que a los siete días de rodaje yo estaba completamente harta de esa situación totalmente absurda y que con toda seguridad no nos iba a llevar a nada bueno. Así es que decidí coger el toro por los cuernos y hablar con cada uno de ellos por separado. Les dije muy claramente que no estaba dispuesta a sufrir seis meses de tortura, que les quería mucho a los dos, pero que si no iban a ser capaces de resolver sus problemas fuera del rodaje, yo no me iba a prestar al juego de correveidile al que me habían estado sometiendo. Aproveché también para pedirle a Miguel que me cambiara a la peluquera porque la que tenía me peinaba fatal. No ha sido nada habitual a lo largo de mi carrera que yo proteste a causa del vestuario, el maquillaje o la peluquería, pero lo cierto es que aquella peluquera me peinaba mal y, como yo estaba muy cabreada con lo que estaba pasando en el rodaje, ella acabó pagando el pato. Miguel aceptó contratar a una peluquera más que se ocuparía exclusivamente de mí, la que yo pidiera, y eso me tranquilizó. Por otro lado, para evitar ser tachada de excéntrica, aclararé que en las producciones importantes es costumbre que los actores y actrices protagonistas lleven su maquillador y peluquero de confianza. A pesar de esa concesión de Miguel, yo cumplí con mi palabra y no volví a ser la intermediaria de los diálogos entre el productor-director y el galán. Con todo, Miguel y Sancho siguieron sin hablarse durante todo el rodaje y, cuando llegó el momento del doblaje —doblamos la serie durante un mes—, Miguel no apareció por el estudio para dirigirlo. Llegados a ese momento, también Sancho y yo estábamos de morros. Un día, en un descanso de la sesión de doblaje, fuimos al bar a tomar un café y me quejé a Sancho de lo mal que me lo habían hecho pasar durante todos aquellos meses, de la forma que habían tenido de amargarme lo que debiera haber sido una experiencia feliz y de lo triste que resultaba que dos buenos amigos estuvieran en esa situación. No sé si se resolvieron los problemas entre ellos, pero después y a lo largo de los más de veinte años que han pasado desde aquel rodaje, yo he seguido siendo amiga de los dos.

A pesar de todo, el resultado fue una serie extraordinaria, divertida, bien rodada y que tuvo mucho éxito en su emisión. Por cierto, casi debutaba en ella con un personaje muy gracioso un joven Javier Bardem, que estaba todavía muy inseguro y se ponía bastante nervioso cada vez que tenía que hacer una acción o decir una frase. Yo pensaba para mí: «¡Qué lástima que este chico que tiene tantas condiciones naturales no vaya a trabajar con facilidad por culpa de sus miedos!». ¡Ojalá que Dios me conserve las ganas de comer, porque —

como se puede ver— mi ojo para descubrir estrellas es un desastre!

En *Tango* coincidí después de muchos años con mi *descubridor*, Luis Escobar. Por entonces él se había reciclado y vivía una segunda juventud disfrutando de sus éxitos como actor. Fue muy agradable volver a verle, aunque, desgraciadamente, falleció antes del doblaje de la serie. Miguel Hermoso encontró un doblador que hizo un espléndido trabajo y casi nadie se dio cuenta de que su personalísima voz en realidad no era la suya. También tuve el placer de trabajar con el actor argentino Luis Brandoni, al que había conocido en mi viaje a Buenos Aires en 1987, y que ahora coprotagonizaba la serie. Brandoni es uno de los mejores actores que he conocido. Y ya he conocido unos cuantos.

Mientras se rodaba *Tango* tuve que abandonar mi negocio de trapos. Esa había sido la condición que había puesto cuando lo montamos: si tenía que rodar con continuidad no me ocuparía de la tienda. Pero mis socios, o sea, mi amiga Luz y el diseñador que nos surtía, tampoco querían ocuparse solos, así que llegamos a un acuerdo y mi amiga y yo le vendimos nuestras acciones al tercer socio. La verdad es que lo sentí. Jugar a vendedora de moda había sido una experiencia bonita y lucrativa, pero por encima de todo estaba mi *yo* de actriz. Mi madre se alegró muchísimo.

Capítulo 17

Mario Camus me ofreció un papel en la serie *La forja de un rebelde*, la novela de Arturo Barea cuyos derechos había intentado comprar tiempo atrás Sinde sin éxito. Era para TVE, que había tenido más suerte que José María con los herederos de Barea o que, por la razón que fuera, los había conseguido. Como ya he contado, yo había trabajado ocho años antes con Mario en *La colmena* y me gustó que me volviera a llamar. Leí el guion con ganas, pero no me vi en absoluto en el personaje que me ofrecía, una mora dueña de un local de mala vida en Marruecos, por lo que deduje que la razón de su ofrecimiento debía ser que Camus tenía muchas ganas de volver a trabajar conmigo. Porque, sinceramente, aquel papel no me iba en absoluto. Y así se lo dije: no me veía y no entendía por qué él había pensado en mí para ese personaje. Lo rechacé, aunque me quedé con mala conciencia porque rechazar trabajos dignos no fue nunca aconsejable para los actores españoles. Aquí, elegir los papeles es un lujo demasiado grande, arriesgado y peligroso. Si me atreví fue porque en este caso yo contaba con la ventaja de que Tafur y yo éramos amigos de Camus gracias a Pilar Miró. Mi negativa no tuvo consecuencias. De hecho, en la siguiente película que rodó Mario, *Después del sueño*, me volvió a ofrecer un personaje que sí acepté encantada.

Pilar y Mario mantenían una relación sentimental desde hacía varios años. Pilar había dejado la dirección general de cine para rodar *Werther*, una adaptación de la novela de Goethe que había escrito Mario. Su alejamiento de cargos públicos no había durado sino unos meses, porque en otoño de 1986 Felipe González la nombró directora general de RTVE, función que tuvo que abandonar a consecuencia de una denuncia relacionada con sus gastos de representación que terminó en un penoso proceso, que sus propios compañeros de partido alentaron y que finalmente fue sobreseído, pero que para ella constituyó un auténtico calvario. No recuerdo bien las fechas, pero por esa época Pilar y Mario estaban a punto de romper su relación. Desde luego durante el rodaje de *Después del sueño* ya no estaban juntos. Pilar lo pasó muy mal con esa ruptura.

* * *

Desde 1989, año en que se enteró de que mi padre había enviudado, mi madre me iba insistiendo en que yo debía hacer algo. Pretendía que entablara una demanda para que el juez le exigiera a mi padre que se hiciera unas pruebas de ADN en la seguridad de que dichas pruebas probarían que él era mi padre biológico, pero yo no estaba

por la labor. Había digerido con dificultad su rechazo el día en que torpemente me había acercado a él y no quería saber nada más del tema. Tenía mis razones. En primer lugar, su reacción ante aquella triste visita y la humillación que me supuso, y las muchas cartas que le había enviado, siempre sin respuesta, me hacían pensar que mi padre no quería saber nada de mí. No había habido la más mínima señal de acercamiento por su parte y, si él no me quería, no habría ninguna prueba de paternidad que pudiera cambiar eso. Y eso era precisamente lo único que yo necesitaba de él. Además estaba el tema de la prensa. Yo no tenía interés en destapar ninguna rareza más en mi biografía pública, ya bastante exótica, y me daba vergüenza… Sí, me azoraba mucho dar a conocer una parte de mi vida que se salía de la *normalidad* que yo siempre había pretendido en mi guerra privada por no ser distinta. Todo eso sin contar con el posible uso que mi madre podía hacer de mi decisión de presentar la demanda, si es que me decidía a hacerlo.

Pero mi madre seguía insistiendo. Por su cuenta y riesgo consultó con un abogado en Monforte de Lemos. Le preguntó sobre las posibilidades que tendría de conseguir una orden del juez que conminara a mi padre a reconocerme. Al parecer, el letrado le dijo que era yo quien tenía que presentar la demanda, puesto que era mayor de edad y no estaba bajo la tutela materna, por lo que no le quedó más remedio que hablar conmigo e intentar una y mil veces convencerme. No lo consiguió. Yo tenía claro lo que quería; y quería un padre, no una guerra. Por si las anteriores razones para negarme a su pretensión no fueran suficientes, tenía además la íntima y triste convicción de que lo que ella buscaba era exclusivamente reivindicarse a sí misma. Puede que ese anhelo suyo fuera comprensible, pero el precio que yo tendría que pagar por ello era demasiado alto, así es que no cedí. Las desavenencias entre mi madre y yo en todos los terrenos de mi vida habían sido constantes. No sentía su amor, sentía su presión continua, su necesidad de controlar mi vida, y no quería que esta última manifestación de su egoísmo acabase alejando todavía más mis ya remotísimas posibilidades de encontrarme algún día con mi padre.

* * *

Volví a la tele. Paco Abad, muy amigo mío e histórico realizador de los tiempos gloriosos de TVE, dirigía una serie titulada genéricamente *Narradores de hoy*, y me ofreció protagonizar un capítulo. Era un guion bastante melodramático basado en un relato de la escritora asturiana Dolores Medio, pero mi personaje era una gozada para una actriz. Me apetecía volver a trabajar con Paco porque no lo había vuelto a hacer desde los tiempos en que él era todavía ayudante de realización.

Cuando terminé el rodaje de *Andrés*, que así se llamaba el capítulo, me incorporé al rodaje de *Después del sueño*. Mi personaje no era muy importante, pero estar en una película de Mario Camus era siempre una garantía, así es que yo estaba contenta con hacerlo. Los protagonistas masculinos eran Antonio Valero y Carmelo Gómez, y en el reparto estaban también Ana Belén, Fernando Rey y Lluís Homar. Después de que rodara con él *La colmena*, Mario había estado varios años haciendo adaptaciones literarias, como *Los santos inocentes*, *La casa de Bernarda Alba o La forja de un rebelde*, y este era un guion muy *personal*, su vuelta a las historias originales ambientadas en época actual. Gran parte del rodaje se hacía en Santander, la patria chica de Camus y donde él se encontraba como pez en el agua. Yo debía pasar unos cuantos días allí y, como siempre, hice el camino en mi propio coche. Llegué ya de noche al hotel donde íbamos a vivir. Había quedado para cenar con Mario y con el director de fotografía, Jaume Peracaula, para hablar un poco del trabajo del día siguiente. Todo fue muy bien, hasta el punto de que Peracaula me preguntó —cosa poco habitual— cuáles eran mis mejores ángulos a la hora de rodar y yo le comenté varios de mis *puntos negros* y le expliqué, según mi criterio, qué tipo de luz era horrible para mí. Estaba encantada. Nunca antes un director de fotografía se había interesado tanto por retratarme bien. O eso parecía.

A la mañana siguiente se rodaba mi primera secuencia y cuando llegué al decorado la cámara ya estaba emplazada y lo primero que vi es que las luces estaban puestas justo en el lugar y de la manera que menos me favorecían, exactamente lo contrario de lo que habíamos hablado tan cordialmente la noche anterior. No dije nada e hice mi escena. Bastante incómoda, eso sí.

Muchas veces me he reprochado mi incapacidad para disentir del director o para imponer mi criterio frente a un maquillador, peluquero o diseñador de vestuario. Supongo que es un problema de inseguridad o de miedo a ser etiquetada como *actriz conflictiva*. Recuerdo que un día, hablando con Miguel Hermoso, me quejaba de que, debido a que nunca protestaba por nada, en los rodajes hacían conmigo lo que les daba la gana. Vamos, que no me respetaban. Y lo que me contestó Miguel me dio que pensar:

—Míralo de otra forma. Llevas trabajando en esto muchos años con continuidad y bastante éxito, tienes ya una larga carrera… No todo el mundo puede presumir de lo mismo. ¿No has pensado que quizás se deba a que es muy sencillo trabajar contigo, a que te portas muy bien en los rodajes y nunca das un problema?

¡Vaya por Dios! Resulta que me llamaban porque era una santa,

no porque lo hiciera bien.

* * *

Daniel terminó el colegio y se disponía a ir a la universidad. Había pasado el tiempo muy rápidamente. Me parecía increíble tener un hijo tan mayor que ya casi podía volar por su cuenta. Yo solo tenía cuarenta y dos años… ¿Qué había estado haciendo mientras él crecía y se convertía imperceptiblemente en un ser autónomo? Su niñez se me había escapado. Ahora echaba de menos no haber tenido otro hijo, uno que aún fuera pequeño, pero las circunstancias por las que había pasado mi pareja junto con el devenir de mi carrera profesional habían sido razones definitivas para haber tomado la decisión de no tener más hijos. Y ya no era el momento para lamentarlo.

Hacía tiempo que en casa y en nuestro entorno más cercano bromeábamos acerca de 1992. Todo iba a ocurrir en ese año: la Exposición Universal de Sevilla —*La Expo*—, la inauguración del AVE, los Juegos Olímpicos de Barcelona, las celebraciones del V Centenario del Descubrimiento de América, la firma en Maastricht para la construcción de la Unión Europea… El 92 era el horizonte, la culminación de la política de modernización del país que había conseguido —con sus luces y sombras— el gobierno de Felipe González. En fin, que el 92 iba a ser el gran año de España, el año en el que todo iba a ser posible. Lo que yo no imaginaba era que también iba a ser uno de los años más decisivos en mi vida privada. Parafraseando el título de una película de aquellos tiempos, *el año que vivimos peligrosamente*.

Una noche del mes de junio José Luis dijo que teníamos que hablar. Quería que fuéramos a alguna parte a cenar. Como casi siempre que quería tratar conmigo un tema espinoso, planeaba hacerlo fuera del *decorado* de nuestra vida, sacar el dolor a exteriores. Lo que me planteó esa noche fue simple y bastante directo. Me quería muchísimo, dijo, pero ya no estaba enamorado de mí. Habíamos tenido muchos años de felicidad que no deseaba *emborronar*, pero… tenía sesenta y dos años y quería vivir de otra forma su *prórroga*. No quería herirme de ninguna manera, pero era su propia vida lo que estaba ahora en el otro lado de la balanza. Habían pasado dos años y medio desde que había vuelto a casa. «Ahora es definitivo», dijo.

¿Qué podía hacer yo? ¿Preguntar, luchar, odiar, entender, aceptar, morir? Estaba completamente perdida. Me aseguró una y mil veces que en ese momento no había *otra* y, al parecer, era verdad. Desde que mantuvimos esa conversación hasta que se fue de casa, el 18 de julio, intenté con todas mis fuerzas evitarlo utilizando para ello todo lo que estaba a mi alcance. Chantajes emocionales incluidos.

Teníamos organizadas y pagadas unas vacaciones en Marruecos con nuestros amigos de siempre, pero José Luis no vino. Me pidió que fuera yo y así el podía organizar su mudanza sin mí. A diferencia de la vez anterior, pensaba llevarse algunas cosas, las más personales, algún cuadro, algún libro, algún recuerdo… Eso excluía muebles y todo aquello que yo pudiera necesitar o simplemente añorar. No tenía intención de separarse legalmente de mí salvo que yo quisiera hacerlo, ni modificar nuestro sistema económico: en sus cuentas corrientes yo seguiría teniendo firma y acceso para todo lo que quisiera. Él se encargaría de decírselo a sus hijos Daniel y Álvaro.

Nuestros amigos también insistieron en que debía irme con ellos de vacaciones. Quedarme en casa mientras Tafur preparaba su salida iba a ser mucho más doloroso, argumentaban ellos. Acabé aceptando, sobre todo porque no podía soportar la exhibición de mi descontrol ante José Luis y sabía que no iba a poder reprimirme. En Marruecos intenté poner algo de orden en mi cabeza. Mis sentimientos iban por su cuenta, desbocados, y no podía sujetarlos ni ordenarlos de ningún modo. Creo que tenía mucho miedo de enfrentarme de nuevo a la vida sin él. Volver a empezar era como intentar caminar por un estrecho puente de cuerdas que se balanceara peligrosamente a un lado y a otro a mil metros de altitud. Y yo no era Indiana Jones. Por primera vez en mi vida tuve la sensación de que una mano apretaba con fuerza mi estómago. Me dijeron que así se manifestaba físicamente la angustia.

Regresé el 17 de julio. Tafur estaba esperándome en el aeropuerto. El 18 cenamos con nuestros amigos Víctor y Luz y, después de jugar una partida de póquer, José Luis se fue a su nueva casa y yo a la mía de siempre.

Al día siguiente metí una pequeña bolsa con algo de ropa en mi coche y me lancé a la carretera sin rumbo premeditado. Después de conducir varias horas llegué a Finisterre. Encontré un pequeño hotel y pedí una habitación. Cuando me preguntaron cuánto tiempo me iba a quedar, contesté que no tenía ni idea. El conserje me miró con cara de estupor. Finalmente me quedé cuatro días. Descubrí preciosas playas semisalvajes por las que me paseé durante horas, bebí mucho albariño y lloré sin parar. Durante el resto del verano me puse a régimen, me corté el pelo al uno, participé en una mesa redonda en los cursos de El Escorial y rodé un cortometraje que dirigía Eusebio Lázaro. En octubre estaba agotada pero, aun así, me inscribí en un curso de «pensamiento positivo y visualización creativa», y cambié la tapicería de los sillones de casa.

Tres meses después de ser abandonada, pesaba cinco kilos menos, tenía el pelo muy corto y mi salón parecía otro, igual que yo.

El 12 de octubre llamé a Sinde para felicitarle por su cumpleaños. Cumplía cincuenta. Era libra, como yo. Después llamé a Pilar para felicitarla por su santo. Ella tampoco estaba muy bien. Su salud, todo lo que había pasado con su procesamiento y los coletazos de la ruptura con Mario la tenían deprimida. Tal vez fue ese estado de ánimo lo que la llevó a decirme:

—Bueno, tampoco es tan grave lo que te ha pasado. Alguna vez tenía que acabarse tu buena suerte.

Colgué y me eché a llorar. Unos días después se estrenó *Después del sueño*, la película que había rodado con Mario. Él ya sabía que Tafur y yo nos habíamos separado también y quedamos en que nos veríamos algún día para charlar. Después de ese encuentro empezamos a vernos con frecuencia. Lo pasábamos bien; realmente no nos conocíamos mucho porque casi siempre nos habíamos visto por cuestiones de trabajo o acompañados de otros, pero poco a poco fui descubriendo a Mario y me gustó mucho. Creo que nos enamoramos. Yo estaba bastante perpleja con esa situación y tenía una cierta mala conciencia, pero, aun así, seguí adelante… O bueno, seguimos adelante. Durante dos años.

* * *

El 22 de diciembre de 1992 sonó el teléfono de mi casa muy temprano. Me llamaba Ángeles González-Sinde. Su padre había muerto. Tenía cincuenta años recién cumplidos y un infarto fulminante lo había matado. Había hablado con él dos días antes y recuerdo perfectamente sobre qué: su mujer y él habían comprado un terreno en Segovia y me invitaban a ir a verlo y, si me animaba, a que comprara yo otro cercano al suyo. Era uno de mis mejores amigos, alguien a quien yo quería mucho y con quien había compartido muchos rodajes, muchos viajes, muchas risas, mucho dolor y mucha vida. Había estado a mi lado en momentos muy difíciles y me había arropado con su cariño. Yo perdía mucho con su desaparición. En el tanatorio las caras eran de incredulidad. Era joven y aparentemente sano. Derrochaba energía y sentido del humor. Estábamos todos en pleno *shock*; Tafur se abrazaba a mí, destrozado. Dos días después era Nochebuena. Angelines, Ángeles, David y José María, la familia de Sinde, cenaron en mi casa con nosotros. Nosotros éramos Tafur, Daniel y yo. Fue una Navidad triste y distinta. Desde entonces se me encoge el corazón cada 22 de diciembre.

José María González-Sinde era el primer amigo íntimo que perdía y no me fue nada fácil superar su ausencia. Días después de su muerte tuve un sueño muy dulce en el que él aparecía en mi casa. Yo, sorprendida, le preguntaba: «¿Cómo es posible que estés aquí, si has

muerto?». Y él me decía, sonriendo: «No, no he muerto. ¿No ves que estoy aquí contigo?». Supongo que nuestro cerebro intenta defendernos como mejor puede, cuando las circunstancias reales que tenemos que atravesar son demasiado dolorosas. Con ese sueño acabó 1992, el año en que todo iba a ser posible.

1993 vino cargado de trabajo para mí. José Luis Cuerda me llamó para un personaje distinto a los que en general me encomendaban. Nunca habíamos trabajado juntos, ya que en 1987 no había aceptado el personaje de *Amanece, que no es poco*, como ya he contado, aunque la verdad es que no recuerdo las razones que tuve para hacerlo. En cualquier caso, me había equivocado porque la película acabó siendo un éxito a largo plazo. Cuerda no se había molestado conmigo y me llamaba otra vez. Su nueva película se iba a llamar *La crisis*, pero de pronto apareció una película francesa con el mismo título y hubo que cambiarlo por el de *Tocando fondo*. El protagonista era un pícaro contemporáneo, un hortera que pretendía el ascenso en la escala social a base de estafas de todo tipo. Estábamos en tiempos de crisis económica y se empezaban a destapar los escándalos de corrupción que acabarían a medio plazo con el gobierno de Felipe González. Hoy en día la película de Cuerda estaría muy vigente. Mi papel era el de una prostituta fina, *de buen nivel*, y mi cliente habitual era Antonio Resines, con el que ya había trabajado en *La colmena* y *Café, coca y puro*, y que me caía muy bien. El resto del reparto también me gustaba mucho: mi amigo Sancho Gracia, que hacía un personaje de barman sabio en el que estuvo estupendo, Jorge Sanz, Icíar Bollaín y Manolo Alexandre. Quiere decirse que en esta ocasión no tuve ninguna duda para aceptar el papel y firmé el contrato de *Tocando fondo*. Lamentablemente no tuvimos ningún éxito.

Y se produjo el reencuentro con Garci. Habían pasado quince años desde que rodamos *Solos en la madrugada* y unos cuantos también desde que Tafur ya no producía sus películas. En ese tiempo había hecho *El crack* y *El crack 2*, que muchos tienen por sus mejores películas, había ganado un Oscar por *Volver a empezar* y había vuelto a ser nominado por *Sesión continua* y *Asignatura aprobada*, pero en esta asignatura no estaba yo. Ahora era él mismo su productor. Había dejado el cine durante unos años —tuvo serios enfrentamientos con Pilar Miró en su etapa de directora general de Cine— y había estado haciendo una serie para TVE. Este largo periodo estaba marcado por esas obras que había rodado con mayor o menor fortuna, pero a mí me parecía que la ausencia de Sinde en sus guiones se había notado. *¡Viva la clase media!*, debut de Sinde como director de largometrajes, había sido la última colaboración de ambos.

Me sorprendió su llamada. No porque tuviéramos mala relación, porque, en realidad, ni siquiera nos habíamos visto mucho en los últimos años, sino porque realmente yo pensaba que había dejado de interesarle como actriz. Pero estuvo muy cariñoso conmigo y tuve la sensación de que le apetecía mucho que trabajáramos juntos de nuevo. El personaje que me ofrecía, la madre superiora de *Canción de cuna*, una adaptación de la obra que había firmado Gregorio Martínez Sierra, pero que había escrito su señora, era atractivo y bastante distanciado de los que había hecho en nuestras primeras películas juntos. Me sentí muy contenta y sinceramente agradecida por su oferta.

Rodamos en los monasterios de La Vid y Silos, en Burgos, y también se construyeron decorados firmados por Gil Parrondo. Y, como siempre con Garci —aunque no sé si ahora lo seguirá haciendo —, se doblaron todas las secuencias. Dos de mis mejores amigas, María Massip y María Luisa Ponte, estaban también en el reparto. Y también estaba Alfredo Landa, con quien yo tenía varias escenas en las que creo que se transmitió eso tan buscado por los directores que es la buena química entre dos intérpretes. Completaban el reparto Carmelo Gómez, Amparo Larrañaga y Maribel Verdú, entre otros. Garci consiguió una atmósfera muy espiritual y creativa en el rodaje, y creo que eso se trasladó a las imágenes de la película. En los momentos de pausa en que yo no tenía que rodar, pero vestida de madre superiora, me dejaba acompañar por los monjes, que me enseñaron sus maravillosas bibliotecas llenas de incunables y me permitieron entrar en la iglesia donde cantaban los oficios en gregoriano. Eso me ayudaba para conseguir la concentración y el recogimiento que requería mi personaje y el tono general de la película. Aquellas visitas con los monjes, que fueron encantadores conmigo, me ponían en situación con bastante facilidad. Cuando regresaba al set parecía que había recibido la visita del Espíritu Santo. En total contraste con la santidad del día, por las noches mis amigas y yo nos íbamos de parranda. Como siempre, estaba feliz de rodar en exteriores.

Canción de cuna me dio muchas satisfacciones. Tuve muy buenas críticas y, lo que es más importante, yo estaba convencida de haber hecho un buen trabajo. Tuvimos once nominaciones a los Goya (yo no estaba entre ellas) y obtuvimos cinco premios: mejor fotografía para Manolo Rojas —realmente la luz era preciosa—, mejor dirección artística al gran Gil Parrondo, mejor vestuario para Yvonne Blake, mejor peluquería y maquillaje para Paquita y José Antonio Sánchez y, el que más alegría me dio, mejor actriz secundaria para María Luisa Ponte. En los premios del CEC (Círculo de Escritores

Cinematográficos) de ese año, obtuvimos los premios gordos. Mejor actor (Alfredo Landa), mejor actriz (Fiorella Faltoyano, yo, YO), mejor director y mejor montaje (mi amigo Miguel González-Sinde, el hermano de José María). A finales de agosto del 94 fuimos con la película al Festival de Montreal y allí también nos premiaron nada menos que con el Premio Especial del Jurado y el de mejor dirección, y de propina, el del Jurado Ecuménico, lo que se caía por su propio peso dada la santidad de aquellas monjitas que protagonizaban *Canción de cuna* y la inolvidable aportación de los monjes a la motivación de la protagonista. Garci y yo nos habíamos reencontrado con notable éxito y además retomamos nuestra vieja amistad.

* * *

Igual que en la anterior separación, las relaciones entre José Luis y yo seguían siendo bastante estrechas. No solo viajábamos juntos para visitar a nuestro hijo, sino que también comíamos a menudo y nos hablábamos todos los días por teléfono. Esa cercanía hacía pensar a nuestros amigos más próximos que tampoco esta vez nuestra separación sería definitiva, pero yo sabía que ahora no habría marcha atrás en cuanto a la posibilidad de volver a convivir. Sin embargo, tenía el convencimiento de que nos queríamos igual que antes y que nunca podríamos prescindir el uno del otro. Sé que es difícil de entender, aunque algunos lo entendieron: no se trataba de que siguiéramos enamorados, sino de algo más profundo e inusual. Los dos sabíamos que durante el resto de nuestras vidas seguiríamos unidos por la amistad, el cariño y un fuerte vínculo que me resulta difícil de explicar.

Él había retomado su faceta de escritor y estaba preparando su segundo libro de poemas, *Solicito la voz*. Eso era algo que pocos sabían o que, incluso, los amigos y conocidos no podían imaginar. Su forma de estar en el mundo no hacía pensar que Tafur pudiera ser un hombre torturado y romántico, que escribía libros de poemas. Por cierto que José Saramago escribió en portugués un hermoso prólogo para ese libro que yo tuve el honor de traducir al castellano con el consentimiento y aprobación del autor, claro, que me llamó en persona para darme las gracias y felicitarme. Por lo visto no lo hice mal del todo. Tafur había tenido mucha relación con Saramago porque años atrás iba a ser el productor de una adaptación de su novela *Alzado del suelo*, cuyos guiones había encargado a Mario Camus. Otro de tantos bonitos proyectos que duermen el sueño de los justos en algún despacho de TVE.

Tafur y yo habíamos comprado un apartamento en la playa meses después de dejar de vivir bajo el mismo techo. También difícil de

entender, ¿verdad? Era algo que yo deseaba hacía tiempo porque siempre me ha gustado mucho el mar y quería tener un lugar propio al que ir frecuentemente.

* * *

Mientras ocurrían todas estas novedades en mi vida, mi madre había optado por dejar de atosigarme con sus ideas de abogados, demandas y pruebas de paternidad. Ya le había dicho mil veces que si mi padre no venía a mí, yo no volvería a intentarlo ni en un juzgado ni de ningún otro modo. Al comprobar que no iba a contar conmigo, decidió que había llegado el momento de dar su propia batalla, una batalla que yo siempre supe que había sido la suya y en la que yo era solo una pieza secundaria. Mi padre se había quedado viudo y ella pensó que ahora se daba la situación idónea para acercarse a él. Las intenciones reales de mi madre las desconozco, pero por los hechos que ocurrieron en los meses siguientes puedo hacerme una idea bastante aproximada de cuáles eran. Empezó a viajar con más frecuencia de lo habitual a Monforte, a dejarse ver en los lugares que mi padre frecuentaba y a llamarle por teléfono una y otra vez hasta que, al parecer, él dejó de coger las llamadas personalmente para no toparse cuando menos lo esperaba con la voz de mi madre. Cuando *por casualidad* se encontraban por la calle, él se escabullía hábilmente o se hacía el despistado.

Así las cosas, en uno de aquellos viajes de mi madre a Monforte, acompañada de mi tía Pilar, optó por enviar un mensaje a mi padre por persona interpuesta. Ella tenía una gran amiga, que al mismo tiempo era familia lejana de mi padre, a la que pidió que le dijera que ya iba siendo hora de que conociera a su hija y a su nieto. Su amiga hizo los deberes, recabó una respuesta de mi padre y volvió con ella. Mi tía Pilar, que se encontraba presente cuando mi madre la recibió, me la trasladó a mí… Diecinueve años más tarde. La respuesta de mi padre fue que estaba dispuesto a verme y a conocer a Daniel, pero que de «esa señora» no quería saber nada. Mi madre jamás me lo contó y mi tía Pilar, respetando las órdenes de mi madre, calló también en ese momento. Y no habló de ello hasta muchos años después, cuando ya apenas tenía sentido porque tanto mi padre como mi madre habían muerto.

* * *

Habían llegado las televisiones privadas y ya TVE no era una única productora de televisión. Pensábamos que se iban a abrir nuevas y prometedoras posibilidades de trabajo para actores y directores. Y así ha sido, aunque también haya habido algunos aspectos negativos, entre otras cosas porque TVE se ha visto forzada a competir por el

pastel publicitario y han dejado de producirse las grandes series de los ochenta y primeros noventa.

Al principio de 1994 empecé la grabación de una *sitcom* (comedia de situación) para Antena 3. Era una producción de José Frade y creo que era una de las primeras de ese formato que se hacían en España (un poco al estilo de otras series de éxito en Inglaterra y Estados Unidos) y que vinieron a desplazar progresivamente de las programaciones a los culebrones latinos. Las comedias de situación fueron muy bien aceptadas por el público y se pusieron de moda, se multiplicaron por todas las cadenas y dieron trabajo a mucha gente, lanzando a la popularidad a muchos actores, unos muy buenos y otros no. La nuestra se llamaba *Hermanos de leche*. Grabamos tres temporadas consecutivas durante casi dos años seguidos, así que hubo tiempo para que pasaran muchas cosas durante aquellas grabaciones. La mejor fue sin duda que conocí a Cristina Higueras y nos hicimos amigas; la peor, que tenía la sensación de haberme convertido en una oficinista que debía fichar cada mañana y permanecer en el puesto de trabajo de sol a sol, siendo siempre la misma Elenita. Mi exmarido en la serie era José Coronado y Cristina era la exmujer de Juan Echanove. Los cuatro formábamos el cuadro protagonista acompañados por otros excelentes actores con personajes más episódicos.

La excepción al estupendo reparto era la hija de Antonio Asensio, que por entonces era el dueño de Antena 3. No sé si habría sido su padre el que *la colocó* o fue una idea de Frade. En cualquier caso, aquello era una locura. Yo creo que ni ella misma pensaba que era capaz de actuar. En ese tipo de grabaciones, en series modestas y en un par de decorados, se trabaja a destajo, se graba a una velocidad endiablada y a los actores se nos exige llevar bien aprendido el papel porque no hay tiempo para ensayos, tener una cierta soltura ante las cámaras que nos permita salir del paso de cualquier incidencia sin interrumpir la grabación, y además, ser capaces de hablar y que se nos entienda, lo que podría parecer una obviedad, pero no lo es. Ninguna de esas condiciones las cumplía la hija del señor Asensio. Siento hablar en estos términos de alguien que en lo personal era agradable y educada, pero su incapacidad para ser actriz entorpecía enormemente el trabajo y nos ponía a todos muy nerviosos. Los días que teníamos que trabajar con ella no acababan nunca y, si acababan, llegábamos al final exhaustos y de mal humor. Yo sé que la profesión de actor no requiere de titulación alguna y que, con talento, cualquiera puede serlo, pero siempre me ha molestado mucho que alguien que no lo posee quite el trabajo a tantas personas con capacidad,

profesionalidad y ganas de hacerlo bien. Hay en España muchos actores y actrices jóvenes preparados y con talento sobrado a los que les salen telarañas esperando una oportunidad porque sus padres no son los dueños de una cadena de televisión.

Olvidé mencionar que *mi hija* en *Hermanos de leche* era una estupenda y jovencísima actriz que entonces se llamaba Leonor Ceballos y que ahora se llama Leonor Watling. A pesar de este cambio de apellido, sigue siendo el mismo encanto de persona. Pero si entonces era ya bastante buena, ahora se ha convertido en una extraordinaria actriz.

En una de las pausas del rodaje de la serie, entre una temporada y otra, viajé a Montreal con Garci, como ya he contado. Ya conocía la ciudad y volvió a parecerme preciosa. Siempre me han gustado las ciudades de tamaño mediano, a nivel humano, o aquellas en las que la naturaleza se cuela en ellas, y Montreal es de estas últimas. Al llegar al aeropuerto Garci descubrió que en el trayecto le habían perdido la maleta. Afortunadamente le ocurrió a él y no a mí. Imaginen la situación para una actriz que acude a presentar su película a un festival y se encuentra sin nada que ponerse porque su maleta ha desaparecido. Si a eso añadimos que a mí me resulta muy difícil elegir lo que meto en la maleta antes de emprender cualquier viaje, el drama habría estado servido. Parece mentira que con la cantidad de viajes que he hecho en mi vida, hacer una maleta me siga resultando una tarea tan complicada. No pude quedarme a ver cómo Garci —productor y director de *Canción de cuna*— recogía los premios que nos habían concedido porque tuve que volver a España dos días antes de la clausura. Mi madre se casaba por tercera vez y por la Iglesia.

* * *

Lo que sigue a continuación no está contrastado con datos objetivos. Es solo pura especulación por mi parte, pero podría jurar que se acerca mucho a la verdad. A la vista de la negativa de mi padre a mantener ningún tipo de relación personal, ni siquiera verbal, con ella, mi madre decidió cambiar de táctica. Había conocido a un señor, también gallego y primo de una amiga suya —la misma que tiempo antes había hecho de correo entre ella y mi padre—, y no dejó pasar la ocasión que se le presentaba. Por entonces ella tenía setenta y tres años y él más o menos los mismos. Los dos estaban viudos. El padre de mis hermanos, Constantino Faltoyano, había muerto en 1985. Como si el tiempo no hubiera pasado, mi madre iba a repetir una vez más la historia, con la diferencia de que ahora se instalaría en Monforte con su nuevo marido, al menos durante un tiempo, y así mi padre sufriría su presencia constante, su proximidad física, su aliento en el cuello.

Naturalmente, nada de esto se contaba así. Ya digo que son puras especulaciones mías.

Volví a España con el tiempo justo de acudir a la boda, que se iba a celebrar con una cierta intimidad: pocas personas, algunos amigos cercanos a mi madre, una hija del novio, mis hermanos y Tafur, que me serviría de muleta para no desmayarme de la emoción del momento. Ese día yo estaba contenta. Pensaba que mi madre estaría acompañada y entretenida en el futuro, lo que iba a proporcionarme algo de paz en los próximos años. A la puerta de la iglesia esperábamos todos la llegada de la novia. Había un fotógrafo preparado para inmortalizar el acto y todos los presentes estábamos muy guapos, como corresponde. La novia llegó, el fotógrafo hizo su trabajo incansable, aunque con demasiada frecuencia me pedía que posara con los novios, con la familia al completo, con los amigos; en fin, que casi parecía que la que se casaba era yo. Ese inusitado interés por que apareciera en todas las fotos me causó cierta inquietud y le pedí a mi hermano Tino que le preguntara si había sido contratado por los novios.

—Sí, sí, claro —contestó.

—Es que, si no es así, no queremos fotos —añadió mi hermano—. Esto es un acto privado.

—Yo estoy aquí a petición de la novia.

—Bien —dijo Tino—. Pues entonces todos contentos.

Y nos quedamos todos tranquilos. Una semana más tarde retomé las grabaciones de *Hermanos de leche*. Al entrar en el plató, Florinda Chico me dio la enhorabuena.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por la boda de tu madre. En el *Semana* viene una entrevista con ella, ¿no lo has visto?

No, no lo había visto y no estaba segura de querer verlo. El titular era: «Se ha casado la madre de Fiorella Faltoyano», y seguían unas declaraciones que no tenían desperdicio y unas cuantas fotos que ilustraban el reportaje. Y claro, las había hecho el fotógrafo *contratado por los novios*.

Mi madre me había utilizado otra vez. Creo que en ese momento empecé a forjar mi teoría de lo que mi madre pretendía con esa boda. Era lo mismo de siempre. *Decirle* otra vez a mi padre que ella era feliz, que no le necesitaba porque ella podía tener a su disposición y cuando quisiera alguien con quien casarse. No le importaba su nuevo marido ni, por supuesto, si a mí me dañaba su actitud de utilizarme para salir ella en la prensa. Descubrí al fin con toda claridad que mi madre no me quería y entonces se produjo una ruptura en mi interior. Ya ni

siquiera tenía necesidad de hacerle reproches de ninguna clase. Había comprendido que no había nada que hacer, y me seguía doliendo, pero me sentí liberada íntimamente. A duras penas conseguí formular por primera vez en voz alta una idea dolorosa, pero liberadora.

—Ya no la quiero.

Y era real. Ya no era capaz de sentir amor por ella, o mejor dicho, ya era capaz de no sentir amor por ella. No era algo que hubiera elegido, sencillamente había ocurrido. Mi comportamiento respecto a ella no cambió exteriormente, pero por primera vez en mi vida dejó de importarme lo que mi madre hiciera o dejara de hacer. Yo ya *no estaba*, había salido de su vida. Y ella ya no podía entrar más en la mía. Aquella anécdota de la tercera boda tan solo fue una gota más en el vaso ya rebosante, una tontería sin demasiada importancia, pero fue la definitiva. Un gigantesco muro se alzó entre ella y yo. Y ya nunca se derrumbó.

* * *

Seguía el rodaje de *Hermanos de leche*. Empezábamos la segunda temporada, que nos traía un cambio interesante. Echanove dejaba la serie y le sustituía el Gran Wyoming. Todos estábamos expectantes, muertos de curiosidad por ver cómo se produciría el relevo. Los guionistas decidieron que el personaje tuviera un terrible accidente de coche del que saliera completamente cambiado físicamente y que volviera del hospital todo vendado, en plan momia. Algunos capítulos después, al quitarse el vendaje aparecería Juan —ese era el nombre del personaje— transmutado en Wyoming. Esta desvergonzada idea de guion era verdaderamente extrema, pero como la serie no era nada realista, sino más bien una comedia loca y divertida, la solución de los guionistas quedó bien, gracias también a que el propio Wyoming aportaba ese necesario gramo de locura a la situación. Y el equipo ganó con el cambio porque nos reíamos más en el rodaje.

Mi relación con Mario había seguido adelante y era más o menos pública. Desde luego era conocida entre los compañeros de profesión porque no nos escondíamos. Naturalmente Pilar se enteró. Supongo que le molestaría, pero no tuve ocasión de saberlo de primera mano. No habíamos vuelto a hablar desde la conversación telefónica en que me había dicho que ya era hora de que mi buena suerte acabara. Yo seguía viviendo en mi casa de siempre. Mario había insistido en que la dejara y me trasladara a un piso cercano al que él tenía alquilado en el centro de Madrid, pero nunca quise hacerlo porque me gustaba vivir en las afueras y, por otro lado, mantenerme en mi «sitio» me ayudaba a conservar mi independencia. Supongo que, aunque nos queríamos mucho, en mi interior tampoco veía claro el futuro de esa relación.

Por otra parte, Tafur y yo seguíamos yendo juntos a veranear con nuestro hijo y nos veíamos con mucha frecuencia. Esa fue siempre nuestra manera de relacionarnos después de dejar de convivir. Nos ayudábamos mutuamente. Yo me había hecho más fuerte y más segura de mí misma, pero seguía necesitando su cercanía y su apoyo. Y ahora creo que también él seguía dependiendo sentimentalmente de mí. El verano de 1994 fuimos los tres a Chicago. Álvaro se casaba con una chica americana. El tiempo, una vez más, había volado y aquel niño cariñoso y guapo se había convertido en un hombre estupendo. Lo pasamos bien. La familia de Julia, su futura mujer, era gente acogedora y simpática y nos reímos mucho al ver los apuros que el fotógrafo pasaba para colocar a todos los miembros de aquella nueva familia en el encuadre. Elena, la madre de Álvaro, acudió con su marido. El novio tenía dos padres y dos madres con los que retratarse.

Capítulo 18

Mario, que había dejado su casa en Santander cuando empezó su relación con Pilar años antes, echaba de menos volver de vez en cuando y empezó a tender puentes con su mujer. Sinceramente, yo esperaba que algo así pasara. Llevábamos dos años juntos y le conocía bien. No puse ninguna objeción a sus pequeñas escapadas para *recuperar su casa*, pero me fui enfriando y empecé a distanciarme emocionalmente de él. No quería sufrir. No hubo dramas. Tanto él como yo habíamos aprendido la lección. Ya éramos adultos y odiábamos los numeritos.

La Regenta, de Leopoldo Alas Clarín, es una novela que me había gustado mucho cuando la leí siendo aún muy joven, y secretamente había soñado con interpretar el papel de Ana Ozores, su protagonista. Naturalmente, cuando cumplí *los cuarenta principales* perdí la esperanza; ya se había hecho una película y no había sido reclamada para ella. Esa versión cinematográfica de 1973, dirigida por Gonzalo Suárez, la había producido Emiliano Piedra y la Regenta había sido Emma Penella, su mujer, que por entonces tenía cuarenta y tres años. A mi entender, la película fue una versión fallida por varias razones y entre ellas estaba la edad de la actriz. En la acción de la novela Ana Ozores tiene entre veintisiete y treinta años.

Cuando Fernando Méndez-Leite me llamó para tener una entrevista en la productora de Eduardo Ducay con el fin de contratarme para la serie que iban a hacer para TVE sobre la novela de Clarín, me quedé un tanto sorprendida. La verdad es que no recordaba otros personajes femeninos en *La Regenta*. Yo siempre me había centrado en la protagonista: así somos los artistas. Fernando, que ya en los ochenta me había propuesto protagonizar *La mujer en la luna*, un guion suyo que no llegó a hacerse, estuvo cariñoso y coqueto, como siempre lo había estado conmigo en los muchos años que hacía que nos conocíamos. Me ofreció el papel de Visitación Olías de Cuervo, Visita para los amigos, la íntima amiga de la Regenta y confidente de don Álvaro, su pretendiente, y me lo vendió muy bien. El guion, escrito con mucho mimo y talento, le había ocupado los últimos años y estaba contento de poder rodar al fin y, como es natural, quería contar con los mejores. El reparto era espectacular: Aitana Sánchez-Gijón como Ana Ozores, Carmelo Gómez como el Magistral, Héctor Alterio como don Víctor Quintanar, el marido de la Regenta, Juan Luis Galiardo como Álvaro Mesía y además Amparo Rivelles, Miguel Rellán, Cristina Marcos, María Luisa Ponte, Manolo Alexandre, Tote García Ortega, Cafarell, Paco Merino, amén de un

plantel de estupendos actores de carácter para personajes de segundo nivel. En fin, imposible decir que no.

Leí el guion. Me encantó la versión de Fernando y me gustó el personaje que me ofrecía. Ducay me contrató con un buen sueldo y me puse a estudiar. Gran parte del rodaje se iba a hacer en Asturias, lo que hacía aún más atractivo el proyecto, y el vestuario lo estaba ya preparando Javier Artiñano, un maravilloso profesional y mejor persona, con quien yo apenas había coincidido brevemente unos años atrás cuando me había vestido de novia para un capítulo de *El quinto jinete*, una serie de terror para TVE. El vestuario que había diseñado para *La Regenta* era maravilloso. Adelgacé tres de los cuatro kilos que siempre tenía pendientes de bajar y la ropa me quedó como un guante. Estaba contenta, me venía bien cambiar el plató de *Hermanos de leche*, que era un barracón en Valdemoro donde había estado *fichando* el último año y medio, por Oviedo y la preciosa finca de Meres que servía como escenario de El Vivero, la estancia donde se desarrolla el idilio entre la Regenta y don Álvaro. Tenía además un personaje en el que me podía lucir, aunque no fuera la ansiada Ana Ozores. Ley de vida. Durante las semanas de rodaje que precedieron al viaje a Asturias, todavía tuve que compatibilizar las grabaciones de *Hermanos de leche* con mis primeras escenas en *La Regenta*, que rodé una tras otra en un par de jornadas de rodaje para poder escapar nuevamente a Valdemoro. Más adelante, en el otoño de aquel año, volvimos con la tercera entrega de *Hermanos de leche* y esos meses de invierno de grabación de la mañana a la noche fueron especialmente duros.

Pero de momento iba a oxigenarme un poco. Mi relación con Mario en ese momento ya estaba bajo mínimos, así que era una magnífica ocasión para quitarme de en medio. Rodar con Fernando era muy tranquilo y los actores notábamos cuánto nos apreciaba y lo que le gustaba el trabajo de dirigirnos. Repetía frecuentemente que lo que importaba verdaderamente en una película era el guion y los actores y, consecuentemente, él había elegido uno por uno a todo el extenso reparto. No concebía el trabajo de los jefes de *casting*, que empezaban a adquirir mucha relevancia en ese momento, porque siempre había pensado que era obligación del director conocer a los actores que se mueven por el mundo del teatro y el cine y, por lo tanto, la elección de los mismos, como parte esencial de su trabajo, puesto que luego va a ser él quien tendrá que dirigirlos. Él nos había elegido —Ducay le dio plena libertad para ello— y él sabía perfectamente lo que quería hacer con nosotros.

Como ya he dicho, mi relación con Fernando databa de muchos

años atrás. Nos conocíamos desde mediados los años setenta, cuando él estaba soltero, y habíamos coincidido en cenas con amigos y su pareja de entonces. Luego, en los años en que era director general de Cine, también habíamos tenido bastante trato. En fin, aunque nunca había trabajado con él, nos conocíamos bastante bien. En aquellos momentos su matrimonio estaba deshaciéndose y él, a pesar de la alegría que le producía estar rodando un proyecto que había acariciado durante tanto tiempo, no disfrutaba del trabajo tanto como hubiera sido normal. Empezaba a estar angustiado por su situación personal. Yo, por mi parte, estaba en fase de retirada con Mario, así que los dos nos encontrábamos en un momento parecido. Durante el rodaje en Oviedo hablábamos mucho y cenábamos juntos, con compañeros o solos, y una noche, *el hombre que prometió mandarme flores toda la vida*, me confesó su amor. Lo cierto es que yo no quería involucrarme en otra relación *conflictiva*. Me agradaba estar con él, nos entendíamos bien y me gustaba, pero el momento era delicado para ambos y a mí me daba algo de vértigo dejarme llevar.

Cuando terminé mi participación en *La Regenta* me fui de vacaciones a la casa de la playa con Tafur y mi hijo. Pensé: dejemos pasar el tiempo, ya veremos qué nos depara el futuro. Pero el futuro llegó muy pronto. Un día —yo estaba aún de veraneo— Fernando me llamó y me dijo —así, sin más— que se había ido de su casa, que estaba viviendo en un hotel y que había tomado esa decisión porque no quería perderme. No supe cómo reaccionar. Todo me parecía muy precipitado. Además, él no estaba bien, tenía mucho miedo a las consecuencias de esa separación. Tenía dos hijos: Dagfinn, fruto del primer matrimonio de su mujer, al que había adoptado siendo aún muy pequeño, y Clara, que solo tenía nueve años. Fernando temía lo que pudiera pasar con su relación con ellos. Mientras tanto, yo intentaba explicar a Mario que nuestra historia estaba acabada. Él no debía de entenderlo del todo, porque me preguntó:

—¿Tiene que ver con Fernando?

No, no tenía que ver con Fernando… O sí, también; pero no había sido él el responsable de mi decisión… O sí. ¡Qué difícil resulta a veces entendernos a nosotros mismos! Y en esas, entre jornadas interminables en Valdemoro y crisis sentimentales entrecruzadas, llegó 1995.

* * *

El cine me reclamaba. *La sal de la vida* sería, hasta hoy, la última película que haría, aunque naturalmente entonces no tenía ni idea de que eso iba a ser así. Nunca sabemos cuándo hacemos algo por última vez. Eso me lleva a pensar que hay que intentar disfrutar de lo que

tenemos delante, si lo que tenemos nos gusta, o recordarnos que puede ser la última vez que ocurra, si lo que el presente nos ofrece es algo negativo.

Eugenio Martín, un veterano director con el que no había trabajado antes, aunque sí había visto películas suyas, preparaba una comedia, que sería el regreso de Patxi Andión a la interpretación, y me ofrecía un papel divertido y protagónico. Yo sería una novia-amante, loca por pillar a Patxi, que era un viudo con tres hijos *malísimos* que hacían todo lo posible por que Clara, o sea yo, no consiguiera sus propósitos y terminara casándose con su papi. Los niños, que ya no son tan niños, sino adolescentes, deciden ponerle a su papi delante de las narices un cañón de chica, a ver si así se le pasa el enamoramiento por Clara, que no les gusta un pelo. Bueno, el caso es que el guion no estaba mal y jugaba con cierta habilidad con las constantes y tópicos de la comedia de enredo. Mi personaje estaba francamente bien y el director era un profesional de reconocida solvencia que había trabajado en el cine de género —del policíaco al terror y del western a la comedia— manteniendo siempre un nivel notable, por lo que decidí hacerla. Los niños pitongos eran Antonio Hortelano, Juan Diego Botto y Ana Rayo, y el resto del reparto estaba compuesto por Magüi Mira, Kiti Mánver y Neus Asensi. El cañón de mujer era Yvonne Reyes. Yo no conocía a Patxi y fue muy agradable trabajar con él. Es un buen actor y un hombre simpático, muy culto y educado. También Magüi fue un descubrimiento en lo personal, porque profesionalmente de todos es conocido su enorme talento. El único problema vino por parte de Juan Diego Botto, que era muy joven todavía, no estudiaba y nos hacía perder mucho tiempo con repeticiones innecesarias. Patxi se enfadaba y se negaba a pasar el texto con él. Decía, creo que con razón, que una cosa era ensayar en el plató y otra muy diferente tener que cansarse inútilmente antes de cada toma para que un compañero se aprendiera allí el papel que tenía que traer aprendido de casa. Pero aparte de esta pequeñez el rodaje fue agradable. Cuando lo terminamos, tanto Magüi como Patxi se habían convertido en mis amigos.

La película se estrenó el 9 de febrero de 1996 y yo me cogí un cabreo de mil demonios. Al llegar al cine vi que mi nombre prácticamente no aparecía en el cartel. La cabecera eran Patxi, Yvonne Reyes y Juan Diego Botto. Ya he contado que generalmente no me he preocupado por esos temas, pero si hago una película en la que soy protagonista —por mucho que sea *la mala de la película*, como en esta — espero ir situada como tal en los carteles. Y en los de *La sal de la vida* no aparezco por ninguna parte. En fin, mi cabreo se diluyó en

pocos días cual azucarillo en un café y la película, también. Como decimos en el medio, *no pasó nada con ella*. ¡Lástima, porque yo había hecho un buen trabajo!

* * *

La relación con Fernando se hacía cada vez más consistente. Él había alquilado al fin un apartamento en el que sus libros y videos ocupaban el 90 por ciento del espacio habitable, y una pequeña cama prestada, el resto. Sus dificultades económicas eran grandes —no voy a contar aquí las razones—, pero lo cierto es que lo estaba pasando mal. La suya no había sido eso que se entiende por una *separación civilizada* y pasó por una fuerte depresión. Fueron meses bastante duros para los dos, pero, a pesar de todas sus dificultades económicas, me prometió que nunca me faltarían *unas flores para llevarme a la boca*, y eso fue definitivo, porque yo soy una enamorada de las flores y, si son lirios blancos, me vuelvo loca de alegría. Además, su incomprendido (a veces) sentido del humor me gustaba mucho y, por si esas virtudes fueran pocas, era uno de los hombres más buenos que había conocido. Debo de tener una fijación con la gente buena, pero si a la bondad se suma la inteligencia y el sentido del humor, entonces soy capaz de caer rendida ante una persona. Fernando, que reunía todas esas cualidades, era además un hombre de palabra. Hoy, dieciocho años más tarde, sigo recibiendo flores el día 27 de cada mes… aunque no diré por qué ese día precisamente…

Siempre he pensado que he tenido suerte en mis relaciones sentimentales. Quizás tenga que ver con que mi subconsciente hace que me atraigan los hombres buenos. No entiendo el éxito que los *canallas* tienen con algunas mujeres. Desde mi punto de vista, dejarse atraer por uno de ellos no puede explicarse más que por una *desviación* peligrosa o por un grado de ingenuidad más peligroso todavía. Lo cierto es que yo siempre he notado cuándo un hombre estaba próximo a hacerme daño e inmediatamente he salido corriendo sin mirar hacia atrás y casi sin dolor. Supongo que me ha funcionado un mecanismo de autoprotección muy preciso que no me ha fallado nunca, pero alguna de mis amigas lo achaca a que tengo un buen nivel de inteligencia emocional. Cristina Higueras asegura incluso que no ha conocido nunca a nadie con más inteligencia que yo a la hora de manejar mis sentimientos, pero la opinión de Cristina no es muy fiable porque de todos es sabido que me quiere mucho y seguro que me ve más capaz de lo que soy.

Abundando en este tema de los sentimientos, con los años he aprendido que los únicos que realmente pueden herirte son aquellos a quienes amas, tus padres, un amigo, un amor o, naturalmente, un hijo.

Por eso es muy importante fijarse bien a la hora de elegir a quien amar y, concretamente en el caso de los hijos, elegir bien, antes de crearlos, el padre o la madre que les vas a proporcionar. En cuanto a los padres que nos han tocado a nosotros y sobre los que no ha cabido elección posible, el azar es decisivo, de modo que será el factor suerte el que determinará nuestro grado de felicidad o de sufrimiento en lo que a ellos respecta. En caso de mala suerte solo cabe aguantar el tirón o, en situaciones de gravedad, poner tierra de por medio por muy doloroso y culpabilizador que resulte. Son sabios consejos ofrecidos gratuitamente por una vieja dama que dicen que tiene un buen nivel de inteligencia emocional y que… salió huyendo del *amor* de su madre.

* * *

Bajemos de la nube y volvamos a la realidad. Empezaba la tercera y última temporada de *Hermanos de leche* y esta vez no había sorpresas. La única novedad era que el Gran Wyoming intervenía en los guiones con muy buenas ideas y que a Cristina y a mí nos dieron un mayor protagonismo. La serie era cada vez más loca, lo que nos permitía divertirnos bastante y además beneficiaba el resultado. Como ya se habrá podido advertir, yo suelo pasármelo bien en los rodajes, y por eso, cuando oigo a algunos compañeros quejarse de la dureza de nuestra profesión, me sorprendo mucho. Es cierto que hay momentos duros o cansados, que los madrugones están a la orden del día y que los rodajes de noche a veces se hacen muy cuesta arriba, pero podría enumerar al menos cien oficios o profesiones incomparablemente más agotadores física o mentalmente y casi todos ellos peor pagados que el nuestro. Mi oficio me ha permitido conocer gente maravillosa, viajar, ser admirada (a veces), ser muchas otras personas radicalmente diferentes en una misma vida y, además, vivir más que dignamente de un trabajo en el que a menudo me divierto muchísimo. ¿Cómo pueden decir entonces algunos actores de éxito que *esto* es muy duro? Cuando imagino el trabajo de un oficinista, por ejemplo, que con suerte pasará treinta años trabajando detrás de la misma mesa, rodeado de la misma gente y rellenando los mismos o parecidos papeles, me entran escalofríos, y eso sin valorar aquellos trabajos en los que no existe ni un ápice de creatividad y, sin embargo, exigen un esfuerzo físico constante. Porque ¿qué me dicen de poceros, mineros, barrenderos enterradores, albañiles, etcétera…? Supongo que si cualquiera de ellos oye en alguna ocasión las quejas de un actor, le maldecirá y con toda la razón del mundo.

El domingo 2 de mayo de 1996 estaba en mi casa oyendo la radio cuando dieron la noticia del fallecimiento de María Luisa Ponte. Llamé

inmediatamente a Fernando, que también la quería mucho desde mucho tiempo atrás, y nos fuimos a Aranjuez. Durante el rodaje de *La Regenta*, dos años antes, María Luisa había tenido una caída en su casa. A partir de ese momento nunca volvió a sentirse bien. No sabíamos a ciencia cierta qué le ocurría, pero su salud se resquebrajó. Volvió a Oviedo para rodar sus últimas secuencias en la serie, pero ya no podía aguantar el pesado vestuario de época ni permanecer mucho tiempo de pie, y le costaba memorizar y decir los diálogos. Fue muy penoso para todos los compañeros asistir a ese deterioro. Ella, que había sido siempre tan participativa y divertida, pasaba todo el tiempo libre en su habitación del hotel, en donde la cuidaba con mucho cariño Tote García Ortega, una estupenda actriz de su generación. Pocos días después del final del rodaje tuvimos también otra mala noticia, la muerte de Rafael Díaz, que todavía no había acabado de rodar su papel en la serie. Era todavía muy joven y había sido un excelente actor, con el que Fernando había trabajado mucho.

Unos meses después del final de rodaje de *La Regenta*, la familia de María Luisa la llevó a una residencia en Aranjuez y allí habíamos acudido a visitarla varias veces. Esas visitas eran tristes y Fernando y yo salíamos siempre muy impresionados. Físicamente ella parecía estar igual y muy esporádicamente asomaba su conocida mordacidad y su inimitable humor. Pero ya no era la misma persona alegre, extrovertida, nerviosa y vital que habíamos conocido. Los únicos que íbamos a verla allí, aparte de su familia, éramos Agustín González y nosotros. Su historia de amor con Agustín había sido muy larga en el tiempo, muy apasionada y profunda, pero hacía ya mucho que había terminado, aunque Agustín siempre siguió atento a María Luisa. Y ella siempre siguió adorándole.

Recuerdo que en una de nuestras visitas se nos quedó mirando muy fijamente y nos preguntó:

—¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué no estoy en mi casa?

Supongo que contestaríamos alguna banalidad del tipo «en cuanto te recuperes volverás a Madrid», pero sabíamos que no era cierto. Aquella noche, al salir de aquel sitio, le dije a Fernando:

—Nadie a quien yo ame, si puedo evitarlo, acabará su vida en una residencia.

Me dolía mucho ver a aquella mujer, que siempre había sido fuerte y decidida, que había tenido una vida dura pero alegre, intensa y llena, y que además era mi amiga, sumida en la confusión, lejos de su casa y a la espera de la nada. Cuando murió tenía setenta y siete años. Habíamos sido amigas los últimos veinte y, aunque no nos veíamos con continuidad, siempre nos habíamos querido mucho y,

cuando estábamos juntas, nos reíamos sin parar. *La Regenta* fue su último trabajo, y cuando rodó el último plano de su vida una mañana de caluroso verano en el palacio de Fernán Núñez, Juan Luis Galiardo y yo la estábamos mirando desde el *contraplano*. María Luisa Ponte fue una mujer y una actriz extraordinaria, una de las grandes.

* * *

Acabamos *Hermanos de leche.* Cristina Higueras y yo, de tanto ir y venir de Valdemoro, habíamos forjado una gran amistad y nos dio mucha pena que llegara el fin del rodaje. Habían sido casi dos años de vernos a diario y nos habíamos reído y padecido a partes iguales. Prometimos que seguiríamos en contacto. En nuestra profesión ocurre en muchas ocasiones que las relaciones personales —a veces intensísimas— que has establecido en un rodaje o una gira teatral se desvanecen al terminar el trabajo y volver cada uno a lo que Fernando llama *la vida civil*. Cristina y yo no queríamos que eso nos ocurriera a nosotras. Además, profesionalmente también nos habíamos entendido muy bien y en más de una ocasión yo le había comentado que la envidiaba por haber sido capaz de montar su propia compañía teatral. Con un notable esfuerzo personal y un tesón admirable había mantenido en activo, prácticamente sin interrupción, su compañía, y eso le había permitido convertirse en una respetada primera actriz de la escena. Una de las veces que le hablé del tema, ella contestó:

—¿Quién sabe? Quizás en el futuro podamos hacer teatro juntas.

Cada trabajo me ha aportado algo, una experiencia de la que aprender, una amistad, un cabreo y, a veces, un buen aumento del saldo de mi cuenta corriente. En esta ocasión fue una relación cómplice en lo personal y en lo profesional que ha llegado hasta el día de hoy.

Mi *oficio de vivir* seguía adelante y mis relaciones personales también. Mario y yo manteníamos la amistad y el cariño; Tafur y yo manteníamos el vínculo; y Fernando y yo estábamos cada vez más unidos. Todo correcto. ¿O no? En cuanto a mi madre, que había vendido sus propiedades en Madrid, estaba entretenida en pasearse con su nuevo marido por delante de las narices de mi padre, para lo que se había trasladado a Galicia, lo que a mí me resultaba bastante cómodo y moderadamente liberador.

Mi hijo Daniel, como siempre, era una fuente de satisfacciones. Había terminado su carrera en Estados Unidos en tiempo récord y luego había hecho un máster en Londres. A los veintidós años había concluido sus estudios brillantemente. Su sentido de la responsabilidad le llevó a optar por quedarse a trabajar en Londres, a pesar de que tenía también una oferta para hacerlo en Madrid, y era

una oferta muy apetecible para él porque sus padres y sus amigos estábamos aquí, pero la propuesta laboral de Londres era, desde el punto de vista profesional, más atractiva y con previsibles mejores expectativas. Así que se decidió por ella. Le habíamos proporcionado los medios necesarios para que tuviera un buen futuro profesional y él los había aprovechado con creces. Le habíamos dado alas y él, lógicamente, había volado. Yo me sentía un poco triste, aunque mi orgullo como madre se sentía muy satisfecho con sus éxitos y eso me compensaba del dolor que me producía no tenerlo en casa. Aun así, el síndrome del nido vacío me perturbaba un poco. Era consciente de que toda una parte de mi vida había acabado y que ya nada iba a volver a ser igual.

Y de nuevo la tele me ofrecía trabajo. Volvía a ser una serie de trece capítulos tipo *sitcom*, rodada en un estudio-barracón en las afueras de Madrid. Se titulaba *Ni contigo ni sin ti* y se centraba en la vida de una familia. El padre sería Pedro Osinaga y la madre yo. Habían pasado casi treinta años desde que Pedro y yo habíamos trabajado juntos en *La bella de Texas*, cuando yo solo tenía diecisiete años y empezaba —literalmente— mi carrera. Entonces yo era la niña de la compañía y ahora no diré que fuera la más veterana, pero casi. También me reencontré con Marta Puig, con la que jamás había coincidido profesionalmente desde los años de ARA. En la vida personal de Pedro había ocurrido una tragedia: había perdido un hijo y yo creo que nunca pudo recuperarse. Seguía siendo cariñoso y amable con todos, pero estaba un poco al margen del mundo. Yo seguía sintiendo mucho afecto por él y por su mujer, que es una persona encantadora. La serie, por otro lado, no daba mucho de sí y, aunque trabajábamos trece horas todos los días e intentábamos hacerlo bien, el resultado no era bueno.

Por cierto, fue esta serie la causante indirecta de que me diera de baja como afiliada de la Unión de Actores, el sindicato que —como su propio nombre indica— debería defender nuestros derechos. Al igual que en los casos de la Academia de Cine y de AISGE (Sociedad de Gestión de Derechos de Imagen), yo había estado entre los fundadores de la Unión. El rodaje de *Ni contigo ni sin ti* se prolongaba en jornadas interminables de trece horas con un descanso para comer. El trayecto de ida y vuelta a Madrid nos llevaba más de dos horas y al llegar a casa había que estudiar los guiones del día siguiente. Y así un día tras otro. Como me parecía un régimen de trabajo injusto y que, por supuesto, iba en detrimento de la calidad de nuestras prestaciones, decidí recurrir al sindicato. Las protestas de mi representante, Lorenzo Iglesias, a la producción para que se reorganizaran los planes de

trabajo de un modo más llevadero no habían dado fruto alguno y se me ocurrió que los de la Unión podrían hacer algo para conseguir que, por lo menos, se cumplieran los horarios legales establecidos. Pero ante mi sorpresa me dijeron que no se podía hacer nada, que ellos fundamentalmente estaban para asegurar que se pagara a los actores según convenio y que poco más podían hacer. En esas condiciones, ¿para qué me servía a mí mi sindicato? Yo ya cobraba mucho más que los mínimos del convenio y mi salario ya me lo negociaba mi representante. Opté por ahorrarme la cuota mensual y a otra cosa… O bueno, quiero decir, a la misma, a seguir trabajando trece horas diarias.

* * *

Era domingo y además mi cumpleaños, 19 de octubre de 1997. Tafur y yo habíamos quedado para comer juntos. Sobre las diez de la mañana me llamó. Estaba muy raro, tenso, y me dijo que tal vez no iba a poder comer conmigo. Después de una pausa, añadió:

—Pilar ha muerto.

Un millón de imágenes cruzaron por mi cabeza. Me senté e intenté tranquilizarme.

—¿Cómo ha sido? —pregunté.

—La ha encontrado Gonzalo en el suelo, en su habitación, esta mañana temprano.

Hacía casi cinco años que no nos habíamos visto ni tampoco hablado. Nuestra amistad, que había durado veinticinco años, se rompió sin estridencias desde su reacción a la marcha de Tafur. Después, supongo que mi relación con Mario tampoco había facilitado el acercamiento y la amistad con Pilar nunca se recompuso. Por otro lado, Fernando y ella, que habían sido muy amigos, también estaban distanciados. A pesar de todo, yo la seguía queriendo y, aunque la suya era una muerte anunciada porque su enfermedad se había agudizado en los últimos tiempos, la noticia me cogió de sorpresa. A pesar de su dolencia, Pilar nunca fue una enferma, siempre estuvo viva y, según me contaron, incluso la noche anterior a su muerte había estado cenando con algunos amigos.

Le dije a Tafur que quería acompañarle a ver a Gonzalo para darle un beso. No quise ver a Pilar, que aún seguía en su casa cuando llegamos. No podría soportar el recuerdo de su imagen inanimada. Abracé a su hijo entre un montón de gente que hacía lo mismo y me ofrecí a ayudarle si me necesitaba. Era un muchacho de dieciséis años, su madre había muerto y su padre jamás existió para él. Y seguía siendo el mismo niño que Pilar había dejado tantas veces en mi casa, a mi cuidado, cuando ella no podía ocuparse. El mismo niño que se

sentó a mi mesa durante años el día de Navidad.

* * *

Desde que Garci y yo habíamos retomado nuestras relaciones hablábamos a menudo. Él estaba interesado en dar con una casa en la playa y yo le encontré una estupenda, cerca de donde Tafur y yo teníamos la nuestra, de modo que en verano coincidíamos y salíamos a comer juntos. En una de esas comidas me habló de los proyectos que estaba preparando. Iba a rodar *La herida luminosa*, la obra de Josep Maria de Segarra que ya había tenido una versión cinematográfica con Arturo de Córdova y Amparo Rivelles a finales de los cincuenta, y me dijo que quería contar conmigo otra vez. También tenía pensado hacer una nueva versión de *El abuelo* de Galdós —ya había una con Fernando Rey y Analía Gadé—, pero eso sería para más adelante, lo que no impidió que me hablara largo y tendido del papel que quería que yo interpretara en ella. De momento, el proyecto de *El abuelo* era solo una idea, pero él hablaba de mi personaje como si fuéramos a rodar al día siguiente.

Yo ya había terminado *Ni contigo ni sin ti* y a los dos meses me llamaron para otra serie, esta vez en TVE. No conocía al director, pero era hijo de Antonio Mercero, con quien yo había trabajado muchos años antes en un capítulo de *Ese señor de negro*, la serie de Mingote para TVE. Ignacio Mercero resultó ser un estupendo director y agradable en el trato. Era muy joven, pero sabía bien lo que tenía entre manos. *La vida en el aire*, que así se titulaba, era una buena serie de trece capítulos que se rodaba en exteriores y en un plató de las afueras de Madrid y en la que yo hacía de ¡¡¡taxista!!!, algo completamente novedoso en mi currículum. El único inconveniente era que *La herida luminosa* y *La vida en el aire* iban a rodarse más o menos por las mismas fechas. Hablé con la producción de TVE y con la de Garci para poder compaginar los dos trabajos. Dado que en la película yo solo tendría diez o doce sesiones y en cambio el rodaje de la serie se prolongaría durante tres meses, en TVE me arreglaron el plan de trabajo para liberarme los días que me necesitara Garci y así pudiese hacer las dos cosas. Estaba encantada con la actitud comprensiva que habían tenido los de producción de la serie y llamé a Garci para decirle que todo estaba arreglado y que en Televisión me daban los días necesarios para rodar con él. Mi sorpresa fue mayúscula cuando me dijo que, aunque efectivamente yo solo trabajaría diez días en *La herida luminosa*, él quería que estuviera todo el tiempo disponible para él, por lo que tenía que elegir entre la serie o la película. Lo sentí por nuestra retomada relación y porque había dado mucho la lata a Ignacio Mercero para que me liberara esos días, pero

para cuando Garci me contó su sorprendente decisión, ya había firmado el contrato con TVE, por lo que tuve que decirle al director de *Asignatura pendiente* que lo lamentaba mucho, pero, que en esas condiciones esta vez no podría rodar con él; pero con la mano en el corazón, diré que me hubiera gustado hacer los dos trabajos. Por supuesto Garci nunca llegó a contratarme para hacer el estupendo personaje en *El abuelo* del que tanto me había hablado. Y nuestra retomada amistad volvió a dormir el sueño de los justos.

El equipo de *La vida en el aire* era muy joven. Y allí sí que la más veterana era yo, al menos eso creo, aunque sin mucho temor a equivocarme. Y eso que entonces *solo* tenía cuarenta y siete años. Por primera vez empecé a ser consciente de que, apenas sin darme cuenta, me había llegado la madurez. El cine y la televisión habían hecho el relevo generacional y casi todos los profesionales con los que yo había trabajado en los años anteriores empezaban a retirarse a sus cuarteles de invierno. No conocía a los nuevos equipos y, cuando me sonaba un apellido, se trataba invariablemente de un hijo o hija de alguien con quien yo había trabajado tiempo atrás. Me sorprendía que los jóvenes actores y los técnicos, después de horas de trabajo intenso, se fueran a cenar o a tomar copas, sin darme cuenta de que yo había hecho lo mismo hasta hacía poco tiempo. Todos tenían muchas ganas de hacer bien su trabajo y estaban muy preparados. Me llevé muy bien con la práctica totalidad del equipo de actores y técnicos que hacían conmigo *La vida en el aire* y, cuando me insistían para que fuera con ellos *de marcha*, me descubrí a mí misma diciendo que yo no estaba para esos trotes, aunque alguna vez sí les acompañé. Por cierto que Ignacio Mercero se las vio y se las deseó para encontrar una actriz que hiciera de amiga mía, o sea alguien de mi edad más o menos, y que no estuviera operada de estética. Al fin la encontró. Era algo más joven que yo y era una buenísima actriz con la que ya había coincidido en mi última película, *La sal de la vida*. Era Kiti Mánver.

En esa época de mi vida empecé a coleccionar *hijos* adolescentes en las series o películas que hacía. Algunos de esos hijos *profesionales* se han convertido con el tiempo en actores y actrices importantes, y otros, en cambio, no consiguieron abrirse camino. Es sorprendente la cantidad de nuevos actores que cada año se incorporan a la profesión y la de muchos otros jóvenes que aspiran a ello, considerándose *actores* —no sé exactamente con qué grado de precisión— sin antes subirse a un escenario o rodar un solo plano. No es raro que muchos de ellos no logren hacerse hueco, porque la industria de la ficción en España no da tanto de sí. Ocurre algo parecido con los nuevos directores. A cientos cada año consiguen hacer una primera película,

pero solo unos pocos llegan a rodar la segunda. A veces no se estrenan ni la primera ni la segunda. Y luego desaparecen del mapa. En *La vida en el aire* uno de mis hijos era Tristán Ulloa, buen actor y persona estupenda que sí fue de los que logró salir adelante brillantemente, como cualquiera puede comprobar, y no solo en su faceta de actor porque también ha dirigido una película —*Pudor*—, muy bien acogida en el momento de su estreno. Sin embargo, Eva Serrano, que hacía mi otra hija, que es muy buena actriz y por la que siento un afecto especial en el terreno personal, ha tenido muchas dificultades para afianzar su carrera. ¿Cuál es el misterio? ¿Qué es lo que realmente decide el futuro de cada uno en esta profesión? No tengo ni idea, igual que ignoro por qué unas películas funcionan en taquilla y otras no se comen ni un rosco, y creo que nadie lo sabe, porque si se conociera el secreto, con toda seguridad el cine lo producirían los bancos y el Fondo Monetario Internacional.

Mi personaje en *La vida en el aire* se llamaba Carmen y era una mujer que, por la situación económica por la que pasa su familia, se veía obligada a reciclarse en taxista. Bendije mi afición a conducir. Y el director, también. Realmente fue un rodaje muy agradable y el resultado, excelente. Lástima que TVE la boicoteara *hábilmente*. Después de dos estrenos abortados, se decidió exhibirla más de un año después de finalizado el rodaje y en La 2, mientras que simultáneamente en la Primera cadena, y a todas horas, retransmitían el Mundial de Fútbol. Era junio de 1998.

Capítulo 19

El paso del tiempo es como la comida: si no te envenena, te alimenta. Asumir los años y las experiencias vitales es un trabajo duro. No es fácil aceptar que ya no somos jóvenes y que el tiempo se está volviendo contra nosotros, pero también es apasionante el reto de reinventar en cada etapa una nueva forma de vivir, de descubrirnos a nosotros mismos y observar nuestros cambios internos o epidérmicos en cada nuevo trayecto del *viaje a ninguna parte* que es la vida. Recuerdo que un día que estaba triste y algo desconcertada le pregunté a Tafur:

—¿Qué voy a hacer ahora con mi vida?

—Vivirla —me contestó.

En aquel momento me pareció una respuesta tonta y evasiva, pero tiempo después entendí el sentido de aquella única palabra. No hay más. Solo hay que intentar vivir y tratar de entender dónde estamos en cada momento para construirlo de acuerdo con nosotros mismos y con el contexto en el que estemos.

Cuando veo a personas que son incapaces de asumir su edad, que pretenden que, cumplidos los cincuenta años, su vida sea la misma que la que tenían a los veinte, siento pena y, al mismo tiempo, un incierto temor a caer yo en eso. En la época en que vivíamos en Suiza, una tarde en que mi madre y yo paseábamos juntas, vimos acercarse a una señora muy mayor vestida como una jovencita y exageradamente maquillada. Mi madre me miró y me dijo muy seria:

—Si cuando yo sea vieja ves que hago así el ridículo, por favor, dímelo.

Ella tenía entonces cuarenta y tantos años. Cuando llegó el temido momento y le sugerí algún cambio en su forma de vestir, no me hizo el menor caso: siguió vistiéndose como una jovencita y maquillándose en exceso.

Supongo que a esa repentina reiteración de las reflexiones sobre el paso del tiempo había llegado por la experiencia recién vivida de ser la mayor del equipo de una película y escuchar durante varios días la preocupación de Ignacio Mercero porque no acababa de encontrar una actriz en la cuarentena que no se hubiera hecho un *lifting*. (Advertencia a las compañeras que ahora rondan esa edad: el *lifting* da fatal en cámara). Aquello me hizo pensar. Yo siempre tuve claro que no me estiraría la piel. Cada vez que veía a una mujer operada se daba una de estas dos posibilidades: o bien había quedado peor que antes o, en el mejor de los casos, se notaba que estaba *bien operada*. Además, ¿quién te va a ofrecer un papel de mujer de treinta años si tienes

cincuenta? Por muy joven que tu operación de estética te haga parecer, los años los llevas encima y no hay cirujano que sea capaz de quitarte las arrugas del corazón o que te pueda devolver el brillo de la mirada. No. Si te dedicas solo a intentar mantenerte joven, pierdes la oportunidad de experimentar las nuevas etapas que van llegando, con lo que no solo te perderás muchas cosas sino que estarás enzarzada en una batalla inacabable y condenada de antemano al fracaso. Todas estas disquisiciones no han impedido que siempre haya procurado cuidarme un poco y permanecer atenta y alerta ante las novedades que la vida pueda ofrecerme, para así mantenerme lo más joven y despierta posible. Pero más allá… Más allá, en lugar de dar, quita.

Por cierto, hablando de *liftings*, me acabo de acordar de algo que sucedió muchos años atrás en aquella Semana de Cine Español en Buenos Aires de 1987. Como era costumbre en ese tipo de eventos, la embajada de España ofrecía un cóctel a los miembros de la delegación española que acompañaba a las películas. Y allá fuimos todos empingorotados una mañana. A la puerta nos recibían y saludaban uno por uno el embajador y su señora, que, como es parte de su trabajo, eran de oficio encantadores. Al saludar a la *embajadora*, ella hizo muchos aspavientos y me prodigó toda clase de elogios encendidos, pero de pronto… se quedó mirándome fijamente y, sin dejar el tono de admiración y en presencia de todos, dijo:

—Pero chica… ¿quién te ha operado que te ha dejado tan bien?

Yo tenía entonces treinta y siete años y, no es por nada, pero estaba muy bien. Sentí mucho no poder dar a la *embajadora* las coordenadas de mi cirujano porque, por supuesto, no me había operado.

* * *

Como era previsible, aunque no deseable, mi madre se separó de su tercer marido. Una vez que había montado el numerito de la boda y de su correspondiente *cobertura mediática* y pasados los primeros dos años de luna de miel gallega, el tema había dejado de interesarle. Tampoco parecía que mi padre hubiera *reaccionado* y, según imagino, ese silencio había sido determinante para que el matrimonio con el anciano caballero perdiera todo su sentido. No sé muy bien qué es lo que mi madre había supuesto como una posible reacción positiva suya. Ramón Pardo Arias era ya un hombre bastante mayor y enfermo. Tenía ochenta y nueve años y vivía con una sobrina, que era hija de un primo, porque mi padre, al ser hijo único, no tenía sobrinos carnales.

Abortada la *operación matrimonio*, mi madre decidió instalarse en Málaga una vez más porque allí vivía mi hermano pequeño con su

familia. Un día de finales de abril de 1998 recibí una llamada suya. Estaba llorando.

—Tu padre ha muerto —me dijo—. El mundo se ha quedado vacío para mí.

Y sí. Entonces la creí. Durante sesenta años Ramón Pardo había sido el motor de la vida de mi madre. Por caminos equivocados o erráticos probablemente, pero no cabía duda de que casi todos los actos de Asunción Gil, año tras año, habían tenido un mismo y único objetivo: hacerse visible a los ojos de mi padre y demostrarle que tenía una vida maravillosa.

¿Había estado enamorada de él? ¿Le había amado alguna vez? Sinceramente, no lo sé. Lo que yo entiendo por amor tiene poco que ver con lo que vi hacer a mi madre toda su vida, así que no puedo saber si lo suyo lo era o no lo era… ¿Y él? Después de la espantada de aquella boda que nunca se celebró, ¿la habría echado de menos *el resto de su vida*, como ella decía? Si fue así, la suya era una historia muy triste, y ellos dos personas que tal vez se añoraron siempre, pero fueron incapaces de saber amarse.

En cuanto a mí, creo que no sabía bien qué sentir tras recibir la noticia del fallecimiento de mi padre. Esa indefinición mía en ese momento puede sonar como algo raro. Se supone que los sentimientos nos invaden, que no podemos elegirlos, pero quizás debido a mi *deformación profesional*, en algunas ocasiones de mi vida me he encontrado a mí misma intentando *elegir* un sentimiento ante una situación concreta. ¿Estaba triste? ¿Me sentía aún más huérfana?

Tardé bastante tiempo en descubrir cómo tenía que manejar la desaparición de alguien que en realidad solo había estado presente en mi vida a partir de la mirada de mi madre. Sí. La relación entre mi padre y yo había sido siempre a través de persona interpuesta. Nunca le había visto reír, nunca le había oído conversar, no sabía cómo reaccionaba ante una buena noticia, no había presenciado cómo se enfadaba, aunque tal vez aquel único día en que le vi sí había llegado a percibir su forma de entristecerse. En definitiva, nunca habíamos sido *él y yo*, nunca habíamos tenido una relación íntima, exclusiva, descontaminada de la historia de amor-desamor que había vivido con mi madre y que había condicionado las vidas de los tres.

En realidad, yo no sabía qué tipo de ser humano era mi padre. ¿Cómo habría vivido él, en su interior, la existencia de una hija a la que negaba públicamente? Esa era una pregunta para la que ya nunca podría tener una respuesta. Y eso fue lo que más lamenté, ya nunca podría saber de él, desde él. Por eso, y por estúpido que pueda parecer, también yo sentí un vacío. La figura, omnipresente y siempre

ausente en mi vida, la figura de mi padre, se desdibujaba todavía más con su muerte. Me había fabricado su imagen con los retales aportados por los demás, pegándolos como en un *collage*, uniéndolos entre sí e hilvanándolos con el hilo de mi propia necesidad de consuelo. Yo me había contado que sus circunstancias le habían impedido acercarse a mí. Le había exculpado. No podía soportar la idea de una madre que no me gustaba, una madre tan distante y tan distinta a mí, y un padre inexistente. Puesto que me era imposible reconocerme en mi madre, necesitaba reconocerme en él. Por eso fabriqué una imagen de él que me envolviera, que me permitiera sentir que lo que yo era venía de algún lugar sólido y reconocible. Necesitaba alguien con quien identificarme.

En los últimos años yo esperaba que, al menos cuando muriera, mi padre hiciera alguna mención de mi existencia en su testamento, y no lo esperaba sin razón. Lo que había hecho que ese pensamiento fuera madurando en mi cabeza era un comentario de un primo suyo, un dentista al que mi madre y yo acudíamos con frecuencia:

—Tienes que comprender que ahora su situación es complicada —me dijo un día—. Está casado y hablar de ti le traería problemas, pero quizás tu padre te reconozca a su muerte. Ya que no puede hacerlo en vida, tratará de dejar esto solucionado para después. De hecho, no hace mucho, él mismo me dejó caer algo así.

Y yo, que me agarraba a un clavo ardiendo y guardaba en el corazón cualquier comentario que los demás dejaran caer sobre lo que mi padre pudiera sentir respecto a mí, me lo creí… porque necesitaba creerlo. Si mi padre me reconocía en sus últimas voluntades, significaría que al menos le había importado algo, que había pensado en mí, que no había estado completamente huérfana.

Pero él había muerto y tampoco ahora me había hecho ninguna señal.

Como tantas otras veces en mi vida, guardé en el fondo del saco de las frustraciones, que por entonces ya estaba bastante lleno, el último dolor que la definitiva ausencia de mi padre me causaba y dejé sitio en él para los dolores aplazados que sin duda conllevaría la desaparición de Ramón Pardo.

* * *

Un día decidí que no quería seguir viviendo sola en mi casa de siempre, el lugar donde mi hijo había crecido y que había compartido durante veintitrés años con José Luis. Mi último perro, Manolo, había muerto atropellado tres años atrás y yo lo había pasado muy mal y por esa razón no había querido tener otro. La casa era demasiado grande y estaba muy vacía. Ya no respondía a mis necesidades, pero tampoco

quería venderla, así que me compré un piso a la medida del momento que estaba viviendo y le sugerí a Tafur que dejara el apartamento que había alquilado y volviera al domicilio *familiar*.

Me hacía cierta ilusión organizar un espacio pensado solo para mí. Era un ático con una hermosa terraza y situado muy cerca del que había sido mi barrio a lo largo de los últimos veintiocho años. No me llevé casi nada de la antigua casa al nuevo piso. Como Tafur años atrás, tampoco yo quería dejar huecos en el lugar al que ahora iba a volver él y, con toda probabilidad, mi hijo cada vez que estuviera en Madrid.

Una vez instalada en la nueva casa y pasados los primeros meses, descubrí que también era demasiado grande para mí sola. En fin, que lo que realmente descubrí fue que no quería seguir sin nadie que me esperase en ella… y volví a enamorarme. Paseando por un centro comercial cercano vi al que sería mi compañero durante los siguientes catorce años. Un compañero dulce, simpático, exigente y muy listo, que compartió conmigo sofá, conversaciones, cama, viajes y vida, en definitiva, un gran amor. Era blanco, pero tenía grandes manchas negras y una de ellas —en el lado izquierdo— en forma de corazón; con su morrito muy alargado me miraba expectante a través del vidrio del escaparate y, según me pareció, también enamorado. Cuando le conocí tenía tres meses y fue un auténtico flechazo. Pese a eso, no me decidía a vivir con él. Aún estaba muy cerca la pérdida de Manolo y no estaba segura de querer volver a responsabilizarme de un perro. Fernando acabó con mis dudas. Me lo regaló sin previo aviso y, junto con su amor, Morgan ha sido lo mejor que me ha dado.

Pero ese no fue el único regalo especial de Fernando por entonces. Me hizo otro, esta vez sin patas. Dos años antes había escrito un guion para mí titulado *¡Abrázame y calla!* Era una comedia loca protagonizada por una jueza cleptómana a la que de pronto nombraban ministra de Justicia, y ese era el papel que tenía reservado para mí. Andaba buscando productor, cuando TVE, que pretendía retomar la grabación y emisión de los clásicos *Estudio 1*, le ofreció la realización de uno de ellos, dejándole la libertad para elegir el título. Pensando en hacer manos para su película, escogió otra *screwball comedy* —que dicen en el programa de Garci—, *Usted puede ser un asesino*, la divertida obra de Alfonso Paso, que tenía un personaje protagónico que a mí me iba que ni pintado. Fernando hizo una estupenda adaptación a los tiempos que corrían —la obra era de los años cincuenta y estábamos en el 2000—, muy libre en los diálogos, que estaban algo obsoletos, y muy fiel a la estructura. Me hice cargo del personaje que había interpretado magistralmente Amparo Soler

Leal en la película de Forqué. Margarita era un bombón de papel y, con todas las modestias aparte que se quieran y salvando las distancias, creo que yo lo hice muy bien. Mi marido en la ficción era una vez más Juan Luis Galiardo, y Jesús Bonilla e Isabel Ordaz encarnaban al matrimonio amigo. El comisario lo interpretó estupendamente Paco Merino, un actor que a Fernando le gustaba mucho. La verdad es que todos hicimos un buen trabajo a pesar de que Juan Luis decidiera que no tenía que estudiar —andaba liado con una película de García Sánchez y con la producción de un proyecto de una serie sobre la Guardia Civil—, de manera que llegaba a las grabaciones sin mucha idea de lo que tenía que decir. Lo cierto es que nos hizo sufrir lo suyo, pero días después de la grabación, llamó a Fernando para pedirle disculpas, decirle lo mucho que le quería y, de paso, invitarle a cenar y… ¡a bailar! Creo recordar que incluso le envió unas flores. ¡Cosas de Galiardo! ¡Ah! Y de *¡Abrázame y calla!* Nunca más se supo. Como tantas otras veces, el proyecto duerme en un cajón.

* * *

Mi relación con Fernando se afianzaba. Nos encontrábamos cada vez mejor juntos, aunque seguíamos viviendo cada uno en su casa. A finales del 94, después de terminar *La Regenta* le habían encargado poner en marcha una nueva escuela de cine en Madrid, patrocinada por la Academia de Cine y que financiaban la Comunidad, la SGAE y la sociedad de gestión de derechos de los productores, y que se conocería después por sus siglas como la ECAM. Era un trabajo que le hacía mucha ilusión y a ello se había dedicado casi por completo desde entonces. Yo, por mi parte, seguía trabajando, aunque empezaba a notar que las llamadas se espaciaban y que —no hay mal que por bien no venga— eso me dejaba más tiempo libre. Naturalmente, el tiempo libre conllevaba que pensara más, pero no siempre mejor. Mi hijo seguía trabajando en Londres y le iba francamente bien. Y Tafur se había trasladado a la vieja casa familiar.

Hice un cortometraje que dirigía Jaime Magdalena, hijo de mis íntimos amigos Ricardo y Pilar, y lo pasé muy bien trabajando con Miguel Rellán y Beatriz Carvajal. Pero algo se estaba moviendo en todos los frentes. Pese a la presencia constante y a las atenciones que me prodigaba mi enamorado Morgan, yo seguía sintiéndome rara en mi nueva casa. Tenía la incómoda sensación de que ese no era mi sitio. Tampoco me gustaba el escaso trabajo que me ofrecían, aunque lo hacía lo mejor que sabía. Pero sin disfrutar tanto como antaño. Empezaba a intuir que tendría que hacer cambios. Creo haber dicho ya —y si no es así, lo digo ahora— que siempre he tenido suerte

porque cuando he necesitado alguna muleta de cualquier tipo a lo largo de mi vida, ha aparecido algo o alguien que ha venido en mi auxilio. Esta vez, también.

Capítulo 20

Iban a ocurrir bastantes cosas en los últimos meses de 1999 y el año 2000 sería un punto y aparte en mi vida. Los cambios empezaron cuando mi hijo y su padre decidieron que había que vender la vieja casa de toda la vida y comprar otra de la que ambos se habían enamorado y que resultaba ser una oportunidad única. Yo, supongo que animada también a cambiar de vida por no ser menos, decidí que mi nuevo piso no me gustaba y que quizás iba siendo hora de convivir con Fernando. Llevaba ocho años viviendo sola y casi seis de relaciones con él. Había llegado el momento de dar un paso más. Mi perro y yo nos trasladamos a nuestro nuevo hogar, donde Fernando nos esperaba hacía tiempo con los brazos abiertos y dispuesto a disputarme el amor de Morgan.

De todos esos movimientos no di parte a mi madre, que seguía viviendo en Málaga y a la que tampoco había querido contar cuál era mi situación sentimental, no fuera a ser que quisiera conocer a Fernando y, de paso, ponerle verde. Ya había tenido bastante con soportar su horrible relación con José Luis, que él había aguantado estoicamente. No estaba dispuesta a correr por segunda vez un riesgo que podía acabar implicando que Fernando saliera por pies. Me parecía una imprudencia innecesaria. No todos los días se encuentra una oportunidad, como la que yo tenía ahora, de compartir la vida, una vez más, con alguien a quien amas.

Y mi buena suerte, en el terreno profesional, apareció encarnada en Cristina Higueras, mi compañera de *Hermanos de leche*. Un día me llamó para decirme que creía haber encontrado una función perfecta para las dos, que le gustaría que la leyera y que, si me gustaba, le encantaría que nos asociáramos como productoras para el montaje de ese proyecto. Hacía veintisiete años que yo no pisaba un escenario. Mi carrera había ido por otros derroteros a pesar de que mi formación había sido en una escuela de arte dramático y no en la de cine ni la de televisión, los medios en que luego había trabajado, salvo en la primerísima etapa de mi trayectoria. Pero eso no había impedido que con relativa frecuencia recordara con nostalgia el teatro, porque lo cierto es que no se había dado una buena oportunidad para mi regreso. Leí con ilusión el texto, aunque más o menos sabía de qué se trataba porque era una versión femenina de *La extraña pareja*, que protagonizada por hombres había supuesto el lanzamiento de la pareja Jack Lemmon y Walter Matthau, que el propio Neil Simon había escrito en 1985. Cristina había comprado los derechos y, antes de empezar a levantar el proyecto, había pensado en mí. Habíamos

hablado hacía tiempo de lo mucho que nos apetecía volver a trabajar juntas y esta podía ser la ocasión perfecta.

Sin embargo, de repente y a pesar de lo mucho que me había gustado el texto, de las ganas que tenía de volver al teatro, de lo agradable que resultaría trabajar sobre el escenario con Cristina y del reto novedoso que suponía hacer también la producción, me entró el pánico. ¿Sería yo capaz de retomar, veintisiete años después, el trabajo sobre un escenario? ¿Sabría cómo hacerlo? Y eso de meterme a producir… ¡Yo jamás había hecho eso!

Como siempre que había querido hacer algo que me daba miedo, opté por no pensar y tirarme a la piscina. Sabía que si me permitía dudar un solo segundo, no lo haría. Y necesitaba hacerlo. Necesitaba dar un giro a mi trabajo y retomar un mínimo control sobre él. Además era muy apetecible poder decidir quién va a dirigirte y quiénes serán los compañeros que van a trabajar contigo. Intuía que la labor de producción creativa me iba a gustar mucho. Sin perder un minuto más, llamé a Cristina y le dije:

—¡Adelante, estoy dispuesta! ¿Por dónde empezamos?

Así comenzó una colaboración que se planteó para un proyecto y que nos llevó hasta el año 2011 sin interrupción y a estrenar durante ese periodo cinco espectáculos. Recuerdo que a los cinco días de nuestro primer estreno, un amigo mío actor me preguntó:

—¿Qué? ¿Ya os habéis peleado o todavía no?

Pues no, no nos habíamos peleado y tampoco lo hicimos en once años de trabajo continuado, de viajes, de nervios, de estrenos, de temores al fracaso, de fracasos, de laboriosas gestiones administrativas y relaciones públicas, de soportar zancadillas, pero también de estrenos felices, de grandes teatros abarrotados, de buenas críticas y de éxitos tranquilizadores. Jamás hemos tenido una discusión más allá de las derivadas de los normales distintos puntos de vista acerca de cuestiones de la producción. De manera natural nos repartimos los personajes, nunca quisimos hacer el de la otra y jamás nos fijamos en cuál de ellos sería más largo o vistoso, solo en cuál de ellos era el más adecuado para la personalidad y características de cada una de nosotras. Tampoco discutimos nunca sobre quién iría la primera en el cartel y, o bien nos jugábamos el primer puesto tirando una moneda al aire, o lo hacíamos por turnos: tú en la fachada del teatro, yo en los carteles, yo en Madrid, tú en la gira… En el escenario nuestra comunicación es estupenda y cada una de nosotras sabía cuándo debía retroceder al segundo plano en beneficio del espectáculo.

Cristina y yo no nos peleamos nunca, pero en aquel momento y ante la broma de mi amigo actor, que por otro lado es una broma

habitual en el medio siempre que dos primeras actrices comparten cabecera de cartel, me pregunté por qué a él y a la profesión en general les resultaba tan difícil de entender nuestra buena relación profesional, y acabé concluyendo que la causa, sin duda, está en el ego de los actores. Y si encima son dos mujeres las que se enfrentan en el escenario, la cosa se pone complicada. No se trata de que Cristina y yo carezcamos de ego, porque lo tenemos como todos los actores, pero en nuestro caso ese ego está muy matizado por el deseo de que el *bien común*, o sea, nuestras producciones, estén por encima de todo. Nuestra pasión por hacerlo bien prevalece sobre las naturales *pasiones* humanas, es decir, que no tenemos tiempo para permitirnos tonterías egocéntricas.

Las dos somos exigentes y cuidadosas a la hora de trabajar y jamás hemos pedido a nadie de la compañía algo de lo que nosotras no estemos dispuestas a dar. Por ejemplo, siempre hemos llegado a los primeros ensayos con el papel perfectamente aprendido y eso mismo pedimos al resto de la compañía, porque esa es la base para poder construir y trabajar los personajes. Siempre hemos tenido claro que una pequeña compañía privada no dispone de los mismos recursos que un teatro nacional o una gran empresa de producción, por lo que los ensayos no se pueden eternizar. El tiempo es limitado y para poner en pie una obra de teatro hay que hacer mucho trabajo en pocas semanas.

Tampoco hemos podido permitirnos pagar sueldos muy altos, pero eso sí, jamás hemos dejado a deber nada a nadie, tanto si nos iba bien como si no entraban ni curiosos en el teatro. Eso nos ha obligado a tener mucho cuidado en calcular bien los salarios que podemos ofrecer, porque de ninguna manera nos permitimos dejar de cumplir las obligaciones que hemos contraído. Por eso, cuando oigo a compañeros quejarse de que algunos productores teatrales les deben dinero porque aún no han cobrado de los ayuntamientos o porque les ha ido mal, lo que cada día es más frecuente, me irrito mucho. Nosotras hemos contado siempre con nuestro dinero para cubrir los gastos de la producción, no con los posibles beneficios. Cierto es también que cuando alguna vez hemos ganado más dinero de lo esperado, no lo hemos compartido con nadie. Lo consideramos nuestro y punto.

Con estas novedades, mi forma de vivir iba a cambiar en todos los aspectos al doblar el siglo. Volvía a convivir con alguien y a compartir casa y retomaba mi carrera en el teatro. Me ilusionaba esta nueva etapa, este giro de mi biografía. En general, los cambios me asustan un poco, pero los retos me estimulan y me gusta demostrarme a mí

misma que soy capaz de superar o resolver problemas. Cuando era joven tenía muchos miedos y poca confianza en mis capacidades. Siempre pensaba que los demás eran más inteligentes y estaban más preparados que yo para todo, y es posible que así fuera. Pero si uno no intenta superarse a sí mismo, nadie lo va a hacer por ti, así que un día decidí llevar mi vida hacia delante lo mejor que pudiera y dejé de preocuparme de si los demás eran mejores que yo o no. Con el paso de los años y las muchas cosas que he tenido que ir resolviendo y los escollos que he superado, me he vuelto un poco más *fan* de mí misma y me siento infinitamente más segura ante la vida y sus retos. Pero también he aprendido que cuando hay un problema que no puedo resolver, debo aceptarlo e intentar minimizar el impacto en mi autoestima. Si no lo puedo arreglar me digo a mí misma: será que no tiene arreglo. Y no me complico mucho más. Así que, ¿quién dijo que no tengo ego?

* * *

Tal vez a estas alturas de la película alguien se haya fijado en que no he mencionado si conocí o me relacioné de alguna manera con políticos o majestades. Pues, por si a alguien le interesa, diré que sí, que me invitaron más de una vez a La Moncloa y La Zarzuela, que fui en varias ocasiones al Palacio Real cuando el rey aún recibía, creo que por su santo, a *los del espectáculo*, y que me invitó a comer en su casa un presidente del Gobierno. También celebré la aprobación de la Constitución con los padres de la patria y asistí a algún encuentro con los responsables de la cultura oficial en campaña electoral. Y, por supuesto, he estado en contacto con la práctica totalidad de los directores generales de cine y TVE. En fin, he conocido a muchos de los que han mandado en este país desde los tiempos remotos de mi entrevista con Fraga Iribarne hasta la otra noche que cené con una dama notable de la política española. Pero, sinceramente, no se me ocurre mucho que decir de ellos porque no me han impresionado demasiado, aunque con el tiempo sí me he sentido bastante interesada por la política. Mi opinión es que algunos son muy buenos actores y otros pésimos. Últimamente proliferan los caricatos y algún que otro payaso. Y como al fin y al cabo yo siempre tuve la suerte de codearme con los mejores de mi profesión, las actuaciones de los políticos, en general, nunca me han parecido merecedoras de un Goya. Eso no quita para que reconozca que el hecho de ser invitada por ellos tiene cierto morbo. Supongo que más o menos el mismo que tendría si a mí se me ocurriera invitar a cenar en mi casa al señor que está sentado en la tercera fila viéndome actuar en el escenario o a la señora que me ve en la sobremesa inventando toda clase de maldades en *Amar en*

tiempos revueltos. A estos improvisados convidados a mi mesa les haría gracia ver cómo soy en persona, igual que a mí me intrigaba descubrir cómo eran en la distancia corta aquellos señores que ostentaban las altas magistraturas del Estado. Y en alguna de esas ocasiones en que los he tenido suficientemente cerca he pensado: «¡Dios mío, pero en qué manos estamos!».

Al hilo de esta breve reflexión sobre los políticos he recordado una anécdota que tiene cierta gracia. Yendo en un avión con Tafur, allá por los ochenta, hojeaba una revista de las llamadas «del corazón» y me encontré con un comentario pretendidamente malicioso que decía así: «¿Quién es la actriz de origen italiano que se relaciona sentimentalmente con el ministro del Interior, José Barrionuevo?».

—¿Quién será? —le pregunté a José Luis.

—Ni idea —contestó él.

Al llegar a Madrid, me llamó Pilar Miró.

—¿Cómo estáis? —me preguntó en un tono como preocupado.

—Bien —contesté yo.

—…Y ¿cómo lleváis el asunto del que habla todo el mundo?

—¿Qué asunto? —pregunté sin entender nada.

—¡Venga ya, Faltoyano!... Lo de tu relación con Barrionuevo.

¡Así que la actriz *de origen italiano* que andaba en relaciones con el ministro era yo! Menos mal que me dio por reír. ¡Nada menos que un ministro, y del Interior, en mi currículum sentimental! No estaba nada mal, sobre todo teniendo en cuenta que yo jamás había visto en carne mortal a aquel señor. La cosa tenía su gracia. Aunque, desde luego, nada que ver con mi realidad en ese momento. Pero ¿qué imaginaba la gente sobre mí?, me preguntaba asombrada. En fin, ya vengo advirtiendo al paciente lector que en mi vida nada es lo que parece.

* * *

Cristina Higueras y yo empezamos a preparar la producción de *Ellas, la extraña pareja*. Me gustó mucho esa fase del trabajo que yo nunca había hecho antes. Buscar director, pensar en quién se encargaría del diseño del decorado o del vestuario, ir *vendiendo* el espectáculo. Nueva Comedia, la empresa de Cristina a la que yo me había asociado, ya estaba bastante rodada y había un director de producción y distribuidor que se había encargado de ese trabajo desde el principio y que además, según ella misma me contó, era buen amigo de la Higueras. Yo, que entonces no sabía demasiado de cómo se movían los hilos de la producción/distribución teatral, me dejé llevar.

Decidimos que Eusebio Lázaro se hiciera cargo de la dirección de la obra. Era un magnífico actor con el que yo había trabajado

ocasionalmente, pero que también me había dirigido en un mediometraje titulado *La cena* y que rodamos en aquel aciago agosto de 1992. Como pudimos comprobar enseguida, Eusebio es un buen director, muy creativo y entregado a su trabajo, además de una persona extraordinaria, lo que nos demostraría a Cristina y a mí en unos momentos muy difíciles, dos años después. Siempre aportaba ideas brillantes, sabía ajustarse de la misma manera a las necesidades creativas de la función y al mismo tiempo al presupuesto y condiciones con que contaba, por lo que era sencillo trabajar con él.

Para estar más segura de mí misma, me puse a régimen. Quería estar en plena forma para mi regreso al escenario. En el teatro la figura está más expuesta y cualquier descompensación queda patente, al desnudo. No caben los trucos de cámara, filtros y montaje que proporciona el cine. Y yo quería estar en plena forma para mi regreso a los escenarios. Estaba muy motivada y me lo pasaba bien ideando cosas que aportar a Flori, mi personaje en *La extraña pareja*.

El día del estreno en Palencia estaba bastante tranquila. No me permití pensar mucho en el trabajo que iba a desarrollar porque sabía muy bien que si dudaba no saldría al escenario. Afortunadamente el público respondió a nuestra actuación con carcajadas desde el primer momento y yo volví a sentir esa inmediatez en la respuesta que el teatro siempre proporciona —para bien o para mal—, ese calor del público que desde luego el cine no puede ofrecer. La gira me proporcionó muchas satisfacciones. La primera de ellas fue que volví a Málaga, pero esta vez a actuar después de no haberlo hecho durante treinta y cinco años. Me recibieron con un lleno absoluto en el teatro Cervantes y tanto la prensa como el público, mis compañeros del ARA y las autoridades en pleno me demostraron su afecto. El alcalde, Francisco de la Torre, me envió un hermoso ramo de flores con una tarjeta en la que me daba la bienvenida a casa. Y… todo eso sin que supieran que realmente yo *era* de Málaga, que la verdad era que yo *había nacido* allí. (Nota al margen: supongo que ahora no tendrán más remedio que hacerme *hija predilecta* de la ciudad). Fue una noche muy emotiva. Lo cierto es que Málaga siempre me ha tratado muy bien. Años más tarde me nombraron *madrina* del teatro Echegaray después de su remodelación y tuve la satisfacción de que solicitaran mi colaboración en la organización de un gran homenaje en honor de Ángeles Rubio Argüelles. Fue mía la idea de que había que escribir un libro sobre ella, su historia, su personalidad y su trabajo; sobre su teatro y su escuela. Sugerí a los organizadores el nombre de quien debía escribirlo y me hicieron caso. El resultado fue un estupendo y bien documentado libro firmado por Jesús García de Dueñas.

Pero esa gira me proporcionó también una sorpresa en el terreno personal. Estábamos representando la obra en León cuando, en el entreacto, un acomodador entró en el camerino y me entregó una tarjeta de visita. Era de una señora que decía ser amiga de mi madre y me preguntaba si yo podría recibirla al final de la representación. Naturalmente dije que sí. Más tarde, ya terminada la función y cuando ya me había puesto mi ropa de calle, entró en el camerino una señora muy guapa y muy elegante. No supe calcular su edad, después me enteré de que tenía siete años más que yo, aunque no lo parecía en absoluto. Me dijo quién era en realidad. Conocía a mi madre, sí, pero desde luego esa no era la razón de su visita. Su visita era para decirme que ¡ella era prima mía!

Su padre y mi padre eran primos carnales. Nuestras respectivas abuelas habían sido hermanas. Me emocioné. Alguien, cuya existencia ni siquiera conocía, irrumpía en mi vida para reconocerme como su familia. Era la primera vez que una persona de la familia cercana de Ramón Pardo se dirigía a mí y en esos términos de reconocimiento y afecto. Ese *breve encuentro* contenía un mensaje muy explícito: mi nueva prima me decía que sentía mucho que yo no hubiera tenido la oportunidad de estar con mi padre. Dijo poco más. Era extremadamente discreta y elegante y solo me pidió dos cosas: una era que no comentara con mi madre su visita; la otra, que si le podía dar mi dirección porque quería enviarme algunas pequeñas cosas que ella tenía y que habían pertenecido a mi abuela. Quería que yo tuviera al menos un pequeño recuerdo de la familia que nunca conocí.

Cuando salió del camerino yo tenía un nudo en la garganta. Ella era, por fin, un hilo de unión con mi padre, un hilo que apenas resistiría cualquier pequeña tensión, y yo no quería romperlo porque me negaba a que mi padre se difuminase de nuevo y, con él, mi contacto con esa parte de mí, con *los míos* de la rama paterna. No, por supuesto que no le contaría a mi madre que había conocido a María Luisa. A mi prima María Luisa.

Nunca podré agradecer bastante aquella visita y las cosas que enseguida me envió a Madrid. Eran algunas fotos de mi padre, unos cubiertos de plata que procedían de la casa de mi abuela, con los que ella y, presumiblemente, mi padre, habrían comido, y un abanico también de la abuela. Un tanto ingenuamente me pregunté entonces por qué no habría hecho lo mismo que María Luisa mi otra prima, la que había vivido con mi padre en los últimos años de su vida, que, como era natural ya que era la beneficiaria absoluta de su herencia, no solo debía de tener muchas más cosas que habían pertenecido a mi familia, sino que por haber convivido con mi padre, podía haberme

contado cómo era, haberme hablado de él, darme fotos de mis abuelos, decirme dónde estaba enterrado… o, en fin, tratar de proporcionarme un indicio que me permitiese entender por qué mi padre nunca se acercó a mí. Pero no, esa otra prima no lo hizo, pese a que tenía que conocer perfectamente mi existencia y mi parentesco con Ramón Pardo Arias. Mi padre.

Mi hijo, que estaba en Madrid, anunció que su novia iba a venir a conocernos en los próximos días. Según nos contó Daniel, ella era oriunda de Bermudas, aunque en ese momento también vivía y trabajaba en Londres, en donde se habían conocido, era abogada y muy guapa. Llevaban un par de años de relaciones y parecía que las cosas se ponían serias, así que había que ir conociendo a la familia. En efecto, Sarah me pareció muy guapa, muy *british* y muy simpática. Mi único temor radicaba en la posibilidad de que, si se casaban, Daniel no volviera nunca a vivir en España. Pero de momento, la boda no figuraba en la agenda y pensé que ya cruzaría ese puente cuando llegásemos a él. Tafur estuvo coqueto y encantador con ella, el encuentro fue muy grato y se produjo con toda naturalidad. Así que todos estábamos contentos. Mi hijo había elegido bien.

El que sí tenía en su agenda inmediata su próxima boda era mi hermano Tino. Había previsto casarse en un par de meses y no se le ocurrió nada mejor que pedirme que fuera su madrina. Decía que me prefería a mí que a mamá para esa misión. Naturalmente me negué. Le convencí de que era su madre, y no yo, quien debía cargar con la tarea de llevarle al matadero… Evidentemente no era porque no me hiciera ilusión ser la madrina de boda de mi hermano, pero ¡lo único que me faltaba a mí era un desencuentro más con mi madre!

El 27 de mayo de 2001 por la noche estaba sentada tranquilamente ante el televisor, recuerdo que bastante cansada porque le acababa de decir a Fernando que me iba a ir a la cama enseguida. No me había sentado en todo el día y estaba realmente molida. Entonces sonó el teléfono. Era Daniel, que estaba en Madrid pasando unos días:

—Mamá, estoy en el hospital con papá. Se ha caído en casa y creo que se ha roto varias vértebras… Ven.

Cuando llegué a urgencias lo primero que vi fue a Tafur en una silla de ruedas, con un collarín y gritando:

—¡No me quiero morir, no me quiero morir!

Y a una doctora que empujaba la silla y le contestaba bajito, pero enérgicamente:

—Si no se calla y se está quieto, eso es lo que le va a pasar.

Mano de santo. Se calló. Ya he contado que José Luis tenía

verdadera fobia a enfermedades y hospitales. Su teoría era que la enfermedad es humillante y que hay que alejarse lo más posible de todo aquello que huela a dolor. No era capaz de relacionarse con el dolor físico o espiritual. Ni con el propio ni con el ajeno.

Estuvo casi un mes en el hospital, inmovilizado por completo, y otros dos meses más en su casa con un aparato verdaderamente terrible que le mantenía inmóvil el cuerpo de cintura para arriba y que se sujetaba a la cabeza con cuatro clavos clavados en su sien. Los testimonios gráficos de esos momentos son espeluznantes. Había que organizar toda una infraestructura para cuidar de él y, como Daniel tenía que volver a su trabajo en Londres, fui yo la que me ocupé de atenderle durante todo aquel proceso.

Creo que fue entonces cuando se desencadenó la tragedia. Nadie puede estar seguro, pero yo no puedo dejar de pensar que, debido a esa desafortunada caída, ocurrió todo lo que vendría después. Cuando fuimos a que le retiraran el aparato de tortura que le habían colocado tres meses antes, aparentemente todo estaba bien. No se habían detectado más lesiones y, gracias a su fuerza de voluntad y a cómo se había ejercitado de cintura para abajo estaba en plena forma. A eso había ayudado que también en esos meses ejercitó la cabeza escribiendo su segundo libro de poemas, *Balance provisional*. Le dieron el alta y yo pude volver a mi rutina, que, a decir verdad, nunca ha sido demasiado rutinaria, valga la redundancia.

* * *

Ellas, la extraña pareja se había estrenado en el teatro Arlequín de Madrid y había ido muy bien, igual que antes la gira por España. Pasados unos meses, Cristina y yo nos echábamos de menos y añorábamos también la adrenalina del escenario, así que buscamos una nueva obra para producir e interpretar juntas. Encargamos un texto original, pero la cosa no funcionó y de pronto nos encontramos con toda la producción preparada para un espectáculo que no existía. Cristina guardaba en un cajón una función que José Luis Alonso de Santos le había enviado años atrás. No estaba ni mal ni bien. A su favor tenía que había dos personajes femeninos potentes y dos personajes masculinos de apoyo. En su contra, prácticamente todo lo demás. Pero contábamos con el Centro Cultural de la Villa de Madrid (el actual teatro Fernán Gómez), en la plaza de Colón madrileña, que nos había ofrecido su escenario para la celebración del próximo aniversario de la compañía Nueva Comedia. La empresa que había levantado con esfuerzo y talento la Higueras y de la que ahora yo era socia iba a cumplir diez años. Y no estábamos dispuestas a dejar pasar esa oportunidad poniéndonos exquisitas en la elección de la obra. No

siempre es fácil conseguir local para estrenar y, en cambio, en esta ocasión la dirección del teatro ni siquiera nos había preguntado con qué texto queríamos festejar ese cumpleaños. Confiaban plenamente en nosotras. Y nosotras no teníamos obra.

No nos quedaba otra salida, así que nos decidimos a seguir adelante con *La comedia de Carla y Luisa*, aunque, eso sí, le pedimos a Alonso de Santos que le diera una vuelta al texto antes de empezar a ensayar porque ya habían pasado unos años desde que la había escrito y resultaba evidente que la obra necesitaba arreglos. Cuando, un mes después, nos reenvió el texto, todo lo que había modificado era una frase —que simplemente había desaparecido del texto—, en la que se hacía una alusión despectiva al *señor del bigote*, en clara referencia a José María Aznar. Tal vez la razón última de dicha mutilación fuera que el señor del bigote en cuestión en ese momento ya se había convertido en presidente del Gobierno y al mismo tiempo el señor Alonso de Santos había sido nombrado director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Ni una coma más consideró el autor de *La comedia de Carla y Luisa* que había que cambiar.

Por segunda vez contamos con Eusebio Lázaro para dirigir, que se desvivió para sacar algo de brillo a aquel texto que tampoco le gustaba demasiado. Lleno de buena voluntad, ilusión y profesionalidad, se entregó a la tarea de levantar la función y, de paso, soportar estoicamente las majaderías del autor.

No quiero entrar en demasiados detalles de lo que ocurrió, que fue verdaderamente repugnante. Solo diré que el señor Alonso de Santos se dio cuenta de que su texto era muy malo cuando, a raíz del preestreno que hicimos en San Sebastián, salió la primera crítica en un periódico del País Vasco y, aterrado con los palos que le podían caer, después de descalificar con palabras insultantes el trabajo del director y del elenco al completo en una bochornosa sesión en mi propia casa, intentó por todos los medios boicotear el estreno en Madrid, presionando a la dirección del teatro con la añagaza de que la obra estaba todavía verde para su presentación y llegando incluso a forzar —o tal vez, a convencer— al distribuidor para que abandonara el proyecto y, por lo tanto, también la venta del espectáculo en el resto de España. Intentó evitar a toda costa que se viera su *obra de arte* y que ocurriera lo que finalmente ocurrió. Y si bien nuestro distribuidor nos abandonó, con el consiguiente perjuicio para la posterior comercialización de la obra, la dirección del Centro Cultural no se dejó llevar por las insidias del autor y *La comedia de Carla y Luisa* se estrenó en la fecha prevista.

Lo que más podía temer en esos momentos un autor era una

crítica adversa de Eduardo Haro Tecglen en *El País*. Sin mayor ánimo de hacer sangre, transcribo lo que escribió el señor Haro con ocasión del estreno en Madrid. Creo que refleja muy bien lo que había ocurrido y las auténticas razones por las que el señor Alonso de Santos había desplegado aquel ataque furibundo contra Cristina y contra mí. Su único propósito había sido que la obra no llegara a verse.

El País

6 de marzo de 2003

Parece que «esta comedia nos habla de la mujer profesional e independiente y de cómo ese personaje goza de igualdad de oportunidades con el hombre, pero en la práctica una serie de obstáculos limita esos derechos».

Leí en el entreacto esa frase del autor en el programa y me disgusté pensando que no me había enterado de nada en el primer acto. Estuve más atento a esa clave en el segundo, y seguí sin descubrir lo enunciado. Ni ninguna de las otras cosas que el autor da por hechas. Supongo que era su intención y no ha sabido expresarlas o se ha contenido para no dejar perder la ternura con la que las quería acompañar. Puede sospechar él que yo no entiendo la obra, y tendrá razón. No entiendo su por qué, es una comedia sin esqueleto, no se sostiene sola. Falta ese esqueleto, esa construcción y alguna idea, algún diálogo que sea más que correcto.

Lo que yo entendí es que es un alegato contra el paro de todos y contra el cierre de los teatros, cosa que no está ocurriendo. (Y en todo caso, para que fuera correcta la frase le sobraría el artículo «los»). Las pancartas que aparecen desplegadas se refieren a eso, y no a otras cuestiones en las que se centra la sociedad actual, supongo que estará escrita hace mucho tiempo y no ha creído necesario actualizarla. Tampoco lo necesita.

Es un diálogo de lucimiento de dos actrices que lo dicen muy bien, como es costumbre en Cristina Higueras y Fiorella Faltoyano, con un par de personajes de relleno, uno es el clásico joven fresco que no da golpe pero que es muy progre, y otro un tramoyista que hace parodias de ópera de tres o cuatro, quizás cinco arias cantadas con excelente voz, y el actor Alberto Agudín consigue el único humor de la noche.

Y le aplauden, aplauden a todos, aunque la poca asistencia (el domingo) no consigue el clamor necesario.

Eduardo Haro Tecglen

Cristina y yo sacamos varias conclusiones de la experiencia vivida con el montaje de *La comedia de Carla y Luisa.* A saber: *su amigo*, el distribuidor y productor ejecutivo, era más amigo del autor que de Cristina; nos habíamos equivocado de obra por el afán de estrenar otra vez; siempre hay que ponerse exquisitos con la elección de texto, y con todo podíamos seguir produciendo y vendiendo nuestros espectáculos con un nuevo distribuidor; nuestras producciones saldrían más económicas si la producción ejecutiva también la hacíamos nosotras… Y finalmente, la más importante, decidimos que nunca más estrenaríamos una obra de un autor vivo, salvo que le

matáramos antes.

Capítulo 21

Tafur empezó a hacer cosas raras, pequeños detalles que sus íntimos y yo notábamos pero que eran imperceptibles para los demás. A veces se peleaba con sus amigos por nimiedades o compraba cosas absurdas. Un día en que íbamos a comer juntos apareció con una sortija muy historiada de zafiros y brillantes. La traía para dármela. Dijo que se la habían regalado por la compra de una colección de libros. Me extrañó mucho y empecé a indagar. Encontré descubiertos en su cuenta corriente y facturas sin pagar, así como todo tipo de compras por correo y a plazos, entre las que estaba la famosa sortija. Me asusté. José Luis había sido siempre extremadamente cuidadoso con sus cuentas y jamás había hecho ese tipo de compras descabelladas. Esos indicios no podían significar sino que las cosas no andaban bien, que no respondían a un comportamiento normal.

Al principio pensamos que padecía una depresión que provocaba esas conductas aparentemente incoherentes. Busqué un médico y le convencí para que fuéramos juntos. No se negó, pero insistiendo en que no veía la necesidad de que le viera un especialista neurólogo. Decía que él estaba perfectamente. Habían pasado dos años desde su caída y yo pensé que quizás había un daño cerebral que no se había detectado en su momento. El médico le hizo todo tipo de pruebas y concluyó que podía ser la enfermedad de Alzheimer.

No reaccioné. Aún no sabía lo que significaba padecer esa enfermedad ni cuáles serían las consecuencias a largo plazo. Pero tampoco lo hizo él. Simplemente se negó a aceptar el diagnóstico —«¡yo, qué voy a tener Alzheimer!», dijo— aunque, curiosamente, no puso ningún impedimento a seguir el tratamiento que le recetaron y, con extraña docilidad, dejó que yo me ocupara de organizar los temas de la intendencia de su casa y de poner en orden todo lo relacionado con su economía.

Daniel, igual que yo, tampoco tenía una idea muy clara de lo que significaba la enfermedad de José Luis. Solo estaba sorprendido. Su padre era un hombre sano, deportista, creativo, con buenos hábitos de vida y siempre optimista, curioso y lleno de energía. Incluso parecía mucho más joven de los setenta y tres años que tenía, así que Daniel se preguntaba qué había ocurrido y por qué. Y sobre todo, ¿no estaría el neurólogo equivocado? Empezamos a informarnos sobre la enfermedad, pero lo que íbamos descubriendo a través de amigos y personas cercanas que habían vivido esa experiencia en sus familiares y de lo mucho que leímos al respecto, era tan terrible que decidimos concentrarnos en vivir el momento presente, en ayudarle en lo que en

esta fase fuera necesario y, juntos, ir día a día observándole mientras aprendíamos a proporcionarle los cuidados que fuera necesitando de nosotros.

Fue un golpe muy duro para todos.

Creo que la enfermedad del olvido es la más humillante que puede existir para un ser humano porque significa la pérdida progresiva de la propia identidad, de la consciencia de nosotros mismos, del bagaje de recuerdos que conforman una vida. Afortunadamente, llega un momento en las fases avanzadas de la enfermedad en el que el paciente deja de ser capaz de percibir el vacío de su mente porque, por olvidar, olvida hasta el agujero negro en el que se han sumido sus experiencias vitales. Para una persona con la energía y la independencia de Tafur, ser consciente de ese deterioro y de la incapacitación que conlleva hubiera sido un dolor insoportable, así que quizás haya sido mejor que se negara abiertamente a aceptar ese diagnóstico, aunque a los que le rodeábamos en ese largo y penoso proceso nos quedara siempre la duda de hasta qué punto esa actitud era real o simplemente una máscara hacia fuera, y si en algún momento entendía, pensaba, reflexionaba aunque fuera mínimamente. Si sufría.

Fernando entendió desde el principio mi angustia y mi necesidad inapelable de ocuparme de Tafur. En ese momento no había nadie más a quien recurrir porque nuestro hijo seguía viviendo y trabajando en Londres y Álvaro vivía en Miami con su mujer e hijos. Así comenzó una durísima etapa de mi vida en la que tuve que convertirme en cuidadora de quien siempre me había cuidado a mí. Tuve que aprender a vivir sin la protección con la que siempre había contado y descubrí que se puede olvidar todo, hasta el propio nombre, pero que, hasta que se llega a dejar de respirar porque uno no se acuerda de cómo hacerlo, lo último que pierde el ser humano es la necesidad de amor.

* * *

Mis rutinas cambiaron, pero tenía que seguir trabajando. En realidad, eso es lo que más me ayudaba. Como casi siempre en mi vida, el trabajo era mi válvula de escape cuando la realidad se volvía agresiva. Ser otra, sí, por favor. Que las circunstancias que me rodeaban se desdibujaran a ratos. Que otras realidades, aunque fuesen ficticias, me transportaran fuera de mi realidad, incluso si esa realidad de mentira fuera tan dura y cruel como la de los personajes que interpreté en el teatro en ese periodo, Marta Dobbie y la Madre Miriam, que otros sufrimientos ajenos sustituyeran a mis propios sufrimientos.

Hice una colaboración en varios capítulos de la serie *Cuéntame* y

Cristina y yo nos pusimos a preparar un nuevo espectáculo. En esta ocasión fue Fernando el que nos sugirió un texto. Era *La calumnia (The Children Hour)* de Lillian Hellman. Nos pareció una idea brillante. Era una obra difícil de asumir para una compañía que no podía permitirse el lujo de un reparto de veinte personas, pero Fernando es un magnífico adaptador de textos complejos, como ya lo había demostrado con sus guiones sobre Unamuno, Valle o Clarín en otras ocasiones. Así que compramos los derechos y le contratamos a él como adaptador. También buscamos un nuevo distribuidor.

La idea era que Eusebio Lázaro dirigiera otra vez para Nueva Comedia y así se lo hicimos saber. Para el vestuario y la escenografía llamamos a Javier Artiñano y, como además teníamos que cambiar algunas cosas en la infraestructura de Nueva Comedia después de la crisis de *La comedia de Carla y Luisa*, nos pusimos a ello. Cuando el texto estuvo terminado nos reunimos con el nuevo distribuidor para informarle de todo. No puso pegas, pero sugirió que sería novedoso e interesante para la venta del espectáculo que Fernando se hiciera cargo también de la dirección de la función. Nos quedamos un poco sorprendidas porque, en realidad, ni a él ni a nosotras se nos había pasado por la cabeza esa idea. Fernando no había dirigido teatro y tampoco sabíamos si él querría hacerlo. Por otra parte, Eusebio estaba *virtualmente* contratado y además era ya un amigo, como se había encargado de demostrarnos en el lamentable episodio padecido en común con Alonso de Santos. ¿Qué hacer? También a nosotras la incorporación de Fernando nos parecía buena idea, pero no nos atrevíamos a plantearlo. Se lo contamos a Fernando durante una cena en la sede de la Comunidad de Madrid con no sé qué motivo y él, que se quedó lívido —le dio mucha risa que alguien pudiera considerarle un director *comercial*—, también se mostró remiso, no tanto porque no le apeteciera dirigir la obra como porque Eusebio también era amigo suyo y en ese momento era el responsable de la especialidad de interpretación en la escuela que él dirigía. El distribuidor insistió y por fin decidimos seguir su consejo y a mí me tocó la tarea de convencer a Fernando y el *marrón* de hablar con Eusebio.

Podéis creerme si os digo que lo pasé fatal. Siempre he tenido tendencia a poner las relaciones personales por encima de lo profesional, pero en esta ocasión tenía que hacer lo contrario. Además ya he dicho que las injusticias me sublevan y, si soy yo quien las comete, me sublevan aún más. Tanto Fernando como Cristina y yo estábamos seguros de que Eusebio habría hecho un montaje inmejorable de *La calumnia*. Se trataba solo de una cuestión *comercial* y ese criterio frecuentemente conlleva injusticias. Como era lógico, a

Eusebio le sentó muy mal:

—Ahora que teníamos un proyecto interesante, y no como el anterior, me dejáis fuera.

Tenía toda la razón del mundo. Era una injusticia y no pude decirle otra cosa, solo intentar que nos perdonara. Pasado algún tiempo, nos perdonó. Es un hombre estupendo. No sé si yo hubiera sido capaz de hacerlo.

Organizamos un *casting* para encontrar dos niñas/chicas, al que se presentaron más de cincuenta jóvenes actrices. Contratamos a una grandísima actriz, María del Puy, para el personaje de la abuela. Lo bordó. También contamos con una amiga mía, Teresa Cortés, para el personaje de mi tía. Teresa había sido compañera mía en el teatro ARA y era una excelente actriz. Fuimos a verla con Fernando, que no la conocía, a una reposición de *Los verdes campos del Edén* y se quedó prendado. El galán de Cristina sería César Díaz. Las niñas seleccionadas, que no eran tan niñas, Amparo Alcoba y Carolina Lapausa, resultaron ser todo un descubrimiento y tuvieron un caluroso recibimiento personal en prácticamente todas las representaciones. Con esos mimbres armamos el proyecto.

Estrenamos la función en el teatro Cervantes de Málaga con gran éxito. Algunos de nuestros amigos de Madrid, los de Cristina y los de Artiñano se desplazaron allí para el estreno. Al grupo se juntaron mis compañeros del ARA. Fue un gran triunfo y lo celebramos en una cena multitudinaria y divertida.

Habíamos conseguido, no sin denodados esfuerzos, nueve días de representaciones en el teatro Albéniz de Madrid. Estábamos un poco inquietas porque el aforo de ese teatro era de mil personas… y la venta anticipada de entradas iba de pena. Cuando trabajas contratada en una compañía te ocupas solamente de saberte bien tu papel y encontrarle el truco al personaje, pero cuando eres también empresaria, a los nervios habituales del estreno tienes que añadir inexorablemente las preocupaciones por la publicidad, la venta de entradas y todas esas impertinencias. El estreno de Málaga no había sido una excepción propiciada por el furor de mis paisanos. Antes de entrar en Madrid, habíamos rodado la obra en varios bolos y siempre gustaba muchísimo. Pero si no conseguíamos triunfar en Madrid, el resto de la gira podía esfumarse.

Para los que no conozcan la trama de *La calumnia*, diré que es un drama con final trágico. Dos amigas profesoras consiguen con mucho esfuerzo montar y dirigir un internado para niñas. Una de las profesoras, la que interpretaba Cristina Higueras (y Audrey Hepburn en la adaptación al cine), tiene un novio con el que va a casarse. La

otra, Fiorella Faltoyano, claro (y Shirley MacLaine en el cine), no tiene novio pero sí una tía insoportable a la que, por compasión, tienen viviendo con ellas en el colegio. Una malísima niña, nieta de una rica señora mecenas del internado, decide inventar una mentira para vengarse del castigo de una de las profesoras. La calumnia de la niña consiste en dejar entrever a sus compañeras con medias palabras que las dos profesoras son amantes. Gran escándalo, incredulidad por parte de las profesoras afectadas, dudas del novio, intervención de la abuela de la niña y… en fin, ruina y cierre del internado. Pero esa mentira pone al descubierto una verdad: Marta Dobbie (o sea, yo) en realidad lleva toda la vida enamorada de Karen Wright (Cristina), aunque ni siquiera se ha permitido confesárselo a sí misma. (¡Ojo!, la acción de la obra se desarrolla en tiempos en que la homosexualidad —y tal vez de forma más exagerada, la femenina— estaba proscrita y aún más en una sociedad tan conservadora como la que describía Lillian Hellman). El hecho es que Marta Dobbie, víctima de su propia incapacidad de asumir su realidad cuando las circunstancias no le dejan otra salida y, al no poder seguir viviendo con ese peso en su conciencia, se suicida.

Bien, pues estábamos a tres días del estreno en Madrid y la venta anticipada seguía siendo muy escasa. La dirección del Albéniz estaba preocupada, así que decidimos invertir algo más de dinero en publicidad. Llegó la noche del estreno: como siempre, muchas flores, mucha gente invitada y mucho *lexatín*. Tanto que Cristina y yo acuñamos un eslogan que nos acompaña desde entonces: «¡A mí plin, yo tomo *lexatín*!». No sabemos cómo ocurrió, pero el teatro Albéniz puso el cartel de *no hay localidades* todos y cada uno de los días de las representaciones. Maldijimos nuestra suerte… porque solo podíamos estar nueve días improrrogables en el Albéniz.

Después de cuatro años trabajando juntas y quizás a partir de ese montaje y del argumento de la obra, aquellos que no comprendían cómo dos actrices, cada una con su ego a cuestas, podían seguir estrenando función tras función sin pelearse, creyeron, al fin, que habían encontrado la respuesta: Cristina y yo éramos también pareja fuera del escenario. O sea, que éramos novias. Y una vez más en mi vida, nada era lo que parecía. Pero yo estaba encantada con esa calumnia que nos había traído *La calumnia*. Mi currículum sentimental se ponía cada vez más interesante. Después de un ministro del Interior, una mujer y además, guapísima… ¿Qué más podía pedir?

Nuestro hijo iba a casarse. Llevaba ya unos años de relación con su novia y creyeron llegado el momento de tomar la decisión. Tenía entonces treinta y un años y su situación laboral era buena y estable.

¿Qué sentí? Emoción, curiosidad por una etapa de su vida que también iba a afectar a la nuestra y… algo de nostalgia. *Mi niño* ya no existía. Creo que debo constatar aquí que mi relación personal con Daniel se había fortalecido desde el momento en que había dejado de ser un niño para convertirse en un adulto. A pesar de la distancia, ese vínculo madre-hijo también se había hecho adulto, sólido, sin por ello perder ternura, cercanía casi cotidiana. Ni él dependía ya de mí, ni yo he estado encima de su vida, pero yo sé que él cuenta conmigo y yo con él. Y así ha seguido siendo.

Los padres de Sarah vinieron a Madrid para conocernos a Tafur y a mí. Eran personas encantadoras cuyo único *defecto* era que solo hablaban inglés y que vivían en las islas Bermudas. Tafur aún estaba lo suficientemente bien como para recibirles con toda clase de atenciones, pero no hablaba una palabra de inglés, con lo cual el *gasto* de la conversación recayó sobre mí.

Naturalmente se casaban en el *pueblo* de la novia, a 4.000 kilómetros de distancia de Madrid, lo que por un lado resultaba excitante y por otro una complicación para los invitados españoles. Para mí, en cambio, fue muy cómodo: no tuve que encargarme de nada. Si no, ¿cómo hubiera podido hacerlo? Simplemente enviamos dos jamones y unas cuantas cajas de vino. La celebración se haría en casa del abuelo de la novia, se iban a casar por el rito anglicano, la religión de Sarah y su familia. Daniel me confesó que a él le daba lo mismo casarse por *lo anglicano o por lo musulmán*, si se hubiera dado el caso. Parece ser que no me había salido muy creyente. El único inconveniente era que en las ceremonias de boda anglicanas el novio no tiene madrina y, por lo tanto, yo no tenía que estar a su lado en el templo, acompañando *a mi niño* en el trance, cosa que, sinceramente, me apenaba un poco. Daniel lo intuyó y consiguió que el asunto de subsanara con buena voluntad. Habló con el oficiante —por cierto, un buen actor con extraordinaria voz— y este autorizó, en consideración a que el contrayente era católico, a que entrase en la iglesia acompañado de su madre a la que depositaría después en el primer banco. Todo correcto: así, en tiempos venideros yo podría enseñar esa foto en la que se me vería llevar a mi hijo al altar.

Bermudas me pareció un lugar de cuento. Maravillosa naturaleza y grandes mansiones de estilo colonial británico, un mar verde turquesa que aparece por donde quiera que vayas y unos señores muy serios vestidos con chaqueta y corbata perfectamente conjuntadas con pantalones bermudas y calcetines hasta la rodilla. Por cierto que el nombre de esa isla, porque realmente solo es una que merezca tal nombre y cientos de islotes mínimos alrededor, se lo debe al

descubridor español Juan Bermúdez, que arribó a esas tierras hacia 1506 y, aunque en principio no las bautizó así, sino con el nombre de su carabela, la *Garza*, la historia decidió recordar su gesta y acabó llamando Bermudas a ese lugar en su honor. La verdad es que yo creo que debían haber afinado un poco más y haberlas bautizado como *Bermúdez*.

Desde España llegaron todos los amigos de la pandilla de Daniel, mis hermanos con sus mujeres, mi sobrino, familia de la rama Tafur, Ana Mari con su hijo Antonio y su mujer, los amigos de siempre de los padres del novio, y por supuesto, su hermano Álvaro con su mujer y sus dos hijos. Durante la ceremonia yo fui la encargada de leer en español a los novios la famosa *Carta de San Pablo a los Corintios*, que era la misma que la abuela de Letizia Ortiz, la actual princesa de Asturias, había leído a los contrayentes en la principesca boda, así que estaba encantada. Era una buena ocasión para que los de Bermudas se enteraran de la estupenda actriz que tenía por madre el novio de Sarah. Con lo que no había contado fue con lo que ocurrió mientras la leía: en un momento de mi lectura levanté los ojos del texto para mirar a mi hijo y vi con asombro que estaba llorando. «¡Qué bien lo estoy haciendo!», pensé. «¡Cuánta emoción soy capaz de comunicar!», cuando la que debería estar llorando era yo. Más tarde acabé sabiendo que mi hijo, un chico valiente, aparentemente fuerte y decidido, es en el fondo mucho más sensible de lo que jamás pude imaginar. Y últimamente, después de ver sus reacciones en momentos de una dificultad emocional enorme por los que los dos tuvimos que pasar, hasta me ha dado por pensar que Daniel es *más tierno que el día de la madre*.

No vaya a interpretar el atento lector que yo no estaba conmovida en la boda de mi hijo. Lo estaba y mucho, pero no lloré. De hecho, cuando veo cómo se emocionan mis compañeros al recibir un premio y la facilidad con que asoman las lágrimas a sus ojos en homenajes, tributos o estrenos, siento un poco de envidia por no ser capaz de comportarme igual. Tal vez sea que las lágrimas las guardo para las emociones de mentira, para el escenario y para la cámara. Y tampoco esto es exacto. Yo también lloro y mucho, pero nunca de alegría.

Lo cierto es que pasamos unos días muy agradables en compañía de amigos y familia y aprovechando para conocer en toda su extensión, que no es mucha, la isla de Bermudas. Los novios se quedaron unos días más que nosotros antes de retomar su trabajo y su vida en Londres.

* * *

Una vez cumplida la misión de toda madre que se precie, es decir, la

misión de casar bien a un hijo, seguí con mi gira de *La calumnia*, que estaba resultando un éxito. Nada más salir del Albéniz, la repusimos en Madrid en el teatro Muñoz Seca, en donde estuvimos unos meses. En su recorrido por España *La calumnia* llenaba todos los teatros e invariablemente, al salir, nos esperaba gente del público para felicitarnos. Algunas personas aún tenían los ojos húmedos por el reciente llanto, porque sin duda esa obra escrita setenta años antes seguía emocionando. Había quien nos confesaba que la represión que contaba Lillian Hellmann no era algo de otro tiempo, que el miedo a confesar una opción distinta a la heterosexual seguía existiendo en muchos lugares y seguía atenazando a muchas personas, y nos daban las gracias por nuestro trabajo y por haber llevado a la escena ese texto.

Realmente, ¿conoce el lector alguna profesión en la que no solo hagas lo que te gusta, ganes dinero, te feliciten todos los días, goces de una consideración social y, encima, te aplaudan al terminar tu jornada laboral cuando *sales de la fábrica*? Porque yo solo conozco la mía. Lo cortés no quita lo valiente: creo que mi madre hizo bien al empujarme a ser actriz. Pero es que además de todo esto, en los bolos Cristina y yo lo pasábamos muy bien, intentábamos localizar buenos restaurantes y nos dábamos pequeños homenajes gastronómicos o, si podíamos disponer de tiempo y el lugar valía la pena por sus monumentos o su patrimonio artístico, nos dedicábamos a hacer un poco de turismo.

Pero también ocurrían desastres, naturalmente. En Vigo, por ejemplo, tres horas antes de comenzar la representación, nuestro gerente y ángel de la guarda nos llamó al hotel para sugerirnos que tomáramos doble ración de lexatín y que luego, sin prisas, fuéramos al teatro. Estaba haciendo todo lo posible para que pudiéramos hacer la función, pero el decorado se había venido abajo por un fallo humano. Cristina, a la que aún no le había hecho efecto su doble dosis de lexatín, quiso saber quién se ocultaba bajo el eufemístico *fallo humano* que había originado la catástrofe. Ángel Gonzalo, el gerente, y yo, vimos claramente que corríamos serio riesgo de que nuestra amiga acabara cometiendo un asesinato esa tarde y, con buen criterio y de mutuo acuerdo, le ocultamos la identidad del *delincuente*.

Quince minutos antes de la hora prevista para el comienzo de la representación de *La calumnia* el decorado estaba de nuevo en pie y practicable, aunque eso sí, un tanto magullado. La capacidad de reacción, la eficacia y el talante extremadamente positivo de Ángel habían sido tales que el público no pudo siquiera sospechar que dos horas antes había ocurrido un desastre aparentemente insalvable y,

tan contentos en sus butacas, los espectadores solo tuvieron ojos para nuestras brillantes interpretaciones. O al menos, eso quiero creer.

Casi todos los lugares en donde actuábamos eran modernísimos auditorios recién construidos a mayor gloria de alcaldes y consejeros de cultura desaprensivos, al calor del dinero que los ayuntamientos estaban ingresando por licencias a la construcción, o sea, por ese soplo que estaba poco a poco hinchando la burbuja inmobiliaria y que estallaría cuatro o cinco años más tarde. Había fastuosos auditorios con capacidad para mil personas en localidades cuya población no superaba los dos mil habitantes. A veces se daba también la circunstancia de que en un lujosísimo edificio generosamente dotado de inútiles artilugios y ostentosas decoraciones, los camerinos no tenían un pobre espejo, percheros para colgar el vestuario o una luz mínimamente adecuada para que un actor o actriz se pudiera maquillar correctamente. Los responsables de esos espacios te explicaban que cuando iban a comprar los espejos o las perchas se habían quedado sin presupuesto, pero que al fin y al cabo, eso eran minucias…. Lo que no solía faltar en un camerino en aquellos auditorios de mis pecados era una flamante ducha y un aseo adaptado para minusválidos, y yo siempre me preguntaba si es que, con tanto montaje posmoderno de alto riesgo para los intérpretes, habría muchos actores postrados en silla de ruedas, víctimas de un director creativo, o si sería que quizás los cómicos olíamos mal y los concejales de cultura ejercían su función de velar por nuestra higiene personal. También pensé que tal vez los arquitectos responsables de aquellas obras faraónicas, mal informados del verdadero significado de la crisis del teatro, habían deducido que los pobres actores nos veíamos impelidos a dormir en hoteles sin baño o incluso en pensiones de mala muerte como en los tiempos de *El viaje a ninguna parte*. Pero no eran cosas del pasado, sino del mundo loco en el que nos habíamos ido metiendo en los finales de siglo XX y principios del XXI. Un mundo de fantasía en el que pretendíamos cubrir necesidades no tan reales y nos olvidábamos demasiado a menudo de las carencias reales, las de verdad.

A veces también se daba una circunstancia interesante que ponía a prueba todas nuestras capacidades actorales e incluso humanas. Hubo un lugar donde el local que se suponía que era el teatro resultó ser un barracón multiusos. En un pueblo de cuyo nombre no quiero acordarme —en realidad, no me acuerdo— actuamos en el mismo *escenario* en el que pocas horas antes se había celebrado el funeral córpore insepulto de un ilustre vecino. Para acceder desde el sótano en el que se encontraban los cuartuchos donde nos vestíamos, había un

ascensor que solo funcionaba si se mantenía pulsado el botón que anunciaba el primer piso. Pero nadie nos lo advirtió, de modo que para cuando descubrimos el truco ya habíamos llegado tarde a escena varias veces. El barracón, además, estaba dotado de una barra de focos con unas luces de vivos colores que iban cambiando a su antojo y que habían sido ideadas para un festejo popular con baile que se había celebrado tres días antes en aquel pueblo sin nombre. No había ninguna otra luz para iluminar el escenario. Y el público… El público se acomodaba tranquilamente en sillas de tijera y entraba y salía del local según se le antojaba a cada cual porque para eso el espectáculo era de entrada libre y gratuita. ¿Verdad que las giras son apasionantes?

Recorrimos toda España, con la excepción de Cataluña. Allí nunca nos contrataron. Según nos dijeron, los ayuntamientos catalanes no contrataban espectáculos castellanoparlantes, a diferencia de Madrid que sí estrenaba en sus teatros públicos obras en catalán. A mí me sorprendía e indignaba a partes iguales ese hecho, ya que durante muchos años yo había ido a trabajar a Cataluña y me gustaba mucho hacerlo. Y además entendía que era una muestra de provincianismo que casaba mal con la idea de una región-país abierto y culto, tal como yo siempre había pensado que era Cataluña. Pero... a veces la política, o mejor dicho, los políticos tienen razones para actuar que el común de los mortales no entendemos. ¿O sí?

La televisión volvió a llamar a mi puerta en un momento en que estábamos en una pausa de nuestra actividad teatral, de manera que pude aceptar la oferta. Era un *diario*, así llaman en el argot a las series de bajo presupuesto que las televisiones suelen emitir a la hora en la que, los que pueden, duermen la siesta. El personaje estaba bien, mi pareja iba a ser Jaime Blanch, amigo de toda la vida, y ¡sorpresa!, Cristina Higueras también estaba contratada. No contentas con estar viéndonos casi a diario durante los últimos cuatro años, también en las pausas de la gira seguiríamos trabajando juntas… Sin duda una deferencia de los productores que habrían oído hablar de nuestra relación *especial*. ¡Qué obsesión! Sí, la serie se llamaba *Obsesión*.

Se daba la circunstancia de que Cristina (Amalia, en la ficción), Jaime (Manuel) y yo (Marisa) teníamos, según el guion, una relación a tres bandas. La serie debió de calar porque un día en el que Cristina y yo tomábamos el aperitivo en una terraza, unas señoras que nos habían reconocido comentaron entre ellas, pero en un tono perfectamente audible y muy extrañadas:

—¡Mira, mira! ¡Amalia y Marisa...! ¿Dónde estará Manuel?

Al parecer, yo seguía sumando posibilidades a mi currículum

sentimental. Ahora ya podía anotarme un *ménage a trois*, un trío, vamos… ¡Lástima que en la vida las cosas no sean siempre como parecen!

En ese tipo de series hay que estudiar bastante y el tiempo siempre es escaso para grabar, pero yo ya estaba acostumbrada a esos ritmos de trabajo. El equipo era eficaz y muy joven, como acostumbraba a ser normal en los últimos tiempos. Yo seguía haciendo de buena chica, aunque esa tendencia cambiaría en poco tiempo, pues con la madurez me descubrieron grandes dotes para hacer de *malísima*. Pero por entonces todavía no había llegado ese momento. Me refiero al de hacer de *mala*, porque el de la madurez sí.

Obsesión, que producía Carlos Orengo, se grababa en la Ciudad de la Imagen, un parque empresarial levantado a mediados de los noventa por iniciativa de Matas y Berlanga y el entonces consejero Eduardo Mangada. En él han ido recalando empresas de producción tanto de cine como de televisión con sus correspondientes platós de rodaje, laboratorios, oficinas de los distintos ramos de la industria y los estudios de Telemadrid, que tal vez, cuando vean la luz estas memorias, ya no exista. Pero lo mejor para mí era que también estaba allí el edificio que alberga la Escuela de Cine, que, con acierto y entrega, dirigía Fernando Méndez-Leite, lo que nos permitía a veces comer juntos o que yo le recogiera al terminar el trabajo para volver juntos a casa. Él no conduce.

* * *

Lo cierto es que mi vida era bastante ajetreada. La enfermedad de Tafur avanzaba lentamente pero los signos se hacían cada vez más evidentes y había que ocuparse de más cosas según iban pasando los meses. Mi tiempo se repartía en el cuidado de dos casas (la nuestra y la suya), mi trabajo y la vigilancia lo más cerca posible del día a día de la enfermedad de José Luis. Nuestro hijo venía con mucha frecuencia y estaba muy pendiente de su padre, organizando todo tipo de cosas, pero vivía en Londres y no podía ocuparse de las necesidades diarias con la atención que la dependencia de su padre empezaba a exigir.

Afortunadamente contábamos con una persona competente que se ocupaba de Tafur en lo esencial y con los recursos económicos suficientes para hacer frente a los nuevos y cuantiosos gastos que generaba la situación, pero lo que estaba pasando ha hecho que, a lo largo de los años, yo haya pensado muchas veces en la cantidad de familias que, sin los recursos que nosotros teníamos, debían hacerse cargo de un enfermo de esas características. Al drama del dolor que produce ver día a día el deterioro de un ser querido, se añade muchas

veces el cansancio del cuidador, su falta de disponibilidad de tiempo y la escasez de dinero para atenderle debidamente. Por eso me alegré muchísimo cuando los gobernantes de nuestro país pusieron en marcha una ley de dependencia y, por la misma razón, lamenté después enormemente que la dejasen vacía de contenido y sin dotar económicamente.

Sí. Una de las cosas que no he llegado a entender del estilo de vida que estábamos construyendo ha sido que, mientras se gastaban enormes cantidades de dinero en maravillosos auditorios, algunos muy valorados arquitectónicamente, que luego no contaban con público para llenarse porque se alzaban en pueblos con una población casi menor que su aforo, se estaban dejando desamparadas a miles de familias que no tenían modo de afrontar con una mínima cobertura el drama de una larga enfermedad. ¿Es que en los ayuntamientos y en las comunidades no hay alguien que coordine los presupuestos de los distintos departamentos y haga que los recursos se distribuyan y administren con una mínima coherencia y un criterio más justo y equitativo?

Es una reflexión si se quiere profana. No me gusta hacer demagogia. De hecho, me repugna. Pero creo que lo mínimo que se puede exigir a los gobiernos es que sepan priorizar, que tengan claras cuáles son las necesidades verdaderamente esenciales de los ciudadanos y que sepan manejar e invertir adecuadamente nuestro dinero. Nada de lo que recibimos del Estado es gratis ni un regalo que debamos agradecer. Somos nosotros quienes lo hemos ganado con nuestro trabajo y quienes lo entregamos para su justa distribución en las necesidades comunes, o bien han sido otras las personas que lo han hecho por nosotros. Lo menos que se puede pedir es que se administre debidamente.

* * *

Cuando terminé *Obsesión* ya era verano. Fernando y yo decidimos hacer un viaje por el norte de Portugal que terminaría en Galicia. Unos días de turismo y otros de descanso. Como siempre, yo conducía mi coche. Como ya he dicho, Fernando no tenía, ni tuvo nunca ni tiene ahora, carné. Nunca le ha atraído la idea de conducir. Somos muy diferentes en muchos aspectos y, a su vez, él es muy distinto de como era Tafur. Es curioso cómo en mi vida he elegido para convivir a dos personas tan diferentes, casi opuestas, y sin embargo con algo muy potente en común, la bondad. Tal vez sea esa mínima afinidad lo que hiciera que siempre se entendieran bien y se respetaran mutuamente.

Fernando dice que nuestras diferencias hacen que nos

complementemos, pero la verdad es que creo que soy yo quien le completa a él. Mi vida con Fernando me ha obligado a ser mucho más *ejecutiva*, al tiempo que la situación de Tafur también me exigía tomar continuas decisiones. Siempre había odiado decidir por aquello de que *elegir es renunciar*. Yo me resistía a renunciar y a asumir responsabilidades, pero cuando la vida empuja no queda otra que tomar el mando. Aprendí a decidir e incluso llegué a preguntarme cómo había podido estar tantos años sin hacerlo, porque descubrí que mandar me gusta.

Durante aquellas vacaciones, una mañana en Oporto, Fernando, al que en medio de una serie interminable de intervenciones quirúrgicas, que duró seis años, le habían quitado la vesícula un mes antes, empezó a sentirse mal. Aseguraba que sentía el mismo dolor de los ataques de vesícula que había padecido tantas veces antes de la operación. Desde allí mismo llamamos al cirujano.

—Eso es psicológico —le dijo—. No tienes vesícula, te la he quitado, así que esos dolores no son más que una añoranza de los que has tenido tanto tiempo.

Parecía razonable. Y yo, con tal de no volver a Madrid, abundé en la teoría del doctor, que nos merecía todo el crédito del mundo, y seguimos viaje hasta Galicia. Fernando no se atrevía a quejarse pero la cara de dolor le delataba. Y así pasaron tres días más. Al cuarto dijo otra vez que le dolía mucho, que los dolores eran insoportables. Decidí que sería mejor volver a Madrid. En cuanto llegamos fuimos directamente al hospital de La Paz, en donde Fernando era más famoso que el doctor Marañón. Tenía una piedra en el colédoco, lugar del que jamás habíamos oído hablar con anterioridad, pero que, por lo visto, existe. La piedra se había perdido durante la intervención anterior. Fue una operación de caballo que duró varias horas y que hubo que repetir tres días después abriéndole la tripa de lado a lado.

Cuando Fernando ya estaba en proceso de recuperación, aún en el hospital, recibí una llamada de la señora que trabajaba en casa de Tafur. José Luis había tenido un accidente en su coche. Al parecer, no había sufrido daños personales pero el coche estaba destrozado. Un milagro, sin duda. Tafur aún conducía y seguía escribiendo. Ese año terminó el que sería su último libro de poemas, *Memoria de ausencia*… ¿Por qué había elegido un título tan revelador? Se suponía que no era consciente de su enfermedad aunque había escuchado, como yo, de boca del neurólogo el diagnóstico de Alzheimer. Alzheimer, ausencia de memoria…

Nos planteamos que Tafur no podía seguir conduciendo mucho más tiempo. Pero el problema era que su nueva casa estaba en una

urbanización residencial muy alejada de todo tipo de tiendas. Daniel y yo empezamos a ver la necesidad de buscar una casa en Madrid, lo más cercana que fuera posible a la mía para simplificar un poco mi vida. Cuando al fin Daniel la encontró decidió comprarla. Hicimos la mudanza y ocurrió algo sorprendente: Tafur, que no había puesto ninguna objeción a que su hijo y yo decidiéramos su cambio de domicilio, también dejó de coger el coche sin la más mínima protesta. Él, que adoraba conducir y le encantaba todo lo relacionado con los coches, no dijo una sola palabra al ver que el suyo había desaparecido. Miraba, eso sí, con interés el de nuestro hijo, estacionado en la acera, pero no volvió a dar señales de querer conducir.

Se dejó llevar en todos los aspectos. A partir de un momento, que no sé precisar exactamente porque los cambios se producían imperceptiblemente, toda su personalidad se volvió del revés. El indómito Tafur —ese fue el adjetivo con que lo definió Fernando en la entrañable necrológica que escribió para *El Mundo*— se había convertido en un enfermo dócil, cariñoso y bienhumorado. Jamás tuvo una reacción agresiva, tal como cuentan que les ocurre a otras personas con Alzheimer. Nunca puso un mal gesto ante nuestros cuidados ni al trabajo que diariamente hacían con él otras personas ajenas a su familia, sus cuidadores.

En todo caso, cada vez se hacía más difícil atender a todas las necesidades que iba generando su enfermedad. Nosotros íbamos por detrás de ellas, no queríamos acelerar su dependencia, pero a veces eso nos hacía vivir muy inquietos. Le habíamos apuntado a una terapia y él aún iba solo hasta el centro donde estaba la psicóloga porque estaba cerca de la nueva casa y podía ir caminando. Pero un día no llegó. Cuando nos llamaron del centro para preguntar por él, entré en pánico. Se había perdido. Ya antes, cuando aún vivía en la urbanización, un día en que habíamos quedado para comer, me lo había encontrado caminando como si tal cosa por el arcén de la carretera de La Coruña. Pero eso ocurrió cuando todavía pensábamos que *Tafur estaba raro*.

Cuando al fin le localizamos tres horas después, supimos que había estado vagando, desorientado, por todo el barrio, sin conseguir encontrar ni la consulta ni su casa. Ese fue el momento en que mi angustia empezó a manifestarse abiertamente. Empecé a vislumbrar cuál iba a ser el futuro y me planteé si debía trasladarme a su casa para cuidarle más de cerca. Había cargado voluntariamente sobre mis espaldas con esa responsabilidad y ahora no sabía cómo manejarla.

Siempre he sido una persona ordenada. El orden me tranquiliza. En el caos me muevo muy mal y no soy capaz de pensar ni de hacer

nada mínimamente creativo. Necesito orden en el entorno y en los sentimientos… y mi vida de pronto se había convertido en un caos. Me volví irritable y empecé a llorar cada vez que volvía de casa de Tafur. Percibía agrandados los defectos de Fernando, que son tan suyos como sus virtudes. Nada de eso me había pasado antes. Eran los síntomas de que estaba perdiendo el control de mi propia situación. Tenía una relación sentimental muy importante para mí, había logrado convivir de nuevo con otra persona durante más de diez años, un hombre al que amaba, y no había sido fácil llegar a ello, pero también sentía que tenía que encontrar el modo de cuidar a Tafur. ¿Cómo enfrentarme a esa situación? Y sobre todo, ¿cómo ordenar el caos de sentimientos que me invadía?

Opté por hablar abiertamente con Fernando. Necesitaba simplificar mi vida aún más y, para ello, tenía que sacrificar temporalmente nuestra convivencia. Me trasladé con una maleta a casa de José Luis. Daniel yo empezamos a organizar y prever sus necesidades en un próximo futuro. Estaba claro que no podía vivir solo con una mujer que se ocupara de la casa. Había que proporcionarle más ayuda y yo debía vigilar de cerca su vida, su alimentación, sus paseos, su medicación.

Como siempre a lo largo de los casi once años que fueron devastando a Tafur, Fernando fue de una generosidad extrema. Nunca podré agradecerle bastante su comprensión.

Capítulo 22

Nueva Comedia seguía adelante. Cristina y yo buscábamos una nueva obra. Por cuarta vez íbamos a emprender un proyecto teatral juntas y nos preguntábamos si el público no estaría ya cansado de nuestra *relación* sobre las tablas, pero tanto ella como yo nos resistíamos a separar nuestros caminos profesionales. Trabajábamos muy bien juntas en todos los aspectos, tanto en el escenario como en la producción, cuyas tareas nos repartíamos de acuerdo con nuestras mejores capacidades; nos iba bien económicamente y el público había respondido en las tres ocasiones anteriores con obras tan distintas. No es que pensáramos que cualquier cosa que hiciéramos iba a funcionar igual, pero sí teníamos claro que nos irían a ver a nosotras. Nunca habíamos tenido un problema, un enfrentamiento, y confiábamos ciegamente la una en la otra. Teníamos un gerente maravilloso, Ángel Gonzalo, al que realmente considerábamos nuestro ángel protector, uno de esos tipos generosos y eficaces que lo mismo valen para un roto que para un descosido. Habíamos descubierto que Javier Artiñano y Fernando eran colaboradores necesarios para nuestra compañía. Y finalmente, el éxito y las críticas de *La calumnia*, de la que nos sentíamos íntimamente orgullosas, nos había provocado un subidón. Si algo funciona, nos dijimos, ¿para qué cambiarlo?

Y de nuevo fue Fernando quien nos sugirió un texto, *Agnes de Dios* de John Pielmeier. La obra era de 1980 y había una versión para el cine de 1985 que había dirigido Norman Jewison y que nosotros tres habíamos visto. Era una fabulación a partir de un hecho real aparecido por entonces en la prensa que al autor canadiense le había dado mucho juego: un recién nacido, al parecer hijo de una novicia, había sido encontrado muerto en la celda de un convento. Hasta ahí, la noticia que había salido publicada.

Pielmeier había escrito un texto muy incisivo en el que, además de la intriga criminal que recorre toda la obra, teorizaba sobre el antagonismo entre la razón y la fe. La ingenuidad y el misticismo los encarnaba la novicia, la razón una psiquiatra atea (que interpretaría Cristina) y la fe, la madre superiora (que sería mi papel). Nuestra novicia sería Ruth Salas, una muy buena actriz que ya había trabajado con nosotras haciendo una sustitución de Carolina Lapausa en una parte de la gira de *La calumnia*. Una vez comprados los derechos, Fernando hizo la adaptación tomándose algunas libertades con el texto original por lo que él llamaba *discrepancias ideológicas* y luego la dirigió. Y Javier hizo el decorado, sencillo, expresivo y muy funcional, y me diseñó un hábito maravilloso.

Realmente, la obra era perfecta para nosotras. Solo tres personajes femeninos (y por lo tanto, asumible económicamente) y los tres muy interesantes y lucidos (miel sobre hojuelas para las actrices). En la versión cinematográfica el reparto lo componían Anne Bancroft, Jane Fonda y la joven Meg Tilly, y la primera y la última habían sido nominadas al Oscar por sus trabajos en esa película. Yo me iba a enfrentar a un reto importante, intentar no hacer el ridículo interpretando el personaje que había hecho excepcionalmente bien Anne Bancroft, que además siempre había sido una de mis actrices favoritas. La he admirado en todos y cada uno de sus trabajos y, tanto cuando hacía comedia como cuando se trataba de un drama, me ha parecido extraordinaria y, por si eso fuera poco, muy atractiva. La situación era como para estar un poco nerviosa. Yo tenía que componer mi propia Madre Miriam McConnelly, no podía seguir el mismo camino que Anne Bancroft… Y tampoco creo que hubiera sido posible. Fernando me hizo ver que acababa de hacer lo propio encarnando un personaje previamente interpretado por la gran Shirley MacLaine en *La calumnia* y que, según su apreciación —bueno, y la de más gente—, lo había bordado.

Volvería a hacer de monja, hice ese papel muchas veces en mi vida, pero en esta ocasión se trataba de una monja poco corriente, algo gótica, diría yo, fuerte y débil a un mismo tiempo, irónica, dulce y socarrona, segura de sí misma pero también insegura y víctima de sus contradicciones, valiente y llena de miedos… Y que fumaba. Casi, casi, un retrato de mí misma, me dije.

Como siempre, después de hacer nuestro tradicional preestreno en el teatro de Villaba y de pasear la obra en algunos bolos, estrenamos en Madrid en el mes de mayo. El teatro Albéniz nos acogió de nuevo. En esta ocasión solo pusimos el cartel de *no hay localidades* dos o tres días, pero también fue muy bien.

Además, durante la gira, tuvimos un golpe de suerte. Estábamos en Burgos para representar la obra y yo esperaba en la puerta del hotel a que Cristina bajara de su habitación para ir juntas al teatro. Como ella tardaba, entré en un local de venta de lotería próximo. No suelo jugar a juegos de azar puro. Solo en el sorteo de Navidad compro algún décimo, pero no era ese el caso. Me gustan más aquellos juegos en los que puedo influir, aunque sea para perder, los juegos en que interviene la inteligencia, la agilidad mental, la intuición y la interpretación de los gestos de los demás. Pero en ese momento estaba aburrida y por rellenar el tiempo se me ocurrió comprar dos décimos. Al ver el número pensé: «¡Qué feo es!» Cuando al fin bajó Cristina, le di uno de ellos y nos fuimos al teatro.

El sábado siguiente había olvidado por completo que teníamos lotería. Era por la mañana y yo estaba poniendo orden en casa mientras oía la radio. En el boletín de noticias dijeron los números premiados en el sorteo. De repente, interrumpí lo que estaba haciendo y presté atención porque me había sonado uno de los números. Busqué inmediatamente el décimo. Abrí el ordenador y comprobé los billetes premiados. Nos había tocado el primer premio. Corrí a contárselo a Fernando e intenté localizar a Cristina, que no estaba en España. Le dejé un recado en el contestador del móvil, diciéndole que era urgente que me llamara.

Y llamé a Daniel. Le dije:

—Hijo, me ha tocado el *gordo*.

—¿En qué sentido, madre?

Me eché a reír.

—En sentido literal.

Cuando Cristina devolvió la llamada, no sin cierta alarma por mi urgencia de hablar con ella, y se lo conté, se puso de los nervios. No recordaba dónde había metido el décimo. Hizo que su madre fuera a su casa a buscarlo y, cuando lo hubo encontrado, sin perder un minuto, Cristina me hizo una transferencia por valor de seis euros, que era el precio del décimo, porque, según me dijo, tenía que saldar su deuda conmigo. El lunes siguiente llamé a mi asesor fiscal con la idea de saber si el premio afectaría a mi declaración de la renta. Le dije:

—Antonio, que me ha tocado el *gordo*.

Y muy tranquilo, me contestó:

—¿En qué sentido?

¿Por qué nadie piensa que a mí me puede tocar el premio gordo? ¿Y por qué todos aquellos a quienes conté la suerte que había tenido me respondieron que «ya podías haberme traído un décimo a mí?». Sí, claro, pensaba yo, como que si lo hubiera sabido no habría yo comprado todas las series del número en cuestión, del que, por cierto, no me acuerdo. De lo que sí me acuerdo es de que por unos minutos de aburrimiento a la puerta de un hotel de Burgos, me endiñaron sesenta mil eurazos.

* * *

También ese año hice televisión. Fue una colaboración de cuatro capítulos en la serie *Hospital Central*. Por lo visto, me estaba poniendo de moda como *colaboración especial*, calificación con la que se describía mi trabajo en esas series de éxito de cientos de capítulos, que también se habían puesto de moda. Pero ¿saben ustedes qué quiere decir eso de *colaboración especial*? Pues sencillamente poco papel y no mucho dinero. ¡Ay de mí! ¡Para lo que estaba quedando la *musa de la*

Transición!

En agosto Daniel me dio la gran noticia. Sarah y él iban a tener su primer hijo. Estaba contento y creo que algo inquieto. Corrí a contárselo a Tafur. Deseaba con toda mi alma que entendiera lo que iba a ocurrir, que sintiéramos juntos lo que yo sentía, que viviera con emoción ese momento. Sabía que todo lo que se refería a sus hijos lo había vivido siempre apasionadamente, en los buenos momentos y también en las situaciones difíciles, y yo quería que siguiera sintiendo el paso de la vida.

No estoy segura de que entendiera bien, en toda su extensión, lo que le dije, pero me cogió la mano, me miró y sonrió, aunque tal vez fuera porque vio que yo lo hacía. No lo sé. Empezaba a tener dificultades para expresarse verbalmente, pero su mirada aún brillaba cuando estaba contento. Preferí creer que me entendía, que nos alegrábamos juntos de la felicidad de Daniel.

Mi madre ya tenía ochenta y cuatro años y, aunque conservaba intacto su carácter, su salud se estaba deteriorando. Había tenido un ictus y se había recuperado, pero eso le había provocado un bajón importante. Vivía sola, pero muy cerca de mi hermano Mauricio, en Málaga, y él y su mujer, Paula, se ocupaban mucho de ella. Yo la visitaba de vez en cuando y lo mismo hacía mi hermano Tino, quien, como yo, vivía en Madrid. Junto con mis dos hermanos, me había hecho cargo un par de años antes de comprarle una casa y de su manutención y gastos. Ella había terminado por consumir todo su patrimonio y, en un momento dado, nos informó de la situación: en tres meses ya no le quedaría dinero. Nada. Nos pasó una lista de sus necesidades y nos advirtió de que, cumplido ese plazo previsto, tendríamos que afrontarlas sus hijos. Era una lista curiosa que incluía tres sesiones semanales de peluquería y una de manicura, gastos de taxis y de productos de belleza. Atendimos casi en toda su extensión la lista, pero intentamos convencerla de que redujera el presupuesto de gastos en cremas de belleza carísimas.

En algún momento ella había intentado venir a vivir conmigo a Madrid. Yo me había negado, no quería suicidarme todavía, pero esa negativa me culpabilizó y tuve que pedir ayuda psicológica durante un tiempo. Una prueba definitiva del temor que yo seguía teniendo a que los comportamientos de mi madre afectaran a mi vida y pudieran deteriorar mi equilibrio personal y sentimental, es que desde que empezó mi relación con Fernando me había opuesto a que lo conociera y no había vuelto a hablar con ella de cómo se desenvolvía mi vida privada. Pasados diez años, las cosas no habían cambiado.

Cuando iba a visitarla lo pasaba mal. Yo era consciente de que

casi todos los temas que ella y yo pudiéramos tratar eran materia altamente sensible y, por lo tanto, inadecuados dada su edad y su delicada salud. Aunque no solo la suya, porque también la mía se resentía con las discusiones. Por lo tanto, yo evitaba a toda costa los temas conflictivos, pero fuera de ellos no teníamos mucho de qué hablar y, como además a ella le seguía gustando discutir conmigo, el esfuerzo a que yo me veía obligada en cada visita era enorme y me dejaba exhausta. Cuando me despedía de ella, indefectiblemente me decía:

—Si no vuelves pronto… tú verás, porque esta puede ser la última vez que veas a tu madre.

Y añadía:

—El día que yo falte, te arrepentirás de haber tratado así a tu madre… porque vas a sentirte muy mal contigo misma. Ya lo verás, hija, ya lo verás.

Pero eso ya había ocurrido sin que ella faltara. Hacía tiempo que me sentía muy culpable por no poder quererla. En un momento de nuestras vidas tuve que elegir entre ella o yo y había optado por sobrevivir, así que a veces me torturaba la idea de estar siendo injusta con mi madre, de no entenderla, de que no me gustara, pero a pesar de la inquietud que esos pensamientos me provocaban, era incapaz de modificar mis sentimientos. El rechazo que sentía hacia todo lo que ella representaba era un abismo imposible de superar para mí.

* * *

Los meses de espera para convertirme en abuela pasaron rápidamente. El nacimiento de mi primera nieta —ya sabíamos que sería niña— estaba previsto para el mes de mayo de 2007. Sarah iba a ir a Bermudas para dar a luz. Me apenaba no poder estar más cerca de ellos en esos momentos, pero era lógico que mi nuera quisiera estar acompañada de su familia. Por otra parte, ya había empezado una etapa en la que no me atrevía a hacer viajes a lugares lejanos. Siempre temía una llamada en la que me dijeran que a Tafur le había pasado algo.

Me había instalado en su casa y estaba probando a personas de compañía para que, poco a poco, se incorporaran a cuidarle. Teníamos que montar una infraestructura compleja: necesitábamos de momento a alguien que le acompañara para salir a la calle y, más adelante, cuando yo me fuera, alguien que también estuviera atento por las noches. O sea que había que buscar el modo de que estuviera acompañado las veinticuatro horas del día.

Por otra parte, tenía mucho trabajo porque, además de los bolos de *Agnes de Dios*, rodé una *TV movie* para Antena 3. Era una ficción

basada en una historia real, se llamaba *Marqués mendigo*. Creo que ahí empezó la racha de mis papeles de *mala*. La película la protagonizaba Álvaro de Luna e ignoro por qué razones la cadena nunca la estrenó, y, si lo hizo, yo no me enteré.

También me contrataron para un papel protagonista, que no me dejaba mucho tiempo libre, en una serie de trece capítulos de una hora a rodar en Madrid. Se llamaba *700 euros, diario de una call girl*, y aquí sí que ya mi personaje era un bicho de armas tomar. Volvía al polígono industrial donde últimamente les había dado por rodar a las televisiones, a 35 kilómetros del centro de Madrid, lo que para los actores se traduce en madrugones para estar maquillados a las ocho de la mañana y llegar a tu casa de noche para cenar de pie y ponerte a estudiar hasta que te vence el sueño las secuencias del día siguiente, que, a veces, te han mandado esa misma tarde. Mi personaje era un poco tópico, una mala malísima que no para de idear perrerías sin perder la compostura. Era divertido de hacer y el equipo era bueno. Entre otros estaba Toni Cantó, antes de dedicarse a la política y convertirse en diputado de UPyD, el partido de Rosa Díez. Toni hacía un chulo encantador que trataba a sus pupilas con una ternura y una consideración extremas; ignoro en qué modelo de la vida real se habrían inspirado los guionistas porque lo que yo sé de chulos y prostitutas tiene poco que ver con la jovial cordialidad que imperaba en aquel prostíbulo en el que reinaba el ahora señor diputado.

En el mes de mayo tenía que presentar la gala de clausura del Festival de Cine de Estepona (Málaga). Mi tiempo volaba. Creo que no he comentado que, en los tiempos de bonanza económica de los ayuntamientos, casi todas las ciudades y muchos pueblos de España tenían su festival de cine particular de mayor o menor categoría, además de sus estupendos auditorios. Citando de memoria y sin ánimo de exhaustividad, había festivales en La Coruña, Orense, Gijón, Bilbao, San Sebastián (dos), Barcelona, Lérida, Logroño, Burgos, Segovia, Valladolid, Madrid, Valencia (dos), Murcia, Almería, Granada, Jaén, Málaga, Cádiz, Huelva, Melilla, Las Palmas, Tenerife y La Laguna, además de en un número incalculable de localidades pequeñas. Todos los ayuntamientos pensaban que un festival de cine les aportaba su cuota de *glamour* y publicidad. Sin duda, algunos de ellos cumplen su misión de promoción cinematográfica o cubren huecos culturales que los justifican, pero muchos otros no son sino una forma más de autobombo de los alcaldes, concejales o consejeros de turno, que más recuerdan a los saraos que tan bien ha descrito Berlanga en alguna de sus películas. Pero unas veces la vanidad, otras que pensamos que a nuestra película le viene bien ir a festivales por tontos que sean, otras

los momentos de paro, en que nada mejor podemos hacer, nos empujan a acudir a las llamadas de estos festivales. Los actores hemos pasado muchos días de nuestras vidas en ese tipo de eventos. Yo he sido miembro del jurado en Valladolid, Huelva y Alfás del Pi y en alguno más que no recuerdo, y he acudido en calidad de invitada a muchos otros, Málaga, San Sebastián… Ahora, con la crisis que nos atenaza, muchos de esos fastos han desaparecido y en todos ellos los presupuestos han menguado como no podía ser menos. Lo malo es que no todos sobraban, porque algunos estaban muy bien.

El caso es que me contrataron para presentar esa gala en Estepona. La clausura era el día 18 de mayo, más o menos un año antes de que el alcalde de dicha localidad fuera imputado por prevaricación, por lo que —por si acaso— quiero dejar bien claro que yo no estuve implicada. Solo presenté la gala. Con ese motivo había pensado visitar a mi madre un par de días antes del evento y ya de camino hacia mi puesto de trabajo en el escenario del teatro de Estepona.

El día 15 me llamó muy temprano mi hermano Mauricio para decirme que mamá había tenido un segundo ictus y estaba internada en el hospital de Málaga, en coma. Mi hermano Tino y yo nos pusimos de camino inmediatamente. Justo en el momento en que aparcábamos nuestro coche a las puertas del hospital, sonó mi móvil. Daniel y Sarah también estaban entrando en el hospital, pero en Bermudas. Sarah estaba de parto. Todo era confusión en mi cabeza. Ese caos del que siempre había tratado de huir de pronto me había alcanzado. La angustia por cómo me encontraría a mi madre se mezclaba por la emoción por el inminente nacimiento de mi nieta. Fue una de esas veces en las que la vida se empeña en no dejarnos experimentar en toda su extensión lo que nos ocurre y, para ello, se vale del aturdimiento. ¿Cómo vivir al mismo tiempo el miedo y la ilusión? ¿En qué debía centrarme? Y, ¿cómo hacerlo?

Mi madre estaba en un coma inquieto.

La habían alojado en una habitación con cuatro enfermos más de distinto sexo y con enfermedades también muy diferentes. Un joven accidentado con una pierna en cabestrillo, un señor recién operado, una señora en espera de entrar en el quirófano, alguien que dormitaba serenamente… y mi madre. La habitación era oscura y destartalada y estaba llena de los acompañantes de aquellos enfermos. Mis hermanos estaban muy angustiados. Intenté hablar con el médico que la atendía, pero me dijeron que en ese momento estaba ocupado. Al fin, dos horas más tarde, conseguí abordar al médico, que caminaba apresurado por un pasillo, me di a conocer y le pregunté por el pronóstico de mi

madre. Muy desabridamente y casi sin detenerse, me contestó:

—Señora, su madre se está muriendo.

Ni siquiera se había molestado en disimular su indiferencia y no había perdido ni un minuto en mirarme a los ojos ni en dulcificar la noticia. Regresé junto a mis hermanos y les dije que había que llevarse a mamá de allí porque, si había alguna solución, allí no íbamos a encontrarla y, si no la había, no podíamos dejarla morir en ese lugar. Firmamos un documento en el que aceptábamos el alta voluntaria y nos hacíamos responsables de lo que pudiera ocurrir y la trasladamos a una clínica privada en Torremolinos.

Luego, mis hermanos y yo fuimos a cenar algo. Sobre las once de la noche, Daniel llamó para comunicarme que Natalia había llegado al mundo. Era una niña sana y todo había ido bien. Lloré durante muchos minutos, estaba confusa y agotada, el día había sido muy largo.

Al día siguiente no sabía qué hacer. Mi madre continuaba en coma, el médico que se había hecho cargo de ella en la clínica nos dijo que la situación era muy grave pero que podía durar semanas. Según él, las esperanzas de recuperación eran escasas y casi desaconsejables, pues las posibilidades de que mi madre quedara mal eran muchas. Nuestra preocupación fue entonces asegurarnos de que no sufriera, pero el médico nos dijo que no creía que estuviese sintiendo ningún dolor y que él se encargaría de que eso no llegara a ocurrir en ningún momento… Y… tenía una hermosa habitación que asomaba a un jardín. Tal vez ella no pudiera percibir nada de eso, pero nosotros sí. Y era todo lo que ya podíamos hacer.

Se suponía que al día siguiente yo tendría que estar presentando una gala a setenta kilómetros de distancia y con la cabeza en su sitio. Hasta para presentar una gala es bueno mantener la cabeza en su sitio. Mis hermanos y el médico me aconsejaron que cumpliera con mis compromisos y que luego volviera a ver cómo iban las cosas. Y así lo hice. Presenté el acto, saludé al futuro imputado por corrupción y prevaricación y volví a Torremolinos. La situación de mi madre era estacionaria. Mi hermano Momo dijo que allí nada se podía hacer, solo esperar acontecimientos. Tino y yo volvimos a Madrid. Al día siguiente mi madre murió.

Cuando la comitiva fúnebre se dirigía al pequeño cementerio de Fiolleda, Fernando, apretándome suavemente la mano, comentó:

—Parece un entierro de película de Sautet.

El día era precioso, la primavera asomaba por todos los rincones en el paisaje suave del valle de Lemos. Por deseo expreso de mi madre, mil veces manifestado, la llevamos desde Torremolinos a

Galicia, hasta el lugar donde reposaban los restos de sus abuelos, el cementerio de la aldea donde estaba su casa materna, esa misma casa en la que, cuando ella tenía quince años, había conocido a mi padre. Y a muy pocos kilómetros de donde también estaba enterrado Ramón Pardo Arias.

Nos acompañó poca gente, hermanos y hermanas de mi madre, los sobrinos y Natita y Hortensia, mis queridas compañeras de correrías de los veranos de mi infancia.

* * *

El Festival Internacional de Teatro de Costa Rica nos había contratado para representar *Agnes de Dios* en San José. Después de muchas horas de vuelo, la compañía de Nueva Comedia llegó a su destino. Serían solo tres días de representaciones, pero permaneceríamos allí una semana. Yo no conocía el país y eso siempre es un atractivo más a la hora de trabajar.

La sede oficial del Teatro Nacional era un espacio singular. No había butacas. Unas gradas cumplían la función de acoger a los espectadores. El escenario estaba más bajo que esas gradas. El tejado era de un material bastante volátil. Al parecer esa era una sede provisional porque todavía estaban terminando de construir la nueva. También había en San José otros teatros más normales, pero en esos solo se representaban musicales. Descubrimos, por ejemplo, que las compañías de danza española tenían mucha aceptación allí. Los organizadores se habían ocupado con esmero de copiar punto por punto el decorado original de la obra y nos esperaban con impaciencia.

San José me decepcionó, pero se intuía cercana una naturaleza impresionante que ya habíamos tenido ocasión de entrever desde el avión durante el aterrizaje. Los únicos edificios interesantes eran coloniales y la pobreza se dejaba ver en todo. Calles sin aceras, suciedad, abandono y un exquisito aroma a café mezclado con el pegajoso olor del aceite de palma que utilizan para freír.

El día del ensayo general el director del teatro entró en el camerino que compartíamos Cristina y yo y nos entregó unos regalos que habían preparado *para las actrices*. También nos enseñó los programas de mano y los carteles que habían editado, que nosotras aún no habíamos visto. En ellos podía leerse lo siguiente:

BLANCA RENZI Y CRISTINA DE LA ASUNCIÓN
en
AGNES DE DIOS
de John Pielmeier
con
Ruth Salas

El director del teatro nos dijo que, aunque él admiraba mucho a Fiorella Faltoyano y sentía que no hubiera podido venir hasta allí, estaba seguro de que su sustituta, o sea yo, estaría a su altura. Tuve que dedicar un buen rato a explicar a aquel bienintencionado funcionario que yo era yo, mientras Cristina, furiosa, conminaba a los responsables del error a repararlo inmediatamente. No fue tarea fácil rehacer todos los carteles y programas de mano en veinticuatro horas; pero, por si no lo he dicho antes, lo digo ahora: Cristina Higueras es muy tenaz.

Los responsables del festival solo habían mirado la lista de la compañía, en la que los nombres que aparecían eran los de los pasaportes con los correspondientes cargos que cada uno ejercía en ella. Blanca Renzi y Cristina de la Asunción aparecían como protagonistas. Bueno, pelillos a la mar: tuvimos un sonoro éxito. El público, muy distinto del español, al que estamos más acostumbradas, recibía cada frase con murmullos y allí donde los espectadores españoles sonreían discretamente, en San José soltaban carcajadas cuando no aplausos que interrumpían continuamente la representación. No me consta que nadie echara de menos a Blanca Renzi: Fiorella Faltoyano les pareció estupenda.

También el techo del teatro, debido a una fuerte tormenta, aplaudía nuestra actuación. El primer día tanto ruido y tan cálidos aplausos nos desconcertaban y nos mirábamos de reojo en el escenario, preguntándonos si estábamos haciendo la misma obra que en España… A ver si, sin darnos cuenta, habíamos convertido *Agnes de Dios* en *Sé infiel y no mires con quién*. Nos preocupaba además que el tejado resistiera una hora más y nos permitiera terminar la función. Yo miraba hacia arriba temiendo que en cualquier momento aquel tejado se desplomara sobre las tocas de la madre Miriam McConnelly. Pero, pasada la primera impresión, los dos días siguientes, ya acostumbradas a nuestro nuevo y simpático público, sin lluvia en los cielos de San José, y con el teatro todavía en pie, disfrutamos mucho de aquella aceptación tan expresiva con que nos habían recibido en Costa Rica.

Hicimos una excursión para conocer los cafetales y un parque nacional. Todos los integrantes de la compañía decidieron prolongar dos días más la estancia en Costa Rica para ver las playas de la costa del Pacífico. Yo, después de una amable invitación a comer por parte de nuestro embajador en la sede de la embajada, volví a Madrid. No quería estar lejos tantos días. Por la situación de Tafur, siempre me sentía intranquila cuando estaba de viaje.

* * *

En verano conocí al fin a Natalia. Tenía casi cuatro meses y, cuando la cogí en mis brazos en el aeropuerto, la reconocí como mía desde el primer instante. No fue que en ese momento le encontrara ningún parecido especial conmigo… Era algo más profundo y que no sé explicar bien. Solo sé que tuve claro que iba a quererla toda mi vida.

Daniel, Sarah y Natalia venían para quedarse unos meses. Creo que hubo varios factores que influyeron en esa decisión y uno de ellos fue sin duda el deseo de Daniel de compartir su nuevo estado con nosotros, sus padres, y ocuparse más de cerca de Tafur. Pero fueran cuales fuesen las razones que tuviera para instalarse un tiempo en su casa, con su padre, yo estaba feliz.

Tafur miraba a cada momento a la niña, sonriente y asombrado, sin entender bien lo que significaba aquella presencia en su vida, pero con una ternura especial, aunque nosotros teníamos cierta prudencia para no dejarla en sus manos. Comenzaba ya a no controlar sus movimientos.

Y yo volví a mi casa con Fernando.

Capítulo 23

Habían pasado unos meses desde el fallecimiento de mi madre. Coincidiendo con el puente de Todos los Santos, decidí acercarme a Galicia. Habían inaugurado un balneario muy próximo a la casa de Fiolleda y pensé que estaría bien dar una vuelta por allí y conocer las novedades de *mi* pueblo.

Hizo un tiempo extraordinario para aquella época del año, con sol y temperaturas completamente inusuales en noviembre. El campo estaba precioso. Visité la casa de mis abuelos, que ya empezaba a convertirse en una querida ruina. Quedaba muy poco de su magia de otros tiempos, cuando yo jugaba entre sus paredes. La habían heredado a partes iguales los seis hermanos y jamás se habían puesto de acuerdo para arreglarla o para venderla. Yo misma les había hecho una oferta a mis tíos tiempo atrás para quedármela, pero no obtuve ningún resultado. Daba la sensación de que no deseaban desprenderse de ella, pero tampoco eran capaces de mantenerla en pie, así que, poco a poco, se fue devastando hasta convertirse en la ruina que contemplé en ese viaje.

Me produjo mucha nostalgia. Yo seguía viéndola como era cincuenta años atrás, de la misma manera que cuando después de muchos años sin ver a alguien a quien has conocido de joven, continúas viendo su cara de entonces, como si su nueva fisonomía fuese una máscara que pudieras retirar a voluntad en cualquier momento y descubrir sus verdaderos rasgos.

Llevé flores a la tumba de mi madre y busqué el cementerio en donde estaba enterrado mi padre para llevarle también unas flores. No sé por qué lo hice, quizás quería cerrar un capítulo de mi vida para ser consciente de que, para bien o para mal, ya todo había terminado. Pero al volver a Madrid me ocurrió algo curioso. Lejos de sentir que había hecho lo que debía y que ya todo estaba en orden, sentí un vacío enorme y, al mismo tiempo, la necesidad imperiosa de no desprenderme de la historia de mis padres. Y volvieron las preguntas:

¿Y si mi padre no había pensado en reconocerme porque yo no era su hija? Ni siquiera después de muerto había hecho un gesto para mí… ¿Acaso no habría vivido yo toda mi vida en una gran mentira? Una urgencia que no había sentido nunca se apoderó de mí. Tengo que saber. Mi padre tiene que decirme si realmente lo es. Mi madre había muerto y por fin era libre para reclamar la filiación y mi apellido sin que nadie me lo impusiera, sin que por medio hubiese intereses espurios de nadie. ¿O no? ¿No sería que mis complejos de culpa me empujaban a hacer ahora por mi madre lo único que ya

podría hacer por ella, lo que siempre me había reclamado? Ahora, además, podría hacerlo sin dañar a mi padre.

Ahora era el momento.

¡Qué difícil es entender los mecanismos de nuestra mente!

Busqué un abogado. El proceso sería largo y complejo, me dijo, y los documentos con los que yo contaba, escasos, pues se trataba de algunas cartas cruzadas entre mis padres, una partida de nacimiento real en la que yo aparecía solo con el apellido de mi madre y otra expedida cuatro meses más tarde (fecha en la que debería haber nacido) con el apellido de mi padre *legal*. Los testimonios que podíamos aportar eran básicamente de mis tíos, los hermanos de mi madre. ¿Por dónde empezar?

Mi padre había muerto ocho años antes. ¿Quiénes habían sido sus herederos? El abogado me preguntaba cosas que yo no sabía responder. Nunca me había parado a pensar en eso. Cuando meses después ya contábamos con los documentos para acudir al juez, el abogado los consideró suficientes para dar el primer paso, pero me informó de que, para saber algo definitivo, teníamos que solicitar las pruebas de ADN.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Hay que pedir la exhumación para poder comparar el ADN de tu padre con el tuyo. Sin esas pruebas ningún juez va a sentenciar que tú eres su hija.

La idea me produjo un rechazo inmediato y me negué.

—Entonces, mejor que abandones el caso —me dijo.

Y lo abandoné. Guardé todos los documentos, incluido el testamento de mi padre, que el notario nos había enviado, y di por terminada la aventura.

Pero leyendo atentamente el testamento descubrí que nombraba heredera a la persona que le cuidó en sus últimos años al no existir *hijos habidos en su matrimonio*. Ese dato, de su puño y letra, me tranquilizó. Quise leer en él un guiño hacia mí ya que no decía que no hubiera tenido hijos, sino que no los había tenido *de su matrimonio*… Con eso, tan solo con eso, traté de consolarme.

* * *

Pasamos las primeras Navidades de la vida de Natalia todos juntos y nos dispusimos a recibir el año 2008. Las fotos de esas fechas indican que yo estaba feliz.

Daniel y Sarah decidieron dejar Londres y trasladarse a vivir a Bermudas. Primero se irían Natalia y Sarah. Daniel lo haría un año después, cuando terminase su contrato de trabajo en Londres. Se me cayó el mundo encima. Hasta ahora viajar a Londres de vez en cuando

para verlos o que lo hicieran ellos a Madrid había sido relativamente sencillo, pero Bermudas estaba muy lejos, los viajes eran engorrosos y con escala obligada y, además, prohibitivos. Yo ya había estado allí en dos ocasiones, que solo serían las primeras de muchas otras que vendrían después.

Al terminar el periodo de la estancia en Madrid de Daniel, yo debía asumir de nuevo más responsabilidad en el cuidado de su padre porque la situación de José Luis era cada día de mayor dependencia. Daniel no dejó de venir cada mes para verle ni de encargarse de algunos asuntos relacionados con su padre. Pero evidentemente ya no podía hacerlo tan frecuentemente como hasta ahora y el día a día volvería a recaer sobre mí con más fuerza que nunca. Era duro, no tanto por tener que hacerlo, sino porque me dolía mucho.

A esa carga y a esos sentimientos se añadía el miedo a que el futuro laboral de mi hijo saliera perjudicado con el cambio. Su situación todos estos años, prácticamente desde que había terminado su carrera, había sido brillante, envidiable. Y ahora, ¿qué iba a pasar? Pero se trataba de su vida y yo no tenía ningún derecho a interferir en ella. Como nuestra comunicación era fluida y presidida por la mutua confianza y respeto, algo le dije al respecto, pero no mucho más que algún: «Hijo, ten cuidado».

En marzo de 2008 me trasladé unos días a Londres para despedir a Natalia y, dos meses más tarde volé a Bermudas para acudir a su bautizo, que se había retrasado bastante por diversas razones, de modo que ya era un bebé mayorcito y, cuando entró en la iglesia, en brazos de su madre, saludó a todo el mundo y sonrió como si fuera una pequeña princesa… O una actriz en ciernes.

Tafur ya no pudo hacer ese viaje. No estaba en condiciones de volar durante horas. Yo me empeñaba en que siguiera haciendo una vida lo más normal posible, pero estaba claro que las dificultades eran cada vez mayores. En verano me organicé para llevarle de vacaciones unos días a la playa. Creo que aún disfrutaba del mar y a mí me consolaba la idea de devolverle algo de la alegría que siempre me había dado; así que, acompañados de mi enamorado Morgan y de Miriam, una chica hondureña que habíamos contratado un tiempo atrás y que ya se había convertido en el ángel de la guarda de Tafur, nos fuimos al mar. Creo que fue un acierto porque se le veía alegre y tranquilo. Ya apenas hablaba. De vez en cuando decía una frase suelta, una palabra, pero poco más. Pero aún conocía o, por lo menos, reconocía. Fernando se presentó por sorpresa en la misma playa y fue él quien lo vio llegar cuando aún estaba a cien metros y quien me lo hizo saber, mostrándose contento por aquella visita inesperada.

* * *

Agnes de Dios nos había dado muchas satisfacciones, pero su ciclo terminaba y Cristina y yo empezamos a pensar en otro proyecto. Una vez más pusimos a Fernando a trabajar. Pagando a precio de mercado, que conste. Las ideas anteriores que él nos había dado en los últimos años habían sido brillantes y Cristina y yo estábamos muy cómodas con él. Su talento, que acompañaba con una modestia extrema, y su capacidad de adaptarse a las condiciones de trabajo en que necesariamente se movía Nueva Comedia, le habían convertido en el director ideal para nosotras.

Mientras tanto, Daniel me anunció que estaban esperando su segundo hijo y que en noviembre nacería mi nuevo nieto. O nieta, aún no se conocía el sexo. Estaban pasando muchas cosas en mi entorno que me implicaban mucho emocionalmente. Eran muchos cambios a la vez y no me daba tiempo a procesarlos, solo a vivirlos. Como Escarlata O'Hara, yo también me decía «mañana pensaré».

Me llevé a Fernando de vacaciones a la Costa Brava y, mientras yo disfrutaba del mar y las aguas de un estupendo balneario, él pensaba y leía. Leía o releía una tras otra novelas de Galdós en busca de personajes femeninos que pudiéramos hacer Cristina y yo. Finalmente inventó *Galdosiana*, que iba a ser un espectáculo diferente que no tendría la estructura convencional de una obra de teatro al uso. Encontró la manera de conectar textos de tres novelas de Galdós, *Realidad*, *Doña Perfecta* y *Tormento* a través de un hilo conductor: una narradora que interactuaba. Era un atractivo ejercicio escénico con el tiempo y el espacio, muy marcado por el sentido del humor que autor y adaptador compartían, lleno de divertidos anacronismos. Mujeres de Galdós vistas con la perspectiva de hoy. Cristina y yo tendríamos que representar varios personajes cada una o incluso repartir entre las dos un mismo personaje (Doña Perfecta). Y lo mismo tuvieron que hacer Amparo Alcoba, una de las chicas de *La calumnia*, y David Sentinella, un excelente tenor al que, en una de esas situaciones de vértigo que frecuentemente se producen en los ensayos de una función, Ángel Gonzalo, nuestro gerente, descubrió para el teatro no cantado. Aunque luego Fernando, en una decisión loca pero que funcionó, le haría cantar en mitad de la trama dramática de *Tormento*.

Cuando nos contó la idea, a mi socia y a mí nos gustó mucho. Suponía un paso más hacia delante. Habíamos hecho dos comedias de risa y un par de dramones de mucha calidad, pero al fin y al cabo, dramones. Ahora nos enfrentábamos a un teatro más arriesgado que no sabíamos cómo iba a acoger el que suponíamos *nuestro público*. Ya he dicho que los retos me motivan. Y creo que a Cristina, también. De

hecho, ella venía insistiendo hacía tiempo en la idea de que teníamos que hacer algo distinto, más moderno, más de *arte y ensayo*. Y puestos a buscar modernidad, encontramos de don Benito Pérez-Galdós. *Galdosiana* era un trabajo difícil para todos, especialmente para los actores porque nos exigía un grado de atención y de agilidad para los cambios de personaje y los saltos continuos de época muy superior a lo habitual en una obra de corte tradicional.

Una vez más, Javier Artiñano se ocupó del decorado, y de inventar un vestuario muy complicado, pues a veces debíamos vestirnos en escena y pasar de una situación a otra o cambiar de personaje en segundos y, por supuesto, sin pasar por el camerino o ni siquiera poder hacerlo entre cajas. Como siempre, Artiñano lo resolvió espectacularmente bien. Fernando, que había hecho con él *La Regenta*, le aprecia mucho, aunque quizá no tanto como yo, lo utiliza siempre como consejero áulico porque dice que le infunde confianza y seguridad. O sea que en nuestros espectáculos Javier no solo se ocupa del vestuario, sino que colabora con sus opiniones y consejos a la puesta en escena.

Con esos mimbres pusimos la maquinaria de Nueva Comedia en marcha, por quinta vez desde que yo me había asociado a la compañía de Cristina. Los ensayos de *Galdosiana* fueron duros y no exentos de graves problemas. Había mucho que estudiar. Me habían caído en suerte tres personajes muy distantes y muy distintos y estaba muy ilusionada. Iba a encarnar a la narradora en época presente en *Realidad*, a Doña Perfecta en el segundo segmento de la función y a la de Bringas, el estupendo personaje de *Tormento*, que había hecho en el cine mi amiga Concha Velasco con gran éxito, en el tercero. Por cierto que también *Doña Perfecta* había tenido versión en cine en los setenta con la maravillosa Julia Gutiérrez Caba de protagonista, pero yo no recordaba haberla visto.

Volví a Bermudas para pasar unos días y aproveché para estudiar como una loca. Me recuerdo en ese viaje estudiando a todas horas porque los ensayos iban a dar comienzo a mi vuelta y, como siempre, teníamos que llegar el primer día con los textos aprendidos de principio a fin. Era la marca de la casa. Cuando levantaba la cabeza del *libro* —así denominamos en el teatro lo que vulgarmente la gente llama el guion—, allí estaba Natalia mirándome y reclamándome como no ha dejado de hacer desde entonces.

* * *

Ni el estudio ni el trabajo, ni las muchas obligaciones personales que había asumido voluntariamente, me hacían olvidar la historia inacabada de mi padre. ¿Qué me había impedido seguir adelante con

mi proyecto de saber con certeza si yo era la hija de Ramón Pardo? ¿Había sido solo la idea, que me había parecido horrible, de pedir su exhumación la que me había detenido, o habría algo más que permanecía oculto, camuflado en mi subconsciente? ¿No sería que me daba pánico descubrir que no era su hija?

Decidí volver a hablar con el abogado. Me recomendó que buscara un letrado que trabajara en Galicia y me volvió a insistir en que pidiera las pruebas judiciales de paternidad. Con calma y no muy convencida, empecé a buscar un nuevo abogado. Aunque en general soy muy ejecutiva, muchas veces en la vida me ha costado tomar decisiones, sobre todo cuando he valorado exhaustivamente los pros y los contras. Por eso, he aprendido poco a poco a no sopesar demasiado para no correr el riesgo de no actuar, para evitar la paralización.

Por esas fechas recibí un extraño correo. Elvira, mi actual representante, que había sustituido a Lorenzo Iglesias cuando este se jubiló, me decía que una señora, cuyo nombre era Luz Palacio, se había puesto en contacto con ella para darle su teléfono con la intención de que me lo hiciera llegar. Yo no tenía muy claro quién podía ser esta señora. Familia de mi padre, desde luego, porque compartía apellido con mi prima María Luisa, aquella que se había dado a conocer años antes en el teatro de León y que después me había enviado los recuerdos de mi padre. Yo seguía manteniendo con ella un contacto esporádico, siempre fundamentado en el afecto y agradecimiento que me había producido su gesto delicado y generoso. Tenía su teléfono y decidí llamarla para indagar quién era la desconocida dama que me reclamaba. María Luisa me explicó exactamente quién era Luz Palacio: una hermana de la heredera de mi padre.

Me sorprendió un poco. De toda mi familia paterna solo María Luisa se había tomado la molestia de acercarse a mí. La heredera de mi padre jamás me había llamado para entregarme al menos un recuerdo suyo. Muerta de curiosidad e incluso algo esperanzada por las inciertas consecuencias que aquello pudiera traer consigo —no se olvide que era la hermana de la heredera—, me puse en contacto con Luz Palacio.

Luz resultó ser una persona tan estupenda como María Luisa. Cariñosa, inteligente y con la misma necesidad que yo de *ordenar*, de situar a cada cual en su lugar, y una cierta vocación de *historiadora familiar*. Mi necesidad de saber, junto con su disposición a contarme todo lo que ella recordaba de mi padre y de nuestra familia común, hizo que estableciéramos una relación muy especial. Hoy puedo decir sin ningún temor a equivocarme que María Luisa y Luz son lo mejor

que me dejó mi padre. Por supuesto —o no tan *por supuesto*—, ninguna de las dos albergaba la menor duda de que yo era hija de Ramón Pardo Arias, su tío.

* * *

Resuelto algún problema que nos quitó el sueño durante unos días, los ensayos de *Galdosiana* estaban llegando a su fin y la verdad es que todos estábamos un poco inquietos. Estrenaríamos en el teatro Pérez Galdós de Las Palmas, como no podía ser de otra manera. Era un hermoso teatro en el que habitualmente no se representaba teatro de texto. Su especialidad eran las óperas y los conciertos, pero a pesar de ello, apostaron por nuestro espectáculo. Nos hicieron una estupenda campaña de publicidad. Estábamos ilusionados con la idea de hacer *Galdosiana* en la patria chica de don Benito y en el teatro que llevaba su nombre. Fernando estaba muy contento, pero también temeroso. Años atrás, después del éxito que habíamos tenido con *La Regenta*, había intentado adaptar tres novelas de Galdós para TVE, que se había mostrado completamente desinteresada de aquel proyecto. *Galdosiana* suponía para él la superación de ese viejo sueño. Pero la venta anticipada iba muy floja y el teatro era enorme, así que unos y otros estábamos preocupados aunque poco podíamos hacer.

En efecto, el público de Las Palmas no respondió. No es que la obra no gustara, porque hubo buenas críticas, pero la gente no llenó el teatro ni un solo día. Estábamos sorprendidos: una obra con algunos de los mejores textos de Galdós y en su tierra… y no despertó ningún interés especial. Menos mal que la mala racha que podía hacer prever la frialdad de los canarios desapareció en la gira posterior por otras plazas de España, aunque empezamos ya a detectar que la crisis iba a hacer mella en la contratación de espectáculos teatrales por parte de los ayuntamientos. Más tarde en Madrid, de nuevo en el Teatro Fernán Gómez —ya se llamaba así el Centro Cultural de la Villa—, *Galdosiana* funcionó más que bien.

Solo Dios sabe qué mueve a los espectadores a interesarse por una película o una obra de teatro, aunque tal vez a Dios no le interese mucho el hecho teatral o cinematográfico y los tenga encomendados a algún subalterno no demasiado competente. Muchas veces me pregunto el misterio que se oculta tras la imposible unanimidad en la valoración de una obra. ¿Por qué unas personas aborrecen lo que a otras encanta? ¿Por qué a un crítico una película le parece merecedora de *cuatro estrellas* y a otro le repugna sin que en la película en cuestión haya cambiado un solo fotograma? ¿Por qué Almodóvar o Garci concitan amores y odios con la misma intensidad?

Imagino que tiene que ver con la sensibilidad, conocimientos e

intereses de cada uno de nosotros. Con los temas que se tratan en esas obras o películas y con la manera de tratarlos. Con los estilos y los puntos de vista. Por seguir con el ejemplo, no parece fácil que a alguien que le *mole Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*, se pueda extasiar igualmente ante las santas monjitas de *Canción de cuna*. En cualquier caso, el éxito de un proyecto no depende únicamente de haber hecho un buen trabajo. En sus mejores momentos, Garci y Almodóvar han demostrado talento creativo y conocer bien su oficio, pero también han tenido fracasos. El factor suerte tiene mucha importancia. Hay que estar en el lugar justo en el momento oportuno, y eso es lo que prima sobre todas las cosas. Así que dejémonos de vanidades estúpidas en caso de éxito y, consecuentemente, de depresiones inconsolables en caso de fracaso. Si se hace lo que se tiene entre manos con pasión y rigor, cabe esperar que las cosas salgan bien; pero si no es así, solo cabe pensar que uno ha hecho lo que debía y que hay situaciones sobre las que no tenemos ninguna capacidad de influir. No me estoy refiriendo solo al trabajo cinematográfico o teatral, sino en general a *las cosas de la vida*, que diría mi admirado Claude Sautet.

Me ha costado mucho llegar a estas *profundas* conclusiones porque, como soy soberbia y vanidosa, durante muchos años creí que podía controlar tanto mi vida personal como mi carrera de actriz solo con poner el esfuerzo y aplicar la inteligencia necesarios en ello, pero no contaba nunca con el factor suerte o, simplemente, con que hay cosas que quedan absolutamente fuera de nuestro control, que se nos escapan de las manos como un pez fuera del agua. Hoy en día sigo haciéndolo todo lo mejor que puedo y sé; y si las cosas salen bien, estupendo y, si no, al menos yo estaré tranquila porque hice lo que debía.

Fin de la clase de supervivencia de manual de autoayuda.

Mientras estábamos de gira con *Galdosiana*, me ofrecieron un trabajo para la televisión. Era una miniserie de dos capítulos de hora y media de duración cada uno. Se trataba de un género que se ha puesto de moda en los últimos años, una recreación de la vida de un personaje conocido, ya sea un político, un personaje de estirpe real, una tonadillera o una famosa de las revistas *del corazón*. Un *biopic*, que dicen los modernos. En este caso era la vida de Alfonso de Borbón, ya saben, eterno aspirante a la corona de España en el tardofranquismo y a la de Francia, perdidas aquí las últimas esperanzas. El primo del rey Juan Carlos y doliente marido de Carmen Martínez Bordiú, cuya descripción me ahorro porque seguro que ustedes, como yo, ven de vez en cuando Telecinco. En fin, un personaje más de la prensa del

corazón que de la política, *malgré lui*, pero con una vida suficientemente atractiva como para resultar bien en una película. El director era Álvaro Fernández Armero, al que no conocía pero que había dirigido varias películas que avalaban su competencia. Trabajé muy bien con él.

Mi papel en la miniserie era el de Emmanuella Dampierre, la *malvada* suegra de Carmencita, o sea, la madre de Alfonso de Borbón. Era complicado meterse en la piel de un personaje vivo y del que yo solo conocía algunas cosas por los datos que el *¡Hola!* proporcionaba de tanto en tanto y, encima, yo no soy lectora habitual de esa revista. En clara contraposición a la afición de mi madre, voy poco a la peluquería. Lo más probable es que esta falta de atención mía me hubiese hecho perder inapreciables detalles sobre los conflictos personales y familiares de tan ilustre dama. Y como Dios castiga sin palo ni piedra, ahora tenía que interpretarla y buscarme la vida. Encontré un par de libros en los que rastrear algo de la biografía y personalidad de Emmanuella Dampierre y me los tragué a toda velocidad. Tal vez lo más ilustrativo fueran las fotografías que completaban esos textos y que me daban pistas sobre la personalidad y las actitudes puramente físicas de mi personaje.

La producción de Telecinco fue impecable. Me trataban bien y con una especial deferencia. Se conoce que me había vuelto ya una actriz respetable. Mi hijo, o sea don Alfonso, tan desgraciado el pobre, lo interpretó un actor al que yo apenas conocía pero al que había visto trabajar en cine y que me gustaba, José Luis García Pérez. El guion, que recorría unos cuantos años de la vida de esa señora, implicaba que en una parte del rodaje tuviera que hacer de una mujer mucho mayor que yo, es decir, una caracterización de cierta complejidad con peluca blanca incluida. Y eso, la peluca blanca, fue lo único malo de aquel trabajo: me produjo una urticaria de campeonato en el cuero cabelludo que me las hizo pasar muy mal. Me rascaba sin parar en las pausas entre plano y plano y, cuando llegaba a casa por las noches, seguía rascándome hasta que finalmente el sueño derrotaba a los picores.

Por lo demás, disfruté muchísimo en ese rodaje. El director sabía lo que tenía entre manos y era simpático y muy educado. Con José Luis, *mi hijo*, me entendí extraordinariamente bien. Como compañero y como persona es estupendo y, como actor, ahí están sus muchos trabajos que le han situado como uno de los mejores de este momento. Además, cuando después se emitió la serie, tuve muchas satisfacciones porque alabaron mucho mi interpretación y creo, sinceramente, que *Alfonso, el príncipe maldito* es de lo mejor que he hecho en estos años

para televisión.

Recapitulando: volvía a estar pluriempleada. Hacía mis bolos por España con *Galdosiana*, rodaba para la televisión y me ocupaba de Tafur.

* * *

A través de mi hermano Mauricio encontré un abogado que vivía y trabajaba en Orense, es decir, a poca distancia de Monforte de Lemos, lugar en el que habría que presentar mi demanda de filiación, si es que al final me decidía a hacerlo. Todo ocurría al mismo tiempo y había que hacer compatibles actividades de muy distintas características que cubrían necesidades también diferentes. Sin embargo yo empezaba a moverme a gusto entre todas esas novedades. A diferencia de otras épocas de mi vida en las que prefería vivir los acontecimientos de uno en uno para poder procesarlos, ahora, de pronto, parecía tener energías para atender a todos los frentes sin perder resuello.

Llamé al abogado que me había recomendado Momo y, después de una larga conversación que inevitablemente implicaba *contarle mi vida*, concluyó que teníamos muchas posibilidades de que admitieran la demanda y que todo dependería de unas pruebas de ADN, por lo que habría que solicitar al juez la orden para su realización.

Fue entonces cuando tomé una de las decisiones más trascendentes y difíciles de toda mi vida: presentar la demanda de reconocimiento de la paternidad. Había decidido saber.

Capítulo 24

Habían pasado casi cincuenta años desde el momento en que supe de la existencia de un padre desconocido. Mucho tiempo, casi toda una vida conviviendo con esa ausencia siempre presente y con ese poso de incertidumbre con el que ahora había decidido no continuar. Había llegado el momento de la certeza, y de llenar de una vez el hueco. De acercarme al hombre desconocido para obtener de él una respuesta que solo sus huesos —es decir, solo él mismo— podrían proporcionarme. Ahora… o ya nunca, me dije.

Mi hijo fue el primero en conocer mi decisión y su respuesta, como siempre, fue perfecta:

—Lo que tú hagas, estará bien, madre. Si lo haces es porque lo necesitas. Adelante.

La suya era la opinión más importante para mí, aunque también lo hablé con otras personas que podían verse afectadas por esa decisión, pero todos me dieron el visto bueno para que me pusiera en marcha. Fernando me animó desde el primer momento y estuvo a mi lado en cada paso difícil que se planteaba. Mi tía Pilar, la hermana de mi madre, se ofreció para testificar en el juicio, si fuera necesario. Ella, con una visión algo diferente a la mía, opinaba que *ya era hora de hacer justicia*. Para mí, el asunto no era tan simple. Yo no buscaba *justicia*, quería encontrar el hilo que me unía con los míos, quería *conocer* a mi padre. También mi prima Luz, que se prestó para hacernos las pruebas de ADN entre nosotras, me alentó. Aunque todos sabíamos que la única prueba concluyente sería cotejar mi ADN con el de los restos de Ramón Pardo.

La que no necesitó pruebas de ADN fue mi segunda nieta. Había nacido Alejandra y, afortunadamente, ni ella ni Natalia iban a tener a lo largo de su vida ese tipo de problemas. Siempre sabrían quiénes habían sido su padre y su madre.

El fin de ese año que había estado tan lleno de acontecimientos lo pasamos Fernando y yo con Tafur, en su casa. Nos sentamos en el sofá para ver la televisión y José Luis nos cogió de la mano a los dos. Hubiera sido una divertida imagen para inmortalizarla en una foto. Una bonita estampa polisémica, que significaba muchas cosas.

La justicia seguía su camino. Nuestra demanda fue aceptada a trámite y se fijó una fecha para el juicio. Por lo que me había dicho mi abogado, la demanda tenía que dirigirse contra los herederos designados por mi padre, no porque se quisiera reclamar herencia alguna, sino porque esa era la fórmula legal de reclamar el reconocimiento de la paternidad. Ese requisito era algo que me

disgustaba enormemente. No entendía por qué tenía yo que demandar a nadie si lo que quería resolver estaba circunscrito a mi padre y a mí. Yo solo quería *su* respuesta, y no la de nadie más porque nadie más tenía que ver en el asunto. Si éramos mi padre y yo los contendientes de aquel conflicto, ¿por qué tenía que demandar a mi prima, su heredera legal, pero no su hija y por tanto, alguien sin papel alguno en aquella trama?

Un paso más en el proceso que seguía la demanda me descubrió que también debía ser *parte demandada* mi padre legal. Tampoco eso me resultó fácil de entender, más allá del engorro que enseguida vimos que suponía. ¿A qué venía a estas alturas mi *padre* Renzi, perdido en la noche de los tiempos desde mi remota primera infancia, en el íntimo debate que yo estaba planteando cincuenta años después entre mi padre biológico y yo? En fin, las leyes y los procedimientos impusieron las formas y no me quedó otro remedio que demandar a mi prima, la heredera designada por mi padre en el testamento, y ponernos a buscar al señor Renzi.

Precisamente, el asunto que afectaba a mi padre legal fue considerado por la fiscal como un *trámite ineludible*, lo que provocó que el juicio se suspendiera cuando ya estábamos sentados en el juzgado de Monforte Fernando y yo con mi tía Pilar, que junto a Luz Palacio eran mis testigos, por si el juez quisiera preguntar si en mi entorno familiar habían oído o sabido algo relativo a mi nacimiento, a pesar de que las pruebas documentales eran, según mi abogado, más que suficientes para que la intervención de ellas dos no llegase a ser necesaria. Pero, contra todo lo previsto, surgió la *cuestión Renzi*.

Nada más entrar en la sala del juzgado, la fiscal dijo que no se podía iniciar el trámite judicial sin dar traslado al señor Renzi para que, a su vez, pudiese alegar lo que considerase oportuno. El juez aceptó el argumento de la fiscal y dictó diligencias para mejor proveer y mi abogado tuvo que ponerse en marcha de nuevo para satisfacer aquella exigencia de la fiscal que a mí me resultaba tan difícil de comprender.

Pero ¿dónde estaba, si es que aún estaba en alguna parte, Juan Renzi? Yo, desde luego, lo desconocía. No le había vuelto a ver ni a intercambiar con él la más mínima comunicación desde que, cincuenta y tres años antes, mi madre me rescatara de aquel cómico secuestro al que el señor Renzi me había sometido. Creía recordar haber oído que, después del fracaso del matrimonio con mi madre, había vuelto a vivir en Italia, pero si eso había pasado realmente, había sido a mediados de los cincuenta y ahora estábamos entrando en la segunda década del siglo siguiente. ¿Qué edad podía tener Juan Renzi y qué interés podría

tener en reivindicar sus derechos como padre de la niña que había adoptado, vaya usted a saber por qué razones si, como aseguraba mi tía, «era un vividor»?

Se decidió que había que publicar un edicto como único medio posible con el que informarle, lo que suponía un tiempo de espera fijado por la ley para dar ocasión a que él se presentase o hiciese llegar por otros medios su respuesta. Si, una vez transcurrido el plazo legal, no lo hacía, se podía llegar a la conclusión de que no había podido hacerlo por fallecimiento o no había querido porque le importaba tres pepinos el asunto. Y una vez dirimida la *cuestión Renzi*, se podría seguir el procedimiento, sin él.

Mi abogado sugirió, con buen criterio, que mientras él incorporaba a la causa como parte demandada al señor Renzi y se seguían los trámites legales para buscarlo, se podía ir adelantando en las pruebas de ADN. El juez y la parte demandada no pusieron objeción alguna, aunque el abogado de mi prima puso como condición que esas pruebas, cuyos gastos correrían por mi cuenta, las hiciera el Instituto de Medicina Legal de la Universidad de Santiago de Compostela. Acepté sin dudarlo. Allí se habían hecho ya las comparativas entre mi prima Luz y yo, que habían dado unos resultados bastante concluyentes, aunque ni para el juez ni para mí eran suficientes.

Aquella mañana yo había estado muy nerviosa. Temía que alguien de la prensa pudiera haberse enterado y merodeara por allí, lo que afortunadamente no ocurrió; pero también me inquietaba el hecho de que, cuando un tiempo atrás la demanda le había llegado a la heredera designada, mi prima, ella me había llamado bastante indignada porque yo no le hubiera dado conocimiento previo de mis intenciones. Esa reacción suya me hacía temer que en el encuentro en la vista se produjera una situación más incómoda de lo que ya era de por sí el propio juicio.

En aquella conversación telefónica yo le había respondido que lo que estaba en juego no era un asunto personal entre ella y yo, sino entre mi padre y yo, y que, si daba por sentado que era mi obligación haberme puesto en contacto con ella, yo también podía preguntarle por qué ella no se había puesto en contacto conmigo de la misma forma en que lo habían hecho mis otras primas. Sobre todo, teniendo en cuenta que ella era precisamente la depositaria de los bienes de mi padre y quien le había atendido en los últimos años de su vida.

Ni la prensa apareció, ni ella asistió al juicio. Volvimos a Madrid sin juicio, pero yo estaba muy satisfecha de lo logrado.

Tanto durante el viaje de ida como en el de vuelta en mi coche,

mi tía Pilar se explayó en toda clase de detalles vividos por ella de primerísima mano sobre aquella lejana historia de amor entre su hermana Asunción y Ramón Pardo, y la otra, mucho menos romántica, que unió durante un corto periodo de tiempo a mi madre y a mi ocasional secuestrador. Fernando la escuchaba extasiado, porque mi tía, que había callado durante tanto tiempo, resultó ser una magnífica narradora.

Su lealtad y obediencia a mi madre se habían impuesto a la razón durante muchos años. Lo que aquel día me descubrió mi tía debería habérmelo contado muchos años antes. O por lo menos, algunas cosas que me habrían iluminado el camino: que hubo un momento en el que mi padre, después de enviudar, había mostrado su disposición a verme y a conocer a su nieto…¡Cuánto dolor y cuántos problemas me habría ahorrado si ella hubiera tenido el valor de desacatar la orden de mi madre y hablar claramente conmigo entonces!

Su narración me dejó muy impresionada y, mientras Fernando la escuchaba como si fuera el guion de un melodrama de Hollywood, yo la sentía muy intensamente, con un dolor renovado. No estaba sorprendida: hacía tiempo que sabía que mi madre siempre había antepuesto sus intereses a los míos, pero resultaba lacerante comprobar que con aquella prohibición a su hermana había impedido directamente que yo tuviera la oportunidad de estar con mi padre. Si esa ocasión se esfumó para siempre fue exclusivamente porque nadie quiso decirme la verdad: que Ramón Pardo *quiso*, aunque fuera en un momento concreto, conocer a su única hija. Y fue en ese viaje cuando tuve la certeza de que el principal obstáculo para que mi padre me hubiera reconocido siempre había sido mi madre.

Creo que una vez que él comprobó, sin saber lo que realmente había ocurrido, que su hija no acudía a su *invitación*, interpretó que yo había dejado de tener interés en acercarme a él y desistió de la idea de aceptarme, quizás de reconocerme. Es más, fue a partir de ese momento cuando, según los testimonios que he podido recabar, empezó a negarme con mayor intensidad. Negó ante quien le preguntara que yo fuera su hija. Y ante quien no preguntaba, también, porque yo sabía —ellas me lo habían contado— que tanto a María Luisa como a Luz, mi padre les había dicho que yo *no* era su hija… Y, según las cuentas que eché aquel día, eso había ocurrido justo después del acontecimiento que me acababa de contar mi tía.

Como era previsible, el señor Renzi no apareció y el juez señaló una fecha para la exhumación de los restos de mi padre. Fue en el mes de julio de 2011. Mi abogado, Fernando y yo nos desplazamos a Deade, la parroquia en la que estaba enterrado.

¿Qué proceso mental me había llevado hasta ese momento? Al final había aceptado algo que me horrorizó la primera vez que alguien me habló de ello. Había tardado tres años en aceptar la evidencia de que sin esas pruebas nunca se sabría la verdad. Y había sido la necesidad de que aquel hombre de rasgos borrosos volviese sobre sus pasos para abrir la puerta que me había cerrado el único día en que le había visto. La puerta de su casa y de su vida.

Y allí estaba. Llevé unas rosas, igual que en noviembre de 2007, cuando tanto me costó encontrar ese lugar. Ahora había aprendido el camino. Deposité el ramo y esperé alejada de donde se estaban produciendo los hechos. Todo me parecía irreal y muy duro. Le pedí perdón mentalmente. Lo siguiente que había que hacer sería solo esperar.

* * *

Ese verano, el último en que iba a poder hacerlo, llevé a Tafur de vacaciones a Galicia. Alquilé una casa y organizamos un *operativo* complejo. Con la ayuda de Miriam y su hermana y de mi querido Ángel, el gerente de Nueva Comedia, Fernando, Tafur, Morgan y yo nos instalamos durante un mes en la playa. Estaba casi segura de que no podría repetirlo. La enfermedad de Tafur avanzaba cruelmente y las dificultades para su movilidad y para hacer una vida más o menos normal eran cada vez mayores. Ya no conocía y desde luego no hablaba. Seguía siendo dócil, aunque frecuentemente se quejaba sin que nosotros pudiéramos descifrar los motivos de su lamento. Ya no sonreía. Pero un par de veces en que Ángel le cantaba arias de ópera o zarzuelas dio muestras de alegría. Pero, a pesar de todo ello, yo me resistía a tirar la toalla porque *solo se muere por imperceptibles desatenciones*. Esa era una frase que José Luis repetía a menudo antes de su enfermedad. Como un mantra, como una lección, como un fetiche. Y yo no quería estar desatenta.

Al volver de las vacaciones, conocimos al fin a Alejandra. Igual que ocurrió cuando vio por primera vez a Natalia, Tafur la miraba sorprendido y algo confuso. ¡Cuánto deseé en esos momentos que no estuviera enfermo para poder así disfrutar de ese nuevo regalo que nos traía Daniel!

* * *

Me ofrecieron un nuevo trabajo. Afortunadamente solo tendría que rodar unos días en septiembre y luego me incorporaría a tiempo completo durante tres meses, una vez acabada la temporada de *Galdosiana* en Madrid.

Amar en tiempos revueltos era una serie que se había eternizado en pantalla. Ya llevaba varias temporadas en emisión y seguía

manteniendo enganchado a un público fidelísimo y sorprendentemente heterogéneo. Al comenzar cada temporada el equipo de guionistas solía incorporar nuevos personajes y nuevas tramas. Me ofrecían un personaje de lo más curioso, con mucho peso en la serie. Una *mala*, por supuesto, como venía ocurriendo en los últimos años. Tenía que hacer el papel de una estafadora profesional que, además, jugaba a ser *bruja*. Poco que ver conmigo, que soy poco dada a esoterismos y mucho más inclinada al pensamiento racional. Y no tan mala, desde luego.

Era un *diario*, o sea, muchas secuencias diarias, muchas horas en plató y mucho estudio. Y esa tarea, la de memorizar, es quizás la parte más aburrida para el actor, al menos para mí. Por eso me resulta chocante que mis compañeros y los directores con los que trabajo me digan siempre que tengo muy buena memoria. Lo que ellos no saben, aunque deberían imaginárselo, es la cantidad de tiempo que le dedico a *hacer codos*. Y permítanme que me repita: en mi vida casi nada es como parece.

Acepté el trabajo y tuve la alegría de volver a compartir plató con José Luis García Pérez, aunque aquí ya no era mi hijo como en *Alfonso, el príncipe maldito*. No suele ocurrir que se coincida con los mismos actores en tan breve espacio de tiempo, así que me resultó una sorpresa muy agradable.

La productora era Diagonal TV, una empresa catalana con la que ya había trabajado en *700 euros*. Eran gente estupenda. Recordé que me habían invitado a viajar a Barcelona para que asistiera a una fiesta de conmemoración de los diez años de la productora unas semanas después de haber terminado el rodaje de *700 euros*. Tal vez habían pensado en mí para este nuevo papel porque precisamente con la primera serie que había hecho con ellos había iniciado mi carrera de *mala*. En esta, me encomendaban un personaje pérfido de verdad, maquinadora, manipuladora, falsa, cínica y, por si fuera poco, asesina. Aquello me hizo pensar un poco y me divirtió todavía más. Cabían dos explicaciones: o yo hacía bien esos personajes o lo que ocurría era que me estaba volviendo mala de verdad y empezaba a notárseme.

Firmé el contrato.

Ya he dicho que el estreno de *Galdosiana* en Madrid fue bien. Afortunadamente Galdós y nosotros sí interesábamos en su ciudad de adopción que tan minuciosamente había descrito en sus novelas. No era una obra pensada para hacer grandes taquillas, pero el público esta vez respondió.

Al terminar, tal como estaba previsto, me incorporé *full time* a *Amar en tiempos revueltos* y tuve que estudiar como nunca. Cada vez

me daban más texto y en varios idiomas. Los guionistas llegaron incluso a hacerme hablar en latín. Literalmente. El caso es que terminaba las jornadas de trabajo bastante cansada y cuando llegaba a casa tenía que ponerme a estudiar para el rodaje del día siguiente. Fueron unos meses en los que no tuve tiempo de nada que no fuera rodar.

Tal vez debido al cansancio o a las muchas emociones que estaba viviendo en los últimos tiempos, me puse enferma. Por primera vez en toda mi vida profesional tuve que faltar a mi trabajo. En general, he tenido siempre buena salud, que solo se interrumpe periódicamente, un par de veces al año, por unos resfriados antológicos. Aun así, cuando esos catarros de ambiciones faraónicas me atacaban, si coincidían con periodos de rodaje, hacía de tripas corazón y acudía a mis convocatorias, incluso cuando se trataba de teatro. Más de una vez me he levantado de la cama para hacer la representación y volver después inmediatamente a ella. No les engaño y, si quieren, les invito a la próxima convocatoria de catarro, para que lo comprueben. En esta ocasión, mi buena voluntad y mi pundonor profesional nada pudieron hacer. Me fue imposible trabajar. Había ido al rodaje, pero mis condiciones físicas no me permitieron aguantar la jornada. Estaba fatal, así que me mandaron a casa. Fue una bronquitis aguda y estuve en cama siete días en un estado lamentable.

Poco después de reincorporarme al trabajo ocurrió una auténtica desgracia. Paco Maestre, el actor que incorporaba a mi marido en la ficción, falleció. Estábamos ensayando los dos en el decorado una secuencia que íbamos a rodar a continuación. De pronto, Paco me dijo que no se sentía bien. Yo sabía que estaba delicado de salud porque a veces se mareaba, así que no me preocupé demasiado. Paramos el ensayo y pedí a la producción que le trajera algo de beber que le reanimara, tal como había sucedido en ocasiones anteriores. Unos minutos más tarde, y viendo que no se recuperaba, avisaron al SAMUR. Una hora más tarde Paco había fallecido. Se dio la coincidencia de que en el plan de rodaje estaba previsto que ese día el personaje que Paco interpretaba tenía que morir en la serie. La próxima escena que iba a rodar era la de su muerte.

Naturalmente, se suspendió el rodaje y los compañeros fuimos a velarle. Lo sentí mucho: era un hombre relativamente joven y un buen compañero, con el que ya había trabajado unos años antes en *Hermanos de leche*. Todo el equipo se quedó profundamente impresionado por lo que vivimos aquel día.

Rehicieron los guiones y volvimos al trabajo. Cuando un mes más tarde acabé mi participación en *Amar en tiempos revueltos*, el equipo

me sorprendió con una despedida muy cariñosa. Normalmente, cuando un actor o actriz dice su última frase en un rodaje se le suele despedir con un aplauso de los técnicos y de los compañeros que están en el plató. Es un tibio remedo del calor de los aplausos diarios del público en el teatro, pero en todo caso, se agradece. Pero lo que pasó ese día no fue lo mismo: de pronto oí una cerrada ovación por parte del equipo completo de la serie, cuyos miembros se habían desplazado al *set*, incluso bajando de los despachos de producción o guion. La producción acompañó aquel aplauso con un enorme ramo de flores.

Ya he comentado que no soy de lágrima fácil, así que tampoco esa tarde lloré, pero me emocioné. No lo esperaba. Les di las gracias como pude y les pedí a los guionistas que lo antes posible me sacaran de la cárcel en donde me habían metido ellos mismos por *mala*. Incluso les prometí que, si lo hacían, hablaría en arameo con fluidez para mayor eficacia de mis conjuros de bruja. Todo con tal de que la perversa Bibiana y su maldito tocado —o sin él a ser posible— volviera a la serie. Pero no les convencí y, según mi información, Bibiana aún sigue pagando sus maldades tras las rejas. Una pena. Me caía simpática Bibiana.

* * *

Tuvimos una reunión familiar para decidir los pasos a seguir en la actual situación en la que se encontraba José Luis. Sus capacidades estaban muy mermadas. Caminaba con muchísima dificultad y eran tres las personas que tenían que encargarse de su cuidado. La casa tampoco facilitaba las cosas. Su dormitorio estaba en el primer piso y bajar o subir las escaleras por sus propios medios hacía tiempo que era imposible. Su envergadura dificultaba que nosotros o sus cuidadores pudiéramos con él.

Álvaro, Daniel y yo contemplamos la necesidad de ingresarle en una residencia. La idea era extremadamente dolorosa para todos. Las personas que alguna vez se hayan visto en esa situación me comprenderán bien. Alejar a alguien de su entorno, de sus cosas —aunque ya no sepa para qué servían o por qué le gustaban— y situarlo en un lugar que forzosamente le resultará ajeno y del que ya no saldrá más… es algo terrible.

Una residencia. Algo así como un aparcamiento donde esperar la muerte. Eso es lo que yo siempre había pensado de esos lugares y lo que había sentido cuando, años atrás, Fernando y yo visitábamos a María Luisa Ponte en la residencia en que estaba ingresada y en la que murió. Ya lo he dicho antes: yo no quería llevar a alguien a quien amase a un centro de esos, si es que podía evitarlo. Pero no nos quedó otra opción. Hacía días que no podíamos sacarlo de su habitación. La

casa, que hasta ahora había resistido bien porque la habíamos ido acomodando a lo que se iba necesitando, ya no daba más de sí. Hicimos toda clase de cábalas sobre las posibilidades de hacer obra para seguirla adaptando, pero llegó un momento en que todas eran inútiles. Había que intentar mejorar las opciones de movilidad de Tafur y que, al menos, fuera posible sacarle a la calle o al jardín de vez en cuando. Buscamos un lugar donde estuviera lo mejor atendido posible y cercano a mi casa.

Habían pasado más de diez años desde que detectáramos los primeros síntomas de Alzheimer en su cerebro y, en todo ese tiempo, habíamos procurado que su calidad de vida fuera la mejor posible. Lo intentaríamos también ahora. No le dejaríamos solo en manos de cuidadores que tuvieran en la residencia. Ni siquiera cuando ya no diera muestras de tener un atisbo de memoria íbamos a dejarle en manos de desconocidos. Si todavía era capaz de reconocer rostros, aun cuando no supiera bien a quién pertenecían o qué relación había tenido él con ellos, si aún había algo en su cerebro que fuera capaz de identificar a Miriam y a Elidia, sus cuidadoras de día, ellas seguirían allí con él. El día 12 de octubre de 2011 sus hijos y yo le acompañamos a la residencia.

La vida manda. Va tomando decisiones por uno mismo sin que podamos hacer mucho para evitarlo. El control sobre lo que nos va ocurriendo es casi siempre una quimera. Había empezado la cuenta atrás. Iba a ser un periodo muy duro.

En noviembre, apenas un mes después de estar en la residencia, hubo que ingresarle en el hospital por una neumonía. Al parecer es una patología frecuentemente asociada al Alzheimer. Estuvimos casi un mes en el hospital de La Princesa y debo decir que recibimos un trato maravilloso por parte de todo el personal, tanto los médicos como las enfermeras y los auxiliares. Cuando yo a veces decaía y no podía controlar las lágrimas, siempre hubo alguien que me consolaba cariñosamente:

—Ya verá como su padre se pone bien.

José Luis había envejecido, como no podía ser de otra manera. La enfermedad también le estaba pasando factura en ese aspecto y probablemente era lógico que, en esa situación, quienes le veían pensaran que era mi padre.

Decidí no sacarles del error. ¿Cómo explicar que yo, la persona que acompañaba a aquel enfermo, había sido su mujer pero que, en realidad, ya no lo era? ¿Cómo explicar que llevábamos muchos años separados —casi veinte— y que, a pesar de eso, no nos habíamos separado nunca? ¿Cómo contar que pese a que ambos rehicimos

nuestras vidas, nunca habíamos dejado de querernos y protegernos mutuamente? Demasiado complicado intentar aclarar entre las paredes de una habitación compartida de un hospital que Tafur no era mi padre. ¿Quién iba a entenderme?

Cuando se restableció de la neumonía, volvimos a la residencia.

* * *

A finales de diciembre, el Juzgado de Primera Instancia número 2 de Monforte de Lemos dictó sentencia sobre el procedimiento de filiación número 624, iniciado el año 2010. Cuando la recibí físicamente, ya en enero, y pude leerla con calma, tuve la tentación de correr a la calle y gritarle a todo el mundo que yo también era *normal*, que mi padre había existido y que ahora podría reconocerme en él siempre que me diese la gana. Porque a esas alturas yo ya no sabía si había querido que él me reconociera o ser yo quien se reconociera en él. Naturalmente, no salí gritando a ninguna calle. ¿A quién le iban a importar mis problemas de identidad?

En el párrafo segundo de la sentencia se especifica lo siguiente:

> La prueba practicada es favorable a la estimación de la pretensión formulada toda vez que por las partes se acepta el resultado de la prueba pericial biológica practicada que apunta a que el valor de la probabilidad para la hipótesis de que la demandante sea hija del fallecido D. Ramón Pardo Arias es de 99,9999% (a priori 0,5%)y, en consecuencia, máxime cuando es pacífica la virtualidad acreditativa de este tipo de dictámenes, procede la íntegra estimación de la demanda formulada.
>
> El objeto del proceso definido en la demanda se ciñe a la filiación paterna.

En pocas palabras, Blanca Renzi Gil, María Fiorella Esperanza Gil Paradela y Fiorella Faltoyano compartían el mismo padre, Ramón Pardo Arias. No estaba mal para un hombre que creía no haber tenido hijos.

Una vez conocida la sentencia por las partes, mi prima, la heredera de mi padre y yo decidimos que teníamos que hablar. Yo no tenía intención alguna de reclamar judicialmente los derechos hereditarios que legítimamente me correspondían. Deseaba llegar a un acuerdo con ella, heredera designada por mi padre, que básicamente era el siguiente:

Quería los documentos personales y fotos de mi padre.

Quería algún objeto íntimo —bastón, pitillera, gemelos o similar — que le hubiese pertenecido.

Quería una joya o recuerdo de mi abuela Esperanza.

Quería un mueble que hubiera pertenecido a mi familia y que se encontrara en el pazo de Ferreiroá.

Quería que mi padre, a cargo de su legado económico, corriera con los gastos del proceso de filiación, abogados, pruebas periciales y

demás. Dichos gastos ascendían ya a la cifra de 12.000 euros y yo entendía que, puesto que eso es algo que mi padre debería haberme dado el día en que nací —mi reconocimiento legal—, esos gastos debían ser asumidos a costa de su legado.

Y quería elegir personalmente en el pazo de Ferreiroá, y en compañía de mi hijo, las cosas que pedía. Porque quería que al menos una vez en nuestras vidas mi hijo y yo estuviéramos en el lugar que nos correspondía.

Esa era mi pretensión inicial. A niveles económicos no era mucho, teniendo en cuenta que la valoración que hicimos de su herencia estaba por encima de los dos millones de euros. Así que esperaba que mis pretensiones fuesen entendidas y atendidas sin problemas. Fijamos una fecha para reunirnos más adelante, cuando pasaran las Navidades.

* * *

También en diciembre me ofrecieron hacer una colaboración en la serie *Los misterios de Laura*. Solo serían cinco días de trabajo, ya saben, una colaboración especial. Acepté. Fernando y yo pensábamos pasar el Fin de Año en Toledo con los amigos que él había aportado a la pareja y que ya eran tan amigos míos como de él. Tafur estaba francamente recuperado, pero no tanto como para haberlo llevado con nosotros ni tampoco para enterarse de la diferencia entre aquel día y otro cualquiera del calendario. Él se quedaría en la residencia acompañado por Miriam hasta su hora de dormir.

No hay mucho que decir del rodaje de *Los misterios de Laura*, salvo que lo hicimos en El Escorial. Fernando me acompañó y comimos el día de Navidad en una terraza al aire libre. Hacía un sol espléndido y 24 grados de temperatura. En escena, me sorprendió que las copas del supuestamente lujoso restaurante en el que mi personaje se encontraba estuvieran vueltas hacia abajo, como si se tratase de una tasca de pueblo en la que deben cuidar que el polvo no se deposite en los vasos…

Capítulo 25

Afortunadamente para mí, cuando Fernando y yo paseábamos con Morgan por los montes de Toledo bajo el hermoso sol del primer día del año, no imaginaba que 2012 iba a ser uno de los más dolorosos de toda mi vida, que mis brazos se quedarían vacíos y que las pérdidas serían tantas.

A mediados de enero el juzgado me notificó que debía hacerme cargo de los restos de mi padre. El Instituto de Medicina Legal de la Universidad de Santiago los había devuelto al Juzgado de Monforte y yo, que era su hija, era la responsable de ellos y debía recogerlos. No podía ir en las próximas fechas, así que lo comenté con mi prima Luz y ella se ofreció a recogerlos y custodiarlos hasta que yo, en unos días, pudiera acudir a darles de nuevo sepultura. Tuve que autorizar esa recogida. Era una situación ingrata, pero por fin era algo que yo hacía como hija de mi padre. Solo yo podía firmar aquella autorización. Fue una sensación extraña…

Busqué una fecha para desplazarme a Galicia y volvió a invadirme, otra vez, la misma extraña sensación: al final sería yo quien enterrara a mi padre, como debería haber sido si mi biografía no hubiera sido tan complicada.

Mientras tanto, había cosas que seguían su curso por otro lado. Supongo que, al tener conocimiento de la recogida de los restos de mi padre, mi prima, la heredera, pensó que su hermana los había devuelto al panteón. Hablamos. Estaba muy molesta e indignada. No entendí bien el motivo de su enfado. Pero, no sin hacer un gran esfuerzo, la saqué de su error. *Eso* no se había producido, cuando se produjese, sería yo quien personalmente llevara los restos al cementerio. Supongo que fue porque no me conoce, pero aun así, me extrañó. ¿Cómo se le había podido ocurrir que yo fuera a delegar en nadie esa responsabilidad? Me pareció que no había entendido o no había querido entender cuáles eran las razones que me habían movido a plantear una demanda de filiación, ni lo que yo pretendía con esa decisión. Desde luego lo que yo quería no era despojarla a ella de lo que había heredado después de haberse hecho cargo del cuidado de mi padre en sus últimos años. Aquella fue una conversación muy desagradable y creo que ahí estuvo el germen de mi decisión final con respecto a mis derechos sobre la herencia.

Había oído hablar muchas veces a mi madre de un cura de Ferreira de Pantón, que había sido el confesor de mi padre y al que ella visitaba con frecuencia cuando iba allí. Era, según todas mis noticias, un hombre encantador y muy cariñoso. Yo sabía que mi

madre le había contado toda su historia y que, incluso, una vez le había pedido que mediara ante mi padre. También sabía que don Ángel, que así se llamaba el sacerdote, había accedido entonces a hablar con *el señor alcalde*. El alcalde y el cura: las fuerzas vivas del pueblo frente a frente por una cuestión de conciencia. Por lo que luego supe, a la petición de don Ángel de que meditara sobre el hecho de tener una hija sin reconocer, mi padre respondió con una buena bronca. Negó la mayor y le prohibió volver a tocar ese tema. Irremediablemente pensé en la relación del capellán de *El Gatopardo* con el príncipe Salina. En la Galicia profunda, los tiempos no habían cambiado tanto desde el *Risorgimento* italiano, acaecido más de cien años antes.

Aunque yo no le conocía, me pareció que don Ángel era la persona más adecuada para acompañarme en el duro momento que supondría devolver los restos de mi padre al osario del panteón familiar, pero también me pareció una ocasión única de conectar con alguien que le había conocido bien y que, por lo que yo sabía ya de él, todo lo que me contara sobre mi padre iba a ser veraz y sincero. Por todo eso, busqué su número en la guía y lo tecleé en mi teléfono.

—Soy la hija de Ramón Pardo —le dije.

Hubo un silencio de sorpresa al oír quién le estaba hablando. Después, su respuesta fue inmediata y muy afectuosa.

—Cuando tú digas, estaré esperándote —contestó finalmente a lo que yo le pedía.

Abusando del afecto con que estaba atendiendo mi llamada, le rogué también que pidiera la llave del osario del panteón familiar a quien era su depositaria en ese momento, la heredera de mi padre, a quien él trataba. Accedió sin poner el menor reparo. Yo aún no había conocido a mi prima personalmente y las conversaciones telefónicas que habíamos mantenido no habían sido muy amistosas, aunque siempre —eso sí— bastante correctas y educadas, pero el lugar y el momento de devolver a mi padre a su tumba no me parecían los adecuados para vernos por primera vez. Y, en último término, ese iba a ser un momento delicado para mí y necesitaba un grado de intimidad que solo estaba dispuesta a compartir con quien ya le había enterrado una vez.

El 21 de enero de 2012, a las doce de la mañana, me encontraba sola en Deade, apenas a un par de kilómetros de Ferreira de Pantón, esperando al sacerdote. Había llegado con antelación a nuestra cita y paseaba un poco nerviosa por el pequeño jardín que da paso al cementerio. Los restos de mi padre esperaban su último destino sobre un banco de piedra, en una pequeña caja envuelta en uno de mis

chales favoritos, al lado de un ramo de rosas. Hacía mucho frío y yo, a pesar de ir bien abrigada, temblaba ligeramente. No había nadie en los alrededores.

Minutos más tarde, llegó el sacerdote y, desde el primer instante, sentí su cercanía. Supe inmediatamente que había acertado al pedirle que me acompañase en aquel momento. Era un hombre ya mayor. Calculé que tendría más de ochenta años. Su mirada era limpia y, en ese momento, algo expectante. Sonrió al verme. Al notar que estaba aterida de frío, me hizo entrar en la capilla. Allí intentó sin éxito encender una estufa. Nos sentamos en un banco, me cogió las manos y empezó a contarme muchas cosas.

Media hora después, cuando el frío y la humedad se hicieron difíciles de soportar, fuimos al osario, depositamos los restos de mi padre, rezó un pequeño responso y salimos de aquel lugar. Cuando llegamos al sitio donde los dos habíamos aparcado los coches, sacó unas bolsas que contenían regalos para mí: vinos, bombones, mermeladas. Luego me invitó a comer y hablamos sin parar. Me ofreció su amistad y yo la acepté emocionada. Me dijo que le habría gustado encontrar el modo de recompensarme por el dolor que mi padre me hubiera podido causar, como si fuera él quien debiera pagar por su pecado. Desde entonces sé que lo único que me espera en Ferreira de Pantón es aquel hombre que, en un frío día de invierno, me arropó con su calidez. Una vez más en mi vida alguien había aparecido para sostenerme en un momento difícil.

Alguien de la prensa parecía tener conocimiento de los acontecimientos que se habían producido porque ya había salido alguna nota en la prensa local que presagiaba complicaciones. Pensé que el asunto podía desmadrarse hasta acabar convertido en un *culebrón* de padre y muy señor mío. Nunca mejor dicho. Me asusté y decidí que había que adelantarse a los acontecimientos. Recurrí a una buena amiga que tenía contactos en el diario *El Mundo* y les ofrecí hacer una entrevista para el suplemento del domingo. Lo contaría todo, pero lo contaría yo. No quería versiones aparatosas, inexactas y mucho menos, sensacionalistas. Aceptaron sorprendidos y yo creo que encantados.

Acerté porque, aunque a partir de la publicación de esa entrevista salieron miles de noticias relativas al asunto, y aunque resaltaban que era hija biológica de un «alcalde franquista» —¿qué alcalde no lo era en ese tiempo?— lo básico estaba ya bien explicado y sin exceso de melodrama. No acepté ninguna de las propuestas de televisiones y prensa que me llovieron en esas semanas. El asunto estaba acabado. Caso cerrado. Cuando uno no quiere que le persigan, la prensa acaba

por dejarte en paz.

Los que no me dejaban en paz eran mis amigos, que me felicitaban y se interesaban vivamente por cuáles eran mis planes respecto a la herencia de mi padre. Algunos conocían mi historia, pero muchos otros no, así que se sorprendieron mucho. Yo les explicaba una y otra vez que no pensaba litigar por mis derechos económicos ni por el pazo que había sido de mi padre, siempre y cuando llegase con mi prima al acuerdo que tenía previsto plantearle. Nunca había heredado nada de nadie y podía seguir mi vida sin hacerlo jamás.

—¿Y tu hijo? —preguntaban—. ¿Está de acuerdo?

Sí, mi hijo opinaba que yo debía hacer lo que me pareciera bien.

Era cierto que yo estaba tomando una decisión muy personal al no querer reclamar más bienes materiales que los que los gastos de filiación habían generado y un par de cosas con más valor simbólico o sentimental que económico. Algunos me decían claramente que no entendían mi posición al no querer reclamar la totalidad de mi herencia, pero no me importaba la opinión de nadie. Era mi decisión. Sin embargo, tanto ruido a mi alrededor acerca de mis propósitos me hizo pensar en algo que yo no había tenido en cuenta hasta entonces: mis nietas.

Estaba claro que Natalia y la pequeña Alejandra nunca jugarían en la casa que había sido de su bisabuelo y de los padres de su bisabuelo, que ni siquiera llegarían a conocerla. Que probablemente, de aquel Ramón Pardo no llegaran a saber más que lo que cuentan estas memorias que quizás, dentro de veinte años o más, ellas sientan curiosidad por leer… Estas ideas empezaron a rondar mi cabeza y a incomodarme cada vez más. ¿Tenía yo derecho a tomar una decisión de estas características sin pensar en quienes también tenían los suyos? Mi hijo jamás sería el problema. Ya me había dado una respuesta; pero ¿y ellas? A ellas, ni mi padre ni yo teníamos derecho a despojarlas del todo.

Esa reflexión y el rechazo que, por parte de la heredera de mi padre, había sentido —en abierta contraposición con las actitudes de María Luisa, Luz y don Ángel—, me convencieron de que tenía que modificar algo mis condiciones para un acuerdo *amistoso*. Había entendido que a mi prima le interesaba sobremanera el pazo de Ferreiroá en el que, creo, estaba viviendo desde la muerte de mi padre. Mi intención era dejarle claro que mi propósito no era *echarla* de allí.

Pregunté a mi abogado cuáles serían mis derechos en el caso de querer reclamar mi herencia material y, después de estudiar detenidamente el asunto, me dijo que me corresponderían dos tercios

del legado de mi padre. Pero ni siquiera con toda la ley a mi favor quería dejar de lado la idea de que, puesto que mi prima había cuidado a mi padre algunos años, yo debía correr con esa *deuda*. Si era la hija de Ramón Pardo, tenía que serlo para asumir también los gastos de cualquier atención que a él se le hubiera prestado.

Tomé en consideración todas esas circunstancias y las reflexiones que me habían suscitado y decidí que el mejor modo de *pagar* a mi prima era no reclamar el pazo que tanto le gustaba. Tenía pues que encontrar el modo de, sin entrar a reclamar la casa, dejar bien *ordenado* mi lugar y el de ellos. Eso implicaba que inevitablemente había que hablar de dinero.

Después de pensarlo mucho, decidí añadir una cantidad en metálico a las condiciones que ya he mencionado. La cantidad no era tan alta como para que no pudiera asumirla fácilmente, a cambio de quedarse con el resto de la herencia de mi padre, ni tampoco era tan baja como para que mis nietas pudieran decirme algún día que mi soberbia me había llevado a olvidarme de ellas al no reclamar algo que, de haber sido yo menos orgullosa, quizás habría reclamado.

Mi prima y yo, solas, tal como habíamos acordado, nos reunimos a medio camino entre Madrid y Galicia el 21 de febrero de 2012, para conocernos y hablar. Le ofrecí ese acuerdo y quedé a la espera de sus decisiones.

Capítulo 26

Dos días después de esa cita, entrada la noche, me llamaron con urgencia desde la residencia en la que estaba Tafur. Habían avisado a una ambulancia para trasladarle de nuevo al hospital. Fernando y yo acudimos inmediatamente. Llegamos a tiempo de que le acompañara en el traslado en la ambulancia. Fernando nos seguía en un taxi. La noche fue larga y la situación de José Luis muy crítica.

Pasamos los siguientes quince días, una vez más, en La Princesa, sin saber cuál sería el desenlace de esa crisis. Las cosas habían empeorado en relación a su ingreso anterior. Estaba más débil y era muy difícil hacerle comer o beber. Los médicos no querían pronunciarse acerca de las posibilidades que tenía de sobrevivir a este nuevo episodio. Las enfermeras seguían consolándome respecto al estado de *mi padre*. Sin duda, no habían leído *El Mundo*. Yo estaba muy triste y agotada emocionalmente.

Avisé a Daniel y a Álvaro, que en esos momentos estaban a miles de kilómetros de distancia. De sus otros hijos, los mayores, dos habían muerto ya y el que sobrevivía estaba en una situación de salud extremadamente delicada. De hecho solo viviría poco tiempo más que su padre. Hacía muchos años que José Luis no se relacionaba con ellos, así que no supe dónde comunicar el grave estado de Tafur.

La salida del hospital se produjo dos semanas después, pero en esta ocasión ya no lo hicimos en un taxi, sino en ambulancia. Aparentemente, José Luis había superado lo peor y en el hospital ya no podían hacer nada más. El escaso recorrido entre aquel lugar y la residencia iba a ser el último viaje que José Luis y yo haríamos juntos. Él me sujetaba fuertemente la mano y me miraba inquisitorialmente… ¿Adónde vamos?, parecía preguntarme.

—Estoy contigo —contestaba yo con palabras torpes—. ¿Qué importa adónde vayamos?

Daniel llegó a Madrid inmediatamente. Quería estar junto a su padre y liberarme algo de la angustia en la que había caído. Fernando me ayudaba día y noche con su amor, con su sensibilidad y su compañía.

Cristina, mi querida amiga y compañera, estaba siempre atenta a lo que pudiéramos necesitar José Luis o yo. Mi sobrino Iván, el hijo de Momo y Paula, convertido ya en un hombre, los pocos amigos que, a pesar de la dureza del momento, seguían fieles a su cariño por un Tafur que ya no les conocía y a quien ellos tampoco reconocían… Ana Clara, su sobrina preferida, que nos ayudó en los días más difíciles… todos estuvieron cerca de nuestro dolor.

* * *

18 de marzo de 2012.

A las siete y diez de la mañana sonó mi móvil. Lo había dejado en la mesilla de noche, por si acaso. Al descolgar solo oí un llanto suave, y, con voz extrañamente serena, dije:

—Voy para allá.

Me vestí rápido y mal y le dije a Fernando que Tafur había muerto. Daniel había pasado la última noche a su lado.

Cuando llegué a la residencia eran las siete y media de la mañana. Abrí la puerta de la habitación con un ligero temblor en las manos. Daniel permanecía sentado en una silla, a la cabecera de la cama de su padre. Solo le miré a él y nos abrazamos muy fuerte. Durante varios minutos permanecimos así, abrazados y llorando juntos. Luego, lo primero que dijo fue:

—Ya le han quitado todo.

Se refería a las sondas y a la palomilla de morfina.

Ese día, 18 de marzo de 2012, estuvimos los tres juntos y solos por última vez.

En la necrológica de José Luis Tafur que escribió Fernando, decía que durante su enfermedad yo le había cuidado con devoción. Es posible. No supe cómo hacerlo de otro modo, quizás porque estaba cuidando también de mi hijo y de mi recuerdo de todo lo que viví junto a José Luis.

Ayudé a organizar todo eso que hay que hacer cuando alguien muere y que jamás antes había hecho. No sé cómo lo conseguí, pero estaba tranquila y tomé las decisiones sin dudar, de la misma manera en que lo había hecho cuando, tres días antes, ante la propuesta de los médicos de probar nuevos tratamientos para intentar prolongar su vida —¿de qué vida hablaban?—, tampoco había dudado. Había llegado el momento de dejarle ir. Su sufrimiento, su mirada, no dejaban ya lugar para las dudas.

A diferencia de cuando años antes me había dejado, si es que alguna vez lo hizo, ahora no tenía con qué defenderme de su marcha. No había nada que inventar, no había cursillos a los que apuntarse para superar el dolor. Solo había vacío, vacío sin esperanza. Era como volver al principio, al prólogo de mi vida, cuando él aún no estaba en ella. ¿Cómo distraer el terror del vacío?

Daniel se quedó una semana más en Madrid. También Álvaro, ahora para acompañarnos mutuamente. En esos siete días descubrí una parte de mi hijo que hasta entonces no había visto de una forma tan clara. Su ternura, su amor por nosotros, sus padres, y su gratitud por lo que le habíamos dado, se manifestaron en aquellos días como

nunca. Pensé que era una inmensa suerte tenerle, que fuera nuestro hijo y que fuera como es. Daniel me hizo sentir entonces que siempre estaríamos juntos y que habíamos acertado, que lo habíamos hecho bien con nuestro hijo.

Capítulo 27

Es 23 de octubre de 2012, tengo sesenta y tres años cumplidos hace cuatro días y, como si de un regalo se tratase, a las cuatro de la tarde voy a entrar en casa de mi padre por primera vez. Hoy termina un largo y doloroso capítulo de mi vida.

He estado muy nerviosa los últimos días. Se trataba de cerrar el trato para heredar *algo* de mi padre, un trato en el que creo haber sido bastante generosa y con el que también he cumplido con su voluntad. La persona que le cuidó en sus últimos años seguirá siendo la dueña del pazo de Ferreiroá.

Hace un día precioso, con sol y nada de frío. Estoy esperando a Daniel, que llega en avión a Santiago para acompañarme. Tengo mariposas en el estómago. Los descendientes directos de Ramón Pardo van a ver dónde vivió, el lugar en el que su hija debería haber nacido. Me gusta que mi hijo me acompañe.

El camino que separa Santiago de Ferreira es hermoso. El campo está en ese momento del otoño en que todos los colores posibles decoran el paisaje, rojos, amarillos, verdes de diversas tonalidades. Daniel se sorprende de lo bonito que es todo. Curiosamente, una vez que él está a mi lado, dejo de sentir inquietud y le observo. Quiero ver cómo reacciona. Mis propias emociones han quedado enterradas.

Cuando llegamos a escasos metros de la entrada, la verja se abre automáticamente. Alguien nos franquea el paso. Entramos caminando por el jardín con paso firme. En esos momentos yo estoy recordando otra visita muchos años atrás, cuando mi padre, apenas entreabriendo la puerta hacia la que ahora camino, me pidió que me fuera. Pero ahora no me tiemblan las piernas. Camino con paso decidido, estoy entrando en *mi* casa. Me encuentro francamente bien. Estoy en mi sitio, compruebo que todo está muy cuidado, todo está limpio y en orden, esperando nuestra visita. La casa es magnífica.

Intento entonces recordar cada rasgo de la cara de mi padre, situar su imagen, tan lejana y tan familiar a la vez, en cada rincón de los que estamos recorriendo. Miro los muebles con atención, tengo que elegir qué me voy a llevar. Me decido por una cómoda en la que él guardaba su ropa y que está algo deteriorada y por la mesa de comedor en la que se supone que mi familia celebraba sus comidas más especiales. Nada más. Y trato de imaginar, sobre todo, si yo hubiera sido feliz allí y en cómo habría sido mi vida si hubiera crecido a *su* lado.

El tiempo pasa rápidamente. Apenas dos horas más tarde nos vamos. Los dos somos conscientes de que nunca volveremos. Mientras

salimos de Ferreiroá, Daniel me aprieta la mano. Es un gesto de afecto con el que quiere que sienta que está a mi lado, que ha comprendido mi decisión. Que he hecho bien en poner en orden algunas cosas. Y suavemente me dice que ha debido de ser muy duro para mí crecer sin las referencias, el calor y la protección de un padre. Supongo que recuerda mucho al suyo. Solo hace siete meses que murió.

Sonrío. Me hace feliz que me entienda. Estoy tranquila.

Llevo a mi hijo al aeropuerto, mañana debe estar en Madrid.

Al día siguiente mi prima y yo firmamos ante el notario la nueva declaración de herederos y, tal como estaba pactado, se me entregan los objetos más personales de mi padre.

Cuando al final del día me quedo sola en la habitación del hotel, me siento en la cama y me pongo a mirarlo todo con cuidado, muy despacio, acariciando cada una de aquellas cosas, que un día fueron de mi padre y de mi abuela, y que ahora me pertenecen. Sus bastones, su pitillera, su plumier, su camisola de bebé, su carné de conducir, sus fotos, un broche de mi abuela… Todo está esparcido a mi alrededor, sobre la cama.

¿Cómo he conseguido llegar hasta aquí? ¿Qué hago aquí, sola, sentada sobre una cama de hotel en Monforte de Lemos, con todos esos objetos a mi alrededor?

Sentir. Eso es lo que estoy haciendo. Sentirme parte de mi padre.

Dormí muy bien. Amaneció otro precioso día de otoño. El campo se divisaba hermosísimo desde la ventana de mi habitación. Recogí todas mis cosas y me fui a la ciudad a comprar rosas rojas. Quería ir a despedirme de él para decirle que, a pesar de todo, a pesar quizás de él mismo, yo era su hija y que por primera vez en mi vida había sentido de forma rotunda que él era mi padre, que habíamos cerrado un capítulo en nuestras vidas.

Y que, al fin, yo estaba tranquila.

Cuando ya iba a salir del pequeño cementerio, se me acercó un señor y, amablemente, me preguntó si tenía algún familiar allí. Le miré y me escuché decir a mí misma:

—Sí, a mi padre.

Epílogo

Quizás, al final, lo único que importe sea haber amado.

El año 2012 no será fácil de olvidar. He tenido que despedirme demasiadas veces de personas a las que he querido mucho. El último en irse, coincidiendo con el final del año, ha sido Morgan… Sí, Morgan también era una *persona.*

Compañeros y amigos que conformaban el paisaje de mi vida, ya no están. No voy a citarlos, pero a lo mejor ellos han tenido la culpa de que haya escrito estas memorias. Necesitaba seguir a su lado y la mejor fórmula que se me ocurrió fue escribir sobre lo que vivimos juntos.

Estos meses he transitado por el pasado; despegada de la realidad, me he sumergido dentro de mí en busca de recuerdos. En algunos momentos me ha hecho feliz rescatar de ese pozo a veces oscuro y siempre profundo que es la memoria, situaciones y, sobre todo, personas. En otros, sin embargo, el dolor ha sido tan agudo que he llegado a preguntarme para qué seguir escribiendo.

¿Y ahora? Ahora empieza la prórroga, solo que, a diferencia de lo que ocurre en los partidos de fútbol, aquí, antes de jugarla, el resultado ya es definitivo. Lo que hice o dejé de hacer, bien o mal, no se puede cambiar. La película ya está rodada.

Me hubiera gustado hacer más y mejores trabajos, haber tenido más hijos como Daniel, haber convivido con mi padre y que mi madre no me hubiera dado tantas razones para dejar de quererla. Quisiera haber ido a la universidad o haber estado más comprometida con el mundo. Y no sé… Mil cosas que se me han quedado en el camino. Pero, sinceramente, creo que puedo decir que he tenido una vida feliz y bastante suerte. He trabajado en lo que me gusta y me he ganado la vida con dignidad. He viajado por el mundo y he disfrutado haciéndolo. He conocido el amor y la amistad y no he practicado el odio ni la envidia. Creo que ha merecido la pena este paseo.

Imaginemos el futuro, pero solo lo mejor.

Es posible que, si la prórroga es larga, vea cómo mis nietas salen adelante, cómo crecen, se enamoran y estudian una carrera. Quizás Natalia, que ahora tiene seis años, sea actriz o quizás convierta en su profesión el violín que ya aprende a tocar con mucha concentración, y pueda ir a aplaudirla a un escenario… ¿Y Alejandra? No puedo aún imaginar qué hará en su vida.

O imaginemos que yo ruedo esa película en la que, ¡por fin!, hago de mujer vulgar y desastrada. Incluso puedo imaginar que, con suerte, eso sí, me conceden un premio de esos de *a toda una vida*. ¡Me han

dado tan pocos!

Hasta es posible que vea el final de la crisis que nos atenaza, o que deje de fumar, o que adelgace definitivamente esos cuatro kilos que casi siempre me han sobrado, o que llegue a ver un mundo en que los seres humanos sepamos ser felices sin hacer daño a los demás.

Sí, esas cosas aún pueden ocurrir y no estaría mal que así fuera.

Otras, las que pasan cuando aún eres joven, cuando se ruedan las primeras secuencias de la película y todo está por contar, ya no ocurrirán.

En fin, yo jugaré la prórroga lo mejor que pueda, con cierta ilusión y ya sin miedo al menguante futuro o, al menos, con el miedo adormecido, intentando mantener el tipo y dando la menor lata posible, como he venido haciendo hasta ahora.

Siempre fui una niña que se comportaba bien. Ahora tengo que encontrar el modo de ser una viejecita encantadora, porque, igual que cuando era pequeña, sigo aspirando a ser buena… para que me quieran mucho.

Sí, quizás lo único que importe al final sea amar… y ser amado.

Apéndice

Llegados a este punto he pensado que puede ser útil al lector que transcriba un texto recogido en un libro editado por la Academia de Cine de España, que completa mejor que lo pueda haber hecho yo, aspectos de mi trabajo profesional. La edición es de marzo de 2004. Cuadernos de la Academia es el título genérico de la colección y el libro en concreto se llama *El cine español durante la transición democrática*. Hay en él un capítulo dedicado a mis personajes en el cine de esa época y creo que ilustra bien el tipo de papeles que me encomendaban en ese momento, pero también hasta qué punto la confusión sobre mi vida y orígenes estaba muy generalizada. *Mea culpa*, sin duda.

LA REBELDE DEL MATRIMONIO

Si las notas y entrevistas biográficas de Fiorella no engañan, llegó a Madrid desde Málaga con tan solo doce años para trabajar en la compañía de Luis Escobar en la comedia musical titulada *La bella de Texas*, un remedo de *La corte del faraón*, que protagonizaba Nati Mistral. Su vocación como actriz se había educado en dicha ciudad en el Teatro-Escuela de Arte Dramático. Su nombre italiano ocultaba el verdadero de Bianca Renzi Gil, que deja ver la nacionalidad italiana de su padre. Fiorella era el sobrenombre por el que se la conocía en casa y Faltoyano era el segundo apellido de su padre. Hasta su debut cinematográfico en *Club de solteros* (Pedro Mario Herrero, 1967), donde interpretaba el mismo papel que había realizado en el teatro, trabajó intensamente en teatro y en televisión, medio que le dará su definitiva fama por su presencia en los espacios dramáticos de *Estudio 1*, por su participación en el capítulo «Los rehenes» (Pilar Miró, emitida el 8 de mayo de 1977) de la serie *Curro Jiménez*, pero sobre todo por su papel como presentadora del programa de revista *Señoras y señores*, que le otorgó cierta persistencia en el recuerdo del público.

A partir de 1976 se iniciará cierto renacer cinematográfico que irá conformando el personaje del que Fiorella es emblema a lo largo de un ciclo de películas que podemos resumir en cuatro y que componen su labor cinematográfica durante esta década: *Asignatura pendiente* (José Luis Garci, 1976), *Esposa de día, amante de noche* (Javier Aguirre, 1977), *Solos en la madrugada* (José Luis Garci, 1977) y *La campanada* (Jaime Camino, 1979).

Una nota a pie de página consigna que este ciclo excluye *Colorín colorado* (José Luis García Sánchez, 1976) y *Quiero soñar* (Juan Logar, 1980), películas que abren y cierran sus colaboraciones durante esta época y que no contribuyen de manera tan definitiva como las que constituyen el ciclo.

Fiorella encarnará a una única «persona» que se va desplegando a lo largo de estas películas. Así matiza los elementos que la distancian de la mujer tradicional que, a pesar de todo, continúa evocando a través de estos personajes. Por tanto, analizar el significado de la representación novedosa que

implica su «persona» y su personaje debe radicar en un análisis de estos personajes, que son el origen del significado de renovación que ella personaliza y que terminará por convertirla en una musa del momento.

De nuevo otra nota a pie de página puntualiza:

La fuente de esta asunción está en *Asignatura pendiente*. Estrenada en abril de 1977, la película logró un éxito enorme. El significado para Fiorella fue definitivo y la referencia a ella estará siempre presente en la recepción crítica o periodística cada vez que realiza un trabajo nuevo. Sirva de ejemplo esta nota, aparecida en una revista del corazón, nueve años después en su reunión con parte del equipo de la película de Garci: «Con *Asignatura pendiente* se convirtió en una especie de musa del cine español de la transición. Protagonista de historias femeninas en las que se abordaban problemas de la mujer en la España de hoy. Estos días rueda *A la pálida luz de la luna* (José María González-Sinde, 1985). Su personaje no es ya el de aquella mujer pasiva, ama de casa que esperaba en casa al marido, sino una esposa divorciada, liberal e independiente.

El artículo citado por las autoras del estudio se titulaba «Fiorella Faltoyano, la actriz del cine español de la Transición» y estaba firmado por Manuel Román en la revista *Semana* del 22 de abril de 1985).

El estudio continúa diciendo:

Su apariencia serena, su belleza, no dejan lugar a dudas sobre su dimensión estelar, ni sobre su atractivo. Pero un elemento claro de su interpretación naturalizada de las esposas y madres que encarna serán los silencios, la mirada almibarada y, sobre todo, un tono de voz bastante suave que ella utiliza propiciamente en las diversas escenas de reconciliación y comprensión con las que define a su personaje femenino frente a sus maridos y «compañeros de viaje». Ellos serán, por otro lado, sobre los que siempre pivote la acción de sus películas. Todos estos elementos dulcificadores de su apariencia física y de su interpretación sirven para que su posición como mujer tradicional esté perfectamente acompañada de una serie de rasgos contemporizadores.

Pero, a partir de la ópera prima de Garci, la posición normalizada de la mujer dentro de la estructura familiar va a hacerse problemática y borrosa a través del adulterio, lo que claramente implicaba asentarse en la lógica de una moralidad antitradicionalista expresa. El medio por el cual el personaje de Elena acomete una renovación de su espacio como mujer es la ruptura con el espacio femenino por excelencia, el del matrimonio y el hogar. La película buscaba, hasta en el título, una reconciliación y recomposición de los nuevos tiempos con los anteriores, pues la asignatura pendiente que reunía a unos antiguos novios de la adolescencia, interpretados por Fiorella y José Sacristán, y que les abocaba al adulterio, suponía, inconscientemente, recuperar la identidad después de los años del franquismo para poder seguir adelante, como generación y como país. Sin embargo, las pinceladas dejadas para describir cómo Elena (Fiorella) participó en la catarsis del adulterio y en el proyecto de perseguir una sociedad nueva, debieron de configurar una imagen lo suficientemente compacta como para elaborar un pequeño mito cinematográfico: «Elena Faltoyano», como la bautizó Pedro Crespo en el

artículo antes citado, logró sintetizar la imagen de una mujer nueva que, sin grandes transgresiones políticas o visibles, lograba hace escuchar su voz como contrapunto del siempre explícito discurso político de su amante.

Una tercera nota a pie de página interrumpía este texto y citaba literalmente las palabras del entonces crítico de *ABC*:

> Elena va a servir, seguramente, de paradigma —ojalá que de «cabeza ajena» también— para una buena parte de la sociedad española, tanto femenina como masculina (…). Su presencia es un símbolo de una de las deficiencias de nuestra sociedad, de nuestro tiempo. Por ello y por la encarnación —con todo lo de sensual y transcendente que tiene esta palabra— que de la misma hace Fiorella Faltoyano, merece entrar esta Elena sin apellido —que no hace falta— en la galería de personajes de la pantalla.

Y sigue:

> Las referencias icónicas que recibe Elena por parte del personaje de José (José Sacristán) la ubican claramente como «el otro» femenino; al relatar apresuradamente cuál cree él que ha debido ser su vida, inventa inmediatamente un marido y unos hijos, habla de pasar la aspiradora, de hacer las camas y la comida… sin llegar a ser despreciativo u ofensivo, no deja de ser cosificador, de buscar el lugar común, aquello que está pasado. Pero sobre todo están las disimuladas marcas de constitución de un personaje femenino que se deja ver en el proceso de aproximación entre los dos, en el primer viaje y en su primer encuentro sexual. Elena se muestra azorada y algo retraída, no ve claro cómo reaccionar y supone —así lo enuncia— que para él es más sencillo; pero es evidente que ella está rompiendo con todo lo que ha supuesto su educación. Como suele ser habitual en el imaginario cinematográfico, la pérdida de esta segunda virginidad, la del adulterio, la libera de todo prejuicio y, tal y como ella afirma, parece que ya nada le da vergüenza.
>
> Podría decirse que su personaje quiere ser el emblema de la ruptura con la educación moralista del franquismo, y precisamente ahí logra romper con su tradición, al contrario de lo que buscaría el personaje de José. Otro elemento importante en la ruptura con la realidad franquista que opera Elena está en que inicia una relación con una persona que está en la clandestinidad política, que pertenece al Partido Comunista. Evidentemente, Elena, y con ella la potencialidad artística de Fiorella, va a representar a esa franja femenina de mujeres que, sin adscribirse a un formato de afirmación feminista, sí buscan estar con los tiempos y romper con lo que han tenido que asumir y que coartaba su libertad de buscar su propia identidad.

El texto marca de nuevo una llamada a una entrevista que Flor Aguilar me hizo en el diario *Ya* el 12 de mayo de 1978 con el título «De *Asignatura pendiente* a *Solos en la madrugada*», y en la que yo afirmaba: «No milito en ningún tipo de movimiento feminista. Pero sí creo que mi conducta demuestra unos planteamientos feministas. El feminismo es una lucha —hablo del radical—; quizás yo no lleve pancartas ni grite en las manifestaciones, pero día a día tengo una conducta consecuente con mis planteamientos como mujer-persona; mi lucha siempre ha sido individual».

Y prosigue:

> Desde el conservadurismo de una posición tradicional de esposa y de madre, representará los cambios que va permitiendo la sociedad al grueso de las mujeres de este país, o al menos aquellas que pueden seguir en espacios tradicionales, pero conectadas con la avanzada cultural y política de la izquierda. En resumen, asume una modernización controlada.
>
> En 1977 realizará las dos siguientes películas que volverán sobre «su» estereotipo para proponer nuevas características. *Esposa de día, amante de noche*, dirigida por Javier Aguirre, y *Solos en la madrugada*, segunda entrega del mismo grupo de producción de *Asignatura pendiente*, que sin ser una secuela, sí buscaba volver a convocar a personajes cortados por el mismo patrón de Garci y González-Sinde.
>
> La película de Aguirre buscaba mayor complicidad con el destape reinante en su contexto de producción.

Aquí las autoras, en otras dos notas, que transcribo a continuación, puntualizan este aspecto:

> Todas las películas que aquí se comentan muestran a Fiorella desnuda en algún momento de la cinta. Se trata de escenas donde ha habido o hay un encuentro sexual, por lo que narrativamente está legitimada su desnudez. Su posición personal [la mía, se entiende] queda así expresada: «Aquí ha pasado que hemos estado mucho tiempo sin ver una teta. Y de pronto, cuando nos han dejado enseñar una, hemos decidido enseñar todas las tetas. Yo creo que muchos se han aprovechado de esto para ganar dinero a través de las películas de verdadero asco que, además, no son ni siquiera pornográficas. A mí, lo del desnudo no me parece ni mal ni bien. A veces hay que vestirse de no sé qué, y otras que desnudarse. Mi único problema frente al desnudo es un problema de estética. No considero que estoy lo suficientemente bien para hacer una película solo por mi culo o por mis tetas. Es muy difícil un verdadero desnudo maravilloso (…). Desde la famosa apertura a mí me llaman por lo menos dos veces al mes para sacarme fotos desnuda».

Estas declaraciones mías citadas corresponden a una entrevista que me hizo Marisa Ciriza para *Fotogramas* el 17 de febrero de 1978. Creo conveniente aclarar para los lectores que no vivieron aquellos tiempos de *la apertura y el destape*, que en esos años proliferaron las películas eróticas hasta extremos increíbles y que casi todas las actrices que estaban en edad salieron en ellas, primero en ropa interior y luego completamente desnudas, y que igualmente se multiplicaron las revistas que se vendían masivamente publicando portadas y varios extensos reportajes en páginas interiores de actrices desnudas y las más audaces de aquellas publicaciones —o las más cochinas— forzando posturas de sus *modelos* particularmente obscenas. Y efectivamente, las películas de la transición no eran nunca directamente pornográficas por la sencilla razón de que la pornografía seguía siendo ilegal y solo una ley del gobierno socialista admitió las películas porno y las llamadas salas X. Los legisladores de la UCD

inventaron una clasificación (las películas «S») que pronto hizo fortuna entre los productores menos escrupulosos. Para entendernos y simplificando, las «S» eran como las «X», pero sin penetración. Los más viejos del lugar recordarán títulos como *La caliente niña Julieta*, *No me toques el pito que me irrito* o *Mi conejo es el mejor*. Las autoras del estudio citan igualmente una nota anónima publicada en el diario *Pueblo* el 28 de enero de 1978 sobre *Esposa de día, amante de noche*, que dice:

> Claro que Javier Aguirre no prescinde de utilizar las anatomías femeninas como un aliciente más para las grandes masas de espectadores, porque no intentó hacer cine para minorías selectas… que también gustan, por otra parte, de las licencias fílmicas imperantes.

El tal *anónimo*, en su concisión, no tiene desperdicio.

Y no se me pierdan, que estábamos en el inicio del análisis que mis *estudiosas* hacen de mi personaje en *Esposa de día, amante de noche*:

> La vida marital de la pareja protagonista, Sara y Jorge (Francisco Cecilio), era explicitada en varios momentos de la película. El argumento tenía el tono sainetesco que acompañaba al cine característico de este subgénero, pues trataba de poner a prueba la pasión y estupenda vida sexual que mantenía este matrimonio de largo tiempo. Sara es una mujer guapa, profesional y resuelta. En diversos motivos se aludirá a que es una madre excelente, además de una buena profesional. Esta actitud dinámica contrasta, en un evidente intento de dar un vuelco satírico a la representación de la mujer, con el cambio que experimenta cuando una amiga le dice que es inmoral tener una vida sexual tan activa y que ella, como esposa, está faltando de alguna manera a su función controladora del deseo masculino. Las veinticuatro horas que pasa sin «estar» con su marido la convencen de que ella es también decente, simplemente porque es fiel a su deseo y, en cierta medida, a su comunión íntima y bien entendida con su marido. Esta especie de conciencia sobre su amor y su relación marital parece darle cierto sentido de racionalidad que le hace explicar a los hombres que la rodean cómo deben solucionar su vida sentimental. En definitiva, su papel es el de buena esposa que cumple con todos los requisitos de ser una mujer de la nueva sociedad, sin desprenderse de su valor como mujer tradicional, madre ejemplar, amiga consejera y maternal, y una mujer de buen ver, guapa, que además tiene tiempo para ir al gimnasio. No se puede dejar de lado que el título es una alusión expresa a su personaje, lo que debe hacer pensar sobre la importancia de su representación estereotípica.
>
> La combinación del personaje de Elena con el de Sara, si bien la segunda estuviera inscrita en una retórica de comedia algo bufa, permitirían reconstruir de nuevo a Elena en *Solos en la madrugada*, donde interpreta a la exmujer del protagonista, de nuevo llamado José y de nuevo José Sacristán. El locutor de radio que dirige y presenta el programa, que tiene el mismo título que la película, es un personaje típico del desencanto que oculta tras una ironía verbal desatada la inadaptación que siente en la nueva sociedad. Esta Elena comparte con su tocaya la relación con un hombre similar. El matrimonio de Elena y

José, roto después de una convivencia que les dio dos niños, mantiene una buena relación. Pero la diferencia de esta Elena es que parece haber aprendido inconscientemente la lección que le diera su anterior proyección. Tras los años de matrimonio, Elena, que no ha dejado de trabajar, ha encontrado otro amor y, mientras su ex parece sumido en un océano de incertidumbre, soledad y amargura, ella se siente feliz con sus hijos y su nueva pareja. En el último encuentro sexual con su exmarido, Elena le hace ver que no entiende que ella ya no es su mujer, lo que causa un enorme enfado al solitario José. En esta escena se demuestra que Elena tiene una madurez sentimental de la que José carece. Comprende que las cosas se han acabado, que su vida juntos les ha llevado a ser mejores, tal y como son ahora. Pero para él, el peso del pasado es oneroso y esa noche es un ensayo de revivir lo que ya no puede ser.

El periplo de esta descreída de los compromisos tradicionales del matrimonio que ejemplifica la joven Fiorella termina su ciclo compartiendo escenario fílmico con Juan Luis Galiardo en una curiosa película de desencanto titulada *La campanada*, dirigida por Jaime Camino, sobre un guion suyo y de Román Gubern. El expresivo título hace referencia a la campanada que da Ambros, el ejecutivo del mundo de la publicidad que deja todo para romper con su estresante y alienante vida. Fiorella interpreta a su mujer, Cecilia. Madre de tres hijos, es una buena intendente que tiene su hogar en perfecto estado. La actitud distante de Cecilia es evidente y resulta incluso patética cuando se acuestan una noche más y Ambros parece no poder culminar su intento de sexo. Como la *campanada* termina llevando a su marido a la cárcel, ella cambia de actitud, extrañada por todo lo que está pasando. Y esa extrañeza irá subiendo a lo largo de la película como la materialización de la contradicción de entender a Ambros, pero no poder asumir esa misma postura de transgresión.

Lo curioso de la proyección de la mujer desde la óptica de Ambros será la de la apertura y la actividad sexual, una vez más. Mientras él trata de hacerse explicar, haciéndole escuchar a su mujer su diario magnetográfico, se deja ver cómo Cecilia intenta entender. La voz de Ambros dice en la grabadora que Cecilia necesita novedad, necesita otro macho (*sic*). Después de una tórrida escena sexual, llega el tiempo para que Cecilia se explique: en este tiempo ha llegado a despreciarle, no sabe bien por qué. Pero el episodio de la cárcel le ha hecho cambiar de visión porque ha pensado que él podía necesitarla: le imaginó frágil. En este tiempo pasado se ha sentido extraña a él, y le ha sido infiel. Durante su historia como mujer se ha sentido idiota perdida (*sic*), sus distintas carreras profesionales las dejó atrás, el trabajo doméstico es un rollo: siempre haciendo lo mismo. Pero todo esto ya es un lastre, y ella no puede, como él, romper con todo. Su única baza ha sido el adulterio, pero ya no puede soñar (*sic*).

Y nuevamente, las autoras citan una crítica anónima de *La campanada*:

Es el principio de una búsqueda en solitario que le llevará a enfrentarse con todos aquellos que, comprendiendo o no su rechazo, se resistan a abandonar su estatus. Principalmente, la mujer de este ejecutivo, mucho más indefensa que él ante la sociedad y, por tanto, más conservadora; de hecho, uno de los máximos

logros de *La campanada* estriba en este personaje femenino bien trazado y bien entendido por Fiorella Faltoyano.

Con el personaje de cierre que ejemplifica Cecilia se abre un poco el abanico de la posición conservadora-renovadora que ejemplifica Fiorella. Por un lado ya ha transitado todos los puntos de los personajes de Garci, como la asunción del adulterio como forma de expresión y como forma de rebelión hacia una vida que no le gusta. Pero lo que resulta llamativo y realista, hasta cierto punto, en la película es que la realidad que Cecilia busca fomentar y piensa como suya es precisamente el mundo en torno a la pareja. Donde Cecilia busca su propia autenticidad será en el espacio creado y construido por él y sobre todo por el espacio erótico y sexual, que utiliza como arma, como modo de comunicación y también de expresión. El cisma que se produce en la vida de Ambros dota de sentido a la de Cecilia; pero de algún modo, es incapaz de compaginar la revolución que se propone él con su posición como mujer, ama de casa y madre, probablemente porque sabe de antemano que ella y sus hijos están fuera de los planes transgresores e individualistas de él. Su constitución como una resistente del amor y de la familia la fuerza a reconocer su pánico y a intentar remediar la situación, pero ya no cuenta con el apoyo de Ambros, que le devuelve la imagen de mujer que es, simplemente, hermosa.

El tiempo permitió que Fiorella siguiera su camino interpretativo. A pesar de no haber parado en ningún momento de trabajar desde sus inicios en el mundo del espectáculo, nunca ha podido eludir esta dimensión social y personal de su personaje público cuyo origen está en el cine realizado durante esta época. La mujer nueva, pero tradicional, la convirtió en un personaje que se ubicaría próximo a las mujeres sin abandonar ese halo de modernidad. Algo así debieron de entender desde la empresa del detergente Ariel cuando la contrataron para realizar una serie de anuncios en los que representaba a una mujer que, micrófono en mano, entrevistaba a amas de casa por la calle preguntándoles por cuestiones relacionadas con las coladas. La «chica de Ariel», como se comenzó a conocerla, logró reinterpretar su papel de ama de casa para acercarse a las mujeres a través de un tema que las retrotraía, de nuevo, al espacio doméstico y tradicional que su personaje fílmico había tratado de polarizar.

Sin embargo, este personaje iría encaminando hacia el divorcio, culminando su papel de modernizadora de la instancia tradicional matrimonial de su personaje. Curiosamente, en *A la pálida luz de la luna*, donde el cuadro artístico de las películas de Garci se repetía, Fiorella volvía a ser amante del personaje de José Sacristán, pero era una mujer divorciada e independiente. Perfil que también realizaría en *Como un adiós* (Pere Vila, 1982), donde interpretaba a una violonchelista separada y con un hijo.

Las autoras de este estudio, que, por su interés evidente y por su forma de relacionar ficción y realidad, he transcrito, son Ana Martín Moreno y Marina Díaz López. Es un exhaustivo informe que retrata bastante bien lo que fue mi carrera en esos años, da cuenta del tipo de papeles que me encomendaban —o mejor dicho, de los que no rechazaba— y lo cierto es que yo nunca hubiera hecho un análisis tan

preciso porque me limitaba a intentar hacer mi trabajo lo mejor posible, sin cuestionármelo demasiado, porque mi vida de entonces no se ceñía exclusivamente al desarrollo del mismo, sino que seguía su curso natural paralelamente. *Actriz de día, persona de noche*. En cuanto al tipo de mujer que, según las autoras, yo representaba, tengo que aceptar que tiene bastantes paralelismos conmigo misma. Así que me siento bastante bien retratada; aunque, sin embargo, este texto tiene datos de mi realidad privada, como habrán comprobado quienes hayan leído estas memorias, que son completamente erróneos, algunos de los cuales han sido ya aclarados por mí en las páginas que preceden, y que seguramente se deben a que yo misma alimenté durante toda mi vida este tipo de confusión por las razones que ya he expuesto.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
© Blanca Renzi Gil, 2014
© La Esfera de los Libros, S.L., 2014
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2014
ISBN: 978-84-9060-059-7 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.